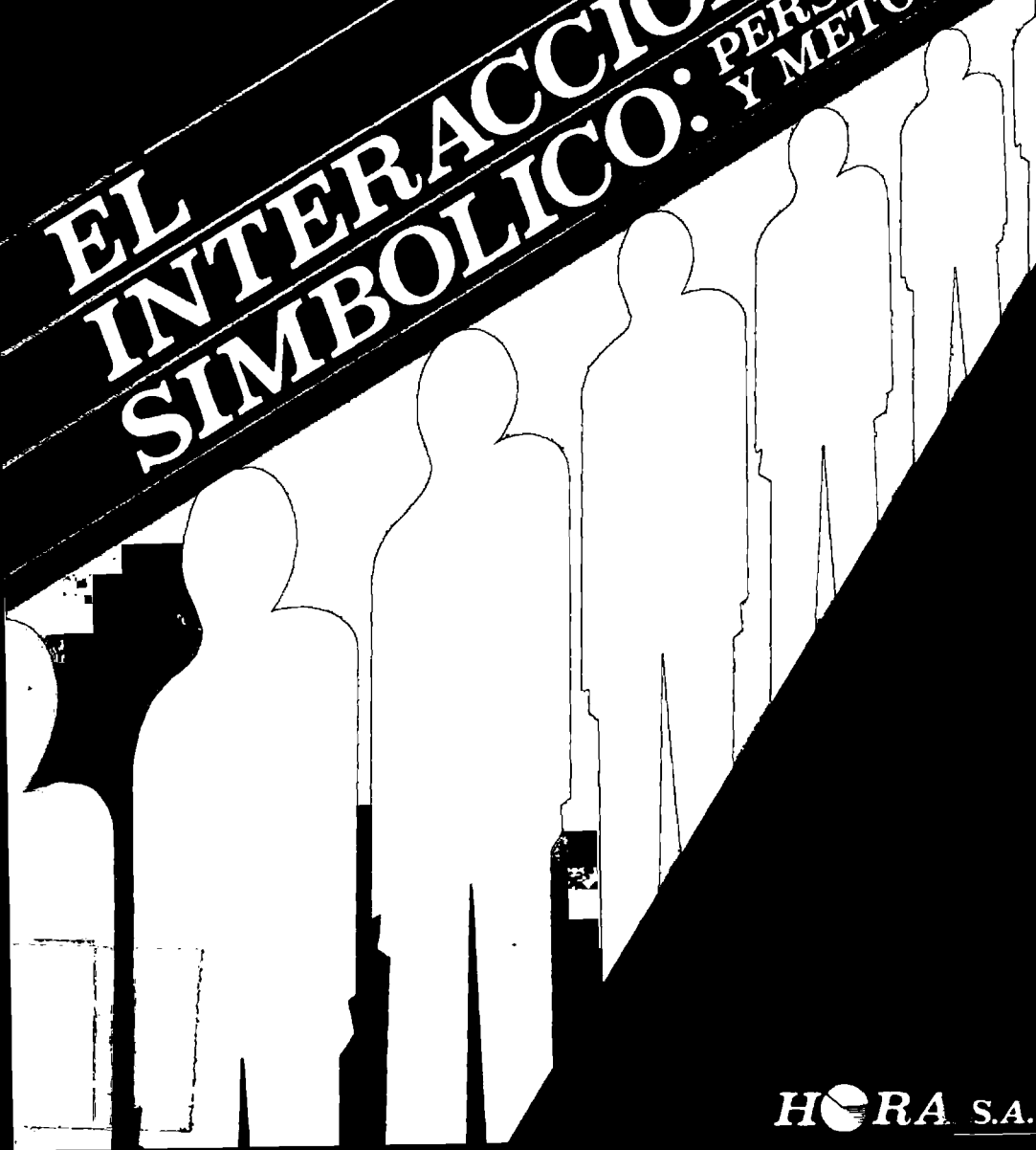


ganz1912

Herbert BLUMER

EL INTERACCIONISMO SIMBOLICO: PERSPECTIVA Y METODO



HORA S.A.

El Interaccionismo Simbólico

BIBLIOTECA "HORA"

Colección: PSICOLOGIA SOCIAL Y SOCIOLOGIA

Consejo Asesor:

Silverio Barriga (España)

Héctor M. Capello (México)

Tomás Ibáñez (España)

Florencio Jiménez Burillo (España)

Gerardo Marín (Estados Unidos)

Maritza Montero (Venezuela)

Julio Seoane (España)

José Ramón Torregrosa (España)

ganz1912

HERBERT BLUMER

Universidad de California, Berkeley

El Interaccionismo Simbólico: Perspectiva y Método

PROLOGO:

Prof. Dr. PEDRO RIDRUEJO ALONSO
Director del Departamento Ecopsicología de la
Universidad Autónoma de Madrid

HORA, S.A.
BARCELONA

ganz1912

Título de la obra en inglés:

Symbolic Interactionism Perspective and Methods

Copyright © por Prentice-Hall, Inc.

Englewood Cliffs, N.J., U.S.A.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

© 1982, HORA, S.A.

Castellnou, 37 - Barcelona-17

I.S.B.N.: 84-85950-08-9

Depósito Legal: 42.622-1981

Impreso en Gráficas Porvenir, Lisboa, 13

Barberá del Vallés (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

A mi hija, Katherine Hade

PREFACIO

La publicación del presente libro obedece al deseo de satisfacer las numerosas peticiones de antiguos estudiantes y colegas profesionales a los que no he tenido el privilegio de tener como alumnos. Me pidieron que reuniese en un solo volumen varios de mis artículos repartidos en diversas publicaciones, señalándome que tal iniciativa sería beneficiosa tanto para ellos, como para sus alumnos. En respuesta a su demanda, he seleccionado aquellos de mis artículos que abordan aspectos del interaccionismo simbólico o problemas metodológicos. Ambas zonas de interés erudito han sido de capital importancia para mí desde mis tiempos de graduado cuando escribí una tesis doctoral sobre "El Método en la Psicología Social". La vinculación de ambos temas no representa un matrimonio de conveniencia, sino una auténtica unión. Tengo la certeza de que toda ciencia empírica ha de respetar necesariamente la naturaleza del mundo empírico que constituye el objeto de su estudio. A mi modo de ver, el interaccionismo simbólico muestra este respeto por la naturaleza de la conducta y de la vida de grupo humanas. Pero tal respeto requiere, a su vez, el desarrollo de una perspectiva metodológica congruente con la naturaleza del mundo empírico en estudio.

Algunos de mis artículos, en especial los incluidos en este volumen, abordan de un modo u otro el punto de vista del interaccionismo y las cuestiones metodológicas relativas al mismo. No obstante, escribí cada uno de ellos con un propósito específico. Así pues, a pesar de estar agrupados, no proporcionan la imagen unificada que he pretendido ofrecer a los estudiantes superiores a lo largo de más de cuarenta años de enseñanza. En un esfuerzo parcial por satisfacer esta necesidad, he redactado un extenso ensayo preliminar para este volumen. Dicho ensayo es el único texto que no había sido publicado antes. Recomendando leerlo en primer término, a fin de poder captar mejor el significado de todos los artículos siguientes.

Deseo expresar mi agradecimiento a los antiguos alumnos que me animaron y empujaron a publicar este libro. Son muy numerosos y sería presuntuoso hacer una lista de sus nombres. No obstante, me siento obligado a mencionar a dos de los que, con mayor insistencia, me han pedido este trabajo durante años: Tamotsu Shibutani y Howard Becker. A estos nombres agregaré el de mi amigo James Clark, antiguo miembro de la "Prentice Hall", que más que ninguno me ha presionado, amable pero implacablemente, para que sacase a la luz estos escritos. Habida cuenta de las mencionadas peticiones creo poder declinar honradamente toda responsabilidad si la publicación del presente libro se convirtiese en una empresa malograda.

Herbert Blumer

Berkeley, California

INDICE

1	LA POSICION METODOLOGICA DEL INTERACCIONISMO SIMBOLICO	1
2	CONSECUENCIAS SOCIOLOGICAS DEL PENSAMIENTO DE GEORGE HERBERT MEAD	45
3	LA SOCIEDAD COMO INTERACCION SIMBOLICA	59
4	LAS ACTITUDES Y EL ACTO SOCIAL	69
5	IMPORTANCIA PSICOLOGICA DEL GRUPO HUMANO	77
6	NOTAS SOBRE "EL CAMPESINO POLACO EN EUROPA Y AMERICA" DE THOMAS Y ZNANIECKI	89
7	EL ANALISIS SOCIOLOGICO Y LA "VARIABLE"	97
8	¿CUAL ES EL ERROR DE LA TEORIA SOCIAL?	107
9	CIENCIA SIN CONCEPTOS	117
10	EL PROBLEMA DE LOS CONCEPTOS EN LA PSICOLOGIA SOCIAL	131
11	SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LOS EFECTOS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION DE MASAS	141
12	LA OPINION PUBLICA Y SU SONDEO	151

PROLOGO

No es meramente casual el que la editorial "Hora" y su Consejo Asesor haya decidido verter al castellano la obra de HERBERT BLUMER: *El Interaccionismo simbólico*, tanto por lo que afecta a su autor, cuanto por el contenido que aborda.

HERBERT BLUMER representa un hito importante en la historia del movimiento interaccionista, recogiendo materiales del pensamiento fundador de Charles COOLEY, de William JAMES, de George H. MEAD, de John DEWEY, etcétera, y poniéndolos en una nueva perspectiva. Fue él mismo, HERBERT BLUMER, quien, en 1937, acuñó la etiqueta discutida, pero útil de "interaccionismo simbólico", para hacer valer los recursos que se albergan en su seno, en vista a la gran polémica por la concepción de la Psicología Social, tema apasionante para cuantos nos sentimos vocados por el devenir de una ciencia tan compleja.

Este mismo verano, en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, de Santander, en un curso sobre ORIENTACIONES Y TENDENCIAS de la PSICOLOGIA SOCIAL CONTEMPORANEA, afirmaba Sheldon STRIKER algo, que desde 1977¹ viene proclamando como convicción firme y responsable: que la relevancia del interaccionismo simbólico permanece aún ampliamente inexplorada y que desde luego su contenido, existe tan sólo, en términos de latencia. Y aún más, que la dicotomía o la tricotomía, de visiones radicalmente distintas de la Psicología Social de nuestros días y la crisis que comportan, tienen uno de sus puntos de apoyo más significativos en el juego correcto de plantear la teoría de la interacción y la de la atribución.

HERBERT BLUMER representa, ciertamente, una tan sólo de las muchas perspectivas de ese rico itinerario que desde la Escuela de Harvard hasta hoy, viene desplegando el interaccionismo simbólico. Pero se trata de una visión clave, en la que se pretende asumir tanto la naturaleza del fenómeno interactivo, cuanto los principios normativos de su metodología y la posición consecuente que a partir de ellos se deriva.

Su noción del interaccionismo simbólico queda fundamentada en tres premisas básicas: "que el ser humano orienta sus actos hacia las cosas en función de lo que éstas significan para él"; "que la fuente de ese significado es un producto social, que emana de y a través de las actividades de los individuos al interactuar"; y que "la utilización del significado por el agente, se produce a través de un proceso de interpretación propia, que supone autointeracción y manipulación de significados".

Acorde con ello, BLUMER postula una orientación metodológica, consecuente con el interaccionismo que predica. Y ello se hace: 1) Recomendando acercarse a ver los objetos con el mismo significado con el que el individuo lo ve, abriendo una investigación muy distinta a la que frecuentemente se hace. 2) Procurando ver al grupo, no como el simple resultado de los factores determinantes que se manifiestan

1. Sociometry, 1977, vol. 40, núm. 2. En colaboración con Avi GOTTLIEB.

a través de la interacción personal, concebida esta de forma específica y particular, sino marchando imprescindiblemente en pos del descubrimiento empírico de la forma peculiar de interacción social que esté en juego en cada caso. 3) Aconsejando el estudio del acto o acción social en atención al modo en que se forma, supuesto éste, muy diferente, del de la invocación a las condiciones precedentes como causas. 4) Finalmente, y por lo que atañe a los aspectos más amplios de la sociedad humana, como clases, instituciones, organización social, etcétera, acertando a entenderlas como "una ordenación de personas vinculadas recíprocamente en sus actos respectivos", más que con cargo a su dinámica y estructura global propia, sin dar, metodológicamente por bueno, el automatismo de las formas estables y recurrentes, ni olvidar jamás, el vínculo temporal que toda acción conjunta tiene con la precedente.

Pero HERBERT BLUMER no ha pretendido tan sólo y exclusivamente en este libro, que tengo el honor de presentar, referirse al tema del interaccionismo simbólico. La preocupación que subyace va más allá, y él mismo la sitúa sobre el quicio de lo que fuera su tesis doctoral: El método de la Psicología Social. Lo que acontece es, que BLUMER cree, que el interaccionismo simbólico se sitúa siempre en la cota más alta de respeto por la condición empírica del objeto psico-social. De ahí, una línea de coincidencia temática que merecería ser ampliamente sometida a debate y discusión, y sobre la que habría que hacer muchas puntualizaciones.

Hay toda una colección de jugosos artículos en el volumen que tenemos delante. Unos, muy pegados a la historia del interaccionismo simbólico, como el que dedica a MEAD, a la concepción de la sociedad como interacción simbólica o al grupo humano. Otros, se refieren a categorías de la ciencia social, su teoría, sus conceptos y sus variables. Algunos, tienen una pretensión muy concreta, como el que dedica a comentar la obra de THOMAS y ZNANIECKI sobre el campesino polaco, o los que versan sobre los efectos de los medios de comunicación de masas y sobre la opinión pública y su sondeo. Y otros, en fin, se remontan a focos capitales de una sistemática de Psicología Social, como el artículo tan conocido de "Las actitudes y el acto social" (1955), donde se lleva a cabo una valoración crítica del concepto de actitud, como instrumento de análisis de la conducta humana.

Respecto a este último, quisiera llamar la atención del lector, por lo que tiene de rechazo crítico total de la Teoría de actitudes, que BLUMER enjuicia como inválida e inútil. La tesis descansa sobre la ambigüedad empírica del concepto de actitud y su potencial de falsedad descriptivo de la acción humana. No es, desde luego, éste el momento, ni la ocasión, de polemizar en su torno, pero sí de sugerir al lector el repaso simultáneo de otra literatura al respecto, como la de ALLPORT, ASCH, CRUTCHFIELD, DOOB, KATZ, KRECH, LA PIERE, ROKEACH, ROSENBERG, SHERIF, WICKER, etcétera, así como de toda la teoría de la disposición.

En resumen: la versión española de la obra de BLUMER, es una buena oportunidad para que se abra más entre nosotros la revisión a fondo de la encrucijada en que se encuentra la Psicología Social, abocada a una múltiple interpretación de su objeto radical: el comportamiento social. Las ópticas respectivas se acusan siempre de reduccionismos y, en cierto modo, tienen siempre razón. La verdad científica y metodológica se encuentra pendiente de un cruce de caminos. Y una vez más, el consejo que quisiera dar al estudioso, pasa por la información atenta, la integración equilibrada y la mirada directa a las cosas mismas.

Prof. Dr. PEDRO RIDRUEJO ALONSO
Director del Departamento de Ecopsicología
Universidad Autónoma de Madrid.

1

LA POSICION METODOLOGICA DEL INTERACCIONISMO SIMBOLICO

Se ha recurrido al término "interaccionismo simbólico" para designar un enfoque relativamente definido del estudio de la vida de los grupos humanos y del comportamiento del hombre*. Entre los numerosos especialistas que han utilizado dicho enfoque o contribuido a su consolidación intelectual, figuran autores norteamericanos tan notables como George Herbert Mead, John Dewey, W. I. Thomas, Robert E. Park, William James, Charles Horton Cooley, Florian Znaniecki, James Mark Baldwin, Robert Redfield y Louis Wirth. A pesar de existir diferencias significativas en la línea de pensamiento de los mencionados expertos, su forma de considerar y estudiar la vida de los grupos humanos es, en general, muy parecida. El concepto de interaccionismo simbólico se ha ido forjando en torno a esta semejanza general. Sin embargo hasta ahora no se ha formulado claramente la postura que defiende dicho concepto y, sobre todo, no existe una exposición razonada del valor metodológico de este tipo de enfoque. El presente ensayo es un intento de llevar a cabo dicha exposición. Me baso, principalmente, en el pensamiento de George Herbert Mead, que, mas que ningún otro, puso los cimientos del enfoque del interaccionismo simbólico, pero me he visto obligado a desarrollar mi propio punto de vista para abordar explícitamente muchos temas cruciales que sólo estaban implícitos en las ideas de Mead y otros autores y para tratar cuestiones críticas que ellos habían omitido. Así pues, en su mayor parte, asumo la entera responsabilidad de las opiniones y análisis expuestos en este libro, sobre todo en lo que se refiere al tratamiento de la metodología: la discusión de este tema me pertenece por completo. El esquema que he adoptado se propone perfilar, en primer término, la naturaleza de la interac-

* El término "interaccionismo simbólico" es en cierto modo un barbarismo que acuñé con carácter informal en un artículo publicado en "HOMBRE Y SOCIEDAD" (Emerson P. Schmidt, editor, New York: Prentice Hall, 1937). El vocablo acabó siendo aceptado y hoy es de uso general.

ción simbólica; a continuación trata de establecer los principios normativos de la metodología en el caso de la ciencia empírica; y por último, busca definir específicamente la posición metodológica del interaccionismo simbólico.

Naturaleza del interaccionismo simbólico

El interaccionismo se basa en los más recientes análisis de tres sencillas premisas. La primera es que el ser humano orienta sus actos hacia las cosas en función de lo que éstas significan para él. Al decir cosas nos referimos a todo aquello que una persona puede percibir en su mundo: objetos físicos, como árboles o sillas; otras personas, como una madre o un dependiente de comercio; categorías de seres humanos, como amigos o enemigos; instituciones, como una escuela o un gobierno; ideales importantes, como la independencia individual o la honradez; actividades ajenas, como las órdenes o peticiones de los demás; y las situaciones de todo tipo que un individuo afronta en su vida cotidiana. La segunda premisa es que el significado de estas cosas se deriva de, o surge como consecuencia de la interacción social que cada cual mantiene con el prójimo. La tercera es que los significados se manipulan y modifican mediante un proceso interpretativo desarrollado por la persona al enfrentarse con las cosas que va hallando a su paso. Quisiera hablar brevemente de cada una de estas tres premisas fundamentales.

Se diría que pocos especialistas consideran errónea la primera premisa: que los seres humanos orientan sus actos hacia las cosas en función de lo que éstas significan para ellos. Sin embargo, por extraño que parezca, prácticamente en toda la labor y el pensamiento de la ciencia psicológica y social contemporánea se ha ignorado o descartado este elemental aserto, o bien se da por sobreentendido el "significado" y, en consecuencia, se le da de lado como poco importante, o bien se le considera como un mero vínculo neutral entre los factores responsables del comportamiento humano y este mismo comportamiento considerado como producto de dichos factores. Podemos apreciar este hecho claramente en la actitud predominante de las ciencias psicológica y social en la actualidad. Es tendencia común en ambas ramas científicas el estimar que el comportamiento humano es el producto de los diversos factores que influyen en las personas; el interés se centra en la conducta y en los factores que se considera la provocan. Así, los psicólogos atribuyen determinadas formas o ejemplos de comportamiento humano a factores tales como estímulos, actitudes, motivaciones conscientes o inconscientes, diversos tipos de *input* psicológico, percepción y conocimiento, y distintos aspectos de la organización personal. De modo parecido, los sociólogos basan sus explicaciones en otros factores, como la posición social, exigencias del *status*, papeles sociales, preceptos culturales, normas y valores, presiones del medio y afiliación a grupos. En ambos esquemas psicológicos y sociológicos típicos, los significados de las cosas para los seres humanos agentes, son ya evitados, ya englobados en los factores a los que se recurre para explicar su comportamiento. Si se admite que los tipos de comportamiento dados son el resultado de aquellos factores concretos que se considera que los motivan, no hay necesidad de preocupación por el significado de las cosas hacia las que se encamina la actuación humana: basta con determinar los factores desencadenantes y el comportamiento consiguiente o, si es preciso, con tratar de integrar en el conjunto el elemento "significado", bien considerándolo como un vínculo neutral

entre éstos y la conducta a que se supone dan lugar. En el primero de los casos el significado desaparece al ser absorbido por los factores desencadenantes o causales; en el segundo se convierte en un mero lazo de transmisión que puede ser ignorado en beneficio de los factores citados.

El punto de vista del interaccionismo simbólico, por el contrario, sostiene que el significado que las cosas encierran para el ser humano constituye un elemento central en sí mismo. Se considera que ignorar el significado de las cosas conforme al cual actúan las personas equivale a falsear el comportamiento sometido a estudio, por estimarse que el hecho de restar importancia al significado en beneficio de los factores que supuestamente motivan la conducta, constituye una lamentable negligencia del papel que el significado desempeña en la formación del comportamiento.

La sencilla premisa de que el ser humano orienta sus actos en relación con las cosas basándose en el significado que éstas encierran, es demasiado simple para diferenciar el interaccionismo simbólico: existen otros enfoques que asimismo comparten dicha premisa. La segunda, que hace referencia a la fuente del significado, establece mayores diferencias entre dichos enfoques y el interaccionismo simbólico. Hay dos formas tradicionales muy conocidas de explicar el origen del significado. Una de ellas es la que considera el significado como parte intrínseca de aquello que lo tiene, es decir, como elemento natural de la estructura objetiva de las cosas. Según esto, está claro que una silla es una silla, una vaca una vaca, una nube una nube, una rebelión una rebelión, y así sucesivamente. Al ser inherente a la cosa que lo contiene, el significado sólo necesita ser desglosado mediante la observación del ente objetivo que lo posee. Por así decirlo, el significado emana de la cosa y, por ende, su formación no es fruto de ningún proceso: lo único que hace falta es reconocer el significado que encierra esa cosa. Se advierte en seguida que este punto de vista refleja la postura tradicional del "realismo" en filosofía: postura ampliamente adoptada y hondamente arraigada en las ciencias sociales y psicológicas. El otro punto de vista importante y tradicional considera que el "significado" es una excrecencia física añadida a la cosa por aquel o aquellos para quienes ésta posee un significado. Se considera que este "añadido" físico es una expresión de los elementos constitutivos de la psique, la mente o la organización psicológica de la persona. Entre tales elementos cabe citar las sensaciones, sentimientos, ideas, recuerdos, móviles y actitudes. El significado de una cosa no es sino la expresión de los elementos psicológicos que intervienen en la percepción de la misma; por lo tanto, se pretende explicar el significado de esa cosa aislando los elementos psicológicos concretos que producen el significado. Este hecho puede apreciarse en la práctica psicológica, en cierto modo antigua y clásica, de analizar el significado de un objeto mediante la identificación de las sensaciones que intervienen en la percepción del mismo, así como en la práctica contemporánea de seguir el significado de una cosa, la prostitución, pongamos por caso, hasta la actitud de la persona que la está considerando. El hecho de reducir el significado de las cosas a elementos psicológicos limita los procesos de formación del significado a aquellos que son necesarios para despertar y reunir los elementos psicológicos que lo producen. Tales procesos son de índole psicológica e incluyen la percepción, cognición, represión, transferencia de sentimientos y asociación de ideas.

El interaccionismo simbólico considera que el significado tiene un origen distinto a los sostenidos por los dos puntos de vista predominantes que acabamos de examinar. No cree que el significado emane de la estructura intrínseca de la cosa que lo

posee ni que surja como consecuencia de una fusión de elementos psicológicos en la persona, sino que es fruto del proceso de interacción entre los individuos. El significado que una cosa encierra para una persona es el resultado de las distintas formas en que otras personas actúan hacia ella en relación con esa cosa. Los actos de los demás producen el efecto de definirle la cosa a esa persona. En suma, el interaccionismo simbólico considera que el significado es un producto social, una creación que emana de y a través de las actividades definitorias de los individuos a medida que éstos interactúan. Este punto de vista hace del interaccionismo una postura inequívoca cuyas profundas implicaciones discutiremos más adelante.

La tercera premisa, mencionada anteriormente, define y diferencia aún más el interaccionismo simbólico. Mientras que el significado de las cosas se forma en el contexto de la interacción social y es deducido por la persona a través de ésta, sería un error pensar que la utilización del significado por una persona no es sino una aplicación de ese significado así obtenido. Este error desvirtúa considerablemente la labor de muchos especialistas que, en los restantes aspectos, se ajustan al enfoque del interaccionismo simbólico. No advierten que la utilización del significado por una persona en el acto que realiza implica un proceso interpretativo. En este sentido se asemejan a los partidarios de los dos puntos de vista principales antes citados: los que incluyen el significado en la estructura objetiva de aquella que lo posee, y los que lo consideran como una expresión de elementos psicológicos. Los tres puntos de vista coinciden en estimar que la utilización del significado por el ser humano en sus actos no es más que el afloramiento y aplicación de significados ya establecidos. Por consiguiente, ninguna de las tres concepciones se percató de que la utilización del significado por la persona que actúa, o agente, se produce a través de un *proceso de interpretación*. Dicho proceso tiene dos etapas claramente diferenciadas. En primer lugar, el agente se indica a sí mismo cuáles son las cosas hacia las que se encaminan sus actos; es decir debe señalarse a sí mismo las cosas que poseen significado. Tales indicaciones constituyen un proceso social interiorizado, puesto que el agente está "interactuando" consigo mismo. Esta interacción es algo más que una acción recíproca de elementos psicológicos; es una instancia de la persona enfrascada en un proceso de comunicación consigo misma. En segundo lugar y como resultado de este proceso, la interpretación se convierte en una manipulación de significados. El agente selecciona, verifica, elimina, reagrupa y transforma los significados a tenor de la situación en la que se halla inmerso y de la dirección de su acto. De acuerdo con esto, no debiera considerarse la interpretación como una mera aplicación automática de significados establecidos, sino como un proceso formativo en el que los significados son utilizados y revisados como instrumentos para la orientación y formación del acto. Es necesario entender que los significados desempeñan su papel en el acto a través de un proceso de auto-interacción.

No es mi intención discutir en este momento los méritos de los tres puntos de vista que sitúan el significado respectivamente, en la cosa misma, en la psique y en la acción social, ni tampoco pretende profundizar en el tema de si el agente manipula los significados de un modo flexible en el curso de la formación de su acto. Lo único que pretendo es señalar que, al estar basado en estas tres premisas, el interaccionismo simbólico conduce necesariamente al desarrollo de un esquema analítico, muy característico de la sociedad y el comportamiento humanos. Ahora me propongo bosquejar este esquema.

El interaccionismo simbólico está cimentado en una serie de ideas básicas o

"imágenes radicales", como prefiero llamarlas. Estas imágenes aluden y describen la indole de los siguientes temas: sociedades o grupos humanos, interacción social, objetos, el ser humano como agente, los actos humanos y la interconexión de las líneas de acción. Consideradas en conjunto, estas imágenes radicales representan el modo en que el interaccionismo contempla el comportamiento y la sociedad humanas. Constituyen el armazón del estudio y el análisis. Pasaré a describir someramente cada una de estas imágenes.

Naturaleza de la vida en las sociedades y grupos humanos. Consideramos que los grupos humanos están formados por individuos comprometidos en la acción. Esta consiste en las innumerables actividades que las personas llevan a cabo en su vida, tanto en sus relaciones con los demás como el afrontar la serie de situaciones que se les plantean. Los individuos pueden actuar de forma aislada, colectivamente o en nombre o representación de alguna organización o grupo de otros individuos. Las actividades corresponden a los individuos agentes, y éstos las realizan siempre en función de las circunstancias en que han de actuar. La importancia de esta sencilla y redundante descripción reside en que los grupos o sociedades humanas existen fundamentalmente en acción y en tal contexto han de ser considerados. Este concepto de la sociedad humana como acción tiene que ser el punto de partida (y también de retorno) de todo esquema que pretenda tratar y analizar la sociedad empíricamente. Los esquemas conceptuales que la describen de cualquier otro modo sólo pueden ser derivaciones del complejo de actividades incesantes que constituyen la vida en grupo. Esto se observa en los dos conceptos predominantes sobre la sociedad en la sociología contemporánea: el de la cultura y el de la estructura social. La cultura entendida como concepto, ya sea definida como costumbre, tradición, norma, valores, reglas, etc., se derivan claramente de lo que las personas hacen. Del mismo modo, la estructura social en cualquiera de sus aspectos, como por ejemplo los que representan la posición social, el *status*, la función, la autoridad y el prestigio, se refiere al tipo de relaciones derivadas del modo en que las personas actúan reciprocamente. La vida de toda sociedad humana consiste necesariamente en un proceso ininterrumpido de ensamblaje de las actividades de sus miembros. Este complejo de continua actividad fundamenta y define a una estructura u organización. Uno de los principios fundamentales del interaccionismo simbólico es que todo esquema de sociedad humana empíricamente enfocada, sea cual fuera el origen, debe respetar el hecho de que, en primera y última instancia, la sociedad se compone de personas involucradas en la acción. Para que un esquema sea empíricamente válido tiene que ser consecuente con la indole de la acción social de los seres humanos.

Naturaleza de la interacción social. La vida de grupo necesariamente presupone una interacción entre los miembros del mismo; o, dicho de otro modo, una sociedad se compone de individuos que entablan una interacción con los demás. Las actividades de cada miembro se producen primordialmente en respuesta o en relación con las de los demás. Aunque este hecho está casi universalmente admitido en las definiciones de la sociedad humana, normalmente la interacción es algo que se da por descontado y es tratada como si tuviese una significación intrínseca escasa, por no decir nula. Este hecho resulta evidente en los esquemas psicológicos y sociológicos característicos, que tratan la interacción social como un simple medio a través

del cual los factores determinantes del comportamiento desencadenan éste. Así pues, el esquema sociológico típico atribuye el comportamiento a factores tales como el *status* social, los preceptos culturales, las normas, valores, sanciones, exigencias del papel social desempeñado y requisitos del sistema. La explicación en función de estos factores es suficiente por sí sola sin tener en cuenta la interacción social que su intervención implica necesariamente. De modo parecido, en el esquema psicológico típico ciertos factores tales como los motivos, actitudes, complejos ocultos, elementos de organización psicológica y procesos psicológicos se utilizan para explicar el comportamiento prescindiendo de la interacción social. Pasamos así de este tipo de factores causales al comportamiento que supuestamente provocan. La interacción social se convierte en un simple foro a través del cual se desplazan los factores sociológicos y psicológicos determinantes para producir ciertas formas de comportamiento humano. Puedo añadir que la ignorancia de la interacción social no se remedia hablando de una interacción de elementos sociales (como en el caso de un sociólogo que habla de una interacción de papeles sociales o de una interacción entre los componentes de un sistema social) o psicológicos (como cuando un psicólogo menciona la interacción existente entre las actitudes mantenidas por distintas personas). La interacción social se da entre los agentes y no entre los factores que se les atribuyen.

El interaccionismo simbólico no se limita a aceptar la interacción social, sino que le reconoce una importancia vital en sí misma. Dicha importancia reside en el hecho de que la interacción es un proceso que *forma* el comportamiento humano, en lugar de ser un simple medio o marco para la expresión y liberación del mismo. Simplificando podría decirse que un ser humano en interacción con otras personas ha de tener en cuenta lo que cada cual está haciendo o a punto de hacer; es decir está obligado a orientar su propio comportamiento o a manejar sus situaciones en función de aquello que toman en consideración. Por consiguiente, las actividades de los demás intervienen como factores positivos en la formación de su propio comportamiento; ante los actos ajenos una persona puede abandonar una intención o propósito, reconsiderarla, verificarla o cancelarla, intensificarla o sustituirla. Los actos de los demás se incluyen en la decisión de una persona respecto de lo que proyecta hacer, pueden oponerse o impedir tal proyecto, exigir una revisión o motivar un planteamiento muy distinto del mismo. Todo individuo ha de lograr que su línea de acción *encaje* de alguna manera en las actividades de los demás. Estas han de ser tenidas en cuenta, sin considerarlas simplemente como un ámbito para la expresión de lo que uno está dispuesto a hacer o planea realizar.

Estamos en deuda con George Herbert Mead como autor del más profundo análisis de la interacción social hasta ahora realizado, análisis que por otra parte, se ajusta a los datos más realistas de que se dispone. Mead señala dos formas o niveles de interacción social en la sociedad humana, denominándolos, respectivamente, "conversación de gestos" y "empleo de símbolos significativos". Yo los llamaré "interacción no simbólica" e "interacción simbólica". La primera tiene lugar cuando una persona responde directamente al acto de otra sin interpretarlo. La segunda implica la interpretación del acto. La interacción no simbólica se manifiesta claramente en las respuestas reflejas, como en el caso de un boxeador que automáticamente levanta el brazo para parar un golpe. Sin embargo, si el boxeador se detuviese a reflexionar que ese golpe de su adversario que parece acercarse es sólo una finta para cazarle, tal actitud formaría parte de una interacción simbólica. En tal caso,

tendría que procurar descubrir la finalidad del golpe, es decir, su significado como parte del plan de su contrincante. En su asociación, los seres humanos entablan una clara interacción no simbólica al responder inmediata e irreflexiblemente a los movimientos corporales, expresiones y tonos de voz de sus semejantes, pero su forma característica de interacción se ejerce a un nivel simbólico, puesto que tratan de comprender el significado de los actos ajenos.

El análisis de Mead sobre la interacción simbólica es de suma importancia. Considera que dicha interacción consiste en una exposición de gestos y en una respuesta al significado de los mismos. Un gesto es aquella parte o aspecto de un acto en curso que encierra el significado del acto, más amplio, del cual forma parte: por ejemplo, la amenaza de un puño como indicación de un posible ataque, o la declaración de guerra por parte de un país que manifiesta así su postura y su línea de acción. Los ruegos, órdenes, mandatos, sugerencias y declaraciones son gestos que dan a la persona que los recibe una idea de la intención y propósito del futuro acto del individuo que los formula. La persona que responde organiza su respuesta basándose en el significado que los gestos encierran para ella. La persona que realiza dichos gestos se sirve de ellos como signos o indicaciones de lo que proyecta hacer, así como de lo que desea que el otro haga o comprenda. Por lo tanto los gestos tienen significado, no sólo para la persona que los hace, sino para aquella a quien van dirigidos. Cuando el significado es el mismo para ambas personas, éstas se comprenden mutuamente. De este breve examen se desprende que el significado de los gestos aflora a lo largo de tres líneas (la triple naturaleza del significado según Mead): esos gestos indican lo que ha de hacer la persona a quien van dirigidos, lo que la persona que los hace proyecta realizar y, finalmente, la acción conjunta que debe surgir de la coordinación de los actos de ambas. Así, por ejemplo, la orden de levantar las manos que un ladrón da a su víctima es (a) una indicación de lo que ésta ha de hacer; (b) una indicación de lo que el ladrón se propone hacer, es decir, despojar a su víctima; y (c) una indicación de la acción conjunta que se está formando: en este caso un atraco. Si existe confusión o malentendido en cualquiera de estas tres líneas de significado, la comunicación no se produce, la interacción se dificulta y la formación de la acción conjunta se ve bloqueada.

Para completar el análisis del interaccionismo simbólico realizado por Mead es preciso citar un aspecto más, a saber: que las partes implicadas en la interacción tienen que asumir necesariamente el papel de cada uno de los individuos involucrados. Para indicar a una persona lo que tiene que hacer, el individuo que hace la indicación debe formularla, poniéndose en el lugar de quien la recibe. Para ordenar a su víctima que levante las manos, el ladrón tiene que concebir la respuesta de la víctima poniéndose en su lugar. Por su parte, la víctima ha de captar la orden contando con el punto de vista del ladrón que la formula: debe advertir la intención y la acción subsiguiente del atracador. La mutua asunción de papeles es condición *sine qua non* para que una comunicación y una interacción sean eficaces.

Es evidente la importancia y el lugar preferente que la interacción simbólica ocupa en la vida y el comportamiento de un grupo humano. Todo grupo o sociedad humana se compone de personas en asociación. Esta adopta necesariamente la forma de individuos que actúan recíprocamente entablando, por lo tanto, una interacción social que, a su vez, se ejerce característica y primordialmente a un nivel simbólico en la sociedad humana. Como individuos que actúan individual o colectivamente, o como agentes de una organización determinada que entra en contacto

con otra, las personas se ven necesariamente obligadas a tener en cuenta los actos ajenos en el momento de realizar los propios. La ejecución de tales actos implica un doble proceso: el de indicar a los demás el modo en que deben actuar y el de interpretar las indicaciones ajenas. La vida de un grupo humano constituye un vasto proceso consistente en definir al prójimo lo que ha de hacer y, al mismo tiempo en interpretar las definiciones formuladas por los demás. A través de este proceso las personas hacen que sus actividades encajen en las ajenas, a la vez que forman su propia conducta individual. La actividad conjunta y el compartimiento individual se forman *dentro y a través* de este proceso continuo. No son meras expresiones o productos de los que las personas aportan a su interacción ni de las condiciones que preceden a la misma. La incapacidad para adaptarse a este aspecto vital constituye la principal deficiencia de los esquemas que tratan de describir la sociedad humana basándose en la organización social, en factores psicológicos o en cualquier combinación de ambas cosas. En virtud de la interacción simbólica, la vida de todo grupo humano constituye necesariamente un proceso de formación y no un simple ámbito de expresión de factores preexistentes.

Naturaleza de los objetos. Según el punto de vista del interaccionismo simbólico los "mundos" que existen para los seres humanos y para los grupos formados por éstos se componen de "objetos" los cuales son producto de la interacción simbólica. Un objeto es todo aquello que puede ser indicado, todo lo que puede señalarse o a lo cual puede hacerse referencia: una nube, un libro, un cuerpo legislativo, un banquero, una doctrina religiosa, un fantasma, etc. Por cuestión de conveniencia pueden agruparse los objetos en tres categorías: (a) objetos físicos, como sillas, árboles y bicicletas; (b) sociales, como estudiantes, sacerdotes, un presidente, una madre o un amigo; y (c) abstractos, como los principios morales, doctrinas filosóficas e ideas tales como la justicia, la explotación y la compasión. Repito que un objeto es todo aquello que puede señalarse o a lo cual puede hacerse referencia. La naturaleza de un objeto —de todos y cada uno de ellos— consiste en el significado que éste encierra para la persona que como tal lo considera. El significado determina el modo en que una persona ve el objeto, la manera en que está dispuesta a actuar con respecto al mismo y la forma en la cual se dispone a hablar de él. Un mismo objeto puede tener distintos significados para diferentes individuos: un árbol será diferente según que lo considere un botánico, un leñador, un poeta o un jardinero: el presidente de los Estados Unidos puede ser un objeto completamente distinto para un miembro leal a su partido que para uno de la oposición; los miembros de un grupo étnico pueden ser considerados como distintos tipos de objeto por los miembros de otros grupos. El significado de los objetos para una persona emana fundamentalmente del modo en que éstos le han sido definidos por aquellos con quienes "interactúa". A través de las indicaciones de los demás aprendemos que una silla es una silla, que un médico es un tipo determinado de profesional, que la Constitución de los Estados Unidos es un tipo dado de documento legal, etc. Los objetos comunes (es decir, aquellos que tienen el mismo significado para un determinado conjunto de personas y son considerados por éstas en idéntica forma) son fruto de un proceso de indicaciones mutuas.

Este comentario acerca de los objetos permite extraer varias conclusiones dignas de mención. En primer lugar, nos proporciona una panorámica distinta del ámbito o entorno en que se desenvuelven los seres humanos. Desde el punto de vista de

éstos, el entorno se compone *exclusivamente* de aquellos objetos que unos seres humanos determinados identifican y conocen. La naturaleza del medio ambiente viene dada por el significado que para esas personas encierran los objetos que lo componen. Según esto, los individuos o grupos que ocupan o viven en las mismas coordenadas espaciales pueden tener entornos muy distintos; como se suele decir, gentes que coexisten en estrecho contacto geográfico pueden, sin embargo, estar viviendo en mundos diferentes. De hecho, la palabra "mundo" es más apropiada que el término "entorno" para designar el ámbito, el medio ambiente y la configuración de aquellas cosas con las que las personas tienen contacto. Los individuos se ven obligados a desenvolverse en el mundo de los objetos, y a ejecutar sus actos en función de los mismos. De ello se desprende que para entender los actos de las personas es necesario conocer los objetos que componen su mundo; una cuestión importante que analizaremos más adelante.

En segundo lugar, otra de las consecuencias es que los objetos (en lo que concierne a su significado) deben ser considerados como creaciones sociales en cuanto que se forman y surgen como resultado del proceso de definición e interpretación, ya que éste tiene lugar a su vez en la interacción de las personas. El significado de todas y cada una de las cosas ha de formarse, aprenderse y transmitirse a través de un proceso de indicación que constituye, necesariamente, un proceso social. A nivel de la interacción simbólica, la vida de un grupo humano es un vasto proceso en el que las personas van formando, sustentando y transformando los objetos de su mundo a medida que les van confiriendo un significado. Los objetos carecen de *status* fijo, a menos que su significado se vaya configurando mediante las indicaciones y definiciones que las personas hacen de ellos. Nada es tan evidente como el hecho de que los objetos pertenecientes a las tres categorías antes señaladas pueden experimentar un cambio en su significado. Para un astrofísico moderno una estrella en el cielo es un objeto muy distinto de lo que era para un pastor de los tiempos bíblicos. El matrimonio era un objeto muy distinto para los romanos primitivos que para las épocas posteriores. El presidente de una nación que no consigue actuar con éxito en momentos cruciales, puede convertirse en un objeto muy distinto para los ciudadanos de su país. En resumen, desde el punto de vista del interaccionismo simbólico, la vida de un grupo humano es un proceso a través del cual los objetos van creándose, afirmandose, transformándose y desechándose. La vida y los actos de los individuos van modificándose forzosamente a tenor de los cambios que acaecen en su mundo de objetos.

El ser humano considerado como organismo agente. El interaccionismo simbólico admite que el ser humano ha de tener una estructura en consonancia con la naturaleza de la interacción social. Se le concibe como un organismo capaz, no sólo de responder a los demás en un nivel no simbólico, sino de hacer indicaciones a los otros e interpretar las que éstos formulan. Como Mead ha demostrado categóricamente, la persona sólo puede hacer esto porque posee un "sí mismo". Esta expresión no encierra ningún significado esotérico. Quiere decir, sencillamente, que un individuo puede ser objeto de sus propios actos. Por ejemplo, puede concebirse a sí mismo, como un hombre joven, estudiante, endeudado, intentando hacerse médico, procedente de una familia humilde, etc. En todos estos casos es un objeto para sí mismo; tanto en sus actos para consigo mismo como para con los demás, se basa en el tipo de objeto que él constituye para sí. La noción de uno mismo como objeto

encaja en el anterior comentario sobre los objetos. Al igual que los restantes, el "auto-objeto" surge del proceso de interacción social en el que otras personas definen a un individuo ante sí mismo. En su análisis de la asunción del papel social, Mead ha investigado la forma en que esto acontece. Señala que, para que una persona se convierta en un objeto para sí misma ha de contemplarse desde fuera. Y esto sólo puede hacerlo poniéndose en el lugar de otra y observándose o actuando en relación consigo misma desde esa nueva perspectiva. Los papeles que una persona puede asumir van desde el de individuos distintos (la "etapa de juegos") hasta los de una comunidad abstracta ("el otro generalizado"), pasando por el de grupos organizados, ("etapa del juego organizado"). Al asumir tales papeles una persona se encuentra en situación de dirigirse o aproximarse a sí misma. Tal es el caso de la niña que "juega a las mamás" y se habla a sí misma como lo haría su madre, o el del sacerdote que se juzga a sí mismo a través del prisma del sacerdocio. Formamos nuestros objetos a partir de nosotros mismos mediante un proceso de asunción de papeles. De ello se deduce que nos vemos a nosotros mismos a través del modo en el que los demás nos ven o definen; o, para ser más exactos, nos vemos asumiendo uno de los tres tipos de papeles ajenos que ya hemos mencionado. El hecho de que un individuo forma un objeto de sí mismo basándose en las distintas maneras de definirlo que tienen los demás, está sobradamente admitido en la literatura actual, por lo que no haré más comentarios sobre el tema a pesar de su gran trascendencia.

El hecho de que el ser humano posea un "sí mismo" lleva implícito algo todavía más importante; y es que ello le capacita para entablar una interacción consigo mismo. Esta, sin embargo, no adopta la forma de una interacción entre dos o más partes de un sistema psicológico como, por ejemplo, entre necesidades, emociones, ideas, o entre el "id" y el "ego" del esquema freudiano, sino que es de indole social; es decir, una forma de comunicación, en la que la persona se dirige a sí misma como tal y responde en consecuencia. Este tipo de interacción es fácilmente detectable cuando advertimos que estamos enojados con nosotros mismos, y que debemos autoestimularnos para realizar nuestros quehaceres, cuando nos recordamos que hay que hacer esto o lo otro, o hablamos para nuestros adentros, al elaborar un plan de acción. Como estos mismos ejemplos sugieren, la "autointeracción" adopta principalmente la forma de un proceso en el que el individuo se hace indicaciones a sí mismo. El proceso en cuestión permanece continuamente en vigor durante la vida consciente del individuo, cuando éste advierte o considera tal o cual asunto, u observa éste o aquel acontecimiento. De hecho, en el ser humano, ser consciente o estar al tanto de una cosa cualquiera equivale a indicarse esa cosa a sí mismo; se le reconoce como un determinado tipo de objeto y se considera la pertinencia o importancia que reviste para la propia línea de acción. La vida consciente de una persona consiste en una serie de indicaciones de este tipo que se hace a sí misma y de las cuales se sirve para orientar sus actos.

De esta suerte obtenemos una descripción del ser humano como un organismo que entabla una interacción consigo mismo a través de un proceso social de autoformulación de indicaciones. Este punto de vista sobre el ser humano es radicalmente distinto del que prevalece en las ciencias social y psicológica contemporáneas en las cuales predomina el concepto según el cual la persona es un organismo complicado cuyo comportamiento constituye una respuesta a los factores que intervienen en la ordenación del organismo. Las escuelas de pensamiento de las ciencias sociales y psicológicas difieren enormemente a la hora de elegir los factores que cada una

considera significativos. Esto puede apreciarse en terrenos tan diversos y amplios como el de los estímulos, impulsos orgánicos, necesidad-disposición, motivos conscientes e inconscientes, emociones, actitudes, ideas, preceptos culturales, normas, valores, exigencias del *status*, papeles sociales, afiliaciones a grupos de referencia y presiones institucionales. Las escuelas difieren asimismo en su manera de concebir la organización del ser humano, que algunos consideran como un tipo de organización biológica, otras psicológica y otras, en fin, como una especie de organización social privada y adaptada a la estructura social del grupo al que pertenece. Coinciden, sin embargo, en considerar al ser humano como un organismo de respuesta, cuyo comportamiento es producto de los factores que intervienen en su organización, o bien una expresión de la acción recíproca entre las partes que conforman dicha organización. Bajo esta perspectiva muy generalizada, la persona sólo es "social" en el sentido de que pertenece a una especie social de que reacciona ante los demás (estímulos sociales) o de que ha incorporado a sí misma la organización de su grupo.

El interaccionismo simbólico mantiene un punto de vista sobre las personas fundamentalmente distinto. Considera que el individuo es "social" en un sentido mucho más profundo: como organismo capaz de entablar una interacción social consigo mismo formulándose indicaciones y respondiendo a las mismas. En virtud de esta autointeracción, la persona establece una relación con su entorno notablemente distinta a la que presupone el tan difundido punto de vista convencional antes descrito. En lugar de limitarse a considerarle como un organismo que responde a la acción recíproca de los factores que actúan sobre él o a través de él, el interaccionismo ve al individuo como un organismo que debe reaccionar ante lo que percibe. Estas percepciones las afronta entablando un proceso de autoindicación mediante el cual convierte en objeto aquello que percibe, le confiere un significado y utiliza éste como pauta para orientar su acción. Su comportamiento con respecto a lo que percibe no es una respuesta motivada por tal presencia, sino una acción que surge como resultado de la interpretación realizada a través del proceso de "autoindicación". En este sentido, la persona que ha entablado una interacción consigo misma no sólo es un organismo que responde, sino un organismo que actúa, que ha de modelar su línea de acción basándose en aquello que toma en consideración en lugar de limitarse a emitir una respuesta ante la interacción de un determinado factor en su organización.

Naturaleza de la acción humana. La capacidad de la persona para autoformularse indicaciones confiere a la acción humana un carácter distintivo. Significa que el individuo se halla ante un mundo que debe interpretar para poder actuar y no ante un entorno frente al que responde en virtud de su propia organización. Tiene que afrontar las situaciones en las que se ve obligado a actuar, averiguando el significado de los actos ajenos y planeando su propia línea de acción conforme a la interpretación efectuada. Tiene que construir y orientar su propia acción en lugar de limitarse a realizarla en respuesta a los factores que influyen en su vida u operan a través de su persona. Tal vez no lo haga con mucho acierto, pero tiene que hacerlo.

Este concepto del ser humano que orienta su acción autoformulándose indicaciones, contrasta radicalmente con el punto de vista sobre la acción humana que actualmente prevalece en las ciencias psicológica y social. Este enfoque dominante, como ya se ha dado a entender atribuye la acción de las personas a un factor desencade-

nante, o a una combinación de varios factores de este tipo. El origen de la acción se remite a cuestiones tales como motivos, actitudes, necesidad-disposición, complejos inconscientes, diversos tipos de estímulo, demandas del *status*, exigencias del papel social y coyunturales. Se considera que relacionar la acción con uno o más de estos agentes desencadenantes es una tarea plenamente científica. Este tipo de enfoque, sin embargo, ignora y suprime el proceso de autointeracción por medio del cual un individuo maneja su mundo y construye su acción. Así se cierra el acceso al importantísimo proceso de interpretación por medio del cual el individuo percibe y enjuicia lo que se presenta ante él, y planea las directrices de su comportamiento público antes de ponerlas en práctica.

Fundamentalmente, la acción por parte del ser humano consiste en una consideración general de las diversas cosas que percibe y en la elaboración de una línea de conducta basada en el modo de interpretar los datos recibidos. Entre las cosas que se tienen en cuenta a la hora de actuar cabe mencionar los deseos y necesidades, los objetivos, los medios disponibles para su logro, los actos ajenos, tanto realizados como previstos, la propia imagen y el resultado probable de una determinada línea de acción. El comportamiento se orienta y se forma a través de un proceso de indicación e interpretación, en el curso del cual determinadas líneas de acción pueden iniciarse o concluirse, abandonarse o postergarse, limitarse a un mero proyecto o a una vida interior de ensueños, o bien modificarse una vez iniciados. No me propongo analizar este proceso sino insistir en su presencia y operatividad en cuanto a la formación de la acción humana. Debemos admitir que la actividad del ser humano consiste en afrontar un caudal de situaciones ante las que se ve obligado a actuar, y que su acción se forja en función de lo que percibe, del modo en que lo enjuicia e interpreta y del tipo de líneas de acción planeadas que se propone realizar. Este proceso no se explica atribuyendo la acción a un determinado tipo de factor (por ejemplo móviles, necesidad-disposición, exigencias de la función desempeñada, expectativas o normas sociales) que se supone la desencadena y la conduce a su desenlace; esta clase de factores, o una expresión concreta de los mismos, es algo que el agente humano tiene en cuenta en el momento de planear su línea de acción. El factor desencadenante no abarca ni explica en qué forma es considerado el propio factor ni otras cuestiones en la situación que reclama la acción. Es preciso internarse en el proceso definitorio del agente para comprender sus actos.

Esta perspectiva de la acción humana es igualmente válida para aquellas actividades conjuntas o colectivas en las que intervienen una serie de individuos. La acción colectiva o conjunta constituye un dominio de interés sociológico, como se demuestra en el comportamiento de grupos, instituciones, organizaciones y clases sociales. Sea cual fuere su naturaleza, estas muestras de comportamiento comunitario se componen de individuos que hacen que sus líneas de acción encajen o se adopten recíprocamente. Es correcto y posible observar y estudiar tal comportamiento en su aspecto colectivo o conjunto en lugar de analizar sus componentes individuales. El comportamiento comunitario no pierde su rasgo constitutivo de haber sido elaborado mediante un proceso interpretativo al afrontar las situaciones en las que la colectividad se ve abocada a actuar. Tanto si dicha colectividad es un ejército en campaña, una empresa que pretende ampliar sus actividades o una nación que intenta corregir una balanza comercial desfavorable, es preciso que elabore su línea de acción interpretando lo que sucede en su campo de actividad. El proceso interpretativo se desarrolla a través de la formulación recíproca de indicaciones entre

quienes intervienen en el mismo, y no sólo a través de las que cada individuo se dirige a sí mismo. La acción colectiva o conjunta es el resultado de dicho proceso de interacción interpretativa.

Interconexión de la acción. Como se ha dicho antes, la vida de todo grupo humano se basa en y depende de la adaptación recíproca de las líneas de acción de los distintos miembros del grupo. La articulación de dichas líneas origina y constituye la "acción conjunta", es decir, una organización comunitaria de comportamiento basada en los diferentes actos de los diversos participantes. A pesar de estar formada por los actos que intervienen en su composición, la acción conjunta es distinta de cada uno de ellos y del conjunto formado por su mera agrupación. Posee en sí misma un carácter distintivo que reside en la articulación o vinculación propiamente dichas, con independencia de lo que pueda ser articulado o vinculado en cada caso. Por consiguiente, la acción conjunta puede reconocerse como tal, puede hablarse de ella y se la puede utilizar sin necesidad de fragmentarla en los actos aislados que la componen. Esto es lo que hacemos cuando hablamos de cosas como el matrimonio, una transacción comercial, la guerra, un debate parlamentario o un servicio eclesiástico. De modo parecido podemos hablar de una colectividad que realiza una acción conjunta sin necesidad de identificar a cada uno de sus miembros: así, hablamos de una familia, una sociedad mercantil, una iglesia, una universidad o una nación. Es evidente que el estudio de la acción conjunta y de las colectividades que la practican constituye, precisamente, el campo en que se desenvuelve el científico social.

Al analizar las colectividades y la acción conjunta es fácil incurrir en un concepto erróneo si se pasa por alto que la acción colectiva constituye la concatenación de los actos de los individuos que componen la colectividad. Este error induce a desestimar el hecho de que toda acción conjunta ha de experimentar necesariamente un proceso de formación. Aunque se trate de una forma de acción social perfectamente conocida y claramente reiterativa, cada uno de los casos que la integran ha de formarse de nuevo. Más aún, el curso de formación que precisa seguir para materializarse tiene lugar, necesariamente, a través del doble proceso antes mencionado: el de la designación y el de la interpretación. Los individuos que participan en la acción siguen teniendo que orientar sus actos respectivos mediante la formación y utilización de significados.

Hechas estas observaciones a modo de preámbulo, quisiera destacar tres puntos acerca de las implicaciones de la concatenación que representa la acción conjunta. Primero me gustaría analizar los elementos estables y reiterativos de la misma. La parte preponderante de la acción social en una sociedad humana, y especialmente en una ya consolidada, adopta la forma de modelos recurrentes de acción conjunta. En la mayoría de las situaciones en que las personas actúan con respecto a otras, los individuos cuentan de antemano con un profundo conocimiento del modo en que han de comportarse y de cómo se comportarán los demás. Comparten los significados comunes y preestablecidos de lo que se espera de cada participante en una acción determinada y, consecuentemente, cada uno de ellos es capaz de orientar su conducta de acuerdo con dichos significados. Los ejemplos de formas reiterativas y preestablecidas de acción conjunta son tan frecuentes y comunes que es fácil entender por qué los eruditos la han considerado como la esencia o la forma natural de vida de los grupos humanos. Este punto de vista se pone especialmente de mani-

fiesto en los conceptos de "cultura" y "orden social", que tanto predominan en la literatura sociológica. La mayoría de los esquemas sociológicos se apoyan en la creencia de que toda sociedad humana adopta la forma de un orden de vida establecido, que se resume en una adhesión general a las reglas, normas, valores y sanciones que indican a las personas el modo en que han de actuar frente a las distintas situaciones.

Este claro esquema se presta a varios comentarios. En primer lugar, no es rigurosamente cierto que la vida de cualquier sociedad humana, en todos sus aspectos, no sea sino una mera expresión de formas preestablecidas de acción conjunta. En el ámbito de la vida de grupo surgen constantemente nuevas situaciones problemáticas ante las cuales las normas existentes resultan inadecuadas. Nunca he oído hablar de ninguna sociedad exenta de problemas, o cuyos miembros no tengan que entablar un debate para proyectar un sistema de acción. Las áreas de conducta no prescrita son tan naturales, genuinas y recurrentes en la vida de los grupos humanos como las integradas en los preceptos ya establecidos y fielmente observados de la acción conjunta. En segundo lugar hemos de admitir que incluso en el caso de lo que se refiere a la acción conjunta reiterativa y preestablecida, cada uno de los casos que lo integran ha de formarse de nuevo. Los individuos participantes en la misma siguen teniendo que elaborar sus líneas de acción y adaptarlas a las de los demás mediante el doble proceso de la designación y la interpretación. Cuando se trata de una acción conjunta reiterativa lo hacen, por supuesto, empleando los mismos significados periódicos y constantes. Si admitimos esto, tenemos que advertir forzosamente que lo importante es el papel y el destino de los significados y no la acción conjunta en su forma establecida. La acción conjunta reiterativa y estable es el resultado de un proceso interpretativo en igual medida que cualquier nueva forma de acción conjunta que se desarrolle por primera vez. No es una afirmación ociosa ni petulante: los significados subyacentes en toda acción conjunta consolidada y reiterativa son susceptibles tanto de presión como de esfuerzo, de incipiente descontento como de indiferencia; pueden ser ora combatidos, ora reafirmados; puede dejarse que actúen por sí mismos desentendiéndose de ellos o infundirles nuevos bríos. Tras la fachada de la acción conjunta objetivamente enfocada, la serie de significados que la sustenta tiene una vida que los científicos sociales mal pueden ignorar. La aceptación gratuita de los conceptos sobre normas, valores, reglas sociales y demás no debiera ocultar a los estudiosos el hecho de que cualquiera de estos conceptos depende del proceso de interacción social, el cual le es necesario, no sólo para cambiar sino también para conservarse en una forma establecida. Es el proceso social el que crea y sustenta las normas en la vida de grupo y no éstas las que forjan y sostienen aquélla.

La segunda observación sobre el encadenamiento que constituye la acción conjunta se refiere a la extensa conexión de las acciones que componen una parte tan amplia de la vida de grupo. Estamos familiarizados con esas vastas y complejas redes de acción que implican la concatenación e interdependencia de los distintos actos de diversas personas, como sucede en la división del trabajo que comienza con el cultivo de los cereales por el labrador y termina con la venta del pan en un establecimiento, o en la complicada cadena que abarca desde la detención de un sospechoso inocente a su puesta en libertad. Dichas redes, que suponen la participación regularizada de distintas personas con diversos actos a diferentes niveles, nos dan una descripción de aquellas instituciones que han revestido justificadamente el

mayor interés para los sociólogos. Asimismo proporcionan cierta consistencia a la idea de que la vida de todo grupo humano posee el carácter de un sistema. Ante tan vasto complejo de actividades diversificadas, ensambladas en un funcionamiento regular; al contemplar la organización complementaria de los participantes en una red de relaciones de interdependencia, es fácil entender por qué numerosos eruditos consideran dichas redes o instituciones como entidades de regulación autónoma, que siguen su propia dinámica sin requerir que se preste atención a los individuos que intervienen en las mismas. La mayoría de los análisis sociológicos de instituciones y organizaciones sociales apoyan este punto de vista: lo cual, en mi opinión, constituye un grave error. Habría que admitir lo que es evidente, es decir, que el amplio y diverso abanico de sujetos participantes que ocupan distintos puestos en una de estas redes emprenden sus acciones en dichos puestos basándose en la utilización de determinados conjuntos de significados. Ninguna red o institución funciona automáticamente por medio de alguna dinámica interna o de exigencias del sistema, sino porque las personas ubicadas en los distintos niveles hacen algo concreto, y lo que hacen es producto de su modo de definir la situación en la que se sienten compelidos a actuar. Una apreciación parcial de este punto se refleja actualmente en ciertos aspectos de la labor de toma de decisiones, pero en general pasa lamentablemente inadvertido. Es forzoso reconocer que el abanico de significados que impulsa a los componentes de una cadena a actuar como lo hacen, dentro de sus puestos respectivos, ocupa su propio sitio en un proceso localizado de interacción social; y que dichos significados se forman, sostienen, debilitan, refuerzan o transforman, según el caso, a través de un proceso socialmente definitorio. Tanto el funcionamiento como la suerte que corren las instituciones son producto de este proceso de interpretación, a medida que éste se va desarrollando entre los diversos conjuntos de individuos participantes en el mismo.

Es preciso hacer una tercera observación importante, y es que todo tipo de acción conjunta, ya sea de reciente formación o hace tiempo consolidada ha surgido necesariamente de un historial de acciones previas de los participantes. Nunca surge un nuevo tipo de acción conjunta al margen del mencionado historial. Las personas que participan en la formación de una nueva acción conjunta siempre aportan a la misma el mundo de los objetos, el conjunto de significados y los esquemas de interpretación que antes poseían. Por lo tanto, la nueva acción siempre emerge *de* y guarda relación *con* un contexto de acción conjunta previa, y no puede concebirse fuera de dicho contexto. Al considerar este tema hay que tener en cuenta el citado vínculo con las formas precedentes de acción conjunta. Pensar que una forma dada de acción conjunta puede ser desgajada de su vínculo histórico, como si su estructura y su carácter surgiesen por generación espontánea en lugar de nutrirse de lo anteriormente acaecido, equivale a pisar un terreno engañoso y empíricamente inválido. Ante situaciones radicalmente distintas y plenas de tensión, las personas pueden sentirse impulsadas a desarrollar nuevas formas de acción conjunta notablemente distintas de aquellas en las que previamente han intervenido, si incluso en tales casos existe siempre cierta conexión y continuidad con lo acaecido en el pasado. No se puede entender la nueva forma de acción sin incluir en su análisis el conocimiento de la mencionada continuidad. La acción conjunta no sólo representa una vinculación horizontal, para expresarlo de esta forma, de las actividades de los individuos participantes, sino también una conexión vertical con la acción precedente.

Resumen. Suponemos que la perspectiva general del interaccionismo simbólico habrá quedado perfectamente clara tras este breve bosquejo de sus aspectos radicales. Este enfoque considera que una sociedad humana se compone de personas comprometidas en el acto de vivir. La vida es un proceso de continua actividad en la que los participantes desarrollan líneas de acción ante las innumerables situaciones que han de afrontar. Están como engranados en un vasto proceso de interacción, en el seno del cual deben hacer que sus acciones en desarrollo se adapten a las ajenas. El proceso consiste en formular indicaciones a los demás sobre lo que hay que hacer, y en interpretar las que ellos formulan a su vez. Las personas viven en un mundo de objetos y el significado de los mismos es lo que les guía en su orientación y sus actos. Sus objetos, incluyendo los que contienen en sí mismos, se forman, sustentan, debilitan, y transforman a través de su interacción con otras personas. Por supuesto, este proceso general debiera observarse a la luz del carácter diferenciado que necesariamente posee, como consecuencia del hecho de que las personas se reúnen en diferentes grupos, pertenecen a asociaciones distintas y ocupan puestos diversos. Por eso cada individuo se aproxima a los demás de un modo diferente, vive en un mundo distinto y se guía a sí mismo por medio de un conjunto de significados disímiles. No obstante, ya se trate de una familia, la banda de un muchacho, una sociedad industrial o un partido político, es preciso tener en cuenta que las actividades de la colectividad se van formando a través de un proceso de designación e interpretación.

Principios metodológicos de la ciencia empírica

He abordado el tema del interaccionismo simbólico no como una doctrina filosófica*, sino como una perspectiva dentro de la ciencia social empírica, un enfoque encaminado a ofrecer un conocimiento verificable de la vida de grupo y el comportamiento humanos. Según esto, sus principios metodológicos deben cumplir los requisitos fundamentales de la ciencia empírica. ¿Cuáles son estos requisitos? El pensamiento actual y la discusión de la metodología en las ciencias social y psicológica están salpicadas de numerosos malentendidos y confusiones en esta materia, por lo cual considero conveniente esbozar algunos principios básicos.

Comenzaré con la redundante afirmación de que una ciencia empírica presupone la existencia de un mundo empírico. Este mundo constituye algo susceptible de observación, estudio y análisis, y *se mantiene inmutable ante* el observador científico, con un carácter que debe ser explorado y descubierto por medio de la observación, el estudio y el análisis. El mundo empírico tiene que ser siempre el punto central de interés. En el caso de la ciencia empírica constituye el punto de partida y de retorno. Es el campo de verificación de cualquier afirmación que se haga sobre él. Para la ciencia empírica, "la realidad" sólo existe en el mundo empírico, en el cual ha de buscarse y verificarse.

* El interaccionismo simbólico establece las premisas de una filosofía profunda, de gran contenido humanista. Al elevar el "sí mismo" a un rango de suprema importancia y reconocer que su formación y realización se producen a través de la asunción de los papeles sociales de los demás, con quienes el individuo está implicado en las actividades conjuntas de la vida de grupo, el interaccionismo simbólico proporciona los elementos esenciales para la formulación de un estimulante esquema filosófico particularmente amoldado a la experiencia social. Los escritos de George Herbert Mead y John Dewey, en especial, esbozan las líneas generales de esta filosofía.

Para que esta trivial aunque indispensable declaración no sea mal interpretada, añadiré unas palabras sobre las posturas tradicionales del idealismo y el realismo, ya que estas doctrinas filosóficas han influido considerablemente en la investigación científica dentro del ámbito de la sociología y la psicología actuales.

El idealismo sostiene tradicionalmente que "el mundo de la realidad" sólo existe en la experiencia humana y que surge exclusivamente en la forma en que los seres humanos lo "ven". Creo que tal concepto es indiscutible. Es imposible mencionar un solo ejemplo de caracterización del "mundo de la realidad" que no esté marcado por la imaginación humana. El ser humano no conoce nada que no se presente en forma de algo a lo que pueda referirse o que sea capaz de indicar. Para señalar cualquier cosa, una persona tiene que verla desde su propia perspectiva: ha de describirla tal y como aparece para ella. En este sentido no es posible hallar ninguna fisura en el argumento de que el mundo empírico existe siempre y necesariamente en forma de imágenes y conceptos humanos del mismo. Sin embargo, en contra de lo que muchos suelen deducir, esto no traslada la "realidad" desde el mundo empírico a la esfera de las metáforas y los conceptos. Es erróneo llegar a la conclusión de que, como el mundo empírico sólo puede existir para el ser humano en forma de imágenes o conceptos, la realidad hay que buscarla en dichas imágenes o conceptos prescindiendo del mundo empírico. Esta postura solipsista es insostenible, y haría imposible toda ciencia empírica. Es insostenible debido al hecho de que el mundo empírico puede "replicar" a nuestros conceptos o afirmaciones sobre el mismo, es decir, desafiar, resistir y no rendirse ante nuestras imágenes o ideas. Tal resistencia confiere al mundo empírico un carácter obstinado que es el sello de la realidad. Su inflexibilidad, su capacidad de resistir y replicar, exige y justifica la ciencia empírica. Fundamentalmente, ésta persigue como objetivo el desarrollo de imágenes y conceptos susceptibles de manejar con éxito y adaptarse a la resistencia ofrecida por el mundo empírico sometido a estudio.

El reconocimiento de que el mundo empírico posee un carácter obstinado con el que hay que llegar a un acuerdo, justifica plenamente la insistencia realista de que posee una naturaleza "real". Con todo, es necesario eludir los conceptos que han lastrado el realismo tradicional perjudicando seriamente su fecundidad. Uno de ellos sostiene que ese carácter obstinado —o realidad— del mundo empírico es fijo e inmutable en cierto aspecto esencial cuyo descubrimiento constituye el objetivo de la ciencia empírica. Por el contrario, la historia de dicha ciencia demuestra que el mundo empírico se presenta siempre "aquí y ahora" y está siempre refundiéndose debido a la realización de nuevos hallazgos. El peligro que entraña la creencia de que la realidad del mundo empírico se concreta en una forma perpetuamente inmutable desemboca en la natural disposición a considerar que el conocimiento existente de dicha realidad constituye esa forma siempre fija. La historia confirma que tal disposición supone un formidable freno a las nuevas investigaciones y descubrimientos. El segundo concepto esterilizante afirma que la realidad del mundo empírico debe ser considerada y asumida en función de los hallazgos de la ciencia física más avanzada. Esta idea ha tenido efectos particularmente perniciosos sobre las ciencias psicológica y social y nada autoriza a defenderla. Lo único que un estudio minucioso y honesto ha puesto de relieve es ese inflexible carácter del mundo empírico. Forzarlo a que encaje en un esquema diseñado para un segmento dado del mismo, es filosóficamente sectario y no representa el enfoque de la auténtica ciencia empírica.

La descripción correcta de esta ciencia es, a mi juicio, la que la define como una búsqueda de respuestas a las preguntas formuladas sobre el carácter "resistente" del mundo empírico en estudio. Hay que respetar esta obstinada naturaleza o carácter: tal es, en realidad, el principio fundamental de la ciencia empírica, la cual lleva a cabo sus investigaciones obteniendo imágenes del mundo empírico en estudio y verificándolas por medio de un severo escrutinio del mismo. Esta simple observación nos permite enfocar correctamente el tema de la metodología, la cual remite a (o abarca) los principios subyacentes que sirven de guía en el proceso analítico completo del carácter obstinado del mundo empírico en cuestión. Tal concepto de la metodología entraña tres puntos de vital importancia: (1) la metodología abarca la investigación científica en su totalidad y no sólo un sector o aspecto seleccionados de la misma; (2) cada una de sus partes, así como el acto científico en su totalidad, deben adecuarse al carácter obstinado del mundo empírico en estudio; por lo tanto, los métodos de estudio están subordinados a dicho mundo y han de ser verificados por éste; y (3) el mundo empírico sometido a estudio, y no un modelo de pesquisa científica, es el que proporciona la respuesta decisiva sobre la investigación emprendida. Me gustaría aclarar cada uno de estos puntos.

(1) A mi modo de ver debiera resultar evidente que la metodología se aplica y abarca todas las partes del acto científico. Considero necesario hacer esta salvedad a causa de la asombrosa inclinación de la ciencia social en uso a identificar la metodología con cierto sector limitado de la indagación científica y, más aún, a atribuir a este aspecto parcial una importancia gratuita. Actualmente, la ciencia social considera con desalentadora frecuencia que el término "metodología" es sinónimo del estudio de los procedimientos cuantitativos superiores, y que un "metodólogo" es un experto versado en el conocimiento y utilización de tales procedimientos. Se le considera generalmente como alguien que aborda el estudio basándose en variables cuantificables, que intenta establecer relaciones entre ellas mediante el empleo de refinadas técnicas estadísticas y matemáticas, y que orienta su búsqueda por medio de elegantes modelos lógicos adecuados a cánones especiales de cierto "plan de investigación". Estos conceptos son sólo una parodia de la metodología considerada como el estudio lógico de los principios subyacentes en la conducta de la indagación científica. Es evidente que el método de la ciencia empírica abarca todo el campo del acto científico, sin omitir las premisas iniciales ni la totalidad de las etapas de procedimiento comprendidas en dicho acto. Todos estos elementos son de vital importancia en el estudio científico y precisan ser analizados y respetados al desarrollar los principios de la metodología. Para facilitar la comprensión de este tema, me permitiré señalar los aspectos más importantes de la investigación científica, indispensables para la labor de la ciencia empírica.

- (a) *La posesión y utilización de una descripción o esquema previo del mundo empírico en estudio.* Como antes hemos dicho, esto constituye un requisito previo indispensable en cualquier estudio del mundo empírico, ya que únicamente podemos contemplar ese mundo a través de un esquema o concepto del mismo. La descripción subyacente del mundo empírico utilizada orienta y configura en su totalidad el acto del estudio científico. La citada descripción marca la pauta para la selección y formulación de los problemas, la determinación de los datos, los caminos a seguir para obtenerlos, el tipo de relaciones que se pretende establecer entre éstos y las formas en que se modelan las proposiciones. Habida cuenta del efecto fundamental y omnipresente que esta descripción inicial del mundo empírico ejerce sobre la totalidad del acto de la

investigación científica, sería absurdo ignorarla. Dicha descripción siempre puede determinarse mediante un conjunto de premisas constituidas por la naturaleza conferida implícita o explícitamente a los objetos clave que intervienen en la descripción. La ineludible labor del auténtico procedimiento metodológico consiste en establecer y evaluar tales premisas.

- (b) *Formulación de preguntas sobre el mundo empírico y transformación de las preguntas en problemas.* Esta etapa constituye el origen del acto investigador. Es evidente que la clase de preguntas formuladas y el tipo de problemas planteados decide y orienta las líneas de indagación ulteriores. Por eso es de vital importancia que el metodólogo examine minuciosamente y evalúe con juicio crítico el modo en que los problemas han sido seleccionados y formulados. La superficialidad, el monótono convencionalismo y la servil adhesión a la doctrina en la selección y planteamiento de los problemas constituyen el conocido y pernicioso lastre de la ciencia empírica.
- (c) *Determinación de los datos de interés y de los caminos a seguir para obtenerlos.* Es evidente que los datos se derivan del problema, lo que pone de relieve la importancia que tiene estar seguro del carácter satisfactorio del mismo. Aunque suministrados por éste, los datos han de ser examinados constantemente para ver si aconsejan la revisión o desestimación del problema. Al margen de esto es importante reconocer que los medios empleados para obtener los datos dependen de la naturaleza de éstos. Una razón inversa que permitiese al método seguido en la obtención de los datos determinar la naturaleza de éstos, corrompería la auténtica investigación empírica. Estas escasas observaciones revelan la evidente necesidad de determinar y recopilar los datos ateniéndose a un juicio crítico y minucioso.
- (d) *Determinación de las relaciones entre los datos.* Habida cuenta que del establecimiento de conexiones entre los datos dependen los hallazgos del estudio, es importante conceder especial atención a la forma de conseguirlos. Esto es cierto tanto si el conocimiento de las uniones es fruto de una acertada reflexión acerca de lo que se considera como posibles relaciones significativas, o de un procedimiento mecánico tal como el análisis de los factores o un esquema de correlación obtenido mediante ordenador.
- (e) *Interpretación de los hallazgos.* Esta etapa final conduce al investigador más allá de los límites del problema estudiado, puesto que al elaborar las interpretaciones tiene que relacionar sus descubrimientos con un conjunto teórico externo o con un bloque de conceptos que trasciende el estudio realizado. Esta importante fase final merece un examen metodológico en el caso de las ciencias psicológica y social. Metafóricamente hablando es en ese momento cuando pueden introducirse subrepticamente nuevas cartas en la baraja, otorgando a la interpretación un rango "científico" injustificado por el mero hecho de que las etapas precedentes del estudio han sido cubiertas correctamente. El cuerpo teórico externo o el conjunto de conceptos utilizado para encuadrar la interpretación pueden no haber sido verificados y resultar falsos.
- (f) *La utilización de conceptos.* Los conceptos desempeñan un papel primordial a lo largo de todo el acto de investigación científica. Son elementos significativos en el esquema previo que el investigador posee del mundo empírico. Es probable incluso que sean los términos en los que el problema se plantea. Normalmente constituyen aquellas categorías para las que se intenta conseguir los datos y en el seno de las cuales se agrupan éstos. Generalmente se convierten en el medio principal de establecer las relaciones entre los datos, y suelen constituir los puntos de apoyo para la interpretación de los hallazgos. A causa de la decisiva función que desempeñan en la investigación científica es especialmente importante someter los conceptos a un examen metodológico.

Todo procedimiento metodológico de tal nombre ha de abordar los temas arriba mencionados, puesto que son una parte esencial del acto de investigación científica

empírica. Sin embargo no debe abordarlos en el sentido de aventurar un determinado esquema del mundo empírico, ni tampoco esbozando un conjunto de problemas sobre el mismo, seleccionando los datos o el modo de obtenerlos, prefigurando las líneas de conexión que hay que buscar, bosquejando el marco en el cual encuadrar las interpretaciones ni determinando los conceptos a utilizar, sino que debe enfocarlos con miras a establecer los principios necesarios para llevar a cabo todo lo que antecede, de modo que se respete y luche tenazmente con el carácter obstinado del mundo empírico sometido a estudio.

En este sentido una gran parte de la actual metodología de las ciencias social y psicológica es errónea e inadecuada. La mayor parte de lo que hoy pasa por ser metodología se compone de objetivos como los siguientes: la invención y empleo de refinadas técnicas de investigación, normalmente con un carácter estadístico avanzado; la elaboración de modelos lógicos y matemáticos, presididos con demasiada frecuencia por un criterio de elegancia; la confección de esquemas formales sobre el modo de elaborar conceptos y teorías; la osada aplicación de esquemas tomados en préstamo, con los análisis del *input-output*, los análisis de sistemas y estocásticos; la fiel servidumbre a los cánones del plan de investigación, y el fomento de un procedimiento particular, como el análisis de los informes, considerado como *método* de estudio científico. Me maravilla la suprema confianza con que estos objetivos son presentados como materia de la metodología. Muchos de ellos, como los que subrayan la necesidad del empleo de técnicas estadísticas y cuantitativas, son obviamente inadecuados, por la sencilla razón de que sólo abordan un aspecto limitado del acto completo de la investigación científica ignorando otros temas tales como las premisas, problemas, conceptos, etc. Mayor gravedad reviste aún el hecho de que, casi sin excepción, prescinden de afrontar la tarea de esbozar los principios sobre el modo en que deben ser elaborados los esquemas, problemas, datos, conexiones, conceptos e interpretaciones, *según la naturaleza del mundo empírico en estudio*. Los mencionados objetivos representan un esfuerzo por desarrollar una metodología independiente del inflexible carácter del mundo empírico a la que ésta ha de aplicarse. No es así como la metodología se desarrolla en el caso de la ciencia empírica. Los principios que dicha metodología comprende han de abarcar el acto de la indagación científica no de una forma lógica propia e independiente, sino por los caminos que tal indagación debe seguir para explorar un determinado tipo de mundo empírico. En este importante sentido, la metodología de las ciencias social y psicológica no puede ignorar los temas de cómo hay que considerar el mundo empírico, plantear los problemas, seleccionar los datos, determinar e interpretar las relaciones y utilizar los conceptos.

(2) Una vez admitido que la metodología abarca todas y cada una de las partes importantes del acto de investigación científica, quisiera comentar y destacar un punto de mayor importancia incluso para la metodología. Cada una de las partes de ese acto —y por consiguiente, todo el acto— debe ser sometida a la prueba del mundo empírico y válida por dicha prueba. La realidad existe en el mundo empírico y no en los métodos empleados para estudiarlo: hay que descubrirla examinando ese mundo, y no a través de los análisis o la elaboración de los métodos utilizados para estudiarlo. Los métodos son meros instrumentos concebidos para reconocer y analizar el carácter obstinado del mundo empírico, y por ello su valor reside únicamente en su capacidad de hacer posible la tarea a realizar. En este sentido fundamental, los procedimientos empleados en cada una de las partes del acto de investigación cienti-

fica han de evaluarse en función de si respeta o no la naturaleza del mundo empírico en estudio; se trata pues de saber si lo que significan o implican es la naturaleza de aquél. Así pues, el esquema subyacente del mundo empírico utilizado en el acto de la investigación científica requiere un examen crítico que permita decidir si es cierto o no lo es; los problemas sometidos a estudio deben ser críticamente enjuiciados para ver si son auténticos problemas *del mundo empírico*. Hay que observar si los datos seleccionados poseen, de hecho, en dicho mundo el carácter que se les ha conferido en el estudio; de modo parecido es necesario examinar el propio mundo empírico, con independencia del estudio, para comprobar si las relaciones presupuestas entre los datos se dan en la forma enunciada; las interpretaciones de los hallazgos, teniendo en cuenta sobre todo que proceden de fuentes externas, ajenas al estudio, deben someterse a una prueba empírica; y por último, los conceptos utilizados a lo largo de la investigación requieren particularmente un examen para verificar si encajan en el mundo empírico al que se supone que hacen referencia. El tratamiento metodológico exige, cuando menos, todas estas etapas.

Evidentemente, sin embargo, este tipo de exámenes y evoluciones de la indagación científica son muy poco frecuentes en lo que actualmente se denomina metodología de las ciencias social y psicológica. Las premisas, problemas, datos, relaciones e interpretaciones son aceptadas casi siempre tal y como se presentan, evitándose así su análisis directo en función del mundo empírico. En lugar de ello, la metodología actual insiste en seguir otros caminos para tratar de determinar la validez empírica de los esquemas, conceptos, relaciones, etc. Estas otras vías recomendadas y ampliamente utilizadas son las siguientes: (a) sujeción a un protocolo científico; (b) insistencia en la reproducción de estudios de investigación; (c) confianza en la verificación de las hipótesis; y (d) empleo de procedimientos supuestamente operacionales. Comentaré cada uno de estos esquemas alternativos.

Existe la creencia harto difundida y profundamente arraigada en la sociología y la psicología, de que una fiel adhesión a lo que comúnmente se acepta como protocolo acertado en el procedimiento investigador permite obtener automáticamente resultados válidos para el mundo empírico. El protocolo "correcto" constituye la pauta normal en sociología y psicología; está bien representado por lo que hoy denominamos principios del plan de investigación. Se presenta a los investigadores como el modelo de indagación científica; los especialistas y directores lo emplean para evaluar los planes de estudios, y los organismos de subvención lo aplican con bastante rigor a la evaluación de los proyectos de investigación. Todo ello refleja la creencia de que una fiel adhesión al protocolo del procedimiento investigador es una garantía de que se respeta la naturaleza del mundo empírico. Tal garantía no existe, desde luego. En el seno del "protocolo científico" se puede trabajar inconscientemente con falsas premisas, problemas erróneos, datos falseados, relaciones deformadas, conceptos inexactos e interpretaciones sin verificar. El protocolo no lleva incorporado ningún mecanismo que permita comprobar si las premisas, datos, relaciones, conceptos e interpretaciones son corroborados por la naturaleza del mundo empírico.

Esta observación es igualmente aplicable a la confianza depositada en la reproducción de estudios que utilizan un protocolo de investigación preestablecido. Esta reproducción no satisface la necesidad de validar empíricamente las premisas, problemas, conceptos y demás elementos fundamentales de estudio científico. El hecho de que un estudio de este tipo, que se basa en un determinado protocolo, propor-

cione o no el mismo resultado que un estudio anterior es independiente de la cuestión de la validez empírica de las premisas, problemas, etc., que se utilizan.

Sin lugar a dudas, la verificación de las hipótesis es el sistema que la psicología y la sociología emplean con preferencia actualmente para determinar la validez empírica de un enfoque concreto. El razonamiento que se sigue en este caso es muy sencillo. Se comienza elaborando un esquema, teoría o modelo del mundo empírico o área en estudio. Los esquemas, teorías y modelos representan la forma en que se supone que el mundo empírico funciona o está estructurado. A continuación se deduce del esquema la afirmación de lo que cabría esperar que suceda bajo tal o cual conjunto de circunstancias. Esta aseveración constituye la hipótesis. Luego se emprende el estudio de un área empírica determinada que represente dichas circunstancias. Si los descubrimientos derivados de este estudio confirman la hipótesis, se da por sentado que el esquema, teoría o modelo a través del cual se ha deducido aquella son empíricamente válidos. Lógicamente, este punto de vista se basa en una noción del tipo "como si...", es decir, se enfoca el mundo empírico *como si* poseyese tal o cual estructura, se extraen conclusiones restringidas y específicas sobre lo que podría descubrirse si el mundo empírico poseyese realmente la estructura que se le atribuye, y a continuación se comprueba si tales conclusiones se dan en el citado mundo empírico.

Hay una parte de verdad en este enfoque, pero sólo si: (a) la hipótesis *compendia* realmente el modelo o la teoría de los cuales se ha deducido; y (b) si la verificación de las hipótesis va seguida de una minuciosa búsqueda de casos empíricos negativos. Con excesiva frecuencia estas condiciones no se cumplen en las ciencias social y psicológica. La hipótesis raramente encarna o refleja la teoría o modelo de un modo tan decisivo que éstos corran la misma suerte que la hipótesis sometido a ensayo. Más aún, la corroboración de la hipótesis es inequívocamente inadecuada cuando se limita a una situación empírica particular circunscrita por aquella; es necesario comprobar si se mantiene igualmente ante una serie de otras situaciones empíricas relevantes cuyos planteamientos sean lo más variados posible. A menos que se cumplan estas dos condiciones específicas, lo único que se verifica es la hipótesis, no el modelo o esquema teórico del cual se ha deducido. Como veremos más adelante, y tenemos buenas razones para comprenderlo, los esquemas teóricos de la psicología y la sociología se han distinguido siempre por la facilidad con que se verifican las hipótesis de ellas deducidas o, como sucede a veces, por la notable capacidad que dichos esquemas poseen para conservar intacto un sólido *rango*, incluso cuando se comprueba que determinadas hipótesis deducidas de las mismas carecen de fundamento. Esto se aprecia *ad nauseum* en esquemas teóricos tales como la doctrina de los instintos, el conductismo watsoniano, la psicología de la Gestalt, o la concepción de estímulo y respuesta, el psicoanálisis, el modelo *input-output*, el concepto orgánico de la sociedad humana, el determinismo cultural y el funcionalismo estructural. Los defensores y partidarios de estas teorías nunca tienen dificultades para verificar las hipótesis que formulan a partir de sus esquemas. Tampoco veo que éstos, ya trasnochados, desaparezcan por el hecho de que las hipótesis de ellos deducidas hayan perdido validez. Las causas de su desaparición tienen distinto origen. Estas observaciones debieran despertar el más absoluto recelo ante la general confianza que las ciencias social y psicológica depositan en la verificación de las hipótesis como medio de determinar la validez empírica de los esquemas y modelos teóricos. Habida cuenta de sus antecedentes existen serias razones

para dudar de la eficacia de este procedimiento socio-psicológico en cuanto a determinar la validez empírica de las premisas, problemas, datos, relaciones, conceptos e interpretaciones.

El último tipo de procedimiento --el llamado "operacional"-- es aún menos apropiado para determinar la validez empírica de los elementos clave del acto de investigación científica. El "procedimiento operacional" se basa en la idea de que a una aseveración o concepto teóricos se les puede conferir validez y referencia empíricas desarrollando un procedimiento específico y regularizado de aproximación al mundo empírico. Dicho procedimiento u operación puede consistir en el uso de un test, una escala, un instrumento de medida o una modalidad normalizada de investigación. El procedimiento "operacionaliza" el concepto o proposición teóricos. Si la operación en cuestión supera con éxito las pruebas de fiabilidad, es utilizado como instrumento seguro para la obtención de datos empíricos específicos. A su vez, se presume que tales datos constituyen referencias empíricamente válidas del concepto o proposición "operacionalizada". El empleo de los tests de inteligencia es un típico ejemplo de procedimiento operacional. Los tests son instrumentos exactos y normalizados que proporcionan datos empíricos precisos y dignos de reproducción, y estos datos (cocientes de inteligencia) pueden ser considerados con justicia como firmes y válidas referencias empíricas del concepto de inteligencia. En realidad, una cuidadosa reflexión pone de relieve que el procedimiento operacional no constituye en absoluto una validación empírica de lo que está siendo "operacionalizado". El concepto o proposición que se "operacionaliza" --el concepto de inteligencia, por ejemplo--, se refiere a algo que se considera está presente en el mundo empírico, con distintas formas y bajo diversos planteamientos. Así, por ejemplo, en la vida empírica se considera que la inteligencia es algo presente en terrenos tan diversos como la hábil planificación estratégica de un general del ejército, la ingeniosa explotación de una situación de mercado por parte de un empresario, los eficaces métodos de supervivencia puestos en práctica por un desheredado de la fortuna, la hábil resolución de problemas de su competencia por parte de un campesino o un miembro de una tribu primitiva, la astucia de baja estofa que una delincuente juvenil despliega en un reformatorio y la composición de buenos versos por un poeta. Salta a la vista lo ridículo e injustificado de creer que la "operacionalización" de la inteligencia, por medio de un determinado test de evaluación, pueda proporcionar una descripción satisfactoria de la misma. Para obtener una descripción que posea validez empírica es preciso captar y estudiar la inteligencia tal y como se desenvuelve en la vida empírica real, en lugar de recurrir a la selección especializada y normalmente arbitraria de un área en la que supuestamente se manifiesta. Esta observación es igual y perfectamente válida para todos los casos de procedimientos presuntamente operacionales. Si el concepto o proposición "operacionalizados" se utilizan con referencia a algo que está presente en el mundo empírico, un auténtico científico empírico no puede eludir la necesidad de abarcar y estudiar las formas representativas de dicha presencia empírica. Seleccionar (generalmente de modo arbitrario) una forma determinada de referencia empírica y suponer que el estudio "operacionalizado" de la misma engloba en su totalidad el alcance empírico del concepto o la proposición equivale, por supuesto, a dar por sentado lo que se pretende probar. Esta deficiencia, que afecta de modo tan uniforme al procedimiento operacional, demuestra que el "operacionalismo" está muy lejos de poder proporcionar la validación necesaria a la ciencia empírica.

Resumiendo la anterior exposición, ninguno de los cuatro medios habitualmente empleados (sujeción al protocolo científico, insistencia en la reproducción, verificación de hipótesis y aplicación del procedimiento operacional), proporciona la validación empírica que requiere la auténtica ciencia social empírica. Ninguno de ellos permite tener la certeza de que las premisas, problemas, datos, relaciones, conceptos e interpretaciones sean empíricamente válidos. Exponiéndolo en una forma muy sencilla, la única manera de obtener suficientes garantías en este sentido es acudiendo directamente al mundo social empírico y comprobando mediante un minucioso examen del mismo si las premisas e imágenes esenciales establecidas, las cuestiones y problemas planteados, los datos seleccionados a partir de dicho mundo, los conceptos a través de los cuales éste es observado y analizado, y las interpretaciones formuladas se confirman realmente. La metodología actual no alienta ni aprueba este examen directo del mundo social empírico. Por lo tanto, al margen del estudio o investigación que pueda emprenderse, casi nunca se hace un esfuerzo diligente para comprobar si el área empírica en estudio corresponde en realidad a las imágenes subyacentes que se tienen de la misma. De modo semejante tampoco se realizan apenas exámenes minuciosos e independientes del área empírica para verificar si el problema planteado es ilustrativo con respecto a lo que ocurre en ésta. Un detenido análisis independiente del área empírica al objeto de averiguar si los datos elaborados constituyen realmente una parte significativa de la misma, es algo inusitado. Del mismo modo que un minucioso reconocimiento de aquello a lo que se supone que los conceptos hacen referencia, seguido de un examen independiente del área empírica para ver si su contenido respalda, rechaza o califica el concepto, está lejos de ser una práctica habitual en este tipo de trabajo, etc. etc. No creo tergiversar las investigaciones social y psicológica actuales al afirmar que el procedimiento predominantemente empleado consiste en dar por sentadas las premisas sobre la naturaleza del mundo empírico sin detenerse a examinarlas; en admitir ciertos problemas como válidos porque parecen correctos o porque han sido extraídos de algún esquema teórico; en adherirse a un determinado modelo porque es elegante y lógicamente impecable; en considerar empíricamente válidos los datos escogidos porque se ajustan a nuestro concepto personal del problema; en contentarse con la conveniencia empírica de los conceptos personales porque poseen una agradable resonancia connotativa o porque son moneda intelectual de uso corriente en ese terreno.

(3) A nadie debe sorprender que el vasto dominio de la investigación en las ciencias social y psicológica revista el carácter de una gran exposición y pugna de filosofías sociales. En lugar de acudir en primera y última instancia al mundo social empírico, se recurre a esquemas teóricos a priori, a un abanico de conceptos no verificados y a los protocolos canonizados de ciertos procedimientos de investigación. Estos métodos se convierten en los agentes predominantes en toda relación con el mundo social empírico, obligando a la investigación a que sirva a sus fines y sometiendo aquél a sus premisas. Quienquiera que considere injustificada esta acusación deberá tener en cuenta lo siguiente: la ingente cantidad de esquemas contradictorios sobre la naturaleza y composición de la sociedad humana y la notable facilidad con que sus defensores los "hacen válidos" en el curso de sus propias investigaciones; el asombroso hecho de que falta por concretar la referencia empírica de una abrumadora proporción de conceptos clave, en el sentido de que se puede recurrir a casos del mundo empírico y afirmar tranquilamente si se trata o no de un caso del concepto en cuestión (pruébese a hacer esto con algunos conceptos

centrados de modo decisivo en problemas concretos y facilitando el aislamiento de relaciones nitidamente perfiladas. Este punto de vista, según el cual al seguir los protocolos científicos establecidos se está procediendo a un examen directo del mundo social empírico, se encuentra muy arraigado entre los sociólogos. Por ello considero necesario aclarar lo que entiendo como exhortación a volver al examen directo del mundo social empírico.

Comenzaré por determinarlo en el caso de los seres humanos, para quienes ese mundo empírico constituye su auténtica vida de grupo. Consiste en lo que las personas hacen y experimentan, individual y colectivamente, al dedicarse a sus respectivas formas de vida. Abarca los amplios complejos de actividades entrelazadas que van desarrollándose a medida que las acciones de algunos se extienden y afectan a las de otros. Expresa, por último, la amplia variedad de relaciones entre los individuos participantes. El mundo empírico se pone de manifiesto, por citar unos cuantos ejemplos, al observar lo que sucede en la vida de una pandilla de muchachos, en la alta dirección de una sociedad industrial, entre grupos raciales militantes, en la policía que se les enfrenta, entre la juventud de un país, entre el clero católico y en la experiencia de los individuos en sus distintas profesiones. El mundo empírico social, en suma, es el ámbito de la experiencia cotidiana, cuyas capas superiores podemos ver en nuestras propias vidas y reconocemos en las ajenas. La vida de una sociedad humana, o de cualquier sector de la misma, de todas sus organizaciones o de todos cuantos en ella participan, se compone de la acción y experiencia de las gentes al afrontar las situaciones que se producen en sus mundos respectivos. Los problemas de la psicología y de la sociología proceden y retornan necesariamente, a ese organismo que constituye la incesante vida de grupo. Esto se cumple tanto en el caso de que los problemas se refieran a algo que está sucediendo en ese momento (una manifestación estudiantil, por ejemplo) como en el caso de que se refieran al trasfondo de las causas de la revuelta, a la organización de las instituciones, o a las relaciones estratificadas de la gente, a las maneras conforme a las cuales las personas orientan su vida o a la organización personal de los individuos, formada a través de su participación en la vida de grupo. Esta, que es ininterrumpida, constituye el mundo social empírico de las ciencias social y psicológica, ya se trate del pasado o del presente, de éste o aquel pueblo, o de tal o cual área geográfica.

Con respecto al estudio de este mundo, es necesario formular varias observaciones elementales, aunque de suma importancia. La primera es que, casi por definición, el investigador especializado carece de información de primera mano sobre la esfera de la vida social que se propone estudiar. Muy raras veces participa en la vida de esa esfera y, normalmente, no se halla en estrecho contacto con los actos y experiencias de la gente que se desenvuelve en ese mundo. Su posición es casi siempre la de un intruso, como tal, posee unos conocimientos elementales notablemente limitados, de lo que sucede en esa determinada área de la vida. No pretendo acusar exclusivamente a los investigadores: la simple objeción mencionada se aplica a todos los seres humanos relacionados con un área de la vida que no conocen a fondo por medio de una asociación personal. El sociólogo que se propone estudiar el crimen, los desórdenes estudiantiles en Latinoamérica, o las élites políticas de Africa, y el psicólogo que resuelve estudiar el uso de drogas entre los adolescentes, las aspiraciones de los niños de las escuelas negras, o los criterios sociales de los delincuentes, ejemplifican esta casi inevitable ausencia de un íntimo conocimiento

del área vital considerada. La postura inicial del sociólogo y del psicólogo es, prácticamente, la de una falta de familiaridad con lo que realmente acaece en la esfera de la vida elegida para su estudio.

Esto me lleva a hacer otra sencilla observación, a saber: que a pesar de esta carencia de un íntimo conocimiento, el investigador compondrá inconscientemente un cierto tipo de descripción de la zona vital que se propone estudiar. Pondrá en juego las creencias e imágenes que de antemano posee, a fin de conformar una perspectiva más o menos inteligible del área de vida en estudio. En este sentido es como cualquier otro ser humano. Seamos legos o especialistas, necesariamente hemos de recurrir a las imágenes que ya poseemos para analizar cualquier aspecto de la vida de grupo con el que estamos poco familiarizados. Aunque carezcamos de un conocimiento de primera mano sobre la vida de los delincuentes, los sindicatos, los comités legislativos, los ejecutivos de un banco o cierto culto religioso, nos bastan unos cuantos datos clave para configurar unas imágenes prácticas de esos aspectos vitales. Como todos sabemos, en ese momento intervienen las imágenes estereotipadas y se hacen con el control. Todos nosotros, en nuestra calidad de especialistas, poseemos una serie de estereotipos comunes a los que recurrimos para enfocar una esfera de la vida social empírica que desconocemos. En el terreno de las ciencias sociales el investigador utiliza, además, otro conjunto de imágenes preconcebidas (producto de sus teorías), las creencias vigentes en sus propios círculos profesionales y las ideas sobre cómo ha de estructurarse el mundo empírico para que le permita desarrollar su procedimiento de investigación. Ningún observador meticuloso puede negar con honradez que esto sea cierto. Lo vemos claramente en el hecho de que continuamente se configuran descripciones del mundo empírico de forma que se acomoden a criterios personales, se les estructura en función de las creencias y conceptos que gozan de general aceptación entre un conjunto determinado de colegas, y se les modela de manera que cumplan las exigencias del protocolo científico. Debemos reconocer honradamente que cualquier investigación por parte de un experto en ciencias sociales, encaminada a estudiar una esfera concreta de la vida social que no conoce por sí mismo, concluye siempre con el trazado de un cuadro de esa vida según imágenes preconcebidas.

Nada habría que objetar a esta predisposición natural y modo de hacer si la investigación científica en cuestión se rigiese por un esfuerzo constante y consciente, encaminado a revisar y someter a prueba las imágenes personales, pero no es ésa: la tendencia predominante en las ciencias social y psicológica de nuestros días. Las posturas teóricas son defendidas obstinadamente, se aceptan gratuitamente los conceptos y creencias del terreno de cada cual como si fueran intrínsecamente acertados, y los cánones del procedimiento científico se consideran sacrosantos. Nada tiene de particular, por lo tanto, que las imágenes procedentes de dichas fuentes dirijan la investigación y modelen la descripción de la esfera de vida en estudio. En lugar de ser ensayadas y modificadas por un conocimiento directo de ese área de vida, se convierten en un *sustituto* de dicho conocimiento. Dado que esto constituye un grave reproche, pasaré a aclararlo.

Para empezar, la mayor parte de las investigaciones científicas (configuradas, desde luego, según la metodología en vigor) no están concebidas con miras a desarrollar una estrecha y razonable familiaridad con el área de vida en estudio. Al investigador no se le plantea la necesidad de explorar este área libre y exhaustivamente, entrando en contacto con las personas implicadas, contemplando aquélla a la luz de

las diversas situaciones que éstas han de afrontar, anotando sus problemas y cómo los resuelven, participando en sus conversaciones y observando cómo transcurre su vida. En lugar de esta exploración e intento flexible de entablar un íntimo contacto con lo que sucede, se deposita la más absoluta confianza en el hecho de partir de determinada teoría o modelo, de plantear un problema en función de éste, de formular una hipótesis en relación con el problema, de esbozar un método de investigación para verificar dicha hipótesis, de emplear instrumentos normalizados para la obtención de datos precisos, etc. Sólo quiero reiterar aquí que los planes "apropiados" de investigación actuales no fomentan ni garantizan el desarrollo de un conocimiento directo de la esfera de vida en estudio.* Además, es harto improbable que el especialista carente de esta estrecha familiaridad reconozca que está equivocado. Al no ser consciente de los conocimientos que podría adquirir a través de un profundo contacto con el medio, ignora que los está desaprovechando. Como se da por descontado que el esquema de investigación científica aceptado es la vía correcta de tratamiento y análisis, no siente la necesidad de familiarizarse con una esfera de vida determinada. En este sentido, el protocolo de investigación establecido se convierte en sustituto inconsciente del examen directo del mundo social empírico. Las preguntas que se formulan, los problemas que se plantean, los caminos que se siguen, los tipos de datos que se buscan, las relaciones que se toman en consideración y la clase de interpretaciones que se aventuran al respecto, son el resultado del esquema de investigación, en lugar de ser producto de un íntimo conocimiento del área empírica sometida a estudio.

No hay duda sobre la autenticidad de la sustitución de la que hablo. La pregunta lógica que surge al respecto es: ¿Por qué es tan importante o necesario adquirir un conocimiento directo del área de vida social en estudio? Se podría ignorar rápidamente tal interrogante como pregunta tonta, si el tema no tuviese unas implicaciones tan extensas y profundas en la investigación social y psicológica de nuestra época**. Por consiguiente, es preciso abordarlo. La respuesta más sencilla a esta pregunta es que el mundo social empírico contempla una incesante vida de grupo que es preciso observar muy de cerca para conocer lo que en ella sucede. Si se ha de respetar el universo social, los problemas, conceptos orientativos, datos, esquemas de relación e ideas de interpretación personales tienen que ser fieles a ese mundo

* Obsérvese la escasa acogida que tienen las propuestas de estudios exploratorios formuladas a las entidades subvencionadoras, con sus cuadros profesionales de asesores, o en el caso de las tesis doctorales en las facultades de sociología y psicología. Nótese la muralla de preguntas que se plantean: "¿Dónde está su plan de investigación?"; "¿qué modelo sigue?"; "¿por qué hipótesis se rige?"; "¿qué variables dependientes e independientes piensa adoptar?"; "¿qué instrumentos normalizados va a utilizar para obtener los datos necesarios para sus variables?"; "¿cuál es su muestra?"; "¿y su grupo de control?"; etc., etc. Estas preguntas dan por sentado que el investigador posee el conocimiento de primera mano que el estudio exploratorio pretende precisamente conseguir. ¿Como no lo posee, el procedimiento de investigación protocolizado se convierte en el sustitutivo para obtenerlo!

Actualmente el mérito en estos terrenos se consigue ante todo concibiendo una teoría sorprendente, elaborando un gran sistema teórico, proponiendo un esquema de análisis atractivo, confeccionando un modelo lógico claro o elegante, cultivando y desarrollando técnicas matemáticas y estadísticas superiores, realizando estudios que sean auténticos modelos de investigación planificada o (por mencionar algo que no he abordado en este ensayo), emprendiendo brillantes análisis especulativos de lo que sucede en un área determinada de la vida social. Al estudio basado en una observación directa de lo que acontece en una determinada esfera social sólo se le concede un valor secundario o periférico; tachándosele de ciencia "floja" o de periodismo.

empírico. Esto es especialmente cierto en el caso de la vida de grupo, debido a la persistente tendencia del ser humano a construir en su vida colectiva universos independientes, caracterizados por un *milieu* operativo de diferentes situaciones vitales y por la posesión de distintas creencias y conceptos para reaccionar ante tales situaciones. Basta con pensar en los mundos tan dispares que constituyen una *élite* militar, el clero de una iglesia, las prostitutas de las ciudades modernas, un organismo revolucionario campesino, los políticos profesionales, los habitantes de los barrios bajos, la alta dirección de una gran empresa industrial, un sindicato de juego, una facultad universitaria, la lista sería interminable. Los modos de vida de tales grupos, el desfile de situaciones a las que se enfrentan, sus instituciones y organizaciones, las relaciones entre sus miembros, los puntos de vista y las imágenes por medio de las cuales se forman una opinión de su universo, las organizaciones personales creadas por sus miembros, todos estos aspectos y otros más configuran sus diferentes mundos empíricos. No hay que cerrar los ojos ante el hecho de que los seres humanos, en su vida colectiva, forman los tipos de mundo más dispares. Para poder estudiarlos de forma consciente hay que conocerlos, y para conocerlos es preciso examinarlos a fondo. Abstenerse de seguir teorías, por muy ingeniosas que se consideren y prescindir del protocolo científico, por muy meticuloso que sea, son otras tantas formas de familiarizarse con lo que realmente sucede en la esfera de vida sometida a estudio.

Debemos añadir que la continua vida de grupo, ya sea considerada en su totalidad o en cada una de sus esferas, se desenvuelve, hasta donde alcanza nuestra percepción, en distintos niveles. Quien no percibe nada de esta vida, nada esencial conoce de ella. Quien la examina desde tanta distancia que únicamente alcanza a ver una pequeña parte, sólo podrá adquirir unos conocimientos limitados sobre la misma. Quien participa en ella tendrá un conocimiento más amplio, si bien éste será muy restringido e inexacto si la persona es ingenua y poco observadora. Un participante muy observador poseerá un conocimiento más profundo y exacto. Pero existen niveles de acontecimientos que están ocultos a todos los participantes. Si consideramos de este modo el proceso de la incesante vida de grupo, como creo que estamos obligados a hacerlo, el estudio de la misma requiere que ampliemos y profundicemos nuestra percepción. Tal es la dirección en que debemos orientar nuestros esfuerzos para alcanzar un conocimiento exacto; es decir, desde una posición de ignorancia o carencia de información a una conciencia más precisa de lo que está sucediendo. Mi metáfora preferida a este respecto es la de la caída de los velos que ensombrecen u ocultan lo que sucede. La finalidad del estudio científico consiste en arrancar los velos que ocultan el área de la vida de grupo que uno se propone estudiar. Dichos velos no se levantan sustituyendo, en la medida que sea, el conocimiento directo por unas imágenes preconcebidas. Se recorren aproximándose todo lo posible al área en cuestión y profundizando mucho en ella mediante un minucioso estudio. Los esquemas metodológicos que no favorecen o permiten el cumplimiento de tales requisitos están traicionando el principio fundamental según el cual se ha de respetar la naturaleza del mundo empírico personal.

¿Cómo podemos aproximarnos tanto al mundo social empírico y profundizar en él? No se trata simplemente de acercarse a un área determinada y ponerse a contemplarla. Es una ardua tarea que requiere un método de sondeo minucioso y honesto, una imaginación creativa pero disciplinada, iniciativa y flexibilidad en el estudio, una serena reflexión sobre los hallazgos realizados y estar permanentemente dis-

puesto a poner a prueba y refundir los puntos de vista y las imágenes personales sobre el área en estudio. Entre las grandes figuras de las ciencias naturales puede servir de ejemplo la de Charles Darwin. No es un estudio "fácil" por el mero hecho de que no emplea procedimientos cuantitativos ni se ciñe a un protocolo científico prefigurado, sino que exige un juicio auténticamente riguroso, como lo demuestra el análisis de sus dos partes fundamentales, a las que denominaré, respectivamente, "exploración" e "inspección". Estos dos métodos de investigación diferencian claramente el examen naturalista directo del mundo social empírico del modo de investigar que se practica en la metodología actual. Quisiera esbozar lo que estos dos términos significan.

Exploración. El estudio exploratorio de la vida de un grupo humano es el medio de lograr dos objetivos complementarios e interrelacionados. Por un lado, es el camino a través del cual el investigador puede adquirir un conocimiento extenso y profundo de una esfera de la vida social que por no serle familiar le resulta desconocida. Por otra parte, es el modo de desarrollar y agudizar su investigación, de suerte que su problema, la dirección de sus pesquisas, los datos, las relaciones analíticas y las interpretaciones emanen de y permanezcan arraigadas en el mundo empírico sometido a estudio. Por definición, la exploración es un procedimiento flexible mediante el cual el especialista se traslada de una a otra línea de investigación, adopta nuevos puntos de observación a medida que su estudio progresa, se desplaza en nuevas direcciones hasta entonces impensadas y modifica su criterio sobre lo que son datos pertinentes conforme va quedando más información y una mayor comprensión. A este respecto, el estudio exploratorio contrasta con el procedimiento prescrito y restringido que exige el protocolo científico actual. La flexibilidad del procedimiento exploratorio no implica que la investigación carezca de rumbo; sino que, partiendo de un enfoque amplio, se va reduciendo progresivamente a medida que avanza la investigación. El propósito de la exploración es caminar hacia una comprensión más clara del modo en que se plantean los problemas, averiguar qué datos son idóneos, concebir y desarrollar ideas acerca de lo que puede considerarse como líneas de relación significativas, y hacer evolucionar los instrumentos conceptuales de que se dispone, a la luz de lo que se va aprendiendo sobre ese área de vida. En este sentido, difiere de la postura, en cierto modo pretenciosa, del especialista a quien el protocolo científico preestablecido exige, antes de emprender su estudio, presentar un problema clara y concretamente estructurado, conocer qué tipo de datos ha de recopilar, disponer de un conjunto de técnicas preparadas de antemano y ceñirse a ellas, clasificar sus hallazgos con arreglo a ciertas categorías previamente determinadas.

Debido a su carácter flexible, la investigación exploratoria no se halla sujeta a ningún conjunto de técnicas en particular. Su máxima es utilizar cualquier procedimiento, éticamente lícito, que ofrezca las mayores posibilidades para obtener un cuadro lo más exacto posible de cuanto acontece en el área de vida social estudiada. Por lo tanto, puede recurrir a la observación directa, a entrevistar personas, escuchar sus conversaciones, obtener informes sobre la vida real, utilizar cartas y diarios, consultar documentos públicos, organizar discusiones de grupo, y efectuar documentos públicos, organizar discusiones de grupo, y efectuar recuentos de determinados elementos siempre que se considere conveniente. No es necesario ceñirse a un protocolo para aplicar dichos procedimientos. Estos deben adaptarse a sus cir-

cunstancias respectivas y guiarse por el criterio de lo que es correcto y fructífero. Con todo, es preciso tener en cuenta ciertos puntos especiales a lo largo de la investigación exploratoria. Hay que buscar asiduamente personas que participen en la esfera social que se estudia y que sean observadores perspicaces y bien informados. Una persona así vale por cien participantes poco observadores. Un pequeño número de tales individuos, reunidos en un grupo de discusión y toma de iniciativas, es mucho más útil que cualquier muestra representativa. Un grupo de este tipo, discutiendo colectivamente su esfera de vida y sondeándola a través de las discrepancias que van surgiendo entre sus componentes, contribuye en mayor medida a recorrer los velos que vienen ocultando esa zona que cualquier otra invención que yo conozca.

En la investigación exploratoria es particularmente importante para el especialista el estar constantemente alerta sobre la necesidad de revisar y verificar sus imágenes, creencias y conceptos sobre el área que está estudiando. Estas revisiones y ensayos las realizará en parte a través del examen directo y de lo que le digan sus informadores pero, dado que su tarea comprende también el sondeo de zonas ajenas a las que sus informadores conocen, tendrá que estar preparado a modificar con frecuencia la forma de considerar el área en estudio. Darwin, reconocido como uno de los mejores observadores naturalistas de que se tiene noticia, señaló la facilidad con que la observación es y permanece esclavizada por las imágenes. Recomienda dos formas de liberarse de dicha servidumbre. Una de ellas consiste en plantearse todo tipo de preguntas sobre la materia que se está estudiando, incluso las que parezcan más absurdas. El planteamiento de las mismas contribuye a sensibilizar al observador con respecto a nuevas y distintas perspectivas. El otro procedimiento recomendado consiste en anotar todas aquellas observaciones que pongan en tela de juicio los conceptos utilizados en el trabajo, así como las que revistan curiosidad o interés, aunque su aplicación inmediata no sea evidente. Conforme a su experiencia personal, Darwin ha señalado la rapidez con que las observaciones desaparecen de la memoria mientras que si se retienen y someten a reflexión, suelen convertirse en instrumentos que, cuando es necesario, permiten enderezar de nuevo fructíferamente la perspectiva abordada.

La finalidad de la investigación exploratoria consiste en desarrollar y confeccionar un cuadro del área en estudio tan completa y precisa como lo permitan las condiciones vigentes. La imagen debe permitir al experto moverse a sus anchas en la esfera sometida a estudio así como hacer afirmaciones basadas en hechos y no en especulaciones. Proporciona al estudioso la certeza de que las preguntas que plantea sobre el área empírica son significativas y pertinentes, que los problemas abordados no son artificiales, que los tipos de datos que busca son significativos por lo que se refiere al mundo empírico, y que los caminos que sigue se ajustan a la naturaleza de éste. Habida cuenta de la crucial necesidad e importancia que la investigación exploratoria reviste para la psicología y la sociología, resulta difícil entender que sus inquietudes metodológicas actuales en relación con este tipo de investigación sean prácticamente nulas.

Debe señalarse que la mera información descriptiva obtenida por medio de la investigación exploratoria, puede ser suficiente por sí misma para aportar las respuestas a las preguntas teóricas que el especialista pueda estar formulándose respecto al objeto de su estudio. Con demasiada frecuencia, el investigador confrontado con un área de la vida social que le resulta poco familiar elabora, por anticipado,

esquemas analíticos que él considera necesarios para reseñar los aspectos problemáticos del área en cuestión. Uno de los aspectos interesantes del estudio exploratorio es que el informe descriptivo, más completo, que suele ofrecer, proporciona frecuentemente una explicación adecuada al problema planteado, sin necesidad de recurrir a ninguna teoría ni esquema analítico. No obstante, la imagen de la esfera de la vida social obtenida por medio de una exploración eficaz, no es suficiente por sí sola cuando la tarea exige un cuidado examen directo del mundo social empírico. El examen directo impone la necesidad de otro procedimiento que juzgo conveniente denominar "inspección".

Inspección. El examen directo del mundo social empírico no se limita a la confección de un extenso y detallado relato de lo que acontece, sino que debe incluir asimismo el análisis. El investigador que emprende el examen directo ha de procurar conferir al problema una forma teórica, descubrir relaciones genéricas, profundizar en la referencia connotativa de sus conceptos y formular proposiciones teóricas. Tal análisis constituye la finalidad intrínseca de la ciencia empírica; lo que la diferencia de la mera elaboración de informes descriptivos. ¿Cómo hay que llevar a cabo el examen *directo* del mundo social empírico, especialmente en el caso de la información revelada por medio de la exploración? El procedimiento habitual consiste en aplicarle el esquema de análisis científico inherente a la metodología actual. Dicho esquema adopta la siguiente forma: empezar con una teoría encuadrada en función de las relaciones entre conceptos o categorías; utilizar la teoría para plantear un problema específico del área en estudio; convertir dicho problema en determinados tipos de variables, dependientes o independientes, que representen conceptos o categorías; emplear técnicas precisas para la obtención de datos; descubrir las relaciones existentes entre las variables y explicar dichas relaciones utilizando la teoría y el modelo. La aplicación de este esquema convencional a la información suministrada por la exploración representa un avance en relación con lo que se viene haciendo normalmente, puesto que significa trabajar con datos derivados de lo que sucede realmente y no de lo que se cree que sucede. No obstante, a mi juicio, este protocolo de análisis científico no es satisfactorio ni apropiado al tipo de análisis que requiere el examen directo del mundo social empírico. Aunque se empleen los datos, más realistas, proporcionados por la exploración, el protocolo convencional de análisis científico sigue obligando a los datos a encajar en un marco artificial que restringe y perjudica seriamente el auténtico análisis empírico, ya que el análisis científico requiere dos cosas: unos elementos analíticos claros y discriminantes y el aislamiento de las relaciones entre los mismos. El protocolo convencional no concreta con exactitud la naturaleza de los elementos analíticos en el mundo social empírico ni revela con el debido rigor la relación existente entre éstos. A mi entender se requiere un procedimiento analítico distinto: el de la "inspección".

Entiendo por "inspección" un examen profundo y debidamente enfocado del contenido empírico de cualesquiera elementos analíticos utilizados con miras al análisis, y este mismo tipo de examen con respecto a la naturaleza empírica de las relaciones entre dichos elementos. Trataré de aclarar esta definición abstracta. Al hablar de elementos analíticos me refiero a toda clase de temas generales o categorías que son vitales para el análisis como, por ejemplo, la integración, movilidad social, asimilación, liderazgo carismático, relaciones burocráticas, sistema autoritario, supresión de la disidencia, moral, carencia relativa, actitudes y compromiso

institucional. Como los citados ejemplos sugieren, tales elementos analíticos pueden referirse a procesos, organización, relaciones, redes de relaciones, estados del ser, elementos de organización personal y acontecimientos. Pueden adoptar diversos grados de generalidad, desde uno muy amplio, como la integración, hasta los de ámbito más restringido, como la aspiración de movilidad en el caso de los adolescentes negros de las ciudades. El procedimiento de inspección consiste en someter los elementos analíticos a un meticuloso examen por medio de un escrutinio minucioso y flexible de los casos empíricos que aquéllos comprenden. Dichos casos empíricos son los que aparecen dentro del área estudiada y su examen minucioso y flexible se realiza en el contexto del área empírica en la que suceden. De este modo, si tomamos un elemento analítico como la asimilación, por ejemplo, la de las muchachas que se entregan a una prostitución organizada, los casos empíricos serán, por supuesto, los historiales individuales de las chicas que sucumben a la mencionada asimilación. El estudio concienzudo de esos casos con miras a descubrir la naturaleza genérica de la asimilación, constituye lo que yo entiendo por "inspección".

Como procedimiento, la inspección consiste en examinar el elemento analítico dado, enfocándolo de distintas maneras: en considerarlo desde diferentes ángulos, en plantear diversas preguntas y en examinar nuevamente a la luz de las mismas. La manipulación de un objeto físico extraño ilustra el prototipo de inspección: podemos cogerlo, mirarlo detenidamente, darle vueltas mientras lo observamos, contemplarlo desde éste o aquel ángulo, preguntarnos qué puede ser, manipularlo de nuevo a la luz de nuestros interrogantes, experimentar con él de tal o cual forma. Este examen detenido y profundo es la verdadera esencia de la inspección; una inspección que no tiene nada de rutinaria, forzada o preestablecida: sólo se convierte en tal cuando sabemos lo que es y recurrimos a un ensayo específico, como hace el técnico. La inspección, por el contrario, es flexible, imaginativa, creativa y libre de tomar nuevos rumbos. Este tipo de examen es asimismo aplicable a un objeto social, un proceso, una relación, o a cualquiera de los elementos que intervienen en el análisis teórico de un área o aspecto determinados de la vida social empírica. Abordamos los casos empíricos del elemento analítico, los consideramos en sus diversos planteamientos concretos, los observamos desde distintos ángulos, nos hacemos preguntas acerca de ellos en lo relativo a su carácter genérico, volvemos sobre ellos y los examinamos de nuevo, los comparamos con otros, y de esta manera va surgiendo la naturaleza del elemento analítico que representan. Esta concreción de su naturaleza se realiza mediante un examen de la vida empírica misma, al descubrir la luz que arroja cuando se la somete a este proceso de ensayo minucioso y flexible. No conozco otra forma de determinar la naturaleza del elemento analítico que uno se propone utilizar en el análisis de un área empírica concreta de la vida social, teniendo la certeza de que dicho elemento guarda relación con ese empleo y es válido para el mismo.

Debe quedar claro que la inspección, como sistema de investigación, es la antítesis de la investigación científica tal y como se concibe en la metodología actual de la psicología y la sociología. La inspección no se ajusta a ningún enfoque o procedimiento rígido; no cuenta desde el principio con elementos analíticos cuya naturaleza haya sido determinada de antemano y nunca revisada o verificada en el curso de su utilización, sino que desarrolla la naturaleza de dichos elementos por medio del examen del mundo empírico propiamente dicho. Es todo lo contrario de lo que

supone otorgar una "naturaleza" al elemento analítico mediante su "operacionalización" (por ejemplo, definir la inteligencia por medio del cociente intelectual). En lugar de ello, se propone descubrir esa naturaleza a través de un detenido examen de sus instancias en el mundo empírico. La ausencia del empleo del procedimiento de inspección, hace que el uso de los elementos analíticos en las investigaciones de la ciencia social actual, sea, en cierto modo, escandaloso. Esto se aprecia principalmente en el enunciado de nuestros conceptos que, en último análisis, constituyen nuestros elementos analíticos. La gran mayoría de nuestros conceptos es notablemente vaga e imprecisa en su connotación empírica,* y sin embargo los usamos a diestro y siniestro en nuestros análisis, sin preocuparnos de elaborar, purificar y verificar sus connotaciones. La necesaria mejora de su significado empírico no puede realizarse a ningún nivel mediante la "operacionalización" de los conceptos; sólo puede llevarse a cabo por medio de una concienzuda inspección de sus casos empíricos, en el curso de la cual se aclara y concreta su carácter.

La inspección es también el procedimiento adecuado para efectuar la otra parte del análisis social, es decir, el aislamiento de las relaciones entre los elementos analíticos. Dicha relación presupone la existencia de un vínculo significativo entre los componentes *del mundo empírico*. Dado su carácter de conjetura, la relación exige un examen de ese mundo, y lo mismo puede decirse de las connotaciones empíricas de los elementos analíticos. La relación declarada debe ser concretada y verificada por medio de un examen minucioso y flexible de sus casos empíricos. Sin la inspección nos vemos cautivos del concepto o imagen previas de tal relación, sin saber siquiera si son empíricamente válidos y sin la posibilidad de depurarlos y mejorarlos mediante un detenido examen de los casos empíricos.

La exploración y la inspección que representan, respectivamente, a la descripción y al análisis, son los procedimientos necesarios para un examen directo del mundo social empírico. Corresponden a lo que en ocasiones se denomina investigación "naturalista", es decir, un proceso encaminado a abordar el mundo empírico en cuestión en su carácter natural y continuo, en lugar de limitarse a una simulación del mismo, a una abstracción (como es el caso de los experimentos de laboratorio) o a su sustitución por una imagen preestablecida. El mérito de un estudio naturalista reside en que respeta el dominio empírico y permanece cerca de él. Este respeto y aproximación son particularmente importantes en las ciencias sociales, debido a que los seres humanos, en su existencia de grupo, forman mundos y esferas de vida distintos. Estos mundos representan y configuran la vida social de la gente, sus actividades, relaciones e instituciones. Son casi siempre remotos y desconocidos para el investigador; tal es, precisamente, la razón principal que le impulsa a estudiarlos. Para llegar a conocerlos tendrá que acercarse a ellos en su carácter empírico real. Sin esto nunca podrá tener la certeza de que sus imágenes orientativas de esa

* Para que este reproche no quede flotando en el aire, invito al lector a que trate de concretar el significado empírico de la siguiente serie representativa de conceptos sociológicos normalmente utilizados: costumbres, integración, papel social, alienación, socialización, actitud, valor, anomia y desviación. El significado empírico no viene dado por una definición que simplemente sirve al propósito de la disertación, sino que existe en una especificación que nos permite acudir al mundo empírico y afirmar con convicción, refiriéndonos a cualquier elemento empírico, si se trata o no de un ejemplo del concepto en cuestión. El lector puede intentar hacer esto mismo con los conceptos arriba mencionados, observando simplemente lo que sucede en: torno suyo.

esfera o mundo, el problema que se plantea a su respecto, los caminos que traza, los datos que selecciona, las clases de relaciones que prefigura entre ellos, o los puntos de vista teóricos que orientan sus interpretaciones, sean empíricamente válidos. La investigación naturalista, que comprende el doble procedimiento de la exploración y la inspección, es a todas luces necesaria para el estudio científico de la vida humana de grupo y puede ser calificada de "científica" en el más estricto sentido de la palabra.

Mi exposición ha puesto de relieve de un modo bastante nitido la oposición existente entre la investigación naturalista, constituida por la exploración y la inspección, y el tipo de investigación formalizada, tan enérgicamente defendida por la metodología actual. Es necesario insistir en esta oposición para intentar liberar a los sociólogos de su inconsciente cautiverio y adhesión a un formato de investigación que se presupone es el modo naturalmente correcto de llevar a cabo el estudio científico. A pesar de que muchos trabajos notables en el campo de la psicología y la sociología contemporáneas son producto de un estudio naturalista, pocos son hoy los defensores de este tipo de investigación, apenas considerado en la metodología actual. Por lo que he podido comprobar, en nuestros principales centros de estudios superiores no se concede gran importancia a la investigación naturalista o ésta no se enseña en absoluto. Existe una general ignorancia respecto a este tipo de investigación con la consiguiente ceguera sobre su necesidad, lo cual es deplorable para las ciencias social y psicológica, cuya misión como ciencias empíricas consiste en estudiar el mundo empírico en profundidad.

Orientación metodológica

El interaccionismo simbólico es un enfoque realista del estudio científico del comportamiento y la vida de grupo humanos. Su mundo empírico es el mundo natural de esa vida y ese comportamiento. Remite al mundo sus problemas, realiza sus estudios en su seno y extrae sus interpretaciones de esos estudios naturalistas. Si se pretende estudiar, por ejemplo, el comportamiento característico de los cultos religiosos, se acudirá a los cultos reales y se les observará detenidamente en su desarrollo. Si se desea estudiar los movimientos sociales, se seguirá detenidamente la trayectoria, historia y experiencias vitales de dichos movimientos en la realidad. Si lo que se pretende es estudiar el uso de drogas entre los adolescentes, se recurrirá a la vida real de éstos para observar y analizar el uso que hacen de ellas y así sucesivamente con respecto a cualquier otro tema digno de atención. Consecuentemente, la postura metodológica del interaccionismo simbólico es la del examen directo del mundo empírico social, enfoque metodológico que ya he comentado anteriormente. Esta doctrina sostiene que el examen directo permite al especialista satisfacer todos los requisitos básicos de la ciencia empírica: enfrentarse a un mundo empírico susceptible de observación y análisis, suscitar problemas abstractos con respecto al mismo, reunir los datos necesarios a través de un examen detenido y disciplinado, descubrir las relaciones entre las respectivas categorías de estos datos, formular proposiciones respecto a dichas relaciones, incorporar esas proposiciones a un esquema teórico y verificar los problemas, datos, relaciones, proposiciones, y teoría por medio de un nuevo examen del mundo empírico. El interaccionismo no sucumbe a la mítica creencia de que un estudio, para ser científico, tiene que

configurarse de forma que se acomode a un protocolo preestablecido de investigación científica, como por ejemplo, el procedimiento de trabajo de las ciencias físicas superiores, concibiendo de antemano un modelo lógico o matemático fijo, encasillando el estudio en la rígida disciplina de los experimentos de laboratorio, imponiéndole un marco matemático o estadístico determinado, organizando el estudio con arreglo a unas variables preestablecidas, o limitándolo a un procedimiento normalizado concreto, como es el caso de la investigación estadística. El interaccionismo sostiene que el auténtico distintivo de toda ciencia empírica reside en el respeto a la naturaleza de su mundo empírico: en hacer que sus problemas, criterios fundamentales, procedimientos de investigación, técnicas de estudio, conceptos y teorías, se amolden a dicho mundo. Sustenta el convencimiento de que esta determinación de los problemas, conceptos, técnicas de investigación y esquemas teóricos han de proceder del examen *directo* del mundo social empírico real, en lugar de ser elaborados por medio de una simulación del mismo, o de un modelo predeterminado, de una descripción derivada de algunas observaciones dispersas, de un cuadro confeccionado de antemano para satisfacer los dictados de algún esquema teórico concreto, de un esquema de procedimiento "científico" o, finalmente, por medio de un retablo de ese mundo construido a base de informes parciales y no verificados acerca del mismo. Según el interaccionismo, la naturaleza del mundo social empírico ha de ser desentrañada, sacada a la luz mediante un examen directo, minucioso y ponderado.

Esta postura metodológica refuta la frecuente acusación de que el interaccionismo simbólico no se presta por sí mismo a la investigación científica, lo cual constituye un reproche desconcertante. Es evidente que quienes lo formulan utilizan las ideas de la investigación científica en la actual metodología como patrón de medida para enjuiciar el interaccionismo. Se preguntan, por ejemplo, cómo podría este método "operacionalizar" el "sí mismo", crear una escala adecuada para medir la interpretación de los gestos, realizar un experimento controlado sobre el proceso de desarrollo de nuevos conceptos del "sí mismo", utilizar procedimientos estadísticos para analizar la formación de nuevos objetos sociales o incluir el concepto del "otro generalizado" dentro del marco de procedimientos tales como el análisis de sistemas, el análisis estocástico y la investigación operacional. Tales exigencias carecen de fundamento (a pesar de que algunos interaccionistas simbólicos las toman en serio y tratan de cumplirlas), y evidencian una profunda incompreensión, tanto de la investigación científica como del interaccionismo simbólico. Los conceptos y proposiciones de este último se encaminan al examen directo del mundo social empírico. Su importancia y validez sólo pueden ser determinadas a la luz de dicho examen, y no en función del criterio ajeno de una metodología inadecuada.

Desde luego, las premisas fundamentales del interaccionismo —las imágenes radicales a las que antes me he referido— tienen que demostrar su validez empírica. Si no la confirman mediante algún tipo de prueba, deberán ser descartadas inexorablemente junto con el esquema del interaccionismo simbólico que comportan. (Esta misma prueba debería realizarse con todos y cada uno de los esquemas propuestos para el estudio y análisis de la sociedad y conducta humanas.) Puesto que las premisas son declaraciones de la naturaleza del mundo social empírico, la mejor manera de verificarlas será recurriendo al mismo. Permitaseme recordar al lector estas premisas básicas: la vida de un grupo humano consiste en la acomodación de la línea de acción de cada uno de los participantes a las de los demás: esa alineación

de acciones tiene lugar, principalmente, cuando las personas participantes indican a las demás lo que hay que hacer y a su vez interpretan las indicaciones que éstas les formulan; a partir de esta interpretación, los individuos conforman los objetos que constituyen su mundo; las personas se aprestan a actuar con respecto a sus objetos partiendo del significado que éstos encierran para ellas; los seres humanos afrontan su mundo como organismos provistos de un "sí mismo" y, por lo tanto, capaces de formularse sus propias indicaciones: la acción humana es realizada por el agente, en función de lo que éste percibe, interpreta y enjuicia y el entramado de esta acción incesante constituye las organizaciones, instituciones y vastos complejos de relaciones interdependientes. Para corroborar la validez de estas premisas es preciso recurrir al examen directo de la vida humana de grupo y no a un planteamiento artificial de laboratorio, a un esquema que "operacionalice" conceptos, a una confirmación de las hipótesis o a un examen para ver si las premisas se adaptan a un protocolo de procedimiento interpretativo. Las premisas son bastante simples. Pienso que pueden ser rápidamente corroboradas y validadas sólo con observar lo que sucede en la vida social ante nuestros propios ojos. Con cierto espíritu contencioso quisiera invitar a los sociólogos a que efectúen este mismo tipo de prueba sobre las premisas subyacentes de otros esquemas, actualmente en boga, para el estudio de la sociedad humana y de la acción social.

Admitiendo que la vida humana de grupo posea el carácter consignado por las premisas del interaccionismo simbólico, quisiera abordar el tema general de cómo se estudian la vida de un grupo humano y la acción social. No me refiero a la determinación y al análisis de los numerosos procedimientos individuales que pueden emplearse en una u otra fase de la exploración y la inspección. Existe una extensa literatura, demasiado discrepante para ser verosímil, sobre muchos de estos procedimientos individuales, tales como la observación directa, estudio sobre el terreno, observación participante, análisis de casos, entrevistas, empleo de cartas y diarios, historias reales, documentos públicos, discusión de tablas y conversaciones. Puedo añadir que existe una gran necesidad de estudios concienzudos y circunspectos sobre tales procedimientos, no para conferirles un formato normalizado, sino para mejorar su capacidad como instrumentos aptos para descubrir lo que acontece en la vida real de grupo. Mi actual preocupación, sin embargo, se orienta en una dirección distinta: el señalar algunas de las consecuencias metodológicas más importantes del punto de vista del interaccionismo simbólico a propósito de la vida humana de grupo y de la acción social. Deseo examinar estas consecuencias en el marco de cada uno de los cuatro conceptos centrales del interaccionismo, a saber: (1) individual o colectivamente, las personas están preparadas para actuar en función del significado de los objetos que configuran su mundo. (2) La asociación de las personas adopta necesariamente la forma de un proceso en el curso del cual cada uno formula indicaciones a las demás e interpreta las que recibe de éstas. (3) Los actos sociales, tanto individuales como colectivos, surgen de un proceso en el que el agente advierte, interpreta y enjuicia las situaciones con las que tropieza. (4) La compleja concatenación de los actos que configuran las organizaciones, instituciones, división del trabajo y redes de interdependencia no constituye algo estático, sino dinámico. Ahora quisiera comentar cada uno de estos puntos.

(1) La aseveración de que la gente actúa en función del significado de sus objetos tiene profundas implicaciones metodológicas. Una de las más evidentes es que si el especialista desea comprender los actos de las personas, es preciso que vea los

objetos como ellas los ven, ya que de lo contrario sustituirá los significados de dichos objetos por sus propios significados, incurriendo con ello en el error más grave que un sociólogo puede cometer. Llegará a plantearse un mundo ficticio. Dicho de un modo más sencillo, las personas actúan con respecto a las cosas basándose en el significado que éstas encierran para ellas, y no sobre el que poseen para el especialista intruso. A pesar de ello, por todas partes vemos estudios de la vida de grupos humanos y del comportamiento de las personas realizados sin que el especialista se haya esforzado en descubrir de qué manera considera la gente la finalidad de su propia actuación. Dos perniciosas tendencias de la metodología actual alientan oficialmente esta negligencia: (1) el convencimiento de que la sola pericia en el uso de las técnicas científicas, unida a la facilidad para aplicar una determinada teoría, es suficiente para el estudio de un área poco conocido; y (2) el empeño que se pone en ser objetivo, lo que con excesiva frecuencia conduce a enjuiciar las cosas desde la perspectiva de un observador imparcial externo. Poseemos infinidad de estudios sobre grupos, tales como los constituidos por delincuentes, la policía, las élites militares, los estudiantes inquietos, las minorías raciales y los sindicatos, en los que los investigadores no estaban familiarizados con la vida de estos grupos y se esforzaron poco o nada por penetrar en sus mundos de significados. Me temo que hemos de reconocer que esta actitud es una práctica muy difundida en las ciencias sociales.

Para el estudioso que no está familiarizado con el mundo de un individuo o una colectividad no es fácil reconocer los objetos comprendidos en dicho mundo. Ante todo se requieren unas aptitudes especiales para situarse en el puesto de una persona o comunidad. Para que sea eficaz es preciso cultivar esta capacidad de asumir los papeles ajenos, al igual que sucede con cualquier otra habilidad potencial. Por lo general, los centros de formación de expertos en ciencias sociales no se preocupan en la actualidad por cultivar esta actitud, ni tampoco las prácticas usuales de los estudios de investigación fomentan su desarrollo. En segundo término, para identificar los objetos de interés primordial es preciso disponer de un conjunto de observaciones adecuadas. Estas, a pesar de ser indispensables, no las proporcionan sino muy raramente los procedimientos de investigación normalizados como, por ejemplo, los cuestionarios, encuestas, escalas, elementos de estudio estadístico o planteamiento de variables predeterminadas. Pueden obtenerse fácilmente, por el contrario, de los informes descriptivos emitidos por los propios agentes sobre la manera en que éstos ven los objetos, el modo en que actúan con respecto a los mismos en distintas situaciones y la forma en que aluden a ellos en sus conversaciones con otros miembros de su grupo. Un grupo de participantes bien informados en un mundo cualquier deberá, a su vez, someter a verificación y discusión crítica colectiva el cuadro de objetos clave obtenido por medio de los referidos informes. Este último procedimiento constituye una "garantía" contra las deficiencias reconocidas de los informes individuales. En tercer lugar, como ya se ha dicho antes, los investigadores, como cualquier otro ser humano, son siervos de sus propias imágenes prefabricadas y, en consecuencia, propensos a considerar que los demás ven los objetos en cuestión como ellos los ven. El investigador ha de ponerse en guardia contra esta inclinación y conceder una prioridad absoluta a la deliberada verificación de sus imágenes.

Si se considera seriamente la proposición de que las personas actúan con respecto a los objetos en función del significado que éstos encierran para ellas, todas estas observaciones ponen de manifiesto la necesidad de un enfoque metodológico dis-

Una segunda implicación metodológica importante derivada del aserto según el cual la interacción humana es un proceso de indicación e interpretación, es la ausencia de garantías en el intento de conferir una forma especial al proceso de la interacción social. Esta tentativa es uno de los peores hábitos de la sociología, tanto antigua como actual. Lo vemos reflejado en la curiosa noción de que la interacción social es un proceso consistente en desarrollar "expectativas complementarias", noción que Talcott Parsons ha fomentado notablemente y que le sirve de base para su esquema de la sociedad humana considerada como un sistema social armoniosamente dispuesto. También lo vemos representado en la premisa contraria, que afirma que la sociedad está básicamente organizada en forma de un proceso conflictivo. Una vez más lo vemos en la opinión actualmente tan generalizada de que la interacción humana sigue los principios de la "teoría del juego". Cualquiera que observe atentamente la interacción social reconocerá en seguida que los participantes humanos, tanto a nivel individual como colectivo, reaccionan ante los actos ajenos de distintas y diversas formas. A veces cooperan entre sí; otras entran en conflicto, en ocasiones son tolerantes con los demás, otras indiferentes, a veces su interacción obedece a normas rígidas, y otras etablan un juego libre y recíproco de comportamiento expresivo. Considerar que toda la interacción humana (y, consecuentemente, la sociedad) está organizada con arreglo a algún tipo especial de interacción, equivaldría a negar la variedad de formas que se advierte si se está dispuesto a observar. El hecho mismo de que cada ser humano formule indicaciones a los demás e interprete las que éstos expresan en función de la situación en las que se halla inmerso, debería evidenciar que el proceso de interacción social no se limita a ninguna forma en particular. La tarea del investigador que estudia una esfera cualquiera de la vida social consiste en averiguar qué forma de interacción está en juego en lugar de imponerle una determinada. La identificación del tipo de interacción del juego no se consigue, sin embargo, salvo por azar, cuando el propio estudio presupone una forma determinada de interacción. Se requiere un procedimiento de investigación distinto. Sé por experiencia que la interacción se desplaza habitualmente de una a otra forma, según las situaciones que las partes "interactuantes" van afrontando. En cualquier caso, la forma que reviste una interacción social determinada es una cuestión de descubrimiento empírico y no algo que pueda fijarse de antemano.

(3) El punto de vista sobre la acción social que defiende el interaccionismo simbólico implica una serie de consecuencias metodológicas significativas. El interaccionismo estima que la acción social consiste en las actividades individuales y colectivas de las personas que intervienen en la interacción social, es decir, aquellas actividades cuya propia formación es fruto de las actividades recíprocas de los individuos. Dichas actividades estructuran la incesante vida social de todo grupo humano, tanto si se trata de uno pequeño (una familia) o de uno grande (una nación). De la observación de la acción social extraemos las categorías que utilizamos para asignar un orden conceptual a la estructura y a la vida social de un grupo humano determinado. Cada una de estas categorías representa una forma o aspecto de la acción social. Por lo tanto, un jefe, un sacerdote, un papel social, un orden estratificado, una institución o un proceso social representan otras tantas formas o aspectos de la acción social; la categoría carece de significado a menos que se la considere y moldee, en última instancia, en función de la acción social. En un sentido válido, la acción social es la materia primordial de la sociología, aquella que constituye el punto de partida y el de retorno de sus esquemas analíticos. De ahí la

enorme importancia que reviste una descripción completa y exacta de la acción social.

En la discusión inmediatamente precedente hemos esbozado ya una parte de esta acción social según los principios del interaccionismo simbólico, a saber: la necesidad de considerar que la acción social tiene lugar ineludiblemente en el seno del proceso de interacción social. La otra parte se refiere a la actividad del participante en la interacción social, tanto si se trata de un individuo como de una colectividad. En otras palabras, es preciso enjuiciar la acción en función del agente, puesto que son sólo los agentes quienes actúan. La postura del interaccionismo simbólico sostiene que el propio agente *construye* su acción, y que ésta no es el mero desencadenamiento de la actividad producida por la influencia de los factores determinantes sobre su organización. En este sentido, como ya se ha dicho antes, la perspectiva desde la cual el interaccionismo simbólico enjuicia la acción social, difiere notablemente de la utilizada por la psicología y sociología actuales. Estima que el agente (primero trataremos del agente individual) es una persona enfrentada a una situación en la que se ve compelido a actuar. Ante esta situación, advierte, interpreta y valora las cosas con las que tiene que contar para decidir su acción. Esto puede hacerlo gracias a que es capaz de establecer una comunicación o interacción consigo mismo. Por medio de esta autointeracción elabora su línea de acción, percibiendo lo que desea o lo que le exigen, fijándose una meta, evaluando las posibilidades que encierra la situación y prefigurando su línea de acción. En el curso de esta interacción puede dejar en suspenso el acto premeditado, abandonarlo, verificarlo en alguno de sus puntos, revisarlo o considerar la conveniencia de sustituirlo por otro. El interaccionismo simbólico sostiene que ésta es la manera en que el ser humano aborda su acción social. Invito —suplico más bien— a sociólogos y psicólogos a observar su propia acción y a comprobar si es o no cierto lo que digo. El ser humano no es solo un organismo que reacciona, y que sólo responde a la influencia de los factores de su mundo o de sí mismo; es un organismo activo que ha de afrontar y manejar dichos factores y que al hacerlo así debe forjar y orientar su línea de acción. Como antes he indicado es posible que no sepa construir su acción con mucho acierto, pero no tiene más remedio que construirla.

La misma clase de imagen está presente en el caso de la acción social de una colectividad, como una sociedad mercantil, un sindicato, un ejército, una iglesia, una pandilla de muchachos o una nación. La diferencia reside en que la colectividad dispone de un grupo dirigente o de un individuo facultado para enjuiciar la situación confrontada, decidir los diversos aspectos a tener en cuenta y planear una línea de acción. La interacción en el seno de una colectividad adopta la forma de deliberación, asesoramiento y debate. La colectividad se encuentra en el mismo caso que un individuo a la hora de afrontar una situación, interpretarla y decidir la línea de acción a seguir.

La premisa según la cual la acción social es elaborada por un agente que opera a través de un proceso en el que advierte, interpreta y valora las cosas, elaborando un plan de acción premeditado, configura en gran medida el enfoque a adoptar para el estudio de la acción. Básicamente hablando, esto significa que para abordar y analizar la acción social hay que observar el proceso mediante el cual se lleva a cabo. Esto, por supuesto, no se hace ni es factible utilizando un esquema basado en la premisa de que la acción social es un mero producto de los factores preexistentes que influyen en el agente. Se requiere una postura metodológica distinta. Al contra-

rio del enfoque que considera a la acción social como un producto y que a continuación trata de identificar los factores determinantes o causativos de la misma, se precisa uno que estime que el agente individual se enfrenta a una situación concreta, que debe actuar ante ella y, en función de la misma, trazar una línea de acción. De este modo, desde una posición en la que es un medio neutral a merced de los factores determinantes, el agente es promovido a la categoría de organizador activo de su acción. Esta postura distinta implica que el investigador interesado en la acción de un grupo o individuo dados, o en un tipo concreto de acción social, debe estudiarla desde la perspectiva del autor de la acción, sea quien sea. Debe seguir el rastro a la formación de la misma tratando de averiguar el modo en que se forma realmente. Esto significa que hay que observar la situación con los ojos del agente, ver los aspectos que éste tiene en cuenta, y cómo interpreta dichos aspectos, anotar los actos alternativos programados de antemano y tratar de seguir la interpretación que conduce a la selección y ejecución de uno de esos actos prefigurados. La determinación y análisis de la trayectoria de un acto es esencial para la comprensión empírica de la acción social, ya se trate de la delincuencia juvenil o el suicidio, la conducta revolucionaria o el comportamiento de los negros militantes, el modo de actuar de los grupos reaccionarios de derechas o cualquier otra cosa.

La resistencia, y de hecho la renuncia, de sociólogos y psicólogos a prestar atención a la formación del acto social por parte de un agente, es incomprensible si se tiene en cuenta que dicha formación acaece realmente en el mundo empírico social. Este desinterés es un interesante ejemplo de cómo los expertos se aferran a un punto de vista colectivo, en este caso un punto de vista que considera la acción social como un producto y que recurre a factores antecedentes como causas explicativas*. La posición metodológica del interaccionismo simbólico es que la acción social debe estudiarse atendiendo al modo en que se forma. Dicha formación es algo muy distinto de las condiciones precedentes que se consideran como "causas" de la misma, y ninguna especificación de estas causas puede abarcarlo.

(4) Por último, quiero decir algo acerca de las consecuencias metodológicas que se derivan del modo en que el interaccionismo simbólico contempla las partes o aspectos más amplios de la sociedad humana. Estas partes o aspectos constituyen aquello que tradicionalmente capta en mayor medida el interés sociológico: instituciones, estratificación social, sistemas de clases, división del trabajo, unidades colectivas a gran escala y otras grandes formas de organización social. El sociólogo tiende a considerar estos vastos complejos como entidades que operan por sí mismos, con su propia dinámica. Se estima que cada uno de ellos es un sistema completo, com-

* Si no se observa ni rastrea el proceso de formación de la acción social, se corre el riesgo de cometer inconscientemente numerosos errores graves. Un ejemplo es cuando se agrupan casos de acción social en una misma categoría por tener un aspecto parecido como productos y a continuación deduciendo que deben de tener causas comunes puesto que existe tal semejanza. Esto se hace con especial asiduidad en lo que constituye una de las ocupaciones favoritas de muchos sociólogos, la de estudiar "porcentajes" relativos al comportamiento social, como, por ejemplo, el índice de suicidios, y después de lo cual se esfuerzan en explicar el tipo de conducta en cuestión apelando a las modificaciones en el porcentaje. Los casos que intervienen en la proporción de un determinado patrón de comportamiento humano son casos de acción social, cada uno de los cuales ha sido formado siguiendo su propia trayectoria por el agente respectivo. Dar de lado el estudio de este proceso central de formación y suponer que una explicación de las modificaciones sufridas por un porcentaje engloba el proceso de formación, es algo totalmente gratuito. Un conocimiento del proceso de formación de los casos en litigio, tendría repercusiones muy interesantes sobre la imagen elaborada acerca de lo que el porcentaje representa realmente.

puesto por determinadas partes dispuestas en una ordenación interdependiente y sujeto a la influencia de los mecanismos intrínsecos del sistema. El funcionamiento estructural, tan popular actualmente, es un buen ejemplo (aunque sólo un ejemplo) de este punto de vista. Desde esta perspectiva, los individuos participantes en una determinada unidad de organización societaria son lógicamente simples medios para la actuación y expresión de las fuerzas o mecanismos del sistema, y se recurre a estos últimos para explicar lo que sucede. La organización social en cuestión se asemeja a un organismo o máquina enorme (no lo digo injustamente) cuyo comportamiento y el de sus piezas han de explicarse ateniéndose a los principios de funcionamiento de la propia organización.

El interaccionismo simbólico considera de modo distinto estas grandes organizaciones sociales, enfocándolas como una ordenación de personas vinculadas reciprocamente en sus actos respectivos. La organización e interdependencia tiene lugar entre los actos de individuos ubicados en diferentes puntos. En cualquiera de ellos los participantes se enfrentan a las actividades organizadas de otros individuos, a las cuales deben amoldar sus propios actos. La concatenación de tales actos, localizados en distintos puntos, constituye la organización en cuestión o el área a gran escala considerada. La descripción esquemática de dicha organización basada en el interaccionismo simbólico será igual a la confeccionada con arreglo a otros enfoques, pero el primero adopta otro punto de vista al considerarla como una serie de acciones organizadas. En lugar de describir la actividad de la organización y de sus elementos atendiendo a principios organizativos o de sistema, busca la explicación en el modo en que los participantes definen, interpretan y afrontan las situaciones a su nivel respectivo. El ensamblamiento de este conocimiento de las acciones concatenadas permite formar una imagen del complejo organizado. Los principios organizativos o de sistema pueden de hecho determinar los límites más allá de los cuales no podría existir una concatenación de acciones, pero no aclaran la forma o naturaleza de dicho encadenamiento. Ciertamente, una organización cualquiera concebida en base a principios organizativos puede imponerse a una unidad o áreas colectivas, como en el caso de la reorganización de un ejército o de un sistema industrial, pero supone aplicar alguna definición acerca de cómo debería ser la organización. Lo que sucede como consecuencia de dicha aplicación es algo distinto, como bien sabemos a través de recientes y sorprendentes ejemplos. El punto de vista del interaccionismo simbólico es que la organización a gran escala debe observarse, estudiarse y explicarse a través del proceso de interpretación realizado por los agentes participantes, a medida que van afrontando las situaciones desde sus lugares respectivos en el seno de la organización. Debe señalarse que un estudio de este tipo arrojaría bastante luz sobre multitud de asuntos de interés para el teórico de la organización o el analista de sistemas: problemas tales como la moral, el funcionamiento de la burocracia, el bloqueo de una comunicación eficaz, la corrupción y los tipos de soborno, "la explotación del sistema", el favoritismo y el exclusivismo, el auge (y el declive) del control oligárquico, la desintegración de la organización o la inyección de nuevo vigor en la misma. El conocimiento de las organizaciones a gran escala y de las áreas de compleja organización debe obtenerse del examen de la vida de las mismas en función de lo que hacen los participantes. Esto no significa, como pretendería la fraseología actual, un desplazamiento de lo capital a lo minúsculo, sino el estudio de lo primero a la luz de su carácter empírico, que se manifiesta por un "encadenamiento" de la acción.

La configuración de una investigación encaminada a estudiar lo que hacen las personas que componen una organización compleja o un área de complicada organización no plantea al interaccionismo simbólico problemas metodológicos distintos de los comentados anteriormente. Es aplicable el mismo tipo de procedimiento de exploración e inspección previamente esbozado. Con todo, me gustaria añadir dos puntos dignos de mención en relación con el cambio que supone pasar de una perspectiva que considera la organización como un elemento global con sus propios principios, a otra que la considera como una articulación de las actividades de sus componentes.

Uno de estos puntos hace referencia a lo que he comentado anteriormente al indicar que las formas recurrentes y estables de acción conjunta no se desarrollan automáticamente en una forma fija, sino basándose en los significados que las personas atribuyen al tipo de situación en la que la acción conjunta se produce de nuevo. Esta observación es aplicable a la organización a gran escala. Bajo las normas y reglas que especifican la clase de acción que debe emprenderse en cualquier punto dado de un complejo organizativo, existen dos procesos concurrentes en los que las personas definen sus perspectivas recíprocas y el individuo, a través de la autointeracción, redefine su propia perspectiva. Lo que sucede en el curso de ambos procesos determina en gran medida el rango y el destino de las normas o reglas. Aunque éstas sigan observándose, es posible que su observancia sea desgajada o vacía, o bien, a la inversa, revigorizada. Tales modificaciones en el mantenimiento de las normas o reglas son independientes del hecho de aplicar sanciones o no hacerlo. Apuntan a un área distinta de acontecimientos en la interacción entre las personas. El estudio del investigador o el análisis de la organización no pueden permitirse ignorar el proceso de interacción entre los individuos, que no sólo es lo que sostiene a la organización, sino que la afecta en diversos sentidos.

El otro punto recuerda la necesidad de admitir que toda acción conjunta está temporalmente vinculada a la acción conjunta precedente. Si ignoramos este vínculo obstruimos una vía importante para la comprensión de toda forma o ejemplo de acción conjunta. La aplicación de este punto general al tema de la organización social a gran escala es particularmente apropiada. En sus investigaciones y en la formulación de sus principios, los teóricos de la organización y los analistas de sistemas olvidan evidentemente este vínculo histórico. Por así decirlo, desgajan a la organización compleja o al área de complicada organización de los antecedentes a partir de los cuales han ido creciendo. Esto sólo puede conducir a una desfiguración. Las indicaciones e interpretaciones mediante las cuales los individuos forman y mantienen sus relaciones organizadas son siempre, en cierta medida, un bagaje de su pasado. Ignorarlo representa un auténtico riesgo para el especialista. A este respecto, la postura metodológica del interaccionismo simbólico consiste en prestar atención a la vinculación histórica de lo que se está estudiando.

Conclusión

En contraste con la excesiva longitud de este ensayo, mi conclusión será breve. Puede resumirse en un simple precepto: respetar la naturaleza del mundo empírico y organizar un plan metodológico que la refleje. Esto es lo que considero que el interaccionismo simbólico se esfuerza en hacer.

2

CONSECUENCIAS SOCIOLOGICAS DEL PENSAMIENTO DE GEORGE HERBERT MEAD

Mi propósito es describir la naturaleza de la sociedad humana considerada desde el punto de vista de George Herbert Mead. Aunque Mead concede a la sociedad humana una posición de vital importancia, en su esquema de pensamiento, apenas se esfuerza por perfilar su carácter. El máximo interés de Mead se centra en los problemas cardinales de la filosofía. El desarrollo de sus ideas sobre la sociedad se limitó en gran medida al tratamiento de tales problemas. Su enfoque pretende demostrar que la vida de un grupo humano es la condición esencial para la aparición de la conciencia, la mente, un mundo de objetos, seres humanos como organismos dotados de un "sí mismo", y la conducta humana en forma de actos construidos. Invirtió las presunciones tradicionales del pensamiento filosófico, psicológico y sociológico, en el sentido de que las personas poseen mente y conciencia como algo originalmente "dado", que viven en mundos de objetos preexistentes y constituidos por sí mismos, que el comportamiento es la respuesta a dichos objetos y que la vida de grupo está constituida por asociaciones de organismos humanos que actúan. Aunque al hacer sus brillantes aportaciones a esta línea de pensamiento no trazó un esquema teórico de la sociedad humana, tal esquema está implícito en su obra; para elaborarlo es preciso rastrear las implicaciones de las principales materias que analizó, y es precisamente lo que me propongo hacer. Las materias primordiales que voy a tratar son (1) el "sí mismo, (2) el acto, (3) la interacción social, (4) los objetos, y (5) la acción conjunta.

El "sí mismo"

El concepto de Mead sobre el ser humano considerado como agente, difiere radicalmente del que prevalece en las ciencias social y psicológica actuales. Entendió que la persona es un organismo dotado de un "sí mismo", cuya posesión le convierte en un tipo especial de gente, transformando su relación con el mundo y confiriendo a su acción un carácter único. Al afirmar que posee un "sí mismo" Mead quiso decir simplemente que la persona es un objeto para sí misma. Puede percibirse, tener conceptos, actuar y comunicar consigo misma. De estos tipos de comportamiento se desprende que el individuo puede convertirse en el objeto de su propia acción, lo que le proporciona los medios de entablar una interacción consigo mismo interpeándose, respondiendo a la interpeación e interpeándose de nuevo. Esta interacción consigo mismo se produce al formularse indicaciones y responder a dichas indicaciones formulándose otras nuevas. El ser humano puede señalarse cosas a sí mismo: sus propios deseos, pesadumbres y objetivos, los objetos que lo rodean, la presencia ajena, los actos consumados o esperados de los demás, o cualquier otra cosa. Mediante una interacción suplementaria consigo mismo, puede juzgar, analizar y evaluar las cosas que él mismo se ha señalado; y si prosigue en esta interacción consigo mismo, puede planear y organizar su acción con respecto a lo que ha señalado y evaluado. En suma, la posesión de un "sí mismo" dota al ser humano de un mecanismo de interacción consigo mismo que le permite afrontar el mundo, y que utiliza para conformar y orientar su propia conducta.

Quisiera subrayar que, para Mead, "sí mismo" es un proceso y no una estructura. En esto, se aparta de la gran mayoría de estudiosos que intenta dotar de un "sí mismo" a las personas, identificándolo con algún tipo de organización o estructura. Todos nosotros estamos familiarizados con ese enfoque porque se halla presente en la literatura publicada sobre el tema. Así vemos por ejemplo, que algunos estudiosos identifican el "sí mismo" con el "yo", o que lo consideran un cuerpo organizado de necesidades o motivos, una organización de actitudes o una estructura de normas y valores interiorizados. Tales esquemas, que pretenden encasillar el "sí mismo" en una estructura, carecen de fundamento, pues olvidan que sólo el proceso reflexivo es capaz de crearlo y constituirlo. Para que una estructura determinada fuese un "sí mismo", tendría que actuar sobre sí misma y responderse a sí misma; de lo contrario, no sería sino una mera organización en espera de activarse y actuar sin ejercer ningún efecto sobre sí mismo ni sobre su propio funcionamiento. Esto pone de relieve la decisiva inconsistencia o inadecuación de muchos de los esquemas antes descritos, que erróneamente asocian al "sí mismo" con algún tipo de estructura psicológica o de la personalidad. Por ejemplo, el yo como tal, no es un "sí mismo"; lo sería únicamente al hacerse reflexivo, es decir al actuar con respecto a o *sobre* sí mismo. Y lo mismo sucede con cualquier otra estructura psicológica presupuesta. Con todo, dicha acción reflexiva cambia tanto el carácter como el status de la estructura, elevando el proceso de interacción consigo mismo a una posición de capital importancia.

Esto podemos comprobarlo en el caso del proceso reflexivo aislado por Mead en el ser humano. Según se ha explicado, dicho proceso se da al formularse una persona indicaciones a sí misma, es decir al advertir cosas y determinar la significación que revisten para la línea de acción de esa persona. Indicar algo es enfrentarse a ello

y colocarse uno mismo en posición de actuar en relación con ello, en lugar de responder automáticamente ante el hecho. Ante algo que uno mismo se indica, es posible negarse a la acción, inspeccionarla, juzgarla, descubrir su significado, determinar sus posibilidades y encauzar la propia acción en razón de este proceso. Mediante el mecanismo de la interacción consigo mismo, el ser humano deja de ser un organismo que responde y cuya conducta es producto de lo que influye sobre él desde fuera, desde dentro o desde ambas partes. Antes bien, actúa en relación con su mundo, interpretando lo que se le presenta y organizando su acción sobre la base de dicha interpretación. Estos ejemplos aclararán lo expuesto: un dolor que uno reconoce e interpreta es algo muy distinto de una mera sensación orgánica y sienta las bases para hacer algo con respecto al citado dolor, en lugar de limitarse a responder orgánicamente; advertir e interpretar la actividad de otra persona es algo muy distinto del desencadenamiento de una respuesta como consecuencia de dicha actividad; ser consciente de que se tiene hambre es muy distinto de tener hambre a secas. La percepción del propio "yo" nos coloca en posición de hacer algo con respecto al mismo, en lugar de limitarnos a darle expresión. Como se desprende de estas precisiones, el proceso de la interacción consigo mismo no se limita a situar al ser humano en el mundo, sino que lo confronta con él; le exige hacerle frente y manipularlo mediante un proceso definitorio, en lugar de limitarse a responder, y le obliga no sólo a llevar a cabo su acción, sino a elaborarla. Este es el tipo de organismo activo que es el hombre tal como Mead lo ve, y ello es así debido a que posee un "sí mismo".*

El acto

La acción humana reviste un carácter radicalmente distinto debido a que se forma a través de un proceso de interacción del ser humano consigo mismo. La acción se configura en el enfrentamiento con el mundo, en lugar de elaborarse simplemente a partir de unos factores que influyen en una estructura psicológica preexistente. Al formularse indicaciones a sí misma e interpretarlas, la persona tiene que forjar y conjuntar una línea de acción. Para poder actuar, el individuo tiene que determinar lo que desea, fijarse una meta u objetivo, planear de antemano una línea de comportamiento, advertir e interpretar las acciones ajenas, asumir su propia situación, verificarse a sí mismo con respecto a esto o aquello, concebir lo que hay que hacer en otros casos, y, frecuentemente, estimularse ante condiciones que le crean obstáculos o situaciones desalentadoras. El hecho de que un acto humano sea dirigido o elaborado por un "sí mismo" no significa en absoluto que el agente haga una excelente labor de construcción: en realidad, dicha labor puede dejar mucho que desear. Puede no advertir cosas de las que debería ser consciente, puede malinterpretarlas, aventurar un juicio banal, cometer errores al planear determinadas líneas de conducta, y ser débil a la hora de enfrentarse con actitudes obstinadas.

* El sí mismo, o ser humano propiamente dicho, no entra en juego por el mero hecho de introducir determinados elementos psicológicos, como los motivos e intereses, junto a los elementos sociales. Este tipo de adiciones lo único que subsanan son errores de omisión. Tal es el defecto del que adolece la conferencia que como presidente dio George Homan sobre el tema: "Bringing Man Back In" (*American Sociological Review*, XXIX N.º 6, 809-18).

Tales deficiencias en la elaboración de sus actos no desmienten sin embargo el hecho de que es él mismo quien lo elabora, en función de aquello que tiene en cuenta al hacerlo. Esto que tiene presente son las indicaciones que se formula a sí mismo, por ejemplo sus deseos, sentimientos, metas, acciones, expectativas y exigencias ajenas, normas de su grupo, su propia situación, sus conceptos sobre sí mismo, sus recuerdos, y sus impresiones acerca de líneas de conducta preconcebidas. No se limita a adoptar una mera actitud receptiva de respuesta, sino que se enfrenta a tales cuestiones y las asume. Tiene que organizar y seleccionar sus líneas de conducta en razón de su manera de asumirlas.

Este modo de considerar la acción humana es totalmente opuesto al que prevalece en las ciencias social y psicológica. Ambas consideran dicha acción como un producto de los factores que influyen *en y a través* del agente humano. Según las preferencias del especialista, tales factores determinantes pueden consistir en estímulos fisiológicos, impulsos orgánicos, necesidades, sentimientos, motivos conscientes o inconscientes, sensaciones, ideas, actitudes, normas, valores, exigencias del papel social, requisitos del status, preceptos culturales, presiones institucionales o requerimientos del sistema social. Con independencia de los factores que se escojan, ya sea juntos o por separado, se estima que la acción es su propio producto y, en consecuencia, se explica en función de los mismos. La fórmula es muy sencilla: unos factores dados influyen en el ser humano produciendo determinados tipos de comportamiento. Con frecuencia, la fórmula se amplía como sigue: en condiciones específicas, los factores dados que influyen sobre una organización dada del ser humano producirán un tipo determinado de comportamiento. Tanto en versión sencilla o ampliada, la fórmula revela el modo en que la teoría y la investigación consideran la acción humana. A la luz de dicha fórmula, el individuo se convierte en un simple medio o ámbito para el funcionamiento de los factores que producen el comportamiento. El esquema de Mead difiere sustancialmente de tal planteamiento. En lugar de considerar al individuo un simple medio para la actividad de los factores determinantes que influyen sobre él, interpreta que es un organismo activo por derecho propio, que afronta, asume y actúa con respecto a los objetos que señala. En su esquema, Mead estima que la acción es una conducta elaborada por el actor, y no una respuesta prefigurada de su organización personal. Puede decirse que la fórmula tradicional de la acción humana no reconoce que el individuo es un "sí mismo". Por el contrario, el esquema de Mead se basa en el reconocimiento de este hecho.

La interacción social

Sólo muy brevemente puedo esbozar aquí el análisis tan esclarecedor que hace Mead de la interacción social. Reconoce dos formas o niveles: la interacción simbólica y la no simbólica. En esta última, el ser humano responde directamente a las acciones y gestos ajenos; en la primera, interpreta los gestos recíprocos y actúa basándose en el significado que extrae de dicha interpretación. Una respuesta inconsciente al tono de una voz ajena, constituye un ejemplo de interacción no simbólica. Interpretar que el hecho de que una persona levante el puño significa que esa persona se dispone a atacar, es un ejemplo de interacción simbólica. El interés de Mead se centra principalmente en ésta última, que implica *interpretación*, es decir, descubrimiento del significado de las acciones o comentarios ajenos, y *definición*, o

transmisión de indicaciones a otra persona sobre cómo debe actuar. La asociación humana es un proceso de interpretación y definición a través del cual los participantes acomodan sus propios actos a los ajenos, y al hacerlo así orientan a los demás.

Es preciso señalar varias cuestiones importantes relativas a la interacción simbólica. En primer lugar, dicha interacción constituye un proceso formativo en sí mismo. La práctica que prevalece en el campo de la psicología y la sociología es la de considerar que la interacción social no es más que un medio neutral, un mero ámbito de actividad para los factores externos. Por eso el psicólogo suele explicar el comportamiento de las personas en interacción recurriendo a elementos de la estructura psicológica de los participantes: motivos, actitudes, sentimientos u organización de la personalidad. Lo mismo hace el sociólogo apelando a factores sociales tales como los preceptos culturales, valores, papeles sociales y presiones estructurales. Ambos pasan por alto la idea central de que la interacción humana es un proceso positivo de configuración por derecho propio. Quienes participan en él, deben elaborar sus respectivas líneas de conducta mediante la constante interpretación de las incesantes líneas de acción ajenas. Como los participantes tienen en cuenta toda la serie de actos recíprocos, se ven obligados a postergar, reorganizar o ajustar sus propias intenciones, deseos, sentimientos y actitudes. Del mismo modo, tienen que enjuiciar la adecuación de las normas, valores y preceptos de grupo a la situación que los actos de los demás van conformando. Los factores de la estructura psicológica y la organización social no son sustitutos del proceso interpretativo: resultan únicamente admisibles en función del modo en que son manipulados a lo largo del proceso de interpretación. La interacción simbólica ha de ser considerada y estudiada en su propio contexto.

En segundo lugar, la interacción es digna de interés en otro sentido. A causa de ella, la vida de un grupo humano, adquiere el carácter de un proceso incesante; un continuo encajar entre sí determinadas líneas de conducta en desarrollo. Este ensamblamiento de las líneas de conducta se realiza mediante el doble proceso de definición e interpretación, el cual sirve tanto para sustentar pautas establecidas de conducta colectiva, como para propiciar su transformación. Las pautas establecidas de la vida de grupo existen y perduran únicamente merced al continuo empleo de los mismos esquemas de interpretación; y éstos a su vez, solo se mantienen por el hecho de ser constantemente confirmados por los actos de definición de los demás. Es muy importante admitir que las pautas establecidas de la vida de grupo no perviven por sí mismas, sino que su continuidad depende de una recurrente definición afirmativa. Si se permite que las interpretaciones que las sostienen sean socavadas y desbaratadas por las cambiantes definiciones de los demás, dichas pautas se derrumbarán rápidamente. El hecho de que las interpretaciones dependan de los actos de definición ajenos, explica también el motivo de que la interacción simbólica conduzca de modo tan acusado a la transformación de las formas de actividad conjunta que configuran la vida de grupo. En el curso de la vida de grupo, hay innumerables puntos en los que los participantes están redefiniendo los actos recíprocos. Tal redefinición es muy corriente en las relaciones entre adversarios, frecuente en las discusiones colectivas, y esencialmente intrínseca del tratamiento de los problemas (y creo conveniente subrayar que ningún grupo humano carece de problemas). La redefinición confiere un carácter formativo a la interacción humana, haciendo que en éste o aquel punto surjan nuevos objetos, conceptos, relaciones y patrones de comportamiento. En suma, la interacción simbólica confiere a la vida

humana de grupo el carácter de un proceso en desarrollo, en lugar de concebirla como el mero resultado o producto de estructuras sociales o psicológicas.

Hay un tercer aspecto de la interacción que considero importante señalar. Al otorgar al proceso de definición e interpretación de los actos recíprocos un papel primordial en la interacción humana, la interacción simbólica abarca toda la gama de formas genéricas de asociación comprendiendo por igual relaciones tales como la cooperación, conflicto, dominación, explotación, consenso, discrepancia, identificación íntima e indiferencia hacia el prójimo. Los participantes en cada una de estas relaciones comparten la tarea común de elaborar sus actos mediante la interpretación y definición de los actos de los demás. La importancia de esta simple observación salta a la vista al contrastar la interacción simbólica con los diversos esquemas de la interacción humana plasmados en la literatura publicada sobre el particular. Dichos esquemas confeccionan casi siempre un modelo general de sociedad o interacción humana basándose en un tipo determinado de relación personal. El esquema de Talcott Parson constituye un buen ejemplo contemporáneo de ello: presupone y afirma que la forma primordial y genérica de interacción humana es la "complementariedad de expectativas". Otros esquemas entienden que el modelo básico y genérico de interacción es un "conflicto". Otros sostienen que es la "identidad derivada de sentimientos comunes", e incluso hay quienes aseguran que es el acuerdo en forma de "consenso". Tales esquemas son de miras limitadas. Su mayor peligro reside en el hecho de que imponen a la amplitud de la interacción humana una imagen derivada del estudio de una sola forma de interacción. De este modo y según los distintos criterios, se afirma que la sociedad es fundamentalmente una comunidad que comparte valores; o, a la inversa, una lucha por el poder, o incluso algo distinto: el ejercicio de un consenso; etc. El sencillo punto implícito en el análisis de la interacción simbólica hecho por Mead es que los seres humanos, al interpretar y definir los actos recíprocos, pueden confrontarse y de hecho se confrontan, mutuamente, dentro del amplio marco de las relaciones humanas. Los esquemas propuestos acerca de la sociedad, deberían respetar este sencillo enfoque.

Objetos

El concepto de objeto es otro de los pilares fundamentales del esquema analítico de Mead. Las personas viven en un mundo o entorno de objetos, y sus actividades están configuradas en torno a los mismos. Este aserto, en apariencia intrascendente, adquiere un importante significado al constar que, para Mead, los objetos son creaciones humanas y no entidades dotadas de naturaleza intrínseca y vida propia. Su naturaleza depende de la orientación y acción de las personas con respecto a ellos. Aclararé este punto. Para Mead, un objeto es todo aquello que puede señalar o a lo cual puede hacerse referencia. Puede ser físico, como una silla, o imaginario como un fantasma; natural, como una nube en el cielo, o artificial, como un automóvil; material, como el Empire State Building, o abstracto, como el concepto de libertad; animado, como un elefante, o inanimado, como una veta de carbón; inclusivo, como un determinado tipo de personas (los políticos por ejemplo), o restringido a una persona concreta, como el general de Gaulle; definido, como la tabla de multiplicar, o vago, como una doctrina filosófica. En suma, los objetos son todo aquello que la gente señala o a lo que hace referencia.

Este análisis de los objetos presenta varios aspectos importantes. En primer lugar, su naturaleza está constituida por el significado que encierran para quien o quienes los consideran objetos. En segundo lugar, tal significado no es algo intrínseco del objeto, sino que depende del modo en que una persona se dispone a actuar con respecto al mismo. La disposición a usar una silla como algo en lo que sentarse confiere un determinado significado a dicha silla; sin embargo para alguien que desconociese el uso de las sillas, tal objeto tendrá un significado distinto: como, por ejemplo, el de un arma extraña. De ello se desprende que el significado de los objetos es variable. Un árbol no es lo mismo para un leñador que para un botánico o un poeta; una estrella no significa lo mismo para un astrónomo que para un pastor de la antigüedad, el comunismo es un objeto distinto según lo considere un patriota soviético o un corredor de bolsa de Wall Street. En tercer lugar, los objetos (todos los objetos) son productos sociales puesto que se forman y transforman en virtud del proceso de definición que se desarrolla en el seno de la interacción social. El significado de dichos objetos, ya se trate de sillas, árboles, estrellas, prostitutas, santos, comunismo, educación pública o lo que fuere, se deriva de la forma en que los demás se refieren o actúan con respecto a los mismos. En cuarto lugar, las personas se preparan o disponen a actuar con respecto a los objetos en función del significado que éstos poseen para ellas. Es lícito afirmar que la organización de un ser humano se compone de sus objetos, mejor dicho, de sus tendencias a actuar basándose en el significado de aquéllos. En quinto y último lugar, y precisamente por ser el objeto algo susceptible de designarse, el individuo puede organizar su acción con respecto a dicho objeto en lugar de responder inmediatamente ante él; puede inspeccionarlo, pensar en él, trazar un plan de acción respecto a él, o decidir si actúa o no. Al enfrentarnos al objeto, tanto en un sentido lógico como psicólogo, dejamos de estar obligados a dar una respuesta al mismo. En ese sentido profundo, el objeto es distinto de un estímulo, tal y como éste se concibe normalmente.

Este análisis de los objetos sitúa al ser humano en una nueva e interesante perspectiva. Se considera que las personas viven en un mundo de objetos significativos, no en un entorno de estímulos o entidades constituidas por sí mismas. Puesto que los significados se elaboran a través del proceso de interacción social, este mundo es un producto social. En consecuencia, los diferentes grupos desarrollan mundos distintos, y éstos van cambiando a medida que lo hace el significado de los objetos que los componen. Desde el momento en que las personas se ven compelidas a actuar en función de los significados de los objetos, el mundo de objetos de un grupo representa, ciertamente, la organización de sus acciones. Para conocer y comprender la vida de un grupo es necesario determinar su mundo de objetos, y esta determinación debe hacerse en función de los significados que aquéllos poseen para los miembros del grupo. Finalmente, hay que decir que las personas no son prisioneras de los objetos, ya que pueden revisar su acción y trazar nuevas líneas de conducta con respecto a ellos. Esta condición representa una posibilidad implícita de transformación en la vida de los grupos humanos.

La acción conjunta

Empleo el término "acción conjunta" en lugar de la expresión "acción social" que utiliza Mead. Dicho término alude a una forma de acción colectiva más amplia,

constituida por el ensamblaje de las líneas de conducta de los distintos participantes. Una transacción comercial, una comida de familia, una ceremonia de boda, ir de compras, un juego, una fiesta social, un debate, un tribunal de justicia o una guerra, son ejemplos de acción conjunta. En todos los casos advertimos una forma reconocible y distintiva de acción conjunta, comprendida por la articulación de los actos de los participantes. Las acciones conjuntas van desde una simple colaboración entre dos individuos hasta una compleja ordenación de los actos de instituciones u organizaciones inmensas. Donde quiera que dirigimos la mirada en una sociedad humana, vemos personas comprometidas en forma de acción conjunta. En realidad, el conjunto de tales ejemplos en toda su multitudinaria variedad, sus vinculaciones variables y sus complejas redes, es lo que constituye la vida de una sociedad. Partiendo de estas observaciones, es fácil comprender por qué Mead vio en la acción conjunta, o en el acto social, la característica que distingue a una sociedad. Para él, el acto social es la unidad fundamental de la misma; por eso los análisis de la sociedad revelan su naturaleza genérica.

Para empezar, una acción conjunta no puede reducirse a un patrón común o idéntico de comportamiento por parte de los participantes. Cada uno de éstos ocupa necesariamente una posición distinta, actúa desde ella y realiza un acto individual y distintivo. Es el entrelazamiento de estos actos y no su calidad de comunes lo que constituye la acción conjunta. Ahora bien, ¿cómo llegan a ensamblarse entre sí estos actos individuales en el seno de una sociedad humana? Esta ordenación no se produce por medio de una simple acción mecánica, como si se agitasen nueces en un tarro, ni mediante una adaptación inconsciente, como en la disposición ecológica de una comunidad vegetal, sino que son los participantes quienes ensamblan sus actos, primero, determinando el acto social en el que están a punto de comprometerse, y en segundo lugar, interpretando y definiendo los actos ajenos al formar la acción conjunta. Al reconocer el acto social o la acción conjunta, el participante se encuentra en situación de orientarse a sí mismo; posee una clave para interpretar los actos ajenos y una pauta para dirigir su propia acción con respecto a los demás. Es decir, para actuar debidamente, tiene que reconocer que una boda es una boda, un atraco es un atraco, un debate es un debate, una guerra es una guerra, etc. Pero incluso una vez hecha la interpretación los participantes en la acción conjunta que se está formando, todavía han de definir e interpretar los continuos actos de los demás; tienen que descubrir lo que éstos están haciendo y se proponen hacer, y formular a su vez indicaciones sobre lo que se debe hacer.

Este breve análisis de la acción conjunta nos permite señalar varias cuestiones de diversa importancia. En primer lugar, pone de relieve que la esencia de la sociedad reside en un proceso incesante de acción, y no en una determinada estructura de relaciones. Sin acción, toda estructura de relaciones entre las personas carece de significado. Para comprender a una sociedad, hay que considerarla y captarla en función de la acción que la configura. En segundo lugar, dicha acción no ha de ser considerada y estudiada rastreando las líneas de acción individuales de los participantes, ya se trate de individuos aislados, colectividades u organizaciones, sino en razón de la acción conjunta que engloba las diferentes líneas de acción. Pocos estudiosos de la sociedad humana han sabido entender perfectamente este punto y sus consecuencias. En tercer lugar, como cada acción conjunta se elabora en el tiempo mediante el ensamblamiento de actos, debe considerarse que posee una trayectoria o historia, por lo que su curso y su destino dependerán de lo que suceda

a lo largo de su formación. En cuarto lugar, esta trayectoria suele ser ordenada, repetitiva y fija en virtud del común reconocimiento o definición de la acción conjunta realizados por quienes en ella participan. La definición común proporciona a cada uno de dichos participantes una guía decisiva, al dirigir éstos su propio acto, de forma que se ajuste a los de los demás. De las definiciones comunes depende, ante todo, la regularidad, estabilidad y reiteración de la acción conjunta en amplias áreas de la vida de grupo; tales definiciones constituyen el origen de la conducta social, establecida y regulada, que lleva implícita el concepto de la cultura. Por último, hay que tener en cuenta, que la trayectoria de las acciones conjuntas puede crear numerosas posibilidades de incertidumbre. Permitaseme enumerar las más importantes. Una de ellas es que las acciones conjuntas han de ser iniciadas y, sin embargo, pueden no serlo. Otra, que una vez iniciadas, pueden ser interrumpidas, abandonadas o transformadas. Otra, que los participantes pueden no formular una definición común de la acción conjunta en la que intervienen y, en consecuencia, orientar sus actos basándose en premisas diferentes. Otra, que la definición común de la acción conjunta no elimina la posibilidad de que surjan amplias variaciones o diferencias en la dirección de las líneas de acción individuales y por consiguiente, en el curso seguido por la acción conjunta (una guerra es buena prueba de ello). Otra, que pueden surgir nuevas situaciones que exijan tipos de acción conjunta hasta entonces inexistentes y conduzcan a la realización de confusos esfuerzos exploratorios para tratar de ensamblar los actos. Por último, puede suceder que, incluso en el contexto de una acción conjunta definida en común, los participantes recurran a otras consideraciones para interpretar y definir las líneas de acción respectivas. La falta de tiempo no me permite detallar e ilustrar la importancia de estas posibilidades. No obstante, su simple mención debe ser suficiente para demostrar que la incertidumbre, la contingencia y la transformación, forman parte del proceso de acción conjunta. Dar por sentado que las diversas acciones conjuntas que configuran una sociedad humana han de seguir necesariamente unos cauces fijos y preestablecidos, es una suposición totalmente gratuita.

Partiendo del anterior comentario sobre el "sí mismo", el acto, la interacción social, los objetos y la acción conjunta, es posible bosquejar una descripción de la sociedad humana. Dicha descripción ha de estar basada en la acción. Se considera que una sociedad está compuesta de personas que afrontan la diversidad de situaciones que sus condiciones de vida les deparan. Para encarar estas situaciones se planean acciones conjuntas en las que cada uno de los participantes ha de ordenar sus propios actos conforme a los ajenos. Para ello, interpreta los actos de los demás y, a su vez, les hace indicaciones sobre el modo en que deberían actuar. Las acciones conjuntas se elaboran mediante este proceso de interpretación y definición, y poseen una trayectoria. Normalmente, el curso de una acción conjunta es perfilado de antemano al proceder los participantes a una identificación común del mismo, lo que contribuye a la regularidad, estabilidad y reiteración de dicha acción. Sin embargo, muchas de estas acciones tropiezan con obstáculos, carecen de vías predeterminadas para su realización, y han de ser elaboradas siguiendo nuevas líneas. Así es como Mead vio a la sociedad humana; como un proceso social diversificado en el que las personas se ven obligadas a crear acciones conjuntas para resolver las situaciones que afrontan.

Esta descripción de la sociedad contrasta de modo significativo con los dos puntos de vista predominantes en sociología y psicología, e incluso con los que conside-

ran la sociedad como una acción. La mejor manera de especificar las implicaciones sociológicas del esquema de pensamiento de Mead, consiste en señalar las principales diferencias entre estos enfoques.

La diferencia fundamental reside en que ninguno de los puntos de vista que hoy prevalecen en estas ciencias, ve en el ser humano un organismo dotado de un "sí mismo", sino un mero organismo respondiente, por lo que considera la acción como una simple respuesta a los factores que influyen en el individuo. Esta forma de pensar se refleja en los esfuerzos por explicar la conducta humana en razón de factores tales como motivos, exigencias del yo, actitudes, requisitos del papel social, valores, expectativas del status y presiones estructurales. En este tipo de enfoques, la persona se convierte en un simple medio a través del cual operan los factores desencadenantes, produciendo determinadas acciones. Desde el punto de vista de Mead, este concepto tergiversa considerablemente la naturaleza del ser humano y de su acción. Su esquema interpone un proceso de interacción del individuo consigo mismo entre los factores desencadenantes y la acción que pueda derivarse de dichos factores. En virtud de la interacción consigo mismo, el ser humano es un organismo activo que afronta las situaciones en lugar de limitarse a responder a la influencia de los factores, y su acción se convierte en algo que él elabora y dirige para hacer frente a las situaciones, en lugar de un despliegue de reacciones provocadas en él. Al introducir el concepto de "sí mismo", el enfoque de Mead se centra en el modo en que los seres humanos manipulan y configuran su mundo, y no en respuestas dispares a factores atribuidos.

Si las personas son realmente organismos dotados de un "sí mismo", y si su acción es realmente consecuencia de un proceso de interacción consigo mismas, todo esquema que se proponga estudiar y explicar la acción social deberá respetar y amoldarse a estos aspectos. Para ello, los esquemas actualmente admitidos en sociología y psicología habrían de sufrir una drástica revisión; tendrían que dejar de preocuparse por los factores determinantes y el resultado final y empezar a interesarse por el proceso de formación. Deberían considerar la acción como algo elaborado por el agente y no como algo que se reclama de él. Tendrían que describir el medio en que sucede la acción en función de la impresión que dicho medio produce en el agente, y no de la que produce en el investigador externo. Tendrían que incluir en su estudio el proceso interpretativo que actualmente apenas se dignan abordar. Deberían, por último, admitir que cualquier acto dado posee un historial en el seno del cual es elaborado, pero en el que también puede ser interrumpido, mantenido en suspenso, abandonado o remodelado.

Por lo que se refiere a la metodología y la investigación, el estudio de la acción debería hacerse desde la posición del agente. Puesto que es éste quien la confecciona basándose en lo que percibe, interpreta y enjuicia, habría que ver la situación operativa como la ve el actor, percibir los objetos como él los percibe, asumir su significado en función del que poseen para él, y seguir la línea de conducta del agente tal y como éste la organiza. En suma, habría que asumir el papel del actor y contemplar su mundo desde su punto de vista. Este enfoque metodológico contrasta con el enfoque supuestamente objetivo, que tanto predomina en nuestros días, a saber: la contemplación del actor y su acción desde la perspectiva de un observador externo e imparcial. El enfoque "objetivo" entraña el riesgo de que el observador reemplace el punto de vista del agente sobre su campo de acción, por el suyo propio. Es innecesario añadir que el agente actúa con respecto a su mundo en función de lo

que él ve, y no del modo en que el mundo se presenta a los ojos del observador externo.

Prosiguiendo con la discusión de este tema, quisiera detenerme a examinar en especial, lo que podríamos denominar el concepto estructural de la sociedad humana. Este concepto considera a la sociedad como una organización establecida, que nos resulta familiar debido al empleo de términos tales como estructura social, sistema social, status, papel y estratificación sociales, estructura institucional, patrones culturales, códigos, normas y valores sociales. El citado concepto presupone que toda sociedad humana está estructurada (a) con arreglo a la posición social que las personas ocupan en ella, y (b) conforme a los patrones de conducta que dichas personas han asumido. Presume, además, que el entrelazamiento de estas posiciones sociales y patrones de conducta, es el principal factor determinante de la acción social. Esto se pone claramente de manifiesto al explicar la conducta por medio de conceptos estructurales tales como las exigencias del papel y el status social, diferencias de clase, preceptos culturales, valores y normas. La acción social es clasificada dentro de dos categorías generales: la conformidad, manifestada por la adhesión a la estructura, y la desviación consistente en la separación de la misma. Debido a la posición fundamental y determinante en la que se la sitúa, la estructura se convierte necesariamente en el objeto capital del estudio y el análisis sociológico, dominados por la poco menos que universal aseveración de que una sociedad o grupo humano es un "sistema social". Es innecesario añadir que el concepto de sociedad humana como estructura u organización, está arraigado hasta la médula en la sociología contemporánea.

El esquema de Mead desafía enérgicamente dicho concepto, puesto que ve a la sociedad humana, no como una estructura establecida, sino como un conjunto de personas que afrontan sus condiciones de vida. Considera que la acción social no emana de la estructura societaria, sino que es creación de los agentes humanos. Entiende esta formación de la acción, no como la expresión de unos factores societarios a través de organismos humanos, sino como obras construidas por los agentes en función de aquello que toman en consideración. Considera que la vida de grupo no es una emanación o expresión de estructura establecida, sino un proceso de elaboración de acciones conjuntas. Estima que las acciones sociales poseen trayectorias variables, sin limitarse a las alternativas de conformidad o desviación dictadas por la estructura establecida. Sostiene que la llamada interacción entre las partes de una sociedad no consiste en el ejercicio directo de la influencia de una parte sobre otra, sino en algo mediatizado por las interpretaciones que realizan las personas. En consecuencia, aduce que la sociedad no es un sistema, ya sea en forma de equilibrio estático, móvil o de otra clase, sino un vasto número de acciones conjuntas en curso, muchas de ellas estrechamente vinculadas y otras sin nexo entre sí; muchas prefiguradas y repetitivas, y otras orientadas hacia nuevos rumbos, pero todas encaminadas al servicio de los propósitos de los participantes y no de las exigencias del sistema. Creo haber señalado ya con bastante claridad las drásticas diferencias existentes entre el concepto que tiene Mead de la sociedad y los conceptos sociológicos, ampliamente difundidos, que la consideran como una estructura.

Tales diferencias no significan, por cierto, que el punto de vista de Mead rechace la existencia de estructura en la sociedad humana; semejante postura sería ridícula. Existen cosas como los papeles sociales, el status, las clases sociales, las organizaciones burocráticas, las relaciones entre instituciones, la ordenación diferencial de auto-

ridades, los códigos, valores, normas sociales y demás, y son muy importantes. Pero su importancia no reside en una pretendida determinación de la acción ni en su supuesta existencia como parte de un sistema societario que funciona por sí mismo. Son importantes tan sólo en la medida en que intervienen en el proceso de definición e interpretación del que proceden las acciones conjuntas. El modo y grado de dicha intervención puede variar enormemente según las situaciones, lo que las personas tomen en consideración y la manera en que lo enjuicien. Veamos un breve ejemplo. Es ridículo asegurar, como han hecho muchos sociólogos eminentes, que la interacción social se entabla entre los papeles sociales; está claro que la interacción se da entre *personas* y no entre papeles sociales; lo que los participantes necesitan es interpretar y actuar ante lo que afrontan, por ejemplo un tema de conversación o un problema, y no dar expresión a sus papeles sociales. La dirección y contenido de una conducta solamente pueden ser explicados por medio del papel social en el caso de relaciones sumamente rituales. Normalmente la dirección y el contenido están configurados por aquello que las personas en interacción han de afrontar. Es cierto que el papel social afecta en distinta medida a ciertas fases de la dirección y el contenido de la acción, pero es un hecho a determinar en casos concretos. Esto se aparta sustancialmente del concepto según el cual la acción es producto de los papeles sociales. La observación que he formulado en esta breve digresión sobre los papeles sociales, es aplicable igualmente a todas las demás cuestiones estructurales.

Otra consecuencia significativa del esquema de pensamiento de Mead es la relativa a la cuestión de qué es lo que mantiene unida a la sociedad humana. Como sabemos, los sociólogos reducen dicha cuestión a un problema de unidad, estabilidad y ordenación, y, como también sabemos, la respuesta que suelen dar es que la unidad, estabilidad y ordenación, proceden de compartir ciertos aspectos básicos, tales como códigos, sentimientos y, sobre todo, valores. Así pues, hay una acusada tendencia a considerar los valores comunes como el aglutinante que mantiene unida a la sociedad, como el regulador de control que pone y mantiene en orden las actividades en la relación social, y como la fuerza que preserva su estabilidad. Del mismo modo se da por descontado, a la inversa, que el conflicto entre valores y la desintegración de los mismos originan desunión, desorden e inestabilidad. Este concepto de la sociedad humana requiere una profunda modificación si consideramos a la sociedad como un entrelazamiento de actos individuales del que nace la acción conjunta. Este entrelazamiento puede producirse por toda una serie de razones, según los aspectos que configuren las situaciones que exigen una acción conjunta, y no requiere ni emana necesariamente del hecho de compartir valores comunes. Los participantes pueden acomodar sus actos a los de los demás en acciones conjuntas ordenadas por diversas razones: a causa de un compromiso, por coacción, por considerar que pueden utilizar a los demás con vistas al logro de sus propios fines, porque es lo más sensato o por pura necesidad. Esto es lo que sucede seguramente, sobre todo, en nuestras complejas sociedades modernas, con su gran diversidad de composición, líneas de interés y mundos respectivos. La sociedad se convierte así, en gran medida, en la formación de relaciones viables. Pretender abarcar, analizar y comprender la vida de una sociedad partiendo del supuesto de que su existencia depende necesariamente de compartir valores comunes, puede conducir a un tratamiento forzado, a una torpe tergiversación y a falsas líneas de interpretación. Creo que la perspectiva de Mead, que plantea la cuestión de cómo las personas se ven

impulsadas a ordenar sus actos ante diferentes situaciones, en lugar de presumir que esto requiere y emana de compartir valores comunes, constituye un enfoque más realista y conveniente.

En el esquema de Mead hay otras consecuencias sociológicas significativas, que sólo puedo mencionar de pasada debido a la falta de espacio. El carácter de la socialización pasa de ser una eficaz interiorización de normas y valores, a ser una cultivada capacidad de asumir eficazmente los papeles de los demás. El control social se convierte, fundamental y necesariamente, en una cuestión de autocontrol. En lugar de ser una consecuencia episódica de hechos externos que influyen en la estructura establecida, el cambio social se convierte en un proceso interno continuo de la vida de grupo. Se considera que ésta permanece siempre en un estado de desarrollo constante e incompleto, en lugar de pasar de un estadio completo a otro. Se entiende que la desorganización social no es una crisis de la estructura existente, sino la incapacidad de movilizar la acción de un modo eficaz ante una situación determinada. Se admite que la acción social, por el hecho de seguir una trayectoria, posee un dimensión histórica que es preciso tener en cuenta para poder comprenderla debidamente.

Por último, quisiera añadir que en mi exposición me he visto obligado a omitir una gran parcela, muy significativa, del esquema de Mead. Por otra parte, no he pretendido demostrar la validez de sus análisis, sino señalar la frescura, fecundidad y revolucionaria trascendencia de su punto de vista.

3

LA SOCIEDAD COMO INTERACCION SIMBOLICA

Más que formularlo, lo que se ha hecho es seguir el enfoque de la sociedad humana como interacción simbólica. En los escritos de unos cuantos investigadores eminentes, algunos pertenecientes al campo de la sociología y otros ajenos a él, encontramos exposiciones parciales, y a menudo fragmentarias, sobre el tema. Entre los citados en primer lugar, podemos mencionar a Charles Horton Cooley, W. I. Thomas, Robert E. Parks, E. W. Burgess, Florian Znaniecki, Ellsworth Faris y James Mickel Williams. Entre los pertenecientes a otras disciplinas citaremos a William James, John Dewey y George Herbert Mead. A mi parecer, ninguno de estos eruditos ha hecho una exposición sistemática de la naturaleza de la vida humana de grupo desde el punto de vista del interaccionismo simbólico. Mead sobresale entre todos ellos por haber trazado las premisas fundamentales de este enfoque, aunque apenas ha esbozado sus consecuencias metodológicas para el estudio sociológico. Los especialistas que pretenden describir la postura del interaccionismo, suelen ofrecer distintas versiones del mismo. Lo que voy a exponer debe considerarse como mi versión personal. Mi propósito consiste en enunciar las premisas básicas de este concepto y desarrollar sus consecuencias metodológicas para el estudio de la vida de grupo.

La expresión "interacción simbólica" hace referencia, desde luego, al carácter peculiar y distintivo de la interacción, tal y como ésta se produce entre los seres humanos. Su peculiaridad reside en el hecho de que éstos interpretan o "definen" las acciones ajenas, sin limitarse únicamente a reaccionar ante ellas. Su "respuesta" no es elaborada directamente como consecuencia de las acciones de los demás, sino que se basa en el significado que otorgan a las mismas. De este modo, la interacción humana se ve mediatizada por el uso de símbolos, la interpretación o la compren-

sión del significado de las acciones del prójimo. En el caso del comportamiento humano, tal mediación equivale a intercalar un proceso de interpretación entre el estímulo y la respuesta al mismo.

El reconocimiento de que el ser humano interpreta las acciones de los demás como un medio de actuación recíproca, ha impregnado el pensamiento y los escritos de numerosos investigadores de la conducta y la vida humana de grupo. Sin embargo, pocos de ellos se han esforzado en analizar lo que tal interpretación implica con respecto a la naturaleza de la persona o de la asociación humana. Por lo general, se contentan con reconocer que dicha "interpretación" ha de ser aprehendida por el investigador, o con constatar que los símbolos, como por ejemplo las normas o valores culturales, han de ser incluidos en sus análisis. En mi opinión, sólo G. H. Mead ha intentado profundizar en lo que el acto de la interpretación implica para la comprensión del ser humano, de su acción y de su asociación. Los principios fundamentales de este análisis son tan penetrantes, profundos e importantes para la comprensión de la vida humana de grupo, que quisiera comentarlos, aunque sea brevemente.

El aspecto primordial del análisis de Mead es que el ser humano posee un "sí mismo". Esta idea no debe descartarse por esotérica ni pasarse por alto como algo tan evidente que no es digno de atención. Al afirmar que el ser humano posee un "sí mismo", Mead quería decir principalmente, que puede ser el objeto de sus propias acciones; es decir, que puede actuar con respecto a sí mismo como con respecto a los demás. A todos nos resultan familiares las acciones en las que una persona se enfada consigo misma, se formula una repulsa, se enorgullece, razona para sí, trata de alentar su propio valor, se dice que podría "hacer esto" y no "hacer aquello", se fija objetivos, se compromete consigo misma y planea lo que va a hacer. El hecho de que los seres humanos actúan con respecto a sí mismos de ésta y otras incontables maneras, es fácil de observar empíricamente. Reconocer que pueden actuar con respecto a sí mismos no constituye ninguna afirmación mística.

Mead considera que esta aptitud del ser humano para actuar con respecto a sí mismo, es el principal mecanismo con que cuenta para afrontar y tratar con su mundo. Dicho mecanismo le capacita para formularse indicaciones a sí mismo sobre aquello que le rodea y por consiguiente, para orientar sus acciones en función de lo que advierte. Todo aquello de lo que una persona es consciente, es algo que se indica a sí misma: el tictac de un reloj, una llamada a la puerta, el aspecto de un amigo, el comentario que hace un compañero, el ser consciente de que tiene una tarea que realizar, o el percatarse de que se ha resfriado. A la inversa, todo aquello de lo que no es consciente es, *ipso facto*, algo que no se está indicando a sí misma. La vida consciente de un individuo, desde que se despierta hasta que le vence el sueño, es un constante flujo de indicaciones hechas a sí mismo; la consciencia de las cosas que afronta y toma en consideración. Esto nos presenta al ser humano como un organismo que afronta su mundo utilizando un mecanismo con el que se hace indicaciones a sí mismo. Es el mismo mecanismo que interviene en la interpretación de las acciones de los demás. Interpretar las acciones ajenas es señalarse a sí mismo que dichas acciones poseen tal o cual carácter o significado.

Ahora bien, según Mead, el hecho de formularse indicaciones a sí mismo es de una importancia capital, por dos razones bien definidas: en primer lugar, indicar algo es desgajarlo de su planteamiento, ponerlo aparte, otorgarle un significado o, empleando la terminología de Mead, convertirlo en un objeto. Un objeto, es decir

algo que un individuo se indica a sí mismo, no es lo mismo que un estímulo. En lugar de poseer un carácter intrínseco, que actúa sobre el sujeto y puede ser definido con independencia de éste, es el mismo individuo quien le confiere su carácter o significado. En lugar de ser un estímulo previo que provoca el acto, el objeto es un producto de la inclinación del individuo a actuar. La descripción correcta es que el individuo construye sus objetos basándose en su propia y continua actividad, en lugar de estar rodeado por objetos preexistentes que influyen en él y elaboran su conducta. En cada uno de sus innumerables actos, tanto en los menos trascendentes, como vestirse, o en los más importantes, como prepararse para una carrera profesional, la persona está señalándose a sí misma diferentes objetos, confiriéndoles significado, evaluando su grado de conveniencia para la acción que él desarrolla y tomando decisiones en función de dicha evaluación. Esto es lo que significa interpretar o actuar basándose en símbolos.

La segunda consecuencia importante del hecho de que los seres humanos se formulen indicaciones a sí mismos, es que su acción es construida o elaborada, en lugar de ser un mero producto de la conducta. Sea cual fuere la acción en la que se encuentra inmerso, el individuo empieza por señalarse a sí mismo las distintas cosas divergentes que ha de tener en cuenta en el curso de su acción. Ha de ser consciente de lo que quiere hacer y de la manera de hacerlo. Tiene que señalarse las diversas condiciones que pueden servirle para instrumentar su acción y aquellas que pueden entorpecerla; ha de tener en cuenta las exigencias, expectativas, prohibiciones y amenazas que pueden surgir en la situación en la que actúa. Su acción se elabora paso a paso a través de un proceso de indicación a sí mismo. El individuo conjunta y orienta su acción tomando en consideración las distintas cosas e interpretando la importancia que revisten para lo que proyecta hacer. No hay ningún tipo de acción consiente en la que esto no se cumpla.

Ninguna de las clasificaciones psicológicas convencionales puede explicar el proceso de elaboración de acciones mediante la formulación de indicaciones a sí mismo por parte del individuo. Este proceso es ajeno y distinto de lo que se denomina el "yo", así como de cualquier otro concepto que enfoque el "sí mismo" como composición u organización. La autoformulación de indicaciones es un proceso comunicativo móvil en el curso del cual el individuo advierte cosas, las evalúa, les confiere un significado y decide actuar conforme al mismo. El ser humano se enfrenta al mundo o a los "otros" por medio de tal proceso, y no con un mero "yo". Más aún, las fuerzas, externas o internas, que supuestamente influyen en el individuo produciendo su comportamiento, no son las que desencadenan este proceso de "autoindicación". Tampoco lo abarcan ni lo explican las presiones del medio, estímulos externos, impulsos orgánicos, deseos, actitudes, sentimientos, ideas y demás factores. El citado proceso se diferencia de todo esto en que la persona se señala e interpreta la aparición o expresión de tales cosas, por ejemplo advirtiéndole que se le exige una respuesta social dada, reconociendo una orden, observando que tiene hambre, percatándose de que desea comprar algo, siendo consciente de un sentimiento determinado, sabiendo que detesta comer con alguien a quien desprecia, y no ignorando que está pensando en alguna cosa concreta. Al señalarse a sí misma estas cosas, las afronta pudiendo reaccionar contra ellas aceptándolas, rechazándolas o transformándolas de acuerdo con el modo en que las defina o interprete. Su comportamiento, por lo tanto, no es consecuencia de factores tales como presiones ambientales, estímulos, motivos, actitudes e ideas, sino del modo en que maneja e

interpreta estos factores en el contexto de la acción que está elaborando. El proceso de formulación de indicaciones a sí mismo, por medio del cual se elabora la acción, no puede ser explicado por los factores que preceden al acto. El proceso tiene entidad propia, y como tal debe ser aceptado y estudiado. A través de ese proceso es como el ser humano elabora su acción consciente.

Mead admite asimismo que la elaboración de la acción por el individuo a través del proceso de indicaciones que se formula a sí mismo, siempre tiene lugar en un contexto social. Considero necesario explicar detenidamente este punto, dado que es de vital importancia para la comprensión de la interacción simbólica. Fundamentalmente, la acción de grupo reviste la forma de un entrelazamiento de las líneas de acción individuales. Cada sujeto ajusta su acción a la de los demás, enjuiciando lo que éstos hacen o pretenden hacer; esto es, aprehendiendo el significado de sus actos. Para Mead, esto se realiza mediante la "asunción del papel" de los demás, ya sea el de una persona específica o el de un grupo (el "otro generalizado", en palabras de Mead). Al asumir dichos papeles, el individuo trata de evaluar la intención o dirección de los actos ajenos, y elabora y ajusta su propia acción a la de los demás basándose en esta interpretación de los actos de éstos. Tal es fundamentalmente el modo en que la acción de grupo se lleva a cabo en la sociedad humana.

A mi modo de ver, los anteriores postulados reflejan los rasgos esenciales del análisis de Mead sobre las bases de la interacción simbólica. Dichos postulados presuponen lo siguiente: que la sociedad humana se compone de individuos dotados de un "sí mismo" (es decir, que se formulan indicaciones a sí mismos); que la acción individual es una elaboración y no un mero producto, y que las personas la llevan a cabo mediante la consciencia y la interpretación de los aspectos de la situación en la que actúan; que la acción colectiva o de grupo consiste en una ordenación de acciones individuales, realizada cuando los individuos interpretan o toman en consideración las acciones ajenas. Puesto que mi propósito es exponer, y no defender, la postura de la interacción simbólica, intentaré respaldar en este ensayo las tres premisas que acabo de señalar. Me limitaré a afirmar que es fácil verificarlas empíricamente. No conozco ningún caso de acción humana de grupo en el que no se cumplan. Desafío al lector a que piense o trate de encontrar un solo caso al que no puedan aplicarse.

Quisiera declarar ahora que los conceptos sociológicos sobre la sociedad humana están, por lo general, en notable desacuerdo con las premisas que, como he indicado, subyacen en la interacción simbólica. Es un hecho que la gran mayoría de esas perspectivas y, en especial, las que están actualmente en boga, no consideran o tratan la sociedad como una interacción simbólica. Vinculadas, como parece ser el caso, con alguna forma de determinismo sociológico, adoptan imágenes de la sociedad humana, de los individuos y de la acción de grupo, que no se acomodan a las premisas de la interacción simbólica. Expondré brevemente los principales puntos de desacuerdo.

El pensamiento sociológico rara vez admite o considera que las sociedades humanas se componen de individuos dotados de un "sí mismo". Por el contrario, ven a las personas como simples organismos con cierto tipo de organización, que responden a las fuerzas que actúan sobre ellas. En general, aunque no de modo exclusivo, dichas fuerzas están incluidas en la estructura de la sociedad, como es el caso del "sistema social", la "estructura social", la "cultura", el "status", el "papel social", la "costumbre", la "institución", la "representación colectiva", la "situación", las

"normas" y los "valores" sociales. La suposición consiste en admitir que la conducta de las gentes, en cuanto miembros *de una sociedad*, es la expresión de la influencia que sobre ellas ejercen dichas fuerzas o factores. Esta es, por supuesto, la postura lógica que adopta necesariamente el investigador al explicar la conducta o las fases de la misma en función de tal o cual factor social. Se considera que los individuos que componen una sociedad humana son los medios a través de los cuales operan dichos factores, y que su acción social es la expresión de estos últimos. Tal punto de vista o enfoque niega, o por lo menos ignora, que los seres humanos poseen un "sí mismo", y que actúan formulándose indicaciones a sí mismos. El "sí mismo", por cierto, tampoco se incorpora a la imagen al introducir en ella elementos tales como los impulsos orgánicos, motivos, actitudes, sentimientos, factores sociales interiorizados o componentes psicológicos. Los factores psicológicos poseen el mismo status que los factores sociales antes mencionados; es decir, se considera que influyen en el individuo produciendo su acción. No constituyen el proceso de formulación de indicaciones a sí mismo por el individuo. Este proceso se les enfrenta, al igual que se enfrenta a los factores sociales que influyen sobre el ser humano. Prácticamente todas las conceptualizaciones sociológicas de la sociedad humana se abstienen de reconocer que los individuos que la componen poseen un "sí mismo", en el sentido ya comentado.

Tampoco creen que las acciones sociales de los individuos en el seno de la sociedad sean elaboradas por ellos mediante un proceso de interpretación, sino que consideran dichas acciones como un producto de los factores que influyen *sobre y a través* de los individuos. No estiman que la conducta social de la persona la elabore ella misma mediante la interpretación de objetos, situaciones y acciones ajenas. Si se concede un lugar a la "interpretación", es para considerarla simplemente como una expresión de otros factores (los motivos, por ejemplo) que preceden al acto y, por lo tanto, se le niega el rango de factor por derecho propio. En consecuencia, se sostiene que la acción de la persona es un movimiento hacia fuera o una expresión de las fuerzas que influyen en ésta, y no algo que la persona elabora interpretando la situación en que se halla.

Estas observaciones sugieren otra línea significativa de discrepancia entre los enfoques sociológicos generales y la postura de la interacción simbólica. Las dos perspectivas difieren en el modo de explicar la acción social. La interacción simbólica atribuye dicha acción a individuos "actuales" que ajusten sus respectivas líneas de acción a las de los demás mediante un proceso de interpretación, siendo la acción de grupo la acción colectiva de esos individuos. En oposición a este enfoque, los conceptos sociológicos identifican generalmente la acción social con la acción de la sociedad o de alguna unidad de la misma. Los ejemplos son innumerables. Citaré unos cuantos. Ciertos conceptos al entender que las sociedades o grupos humanos son "sistemas sociales", consideran que la acción de grupo es una expresión del sistema, ya sea en estado de equilibrio o intentando lograrlo; o bien, conciben la acción de grupo como una expresión de las "funciones" de una sociedad o de un grupo; o bien como la expresión exteriorizada de elementos contenidos en la sociedad o grupo, como las exigencias culturales, los propósitos societarios, los valores sociales o las presiones institucionales, por ejemplo. Estos conceptos característicos ignoran o desfiguran el punto de vista sobre la vida o la acción de grupo, según el cual dicha vida o acción no es sino el conjunto de las acciones concertadas o colectivas de los individuos en su intento de afrontar sus respectivas situaciones

vitales. Cuando se admite (lo cual no siempre sucede) que la gente se esfuerza por realizar actos colectivos para afrontar las situaciones, dicho esfuerzo se considera producto de la influencia de fuerzas subyacentes o trascendentes contenidas en la propia sociedad o en las partes que la componen. Los individuos que componen la sociedad o el grupo se convierten así en "conductos" o medios para la expresión de dichas fuerzas; y la conducta interpretativa por medio de la cual las personas elaboran sus acciones, en un mero vínculo forzado de la influencia de aquéllas.

Este comentario de los puntos de desacuerdo enumerados contribuirá a aclarar la postura de la interacción simbólica. En la exposición que sigue pretendo esbozar un poco más la imagen de la sociedad humana a la luz de la interacción simbólica, y señalar algunas consecuencias metodológicas.

Debe considerarse que toda sociedad humana se compone de gentes que actúan, y que la vida social se compone, a su vez, de las acciones de esas gentes. Las unidades que actúan pueden ser individuos aislados, colectividades cuyos miembros actúan juntos persiguiendo un mismo fin, u organizaciones que actúan en nombre de un grupo específico. Como ejemplos de cada una de estas unidades podemos citar los compradores individuales en un mercado; un conjunto musical o un grupo de misioneros, y una sociedad de negocios o una asociación profesional a nivel nacional. En una sociedad humana, no hay actividad empíricamente observable que no proceda de alguna unidad obrante. Es preciso insistir en esta trivial declaración en vista de la práctica común de los sociólogos de reducir la sociedad humana a unidades sociales que no actúan: por ejemplo, las clases sociales en una sociedad moderna. Es evidente no obstante que hay otras formas de enfocar la sociedad, aparte de considerarla en función de las unidades de acción que la componen. Quisiera señalar simplemente que, con respecto a la actividad concreta o empírica, es necesario enfocar la sociedad en función de las unidades de acción que la integran. Añadiría que todo esquema que pretenda ofrecer un análisis realista, ha de respetar y ser congruente con el reconocimiento empírico de que toda sociedad humana se compone de unidades de acción.

Con igual respeto deben considerarse las condiciones en que dichas unidades actúan. Una de las condiciones principales es que la acción tiene lugar en el seno de una situación y con respecto a la misma. Sea cual fuere la unidad obrante: un individuo, una familia, una escuela, una iglesia, una empresa comercial, un sindicato, una legislatura, etc, cualquier acción específica es elaborada en función de la situación en la cual tiene lugar. Esto conduce a admitir una segunda condición importante, a saber, que la acción se forma o elabora interpretando la situación. La unidad obrante necesariamente ha de reconocer las cosas que debe tomar en consideración: tareas, oportunidades, obstáculos, medios, exigencias, inquietudes, peligros, etc. De algún modo tiene que evaluarlos y tomar decisiones basadas en dicha evaluación. Esta conducta interpretativa se da tanto en el individuo que orienta su propia acción, como en una colectividad de individuos que actúan conjuntamente o en los "agentes" que actúan en nombre de un grupo u organización. La vida de grupo se compone de unidades de acción que realizan actos para afrontar las situaciones en las que se hallan.

Normalmente, la mayoría de las situaciones que las personas encuentran en una sociedad determinada son definidas o "estructuradas" por dichas personas de idéntica forma. A través de la interacción previa, desarrollan y adquieren una definición o comprensión comunes de cómo actuar en tal o cual situación. Estas definiciones

comunes permiten a las personas actuar de modo parecido. Su comportamiento común y repetitivo en tales situaciones no debe inducir al investigador a suponer que no ha existido un proceso de interpretación; antes al contrario, los participantes elaboran sus acciones, aunque sean fijas, mediante un proceso interpretativo. Al disponer de definiciones ya preparadas y generalmente aceptadas, las personas no tienen que esforzarse mucho para orientar y organizar sus actos. Sin embargo, hay otras muchas situaciones que los participantes no pueden definir de una sola forma. En estos casos, sus líneas de acción no encajan espontáneamente entre sí, y la acción colectiva se ve bloqueada, lo que obliga a desarrollar interpretaciones y a procurar una adaptación recíproca y eficaz de los actos de cada participante. En estas situaciones "indefinidas", es preciso rastrear y estudiar el proceso emergente de definición que tiene lugar.

En lo relativo al interés de los sociólogos y estudiosos de la sociedad humana por la conducta de las unidades obrantes, la postura de la interacción simbólica requiere que el investigador asimile el proceso de interpretación por medio del cual dichas unidades elaboran sus acciones. Para ello no basta con analizar las condiciones que preceden al proceso. Tales condiciones previas son de utilidad para la comprensión del proceso por el hecho de que intervienen en él pero, como se ha dicho antes, no lo constituyen. Tampoco puede entenderse el citado proceso deduciendo su naturaleza de la acción patente que produce. Para captarlo, el investigador debe asumir el papel de la unidad obrante y cuyo comportamiento está estudiando. Puesto que dicha unidad es la que hace la interpretación, en función de los objetos que designa y valora, de los significados conferidos y de las decisiones adoptadas, es necesario enfocar el proceso desde el punto de vista de tal unidad. El reconocimiento de este hecho es el que ha motivado que los trabajos de especialistas como R. E. Park y W. I. Thomas sean tan notables. Tratar de asimilar el proceso interpretativo comportándose como un observador supuestamente "objetivo" y negándose a asumir el papel de la unidad obrante puede hacer incurrir al investigador en el peor tipo de subjetivismo, ya que es probable que el observador "objetivo" aborde el proceso de interpretación a través de sus propias conjeturas, en lugar de entenderlo según se produce en la experiencia de la unidad que lo lleva a cabo.

Por lo general, desde luego, los sociólogos no estudian la sociedad humana basándose en unidades que actúan, sino en base a una estructura u organización, considerando que la acción social es una expresión de las mismas. Depositán su confianza en categorías estructurales tales como el sistema social, la cultura, las normas, los valores, la estratificación social, los niveles del *status*, los papeles sociales y la organización institucional. Emplean estas categorías tanto para analizar la sociedad como para explicar la acción social que tiene lugar en su seno. Hay asimismo otros puntos importantes de interés para los investigadores sociológicos, centrados en torno a este tema focal de la organización. Uno de dichos puntos consiste en considerar la organización en base a las funciones que se supone que desempeña. Otro es estudiarla como un sistema en busca de equilibrio; en este caso, los estudiosos se esfuerzan en detectar mecanismos intrínsecos al sistema. Otro punto de interés consiste en averiguar cuáles son las fuerzas que influyen en la organización y producen cambios en ella; a este respecto los especialistas, principalmente por medio de un estudio comparativo, tratan de aislar la relación existente entre los factores causales y los resultados estructurales. Estas diferentes perspectivas y puntos de interés sociológico, tan hondamente arraigados hoy en día, prescin-

den de las unidades que actúan en la sociedad y eluden el proceso interpretativo mediante el cual aquéllas elaboran sus acciones.

En este interés respectivo en la organización, por una parte y en las unidades que actúan por otra, reside la diferencia esencial entre los criterios convencionales sobre la sociedad y el que sostiene la interacción simbólica, la cual, aunque reconoce la presencia de la organización en las sociedades humanas y respeta su importancia, la considera y trata de un modo distinto. La diferencia se concreta, principalmente, en dos cuestiones. En primer lugar, desde el punto de vista de la interacción simbólica, la organización es un marco en cuyo interior tiene lugar la acción social, pero no constituye el factor determinante de la misma. En segundo lugar, dicha organización y las modificaciones que sufre son producto de la actividad de las unidades obrantes, y no de "fuerzas" que las dejan relegadas a un segundo término. Para comprender mejor la imagen de la sociedad humana a la luz de la interacción simbólica, es preciso explicar brevemente cada una de estas diferencias.

Desde la perspectiva de esta última, la organización social es un marco en cuyo seno llevan a cabo sus acciones las unidades "obrantes" o unidades que actúan. Los aspectos estructurales, como la "cultura", "sistemas", "estratificaciones" y "papeles" sociales, establecen las condiciones para la acción de dichas unidades, pero no la determinan. Las personas (es decir, las unidades que actúan), no lo hacen en función de la cultura, la estructura social, etc., sino en función de las situaciones. La organización social sólo influye en la acción en la medida en que configura situaciones en cuyo seno actúan los individuos, y en la medida en que proporciona unos conjuntos fijos de símbolos que los individuos utilizan al interpretar las situaciones. Ambas formas de influencia de la organización social son importantes. En el caso de sociedades estables y consolidadas, como las tribus primitivas aisladas y las comunidades de campesinos, tal influencia es, ciertamente, muy profunda. Sin embargo, en algunas sociedades humanas, sobre todo en las sociedades modernas, en donde surgen corrientes de situaciones totalmente nuevas y las antiguas se vuelven inestables, la influencia de la organización disminuye. Debe recordarse que el elemento más importante que una unidad de acción ha de afrontar en sus situaciones, son las acciones de otras unidades obrantes. En la sociedad moderna, dado el creciente número de líneas de acción entrelazadas, es normal que surjan situaciones en las cuales las acciones de los participantes no estén regularizadas o normalizadas de antemano. En este sentido, la organización social existente no configura las situaciones. Del mismo modo, pueden variar y oscilar considerablemente los símbolos o instrumentos de interpretación utilizados por las unidades obrantes en tales situaciones. Por estos motivos, la acción social puede rebasar o apartarse de la organización en cualquiera de sus dimensiones estructurales. La organización de una sociedad humana no debe confundirse con el proceso de interpretación realizado por sus unidades de acción, ya que, aunque afecta a dicho proceso, no lo abarca ni lo explica.

Quizá la consecuencia más destacada del hecho de considerar la sociedad como una organización, sea la de pasar por alto el papel que desempeñan las unidades de acción en el cambio social. El procedimiento convencional seguido por los sociólogos consiste en (a) identificar la sociedad humana (o una parte de la misma) con alguna forma organizada o establecida; (b) descubrir algún factor o condición de cambio que influya sobre la sociedad o una parte determinada de la misma, y (c) determinar la nueva forma adoptada por la sociedad a causa de la influencia de ese

factor de cambio. Estas observaciones permiten al investigador expresar proposiciones en el sentido de que un determinado factor de cambio, al influir sobre una cierta forma organizada, produce una nueva forma organizada. A este respecto abundan todo tipo de declaraciones, unas burdas y otras refinadas; como, por ejemplo, que la depresión económica aumenta la solidaridad entre las familias de la clase trabajadora, o que la industrialización acarrea la sustitución de las familias numerosas por las poco numerosas. Ahora no me preocupa la validez de dichas proposiciones, sino la postura metodológica que implican. En esencia, o bien ignoran el papel que desempeña el comportamiento interpretativo de las unidades de acción en un caso determinado de cambio, o bien consideran que el factor de cambio fuerza la conducta interpretativa. Quiero señalar que toda línea de cambio social, desde el momento en que implica cambios en la acción humana, es necesariamente mediatizada por la interpretación de las personas afectadas por dicho cambio, el cual adopta la forma de situaciones nuevas en las que los individuos han de elaborar nuevas formas de acción. Igualmente, y en concordancia con lo anteriormente indicado, la interpretación de las nuevas situaciones no está predeterminada por condiciones previas a las mismas, sino que depende de aquello que se descubre y se toma en consideración en las situaciones reales en las que se elabora la conducta. Pueden producirse fácilmente variaciones en la interpretación, puesto que las diferentes unidades de acción consideran objetos distintos dentro de la misma situación, o les confieren distinto valor, o los ensamblan de modo diferente. Al formular proposiciones sobre el cambio social, será prudente reconocer que cualquier línea de ese cambio está mediatizada por las unidades de acción, al interpretar éstas las situaciones con las que se enfrentan.

Los investigadores de la sociedad humana tendrán que plantearse la cuestión de si sus inquietudes con respecto a las categorías de la estructura y de la organización, se ajustan realmente al proceso interpretativo por medio del cual los seres humanos, individual o colectivamente, actúan en la sociedad. La discrepancia entre ambas posturas es lo que entorpece los esfuerzos del investigador por llegar a conclusiones como las que se extraen en las ciencias físicas y biológicas. Esta misma discrepancia es, además, la principal responsable de las dificultades con que tropiezan al tratar de hacer encajar sus hipótesis en las nuevas series de datos empíricos. Para superar estos inconvenientes se realizan nuevos esfuerzos, ideando nuevas categorías estructurales, formulando nuevas hipótesis de igual carácter estructural, desarrollando técnicas de investigación más refinadas e incluso enunciando nuevos esquemas metodológicos. Tales tentativas siguen ignorando u omitiendo el proceso interpretativo por medio del cual las personas, individual o colectivamente, actúan en la sociedad. La cuestión reside en saber si la sociedad humana o la acción social pueden analizarse con éxito mediante esquemas que rehúsan admitir que los seres humanos son como son; es decir, personas que elaboran su acción individual o colectiva a través de una interpretación de las situaciones a las que hacen frente.

4

LAS ACTITUDES Y EL ACTO SOCIAL*

Este artículo constituye una valoración crítica del concepto de actitud como instrumento para el estudio y análisis de la conducta humana. La amplia atención dedicada por la teoría e investigación contemporáneas al concepto de actitud, se basa, evidentemente, en dos creencias. La primera sostiene que el concepto es indiscutiblemente apropiado para analizar y estudiar la conducta humana. La segunda, que puede ser calificado de concepto científico y que, por lo tanto, puede servir para adquirir un conocimiento científico a través de una investigación adecuada.

A mi juicio, un análisis minucioso demuestra que ambas creencias son erróneas. El concepto de la actitud, tal como hoy día se entiende, descansa sobre una descripción falaz de la acción humana. Además, no cumple en absoluto los requisitos de un concepto científico. El propósito del presente artículo es demostrar el fundamento de estas dos graves acusaciones, que analizaré en orden inverso al enunciado.

La actitud como concepto científico

En la ciencia empírica, un concepto, para ser satisfactorio, debe cumplir tres sencillos requisitos: 1. debe apuntar claramente a los casos concretos del tipo de objetos empíricos a los que hace referencia; 2. tiene que hacer una clara distinción entre este tipo de objetos y los de clase afín, y 3. ha de permitir el desarrollo del

* Discurso pronunciado por el autor como presidente de la sociedad para el Estudio de los Problemas Sociales, con ocasión de la reunión anual celebrada conjuntamente con la Sociedad Americana de Sociología y la Sociedad Sociológica Rural, en Washington, del 30 de agosto al 2 de septiembre de 1955.

Reproducido de Social Problems, Volumen 3, N.º 2 (octubre 1955), páginas 59 a 65, con autorización de la Sociedad para el Estudio de los Problemas Sociales.

conocimiento acumulativo del tipo de objetos a los que se refiere. Por supuesto, estos tres requisitos están vinculados entre sí. La clara determinación de los casos concretos del tipo de objetos nos permite estudiarlos minuciosamente y desarrollar, por medio de este estudio, un conjunto de conocimientos sobre el tipo en cuestión. Por otra parte se pueden utilizar casos concretos para verificar las afirmaciones o formular hipótesis sobre la naturaleza de ese tipo de objetos. Asimismo, la aptitud para reconocer los casos concretos de un tipo determinado nos permite aislar dicho tipo de todos los demás y relacionar entre sí los conceptos relativos a dichos casos. Esta vinculación de los conceptos es esencial para una teorización eficaz.

Tal y como normalmente se le entiende, el concepto de actitud, no cumple ninguno de los tres requisitos. Carece de una referencia empírica clara y fija; su tipo de objetos no se distingue fácilmente de otros afines, y no propicia la ampliación de los conocimientos sobre el tipo de objetos a los que supuestamente se refiere. Permítaseme aclarar todo esto.

El concepto de actitud es empíricamente ambiguo. No poseemos ningún grupo de marcas o características fidedignas que nos permitan determinar correctamente las actitudes en el mundo empírico que estudiamos. Una actitud no se percibe directamente, sino que ha de ser ensamblada mediante un proceso de deducción. Necesitamos saber qué es lo que hay que ensamblar, y esto no nos lo dice el concepto actual de la actitud. No sabemos qué datos incluir como parte de una actitud y cuales rechazar por no pertenecer a la misma. Al no saber qué es lo que compone una actitud, evidentemente carecemos de orientación en cuanto a seleccionar los datos precisos para determinarla o identificarla. Por ello, tenemos que proceder arbitrariamente, confiando en nuestras impresiones personales respecto a lo que se debe incluir, o recurriendo a algún medio técnico como por ejemplo una escala de medidas. Dicho medio técnico se basa, por supuesto, en una idea preconcebida de lo que compone una actitud, que ha de ser adaptada, por añadidura, de forma que cumpla ciertos criterios de cuantificación. Esto no responde, pues a la cuestión de lo que compone empíricamente una actitud considerada como tipo.

La consecuencia de esta ambigüedad empírica del concepto de actitud es que éste se convierte en un término meramente lógico o general. Abarca una cantidad increíble de casos concretos, pero está desprovisto de toda faceta genérica aislada mediante un estudio empírico. No se refiere a un tipo de objeto identificable. Esta condición se refleja claramente en la relación indeterminada que existe entre el concepto de actitud y otros conceptos de la misma especie. Efectivamente, no podemos distinguirlo ni relacionarlo eficazmente con conceptos tales como los impulsos, mecanismos, apetitos, antipatías, sentimientos, hábitos, opiniones, ideas, juicios y decisiones. Hace unos veinte años, Gordon Allport realizó audaces, aunque vanos, intentos de demostrar cuán diferentes son las actitudes de los temas psicológicos mencionados y de otros por el estilo. No conozco ninguna tentativa parecida que haya tenido éxito. A decir verdad, quienes trabajan en el campo de estudio de la actitud manifiestan una extraña indiferencia hacia el problema. Aunque seguimos considerando seriamente el concepto de actitud como instrumento para el análisis de la conducta y de la estructura humanas, no conseguimos engranarlo eficazmente con ningún grupo de conceptos analíticos establecidos y encaminados a ese mismo fin. Al carecer de una referencia empírica decisiva, el concepto de actitud entorpece toda teorización sólida. No podemos incluirlo acertadamente en nuestras teorías, ni como unidad de organización personal ni como elemento de la acción humana.

Una consecuencia todavía más grave de la falta de concreción empírica del concepto de actitud, es la incapacidad de desarrollar ningún conocimiento acumulativo sobre lo que es la actitud. A pesar de haberse efectuado un gran número de estudios sobre el tema a lo largo de los años, no veo que dichos estudios hayan contribuido en absoluto al conocimiento de la naturaleza genérica de las actitudes. No sabemos más sobre ellas de lo que sabíamos hace treinta y cinco años. Debemos descartar las pretendidas contribuciones a este conocimiento, tales como que las actitudes se forman socialmente o que son susceptibles de modificación. Estas afirmaciones no dicen nada acerca de lo que es una actitud y, en cuanto proposiciones, hubieran podido ser formuladas con el mismo valor y validez prescindiendo del concepto de actitud. Del mismo modo, los interesantes hallazgos en materia de procedimiento, con respecto a las precauciones que deben adoptarse al hacer entrevistas, formular preguntas y confeccionar escalas, tampoco han aportado ningún conocimiento genérico sobre las actitudes.

Cabe preguntarse y con razón, qué es lo que estamos haciendo si, empeñados en un extenso cúmulo de estudios e investigaciones que ocupan a muchos de nuestros mejores cerebros, lo único que hemos descubierto es que toda esta ingente tarea no nos ha proporcionado ningún conocimiento sobre el tipo de objetos que pretendemos estar estudiando. No parece que tal sea el camino de la ciencia.

Las anteriores observaciones explican por qué pienso que el concepto de actitud, en su forma actual, es altamente deficiente como concepto científico. La ambigüedad de su carácter empírico le impide entablar relaciones fructíferas, capaces de rectificarse por sí mismas, con el mundo empírico, impide incorporarlo a un conjunto de teoría analítica y obstaculiza el desarrollo del conocimiento de su naturaleza.

Este es, no obstante, el menos importante de los dos puntos que deseo considerar. Mayor importancia reviste el hecho de que presupone una falsa descripción de la acción humana.

La actitud como explicación de la acción humana

El uso del concepto de actitud para explicar el comportamiento, se basa en una lógica muy sencilla. La actitud está concebida como una tendencia, un estado de preparación o de disposición que antecede a la acción, la dirige y la moldea. De este modo, la actitud o tendencia a actuar se utiliza para explicar y dar cuenta de un determinado tipo de acción. Además, el conocimiento de la actitud nos permite prever el tipo de acción que tendría lugar si tal actitud fuese activada. En realidad, la afirmación de que la actitud dirige y controla el acto, constituye una clara petición de principio. Los indicios y hechos disponibles no proporcionan ninguna prueba que ratifique tal aseveración. Hay dos líneas de verificación posibles. Una sería demostrar, mediante una adecuada serie de casos, que existe una estrecha conformidad de acción con las actitudes previamente afirmadas, y la otra consistiría en analizar minuciosamente la influencia que ejerce realmente la actitud sobre el acto.

Los estudios sobre la actitud no aportan la primera demostración. Una abrumadora proporción de estudios sobre la actitud ni siquiera tratan de interesarse en la acción subsiguiente al estudio y, en consecuencia, no revelan nada sobre la relación entre la actitud y la acción. En el reducido número de casos en que se ha intentado

establecer dicha relación, la prueba no ha resultado convincente. A veces se ha descubierto una correlación muy razonable, generalmente entre las puntuaciones de los *test* de actitud y cierto índice de conducta pública. En otros casos, frecuentemente con los mismos *test*, la correlación ha sido escasa. Podemos encontrar en las publicaciones sobre el tema ejemplos muy bien escogidos en los que la predicción funciona perfectamente, pero tales ejemplos no representan el conocido universo de los estudios sobre las actitudes, ni siquiera el de los mejores estudios y, por lo tanto, no constituyen una prueba. La cuestión se complica a causa de la posibilidad de seleccionar casos asombrosos en los que la predicción fracasó. Cualquier apreciación imparcial sobre el conocido campo de los estudios acerca de las actitudes, nos obliga a reconocer que no ha sido posible demostrar la existencia de una clara concordancia entre las actitudes declaradas y la acción ulterior. Me consta por supuesto, que los investigadores en esta materia creen que las deficiencias en la predicción serán superadas al perfeccionar los instrumentos para el estudio de las actitudes. Me limito a señalar que este punto de vista sigue siendo una petición de principio acerca de si la actitud controla el acto.

La otra forma de demostrarlo consistiría en probar, por medio de una descomposición analítica del acto, que la tendencia a actuar dirige y configura realmente la acción. En lugar de correlacionar simplemente los dos extremos del acto, la tendencia y la conducta manifiesta, habría que analizar paso a paso el modo en que la tendencia influye en el desarrollo de la acción, configura los deseos e impulsos, modela la percepción, determina las selecciones y dicta las decisiones. Una prueba tan meticulosa resultaría muy convincente. Casi es ocioso añadir que no existe ninguna demostración de este tipo.

No quiero dejar que el tema finalice con este tipo de conclusión. Por el contrario, deseo emprender un análisis del acto social humano para demostrar la falsedad de la premisa que afirma que la tendencia o actitud dirige y determina el acto. Al hacerlo seguiré la línea de pensamiento de George H. Mead, quien ha analizado el carácter del acto humano con mayor profundidad que ningún otro investigador.

La idea de que la tendencia a actuar determina el acto, presupone que la acción no es sino la realización de algo que estaba proyectado de antemano. Una vez activada, la tendencia se plasma directamente en actividad, a la que guía y configura. Contra esta pretensión yo arguyo que un análisis realista del acto humano revela un cuadro completamente distinto. El acto humano no es la realización de una tendencia ya organizada, sino una elaboración del agente. En lugar de traducirse la tendencia directamente en acto, interviene un proceso que determina la forma y dirección adoptada por el acto en desarrollo. Como Mead ha mostrado (lo que constituye, por cierto, su principal contribución a la psicología social), este proceso está constituido por un caudal de interacción del individuo consigo mismo, quien se señala a sí mismo diversas cosas y objetos; los define, enjuicia y selecciona; reúne lo que ha seleccionado, y se organiza de este modo para actuar. Sería un grave error creer que este proceso intermedio por el que el agente humano elabora su acto, no es otra cosa que la manifestación de la tendencia. Por el contrario es este proceso el que hace funcionar a la tendencia, a veces orientándola, otras configurándola y en ocasiones transformándola, bloqueándola o suprimiéndola inexorablemente.

Un ejemplo corriente nos ayudará a verlo con más claridad. Tomemos el simple caso de una persona que tiene hambre y come. Podemos considerar que el hambre

es una tendencia y el hecho de comer un acto, y decir que la primera produce y explica el segundo, pero aunque tal explicación parece indiscutiblemente cierta, constituye una notable tergiversación de lo que en realidad sucede, dado que omite el proceso intermedio de interacción consigo misma a través del cual la persona moldea su acto. Perfilaremos la hipotética acción. En primer lugar, la persona debe advertir que tiene hambre. Si no se indicase ese hecho a sí misma, se limitaría simplemente a estar incómoda e inquieta y no se propondría buscar comida. Así pues, tiene que definir su hambre en términos de si es algo que debe tomar en consideración o no. Una ñeada al reloj puede indicarle que falta media hora para la comida y en tal caso, puede decidir esperar. O bien puede recordar que está a dieta y decirse: "qué fastidio, tendré que aguantarme", y no actuar con relación al hecho del hambre. O puede decidir comer. En ese caso, tiene que comprometerse más en la elaboración de su acto. Mediante el empleo de imágenes se señala a sí misma diversas posibilidades de acción: elegir entre los distintos tipos de comida, fuentes de alimentación y maneras de obtenerla. Al pasar revista mentalmente a los diversos objetos de comida, puede que conciba la intención de degustar un plato exquisito. Acto seguido puede recordar o tener en cuenta su precaria situación económica y, de acuerdo con esto proyectar otra línea de acción distinta. Puede tomar en consideración las inclemencias del tiempo, la incomodidad de salir a la calle, la comida que hay en el frigorífico o el libro que se proponía leer. Puede suceder que, después de haber decidido lo que quiere comer y hallarse en camino hacia un lugar apropiado para ello, se encuentre con un conocido que le invite a tomar unas copas en el bar de la esquina. Debido a cierta obligación social contraída con ese conocido, puede decirse a sí misma que, en contra de sus deseos, lo correcto es aceptar la invitación. De este modo, un acto que comenzó en una tendencia (el hambre) puede acabar en tres horas bebiendo cerveza.

El ejemplo sólo deja entrever algunas de las numerosas líneas de acción posibles. Pero bastará para recordarnos lo que la observación más superficial pone de manifiesto: que la acción humana se elabora a través de un proceso de formulación de indicaciones a sí mismo por parte del individuo. En este proceso el agente advierte distintas cosas, las define y sopesa, proyecta diferentes posibilidades de acción, selecciona unas cuantas, toma decisiones y revisa sus planes apenas se percata de algo nuevo. Si hay algo evidente, es que la acción no constituye la mera realización de una tendencia ya determinada, ni el resultado de una tendencia que arrastra al individuo inexorablemente hacia su realización. Antes bien, el agente ha de ensamblar las piezas de su línea de acción en función de los datos que va teniendo en cuenta. Al hacerlo así, reacciona contra su tendencia, obligándola a ajustarse a la acción que está elaborando. Al hacer que la tendencia se acomode al acto en desarrollo, puede organizarlo, transformarlo, mantenerlo en suspenso, bloquearlo o descartarlo enérgicamente como base de acción.

Podemos apreciar más claramente lo insustancial que resulta la idea de que la tendencia a actuar controla el acto, si nos detenemos a considerar la posible influencia de la situación en la que la acción ha de realizarse, o el efecto que pueden producir las actividades de otras personas.

Ante una situación nueva y distinta, el individuo ha de esbozar una nueva línea de actividad. Tiene que hacerse cargo de la situación, obtener datos, enjuiciar esto o aquello, y coordinar la línea de acción que le permitirá acomodarse a la situación tal como la ve. Esta a su vez, puede plantear nuevas exigencias y ofrecer nuevas

posibilidades. Por definición, estas exigencias y posibilidades no están incluidas en la tendencia que las antecede y que ha sido elaborada con independencia de ellas. En tales condiciones, conjeturar que un conocimiento de la tendencia previa permite pronosticar el acto que se está gestando en la nueva situación, es realmente presuntuoso. De igual modo, presumir que el conocimiento de una actitud con respecto a un objeto, en una determinada situación, permite vaticinar la acción que se elaboraría con respecto al mismo objeto en una situación distinta, equivale a malentender y tergiversar gravemente la naturaleza del acto humano.

Una consideración aún más concluyente en contra de la idea de que la tendencia o la actitud controla el acto, es el efecto que las actividades ajenas causan en la propia. Como Mead ha subrayado, en la vida de grupo, un individuo tiene que acomodar sus propios actos a la incesante actividad de los demás. Lo que él considera que éstos hacen se convierte en el contexto en el cual ha de encajar su propio acto en desarrollo. Así pues, la expresión por parte de los demás de sus expectativas e intenciones, sus peticiones e instrucciones, sus exigencias y mandatos, son cosas que el individuo ha de tener en cuenta a la hora de configurar su acto. Ahora bien, evidentemente no se puede pronosticar, a partir del conocimiento de la tendencia, cuáles van a ser los actos de aquellas personas con las que uno está destinado a enfrentarse, ni saber cómo va uno a interpretar esos actos. La interpretación depende del modo de evaluar la situación en que se producen. Concretamente, cuando surgen nuevas situaciones en las que se ve implicado todo un grupo, la corriente de definición y redefinición de los actos respectivos de cada individuo favorece la disolución de las tendencias previas.

Declaro por lo tanto, que un análisis realista del acto humano demuestra que no es la tendencia a actuar lo que moldea o controla el acto. A lo sumo, la tendencia o disposición a actuar es un mero elemento que interviene en el desarrollo del acto; todo lo más una tentativa inicial para una posible línea de acción. Existen, por supuesto, casos, relativamente infrecuentes, en los que la tendencia parece dominar el acto hasta el punto de excluir las exigencias de la situación y las expectativas de los demás; por ejemplo un estado de melancolía, el ansia de narcóticos de un drogadicto, una cólera ciega y el terror en un momento de pánico. En estos casos, no se produce el proceso de formulación de indicaciones a sí mismo por parte del individuo o, como se suele decir, el individuo "pierde la cabeza". Que tales ejemplos no constituyen el prototipo de la acción social humana se ve rápidamente en el hecho de que están en oposición a la vida de grupo. Si cada cual expresase libremente las tendencias o actitudes que experimenta, la vida social se convertiría en un estado de anarquía. No existirían grupos humanos para que los sociólogos los estudiaran.

Este análisis del acto significa que lo fundamental no es la tendencia, sino el proceso por medio del cual se elabora el acto; no la actitud, sino el proceso de definición por el que un individuo llega a crear su acción. En el caso de la conducta individual, este proceso reviste la forma de la interacción con uno mismo, pues el individuo o, como se suele decir, el individuo "pierde la cabeza". Que tales ejemplos no constituyen el prototipo de la acción social humana se ve rápidamente en el hecho enjuiciado, prepara planes de acción, elige entre ellos y toma decisiones. A su vez, la conducta de grupo o colectiva adquiere la forma de la interacción social, definiendo cada individuo los actos de los demás y movilizándose para la acción colectiva. Dado que el acto, ya sea individual o colectivo, se configura, elabora y dirige mediante el proceso de definición que realiza el individuo o grupo, según el caso,

dicho proceso debería constituir el objeto principal de estudio de sociólogos y psicólogos. El conocimiento de tal proceso sería de mucha mayor utilidad, a efectos de predicción, si es esto lo que interesa, que cualquier cúmulo de información sobre tendencias o actitudes. A pesar de ello, los estudios actuales sobre las actitudes ignoran el citado proceso.

En la parte que resta de este artículo, examinaré brevemente algunas otras formas en las que el concepto de actitud es utilizado en la actualidad.

El término "actitud" puede emplearse en el sentido en que se utiliza en la vida cotidiana, cuando hablamos de una persona que tiene una actitud humilde, alberga una sospecha, se muestra intolerante para con los extraños, o manifiesta una actitud amorosa hacia sus hijos. Hay varias cosas a tener en cuenta en relación con esta forma de empleo. En primer lugar, el término "actitud", por sí solo, no añade nada a la comprensión; puede omitirse sin que la frase pierda su significado. Podemos hacernos entender con igual claridad diciendo que una persona es suspicaz que afirmando que manifiesta una actitud suspicaz, o diciendo que es intolerante con los extraños en lugar de asegurar que muestra una actitud intolerante hacia ellos; o bien, que odia a los judíos, en lugar de indicar que su actitud hacia ellos es de odio. No es el sustantivo "actitud" lo que tiene importancia, sino el verbo, el adjetivo calificativo o el adverbio. La palabra "actitud" se convierte en un circunloquio práctico no sólo en su uso cotidiano, sino también en el de la literatura erudita, pero no es necesario ni constituye en sí mismo una referencia concreta. En segundo lugar, en su uso ordinario, el término no se refiere tanto a lo que la persona hará, como al tipo de estado en que se encuentra. Al saber que una persona muestra una actitud sospechosa, de odio, de amor, o de indecisión, podemos asumir hasta cierto punto el papel que desempeña y en consecuencia, captar algo de sus sentimientos, susceptibilidades y opiniones. Ello nos proporciona un indicio acerca del modo en que se apresta a afrontar esa parte de su mundo a la que su actitud hace referencia, lo cual, a su vez nos sirve de orientación al abordar y tratar a dicha persona. En tercer lugar, el valor de este indicio como clave para asumir el papel de una persona, depende de cómo se caracterice su actitud. Una simple indicación como que la actitud de alguien es recelosa, nos permite asumir su papel en cierto grado, pero no completamente; una descripción aguda y penetrante de dicho recelo, como la que podría proporcionarnos un novelista con sensibilidad, nos permitiría asimilar su papel de una forma más completa e inteligible. Una caracterización estructurada en razón de un punto de vista fijo y limitado, como es el caso de los resultados de los estudios de valoración de las actitudes, restringe la amplitud de la medida en la que podemos asumir el papel de una persona.

En el sentido de la conducta humana que parte de la elaboración de líneas de acción por agentes humanos, es de suma importancia asumir los papeles de éstos e introducirse dentro de su marco de actividad. A pesar de que, como ya he dicho, el concepto de actitud no es imprescindible para ello, su empleo como medio de facilitar la comprensión de los papeles sociales, es correcto y puede resultar valioso. Esto podemos observarlo en la obra, merecidamente famosa, de Thomas y Znaniecki sobre el campesinado polaco. En ella, bajo la rúbrica de la actitud, los autores nos proporcionan energías descripciones de las experiencias de personas totalmente opuestas a su insostenible tratamiento formal de las actitudes como supuestos conceptos científicos.

La forma de empleo restante del concepto de actitudes hay que buscarlo entre

algunos de los investigadores más serios y cautelosos dedicados a la tarea de determinar su significado. Estos investigadores no pretenden estar estudiando "actitudes", tal como se las concibe normalmente; ni estar tratando de aislar tendencias que inducen a actuar; ni que sus hallazgos puedan utilizarse para predecir el comportamiento; ni que su procedimiento, en su etapa actual, sea aplicable al análisis de la conducta individual o de grupo. Por el contrario, consideran que su investigación para determinar las llamadas actitudes es puramente exploratoria, sin ningún juicio previo sobre si llevará o no a la confección de un fructífero y significativo esquema para el análisis de la conducta empírica. Saben que su proyecto capta algo, pero no saben lo que es ni conocen su alcance. Comprenden que este elemento estable no es susceptible de un estudio empírico independiente, sino sólo de ser revelado utilizando los medios por ellos ideados, y por lo tanto, reconocen que no están en condiciones de decir si es una tendencia para actuar ni de atribuirle características genéricas. Para ellos, el elemento estable es un mero instrumento exploratorio para averiguar qué utilidad puede tener, si es que tiene alguna. De este modo, debido a su naturaleza cuantitativa, puede ser relacionado con otros tipos de datos cuantitativos. Ahora bien, desde el momento en que permite la ordenación en un continuum, hace posible la comparación entre los diferentes individuos o grupos de dicho continuum, y debido a que es un punto de asignación del "continuum", permite determinar en cierto modo las variaciones que experimenta el citado continuum en respuesta a la exposición de las personas a nuevos tipos de experiencia. Estos estudiosos confían en que sus esfuerzos exploratorios conducirán *tal vez* al aislamiento de un hecho empírico con características genéricas fijas; un hecho que, de ese modo, pueda convertirse en un concepto científico y un instrumento analítico.

Este estudio, como todo tipo de estudio exploratorio de la ciencia empírica, es indiscutiblemente correcto. Sin embargo, el concepto de actitud que presupone apenas puede merecer aprobación. Se equipara la actitud a un hallazgo estable realizado mediante un determinado estudio de medición. Como la naturaleza de tal hallazgo es desconocida, el concepto de actitud se convierte, a su vez en una incógnita "X". El hecho de que el citado hallazgo estable se limite a cada estudio en particular, en lugar de caracterizar a un conjunto universal de casos, empeora la situación de por sí insatisfactoria. Por consiguiente, en un sentido estrictamente lógico, en los estudios de medición de la actitud no existe el concepto de la misma. En su lugar hay una serie interminable de supuestas actitudes independientes o "X", sin nada que las relacione entre sí. Es una forma realmente extraña para un concepto que pretende ser científico.

Ya se ha dicho lo suficiente en este artículo como para resaltar que existe una auténtica necesidad de replantear cuidadosamente nuestro pensamiento y nuestra labor en relación con el estudio de la actitud. Este examen debiera impulsar a los investigadores serios de este campo a emprender el análisis del mundo empírico con instrumentos más realistas y previsores.

5

IMPORTANCIA PSICOLOGICA DEL GRUPO HUMANO

El propósito de este artículo es resaltar la necesidad de respetar la naturaleza de la vida humana de grupo al formular teorías psicosociales y esquemas de investigación. Este respeto está ausente de la psicología social contemporánea en mayor medida de lo que se cree. La mayoría de los conceptos hoy vigentes en nuestro campo no son producto de un meticuloso estudio empírico de la asociación humana sino, sobre todo, proyecciones de ideas o esquemas derivados de otras fuentes. A mi entender, este hecho es en gran parte responsable de la confusión y dificultades que padece la psicología social actual. Sospecho que una fiel consideración de la naturaleza de la asociación humana requeriría la modificación y el arrinconamiento de muchas ideas y prácticas que constituyen el repertorio actual de muchos psicólogos sociales.

Doy por sentado que *la raison d'être* de la psicología social reside en el hecho de la asociación humana. La psicología social ha de basarse necesariamente en la premisa de que el término "psicológico", sea cual fuere el modo en que haya sido concebido su contenido, posee un carácter derivado de la asociación de los seres humanos entre sí. A mi modo de ver es este hecho, y únicamente este hecho, lo que distingue a la psicología social de las restantes clases de psicología. La psicología fisiológica considera como objeto de su estudio la estructura orgánica del individuo, y se interesa por la organización y funcionamiento del tejido nervioso muscular y glandular. La psicología individual, en el sentido tradicional, entiende que el ser humano es una entidad psicológica que contiene en si misma los elementos, factores o procesos esenciales para su comprensión. Considerándolo de este modo, sólo se

analizan la composición y la conducta del individuo, sin conceder demasiada atención a la asociación del mismo con sus semejantes. La psicología social, en contraste con la fisiológica y la individual, acepta el hecho de dicha asociación como punto de partida. Su premisa es que la vida de grupo es el escenario en el que tiene lugar la experiencia individual, y que dicho grupo social ejerce en ésta una influencia decisiva. Tal punto de vista refleja el reconocimiento de que la asociación con sus semejantes es destino inevitable y universal del ser humano; que dicha asociación constituye una intrincada red de estímulos tales como exigencias, peticiones, órdenes, prohibiciones, instigaciones, desaires, expectativas, condenas y juicios ajenos; y que esa red de acciones multiformes de los asociados, moldea y configura la estructura psicológica de cada individuo. Esto es cierto tanto si la referencia psicológica abarca un tema completo, como la llamada "personalidad"; algún elemento aislado, como un impulso, apetito, actitud o sentimiento, o bien determinados procesos, como la cognición, motivación, aprendizaje y comunicación. Desde el punto de vista de la psicología social, todos estos puntos de referencia poseen una naturaleza que emana de la experiencia y acontecimientos inherentes a la asociación humana. Estas observaciones no pretenden sino subrayar el reconocimiento de que la psicología social se basa lógicamente en el hecho de la asociación humana.

Una vez admitido lo que antecede, es preciso que la psicología social posea una descripción razonablemente fidedigna de la asociación humana como punto de partida. Sin embargo, en lugar de trazar un esquema de la naturaleza de esa asociación por medio de la observación empírica, la mayoría de los psicólogos sociales utilizan los ya existentes, los confeccionan ateniéndose a algún concepto preestablecido, o trabajan inconscientemente con esquemas dictados por sus propios métodos de estudio. Quisiera justificar esta acusación.

A mi entender, los psicólogos sociales confeccionan sus esquemas para representar la asociación humana de cuatro formas distintas.

La *primera*, muy corriente por cierto, consiste en partir de una idea determinada en relación con la estructura psicológica del ser humano, y después confeccionar la descripción de un grupo humano que se adapte a dicha idea. A veces tal descripción adopta la forma de una aseveración directa según la cual la vida de grupo consiste en el elemento psicológico dado; otras veces, en lugar de esta afirmación, hace una descripción de la vida de grupo acorde y compatible con dicho elemento. La literatura psicológica cuenta con numerosos conceptos elaborados de ese modo. Uno de los primeros ejemplos lo constituye la doctrina de los instintos. Basándose en la idea de que el ser humano estaba compuesto psicológicamente de una serie de instintos, los investigadores pensaron que la vida de grupo o de asociación se componía exclusivamente de tales instintos. Por citar un ejemplo conocido: la institución de la vida de familia, que actualmente engloba una interacción variable y muy compleja, se explicaba como la expresión de unos cuantos instintos escogidos como, por ejemplo, una combinación de los instintos sexuales, paternos y gregarios. Hoy día este concepto parece grotesco, considerando la intrincada, versátil y variable trama de adaptaciones de una persona con otra, que constituye la vida de familia. Con todo, este ejemplo tomado del campo de la psicología de los instintos, revela claramente cómo puede elaborarse un concepto o esquema de la vida de un grupo humano con sólo tomar un carácter psicológico supuesto de la persona humana y utilizarlo como unidad o "cimiento" de la vida de grupo.

No sería honesto por mi parte basar este alegato en la ya desechada doctrina de

los instintos; así que utilizaré ejemplos contemporáneos. La vigente doctrina de las actitudes constituye uno muy claro. Tal punto de vista sostiene que el ser humano es una organización de actitudes. Como se razona que el grupo humano está compuesto de individuos, se extrae la conclusión de que la vida de dicho grupo consiste en la interacción de las actitudes adoptadas por los miembros que lo constituyen. Por eso el análisis del comportamiento de grupo intenta determinar las actitudes que se supone dan lugar al mismo. Se cree que la determinación de tales actitudes proporciona una base firme para la predicción del comportamiento colectivo. Más adelante explicaré por qué pienso que es falso concebir la asociación humana o la vida de grupo como una interacción de actitudes. Por ahora me limitaré a señalar que este punto de vista, al igual que el concepto de los instintos citado anteriormente es un claro ejemplo de la confección de un esquema de la vida de grupo partiendo de la proyección externa de un presunto carácter psicológico del individuo humano. Otros ejemplos actuales de la misma índole, que me abstendré de comentar, son la concepción de la vida humana de grupo basada en factores psicoanalíticos; la noción de que dicha vida de grupo se compone de una red de relaciones del tipo "estimulo-respuesta"; el punto de vista según el cual la opinión pública es la suma de las opiniones individuales, y la consideración de que, si no en su totalidad al menos una parte de la vida de grupo (como un movimiento social, pongo por caso), es la expresión de los motivos individuales, sean éstos cuales fueren.

Hay varias observaciones que hacer con respecto a esta forma corriente de esquematizar la asociación humana en función de determinado atributo psicológico o estructura del individuo. En *primer* lugar, el hecho de que la descripción o esquema de la vida de grupo a que conduce, no procede de un estudio empírico de la misma, sino que es elaborado de forma que se acomode a un concepto ya estatuido y derivado de una fuente enteramente distinta. En *segundo* lugar, este modo de esquematizar la vida de grupo nos lleva a un círculo vicioso que impide la ejecución de la tarea fundamental de la psicología social. El concepto de la vida de grupo elaborado en función de un determinado carácter psicológico del individuo, crea un círculo vicioso tendente a afirmar el carácter psicológico en cuestión. A causa de ello, el requisito fundamental de toda psicología social, en cuanto a enfocar lo "psicológico" a través de lo "social" sufre un "cortocircuito" y no se cumple. En suma, la concepción de la asociación humana como conjunto de la estructura psicológica de los individuos que la componen, se convierte en un obstáculo para el estudio de dicha asociación. Esta es, sin duda, la consecuencia más nefasta; una secuela que siempre amenaza con infestar la psicología social y minarla hasta sus más profundas raíces.

Una *segunda* forma importante de obtener una imagen o descripción orientativa de la asociación humana consiste en utilizar una elaboración analógica. El grupo humano adquiere una determinada forma o naturaleza al equiparlo con algo. Frecuentemente, esta analogía se establece inconscientemente como subproducto de algún esquema metafísico que los investigadores están utilizando. Son numerosos los ejemplos de ambos sistemas de analogía en la psicología social. El ingenioso método de crear deliberadamente conceptos analógicos está muy bien ilustrado por lo que los sociólogos denominan "analogía orgánica". Se entiende que el grupo humano está formado con arreglo a un modelo de organismo que funciona como una entidad, dirigiendo la conducta de los subgrupos que la integran y, en última instancia, la de los miembros individuales. La interacción entre éstos adquiere un mero carácter instrumental con respecto a la acción unificada del grupo. Otra mues-

tra de enfoque analógico es el antiguo intento de concebir la vida de grupo como un grupo mental, dotado de las características funcionales de la mente de los individuos. Un caso más frecuente en la psicología social actual es el empleo inconsciente de la analogía para crear un concepto del grupo humano, generalmente al servicio de un esquema metodológico o metafísico concreto. Así, cuando un psicólogo social se propone considerar que el objeto de su estudio es un mecanismo que funciona de una manera regular y ordenada, configura inconscientemente con ese mismo molde su esquema de la asociación humana. Por idéntica razón si utiliza un enfoque metodológico que presupone que el objeto en estudio tiene la forma de un conjunto estadístico basado en la probabilidad, llegará a un tácito esquema de la asociación humana que responde al enfoque elegido. Del mismo modo si sostiene el concepto filosófico "Gestalt" en el sentido de que todos y cada uno de los objetos en estudio con sistemas totales que tratan de mantener o alcanzar un estado de equilibrio, su esquema del grupo humano participará de este concepto. En todos estos casos, es evidente que el esquema de la asociación humana se elabora, consciente o inconscientemente, sobre la base de la analogía, presumiendo que la asociación posee una estructura o carácter parecido al de un determinado modelo externo. Si se reconoce, como estoy seguro que se hace, que los modelos normalmente utilizados por los psicólogos sociales son concebidos según los de las ciencias naturales o elaborados con arreglo a un determinado concepto filosófico, será fácil entender por qué se atribuye a la asociación humana un carácter que no se deriva del estudio empírico de la misma. Desde el momento en que esta fuente concreta de esquemas del grupo humano está tan claramente vinculada al propio acto de investigación científica, no es difícil advertir hasta qué punto recurren los psicólogos sociales al procedimiento analógico al desarrollar conceptos funcionales de la asociación humana. No me interesa comentar aquí la validez de ninguna de estas elaboraciones analógicas; sólo quiero insistir en que son esquemas "tomados en préstamo", y no deducciones derivadas del estudio empírico.

Hay una *tercera* forma de confeccionar esquemas funcionales sobre la naturaleza fundamental del grupo humano. Consiste en desarrollar un concepto general al respecto sobre la base de la reflexión especulativa, y no del razonamiento analógico. Este enfoque es más propio de los filósofos políticos, sobre todo cuando desarrollan directrices acerca de la naturaleza del Estado en relación con la sociedad. Se hace patente en algunos puntos de vista como, por ejemplo que la sociedad es "voluntad general" o "poder". Quizá resulte más familiar para los psicólogos sociales el concepto sociológico de "consenso". Entre estos psicólogos los que pertenecen al campo sociológico se guían a menudo por dicho concepto, basado en la reflexión especulativa y no en una cuidadosa observación empírica. Dado que, en conjunto, las perspectivas sobre la asociación humana derivadas de esta reflexión no son muy frecuentes en la psicología social contemporánea, no me extenderé sobre este tema. Baste señalar que este modo de esquematizar la naturaleza del grupo humano, elude el estudio inductivo que se requiere para llegar a un concepto realista.

La cuarta y última forma de crear conceptos de la asociación humana, consiste en utilizar estudios empíricos de los grupos humanos, como vienen haciendo, en especial, los antropólogos y sociólogos. Los ejemplos más conocidos de este tipo de conceptos en el campo de la psicología social son, actualmente, los centrados en torno a los términos "cultura", "estructura social" y "desempeño de un papel". Debido a su trascendencia en el pensamiento psicosocial vigente, comentaré breve-

mente estos conceptos. La recopilación, durante el siglo pasado, de una copiosa información sobre el estilo de vida de diversos grupos humanos, dio origen al concepto de cultura. La información obtenida demuestra de modo concluyente, que dichos estilos de vida varían con independencia de la estructura étnica, la localización geográfica o la peculiar composición de la gente. En realidad, esos estilos de vida son, al parecer, producto de la experiencia histórica. La información recogida demuestra asimismo que, cuando un grupo posee cierta continuidad y estabilidad, sus modos de vida persisten tenazmente de generación en generación, imprimiéndose en los jóvenes y canalizando su actividad. Estas observaciones hacen surgir fácilmente una noción de la cultura o un concepto del grupo humano como poseedor de un conjunto o sistema de modos de vida, anteriores al niño o al recién llegado, que debe ser asimilado por éstos y que moldea su conducta y organización personal. Las pruebas que respaldan este concepto son tan numerosas que es fácil entender cómo los estudiosos llegan a la vida de grupo como vida cultural. (Algunos sociólogos definen incluso su disciplina como la ciencia de la cultura.)

Adyacentes a este concepto de la cultura y de hecho, complementarias de la misma, son la nociones que consideran al grupo humano como una estructura social o un sistema de papeles sociales. El estudio de la organización social de los grupos humanos muestra siempre una ordenación de los puestos sociales, ya sea en forma de división del trabajo o de jerarquía del *status*. Debe señalarse, además, que cada uno de estos puestos viene socialmente definido por las expectativas respecto al modo en que actuará quien los ocupa y a cómo será valorado en relación con otros puestos. De esta forma, la concepción del grupo humano como cultura se fusiona con la concepción del mismo como estructura social: lo mismo sucede con la concepción de la vida de grupo como desempeño de papeles sociales. Esta última noción, al igual que las de la cultura y la estructura social, se basa en el estudio empírico: parte del hecho evidente de que al ser humano, en sus relaciones con los otros, se le asignan o asume papeles diversos: padre, trabajador, erudito, esposo, amigo, enemigo, dirigente, hombre rico, partidario leal, profesor, director de un club, etc., según su posición social y sus intereses. Parece ser que cada vez que un ser humano entabla relación con otro asume inmediatamente algún papel, y que mientras dura esa relación, no deja de desempeñar papeles sean de un tipo o de otro. Es fácil entender por qué los estudiosos defienden la noción de que la vida humana de grupo consiste en desempeñar papeles sociales.

En realidad, la evidencia empírica en favor de la idea de que la cultura, la estructura social y el ejercicio de los papeles constituye el grupo humano y su vida, parece tan convincente que no debemos asombrarnos de lo mucho que ha influido este concepto en la psicología social contemporánea. Sin embargo, a pesar de que todos los casos de vida de grupo o asociación humana consolidadas muestran de modo indiscutible la presencia de normas o pautas culturales, niveles de status y asignación de papeles, a mi modo de ver es inadecuado, erróneo y falso considerar que estos tres conceptos constituyen la vida de grupo o representan la naturaleza de la asociación humana. Más adelante lo demostraré; por el momento, me contentaré con señalar que los conceptos de cultura, estructura social y asignación de papeles, no provienen del estudio de la asociación humana entendida como proceso en curso, sino, más bien, del estudio de determinados productos de dicha asociación. Formulo esta declaración con la mayor seriedad. Los citados conceptos no son fruto de un minucioso estudio de lo que sucede entre personas que han entablado una

interacción recíproca, sino de la comparación de diferentes estilos de vida de grupo, de la observación de las relaciones, de la constatación de los puestos o papeles, claramente diferenciados que los individuos asumen en el contexto del grupo. Concebir la asociación humana como cultura, nivel de status o desempeño de papeles sociales supone, de hecho, utilizar conceptos tomados en préstamo. Lo que, considerado superficialmente, parece ser un concepto de procedencia empírica sobre la naturaleza de la asociación humana, resulta no derivarse del estudio de la misma como tal.

Este breve repaso de los cuatro procedimientos principales que los psicólogos contemporáneos utilizan normalmente para confeccionar sus esquemas sobre la naturaleza de la asociación o del grupo humano, refleja con mayor claridad el significado de mi afirmación inicial en el sentido de que actualmente la psicología social no posee ni busca un concepto realista de la naturaleza de la asociación humana. Elaborar conceptos de dicha asociación basados en la acomodación de determinada noción filosófica o esquema metodológico de investigación o bien, fundamentos en algún tipo de especulación filosófica sobre la vida de grupo o, finalmente, apoyados en una observación empírica del grupo en cuestión lo que, en definitiva, no equivale a la observación de la asociación como tal, es eludir el problema crucial de la psicología social. Esta precisa, por necesidad lógica, como he pretendido demostrar con mis anteriores comentarios, tomar como punto de partida el hecho mismo de la asociación humana. La psicología social debería, y en mi opinión debe, necesariamente, disponer de una fiel descripción de dicha asociación para llegar a comprender de un modo realista el mundo que estudia. Esto es necesario con independencia del modo en que tal descripción pueda afectar a las formas actuales de pensamiento e indagación, y al margen del rumbo que pueda imprimir a la psicología social.

Ahora quisiera decir algo sobre la naturaleza de la asociación humana; la cual habría que considerar en su forma más elemental, es decir, la de los seres humanos en interacción. Los ejemplos más amplios de asociación humana, aquellos en los que pensamos al hablar de la vida de grupo en sus aspectos más generales, siguen estando basados en la interacción entre individuos; por lo tanto, éste ha de ser el objeto de estudio inicial y estratégico. Me propongo examinar tan sólo unas cuantas, aunque esenciales, características de la interacción, omitiendo muchas otras que, aunque más importantes, no es preciso considerar en este artículo. Las características que voy a comentar son empíricas: saltan a la vista al observar la interacción que se desarrolla en torno nuestro.

A mi juicio, la característica más importante de la asociación humana consiste en que cada participante tiene en cuenta a los demás. Por inocua y redundante que pueda parecer esta afirmación, creo que es de vital importancia. Tener presente a los otros significa algo más que estar en su presencia o reaccionar ante la misma. Dos personas durmiendo juntas en una cama pueden reaccionar mutuamente al cambiar de postura en el sueño; sin embargo, en tales reacciones o respuestas no se tienen en cuenta la una a la otra. Tomar en consideración a una persona quiere decir ser consciente de ella, reconocerla de algún modo, formular un juicio o apreciación sobre ella, determinar el significado de su acción, tratar de averiguar lo que tiene en mente o intentar descubrir lo que quiere hacer. El hecho de ser consciente de otra persona, teniéndola en cuenta, tanto a ella como a sus actos, da lugar a orientarse uno mismo y a dirigir la propia conducta. Una persona tiene en cuenta la acción de otra no sólo en el momento de la toma de contacto inicial, sino durante todo el

periodo de interacción. Debe anticiparse a la acción de esa persona, percatándose de lo que dice en tal o cual ocasión, o interpretando sus movimientos a medida que éstos van sucediéndose. Percibir, definir y enjuiciar a la otra persona y a su acción, y organizarse a sí mismo en función de dichos juicios y definiciones, constituye un proceso continuo y fluido.

El hecho de que *cada uno* de los dos individuos que intervienen en esta sencilla situación, esté teniendo en cuenta al otro continuamente, es muy importante. Significa que ambos han entablado una relación de *sujeto a sujeto*, no de objeto a objeto ni siquiera de sujeto a objeto. Cada uno de estos individuos tiene que considerar la conducta ajena, en cierta medida desde el punto de vista del otro. Tiene que captar a ese otro como a un sujeto o como a lo que inicia y dirige sus propios actos, y en consecuencia, se ve impulsado a determinar lo que éstos significan, cuáles son sus intenciones y cómo puede actuar. Esto lo hace cada uno de los involucrados en la interacción y por lo tanto, no sólo toma al otro en cuenta, sino que lo hace considerando que el otro, a su vez, le toma en cuenta a él. Esta relación de sujeto implica una capacidad de respuesta en la interacción completamente distinta de la capacidad de respuesta formal entre dos objetos. Tenerse en cuenta mutuamente no sólo significa que cada individuo relaciona su acción con la de otro, sino que entrelaza las acciones de ambos en lo que, a falta de un término mejor, denominaré "transacción", es decir, una acomodación de la acción en desarrollo de cada uno a la del otro, con objeto de conjuntar o enlazar ambas. Sin perderme en divagaciones esotéricas, diría que la transacción es algo distinto de una suma de las acciones de dos individuos; las dos líneas de acción de esa relación mutua en desarrollo, constituyen una sola unidad, cuya existencia admitimos cuando hablamos de un argumento, un debate, una discusión o una riña.

Obsérvese asimismo que la transacción (que, a mi parecer, es la forma real de la interacción humana) se construye o elabora a medida que se va produciendo, por lo que puede tener una trayectoria o historial variable. La interacción humana discurre a través de un acto de definición y redefinición de las acciones del otro. Se elabora pasando de un punto al otro a medida que cada uno va teniendo sucesivamente en cuenta al otro y es, a su vez, tenido en cuenta por éste. Cada participante, al afrontar una determinada expresión de la acción del otro, tiene que advertir y enjuiciar dicha expresión, y utilizarla como factor para guiar su propia acción. Ello confiere a la transacción el carácter de un desarrollo, al ir pasando de una definición a otra, y depende de las selecciones y juicios que se hagan y de las decisiones que se tomen. Esta descripción de la asociación humana como un proceso fluido en el curso del cual cada participante guía su acción basándose en la del otro, da una idea de sus múltiples posibilidades potenciales de tomar direcciones divergentes.

Sin embargo, salvo en casos relativamente infrecuentes, la vida de un grupo humano no es acusadamente inestable ni irregular. El predominio del carácter relativamente ordenado y estable de la vida de grupo, en contraste con el hecho de que la vida esté siendo elaborada constantemente, revela la presencia de los controles que intervienen en el desarrollo de una transacción. Precisamente el hecho de tomar en cuenta a otro, se convierte en un factor de control del desarrollo del acto propio. Uno tiene que reaccionar de acuerdo con la forma en que ha tomado en cuenta al otro. Pero esta forma, es decir, la interpretación y definición de la acción del otro, no está predeterminada por dicha acción, sino que depende de los esquemas de definición que el individuo posea y de la naturaleza de su acto considerado en

función de sus propósitos, objetivos o rumbos marcados. Sus esquemas de definiciones comprenden las de otros, es decir la forma en que éstos esperan que uno debiera actuar en una situación determinada. También comprenden a veces sus propias definiciones, dictadas por la experiencia. En ambos casos, tales esquemas ordenan y dan continuidad al modo de interpretar la acción ajena, y en consecuencia, actúan como controles de la acción propia. No hay que olvidar, sin embargo, que en respuesta a su propio acto en desarrollo, el individuo puede elegir entre los esquemas de definición que posee, o mejor dicho, puede definir su propia definición y, en consecuencia, tener en cuenta la acción del otro de un modo distinto.

Para aclarar el significado de lo que acabo de decir, creo necesario añadir algo sobre otro aspecto crucial de la asociación humana: concretamente, sobre el hecho de que el individuo no sólo "interactúa" con el otro, sino también consigo mismo. Al ser consciente de esa otra persona, al interpretar y enjuiciar su acción y al determinarla de un modo concreto, se está formulando indicaciones a sí mismo. En realidad parece que el único modo de tener algo en cuenta en lugar de limitarse a responder a ello, es formularse una indicación a sí mismo. El individuo concentra su atención en una cosa, la pone ante sí, deja en suspenso mientras tanto su acción visible con respecto a ella, la inspecciona, la analiza y emite un juicio sobre ella. Esta interacción consigo mismo, como quiera que la denominemos, tiene lugar en el seno de la interacción con otra persona, y se convierte en el medio a través del cual es movilizado y organizado el acto propio en dicha interacción. No deseo hacer un análisis de lo que implica la interacción del ser humano consigo mismo. George Herbert Mead ha esbozado lo que creo que son las características básicas de este tipo de interacción, en su ya clásica exposición de la relación entre el "Yo" y el "Mí". Al parecer, es a través de esta interacción consigo mismo como el grupo humano, en su sentido más amplio, es decir, en lo que Mead llama comunidad, interviene en la interacción entre seres humanos, aunque dicho grupo o comunidad no esté físicamente presente en la misma. Al formularse indicaciones a sí mismo, el ser humano puede aplicar a su conducta las normas de las perspectivas comunitarias y, de este modo guiarse, en su interacción con los demás, por consideraciones que no están inmediatamente presentes en la misma.

El último aspecto de la interacción humana que deseo señalar es que quienes participan en ella, se ven complicados a inhibir tendencias dirigidas a la acción. Las inclinaciones, impulsos, deseos y sentimientos pueden verse refrenados en razón de aquello que se tiene en cuenta y del modo en que se enjuicia o interpreta. La presencia del otro y los actos en desarrollo de éste se convierten en otras tantas oportunidades para orientar el acto propio, constituyendo de este modo, los acontecimientos de la experiencia que impulsan al individuo, mientras éste orienta su acción, a reconsiderar su conducta, refrenar la expresión de ciertos sentimientos y reconocer que la realización de determinados deseos debe esperar.

Mis observaciones sobre la naturaleza de la interacción humana sólo están esbozadas y, probablemente, no son demasiado claras; pero bastan para sugerir lo que creo que todos podemos constatar, es decir, que la asociación humana es un proceso cambiante en el curso del cual los participantes perciben y calibran las acciones de todos los demás, mientras cada uno de ellos va trazando su acción con respecto a las ajenas, inhibiéndose, estimulándose y orientándose de este modo en la realización de la misma. Una vez retenido este rudimentario esquema, quisiera considerar de nuevo los que se utilizan actualmente en psicología social y formular su crítica.

En primer lugar, parece claro que es incorrecto concebir la asociación humana en función de un carácter psicológico dado o de cierta composición del individuo humano. La asociación es un proceso fluido y en desarrollo, en el curso del cual, la forma en que un individuo tiene a los demás en cuenta es lo que organiza, desvía, reorienta o elabora sus actos. La estructura del individuo y los elementos de la misma sufren la influencia de la interacción en desarrollo, siendo unas veces refrenadas, otras suprimidas y en ocasiones revisadas. La estructura y sus elementos se ven sometidos a las restricciones y reorganizaciones resultantes de encajar la acción propia en las ajenas. Teniendo en cuenta el carácter y los resultados del proceso de interacción, que hemos mencionado, parece lógico y necesario admitir que dicha interacción no pueda ser legitimamente elaborada en función de ningún esquema tomado en préstamo de la estructura psicológica del individuo. Para ilustrar este punto elegiré un sencillo ejemplo entre los múltiples esquemas de vida de grupo vigentes, basados en algún tipo de idea acerca de la estructura psicológica del ser humano. Tengo en la mente el difundido punto de vista de que la asociación humana es una interacción de actitudes, criterio profundamente arraigado en el estudio y pensamiento de la psicología social actual. Al sostener que el comportamiento individual es una expresión de las actitudes del individuo, se infiere que, como el grupo es una asociación de individuos, la conducta de dicha asociación es consecuencia de las actitudes de sus componentes. Este esquema de la vida de grupo prescinde del hecho y la naturaleza de la asociación misma, por lo que constituye una opinión falsa e inadecuada. Si se examina a la luz de lo que ya se ha dicho con respecto a las características de la asociación humana, se advierte sin dificultad que cualquier elemento psicológico, como la actitud, por ejemplo, se limita a ocupar un lugar en el desarrollo del proceso de interacción y está sometido al control del mismo. Así pues, al tener en cuenta el desarrollo de los actos de los demás, las actitudes propias pueden movilizarse, suprimirse escrupulosamente, o dejarse en suspenso; puede imprimirseles un nuevo giro, o su vigor puede quedar minado conforme el acto propio va siendo incorporado a las nuevas formas estables de asociación que se van elaborando. Por último, pueden resultar inoperantes debido a que las acciones ajenas, según son interpretadas, no les dejan ninguna oportunidad de expresión. Un soldado puede sentir una profunda antipatía o adoptar una actitud hostil o antagonica hacia el teniente de su compañía y, sin embargo, obedecer todas sus órdenes y observar una conducta razonablemente cortés para con él. Un cierto sentimiento de orgullo compartido puede suavizar la actitud del soldado si un oficial de inspección felicita al teniente por la eficiencia de los hombres bajo su mando, incitándole incluso a realizar un importante sacrificio por él en el campo de batalla. El hecho es que, en la fluida secuencia de interpretación de las acciones ajenas, el individuo, al desarrollar su propio acto, utiliza o anula sus actividades de una forma muy variable. El modo esencial en que la actitud depende de la naturaleza de la interacción en curso, demuestra el falso planteamiento que supone utilizar la actitud para confeccionar un esquema de dicha interacción. Sin embargo, no necesito recordar cuán difundido está actualmente el concepto de que la conducta, tanto de grupo como individual, debe entenderse y predecirse en función de las actitudes, a pesar de que aquélla es elaborada mediante una interacción asociativa.

Este enfoque de la vida humana de grupo entendida como una interacción de actitudes, es aplicado igualmente a cualquiera de los numerosos esquemas que tratan de explicar la asociación basándose en algún carácter psicológico proyectado del

individuo. Los psicólogos sociales sucumben a la poderosa tentación de razonar que, puesto que un grupo humano se compone de individuos, la vida comunitaria ha de estar constituida, necesariamente, por lo que se considera que son los elementos psicológicos de los individuos. Y, sin embargo, es precisamente en este punto donde el psicólogo social puede extraviarse y adoptar un criterio poco realista al no advertir ni comprender que lo que constituye la vida de grupo es la interacción, y que ésta ha de ser analizada en sus propios términos.

Volviendo a los esquemas analógicos que representan una segunda forma de concebir la naturaleza de la asociación humana, sospecho que prácticamente todos son imperfectos si se analizan a la luz de las características antes mencionadas. Así pues, me parece, por lo tanto, que la asimilación de la vida humana de grupo al funcionamiento de una estructura mecánica o de un organismo, o a un sistema en busca del equilibrio, se enfrenta con graves dificultades por el carácter formativo y explorativo de la interacción, manifestado en el hecho de que los participantes se juzgan mutuamente y orientan sus actos basándose en dicho juicio. Permitáseme utilizar uno de esos esquemas analógicos al objeto de esbozar un comentario ilustrativo: me refiero al esquema que se utiliza normalmente en la psicología de la "Gestalt". La idea de que la conducta de un individuo en una posición de grupo es un vector creado y coaccionado por las presiones de esa posición mientras ésta evoluciona hacia un estado de equilibrio, equivale en esencia, a mi modo de ver, a negar el papel que desempeña la definición, evaluación, captación o decisión en la orientación del acto del individuo ante las acciones en desarrollo de otros participantes. Me resulta difícil imaginar que aquellos de mis lectores que en este momento piensen que mis afirmaciones son erróneas, se vean impulsados a opinar de ese modo por una tendencia operativa de la situación de nuestro grupo hacia la homeostasis; sospecho, más bien, que al tener en cuenta mis apreciaciones, el lector las analiza minuciosamente, trata de descubrir su significado, las enjuicia y se organiza con respecto a ellas de diversas maneras, las cuales pueden plantear un problema de falta de unidad en nuestro siguiente comentario, pero que de momento no constituyen expresiones de un sistema que busca el equilibrio. El funcionamiento de un sistema no margina al ser humano como si fuese una unidad neutral e indiferente. Como organismo capaz de entablar una interacción consigo mismo, el individuo forja su acción mediante un proceso de definición que implica elección, valoración y decisión.

Teniendo en cuenta con cuánta facilidad puede un esquema analógico de la vida de grupo perfilar formas de estudio y análisis, es importante, en mi opinión, adaptar el esquema al carácter observable de la citada vida de grupo.

No es necesario decir nada sobre la tercera forma general anteriormente mencionada de forjar un concepto sobre la naturaleza de la vida de grupo, a saber: recurriendo a la especulación filosófica acerca de dicha naturaleza. Este enfoque adolece de no estudiar con detalle lo que sucede en la asociación humana.

Quisiera, no obstante, hacer algunos comentarios sobre la cuarta forma de llegar a un concepto de la naturaleza del grupo humano, tal como he explicado antes. Me refiero a los puntos de vista que lo consideran una organización de cultura y de posiciones sociales, en las que la conducta de los participantes consiste en el desempeño de papeles sociales. Estas opiniones se basan en una supuesta observación empírica, pero son difícilmente sostenibles a mi parecer, se las confronta con un meticuloso análisis de la asociación humana. Al tomar un determinado ejemplo de

interacción asociativa, como la que ahora se desarrolla entre nosotros, es preciso admitir la presencia de lo que llamamos cultura, estructura social y desempeño de papeles sociales. Así pues, en nuestras relaciones obedecemos indiscutiblemente a diversas normas "culturales", como el hecho de que el lector atienda a mis observaciones con razonable calma y el hecho de que yo, al expresarme, respete un código de lo que es correcto y lícito ante una audiencia erudita. También existe algo de estructura social en nuestra relación, en parte basada en el status y en posiciones de autoridad y respeto, y en parte en una división del trabajo. Además, no hay duda de que en nuestra relación desempeñamos muchos papeles: el de profesores universitarios, investigadores, críticos, individuos educados y revestidos de dignidad, o el de meros invitados. Con todo, yo añadiría que, una vez aplicados, del modo más exhaustivo posible, esos esquemas de normas culturales, seguiríamos omitiendo el aspecto más esencial de nuestra interacción, es decir: la exposición de mis ideas y el enjuiciamiento y valoración de las mismas por el lector. Si cualquiera de mis lectores tuviese que dar una descripción medianamente inteligente de lo que estoy exponiendo, a un amigo que no estuviese presente, haría una labor muy deficiente si se limitase a enumerar la lista de las pautas culturales que seguimos o a caracterizar nuestros papeles y posiciones sociales. Como mucho, un informe de esta índole sólo daría una idea del planteamiento formal. Evidentemente, no conseguiría captar mis puntos de vista, su significado, la interpretación y valoración efectuadas por el lector, ni el modo en que yo respondería ante los juicios emitidos por éste en una discusión sobre el tema. Aunque sospecho que en este punto me aparto de mis colegas sociólogos, me parece evidente que no se puede adaptar de un modo realista el proceso de la interacción humana a un molde de cultura, estructura y papeles sociales. Existen casos de asociación muy ritualizados, como por ejemplo, una ceremonia religiosa, en los que las acciones visibles de todos los participantes están claramente prescritas en cada momento, y en los que toda la interacción se reduce a tener en cuenta a los demás exclusivamente en función de los preceptos estipulados. En este caso los conceptos de cultura, estructura y papeles sociales, encajan casi perfectamente. Pero tales casos son relativamente infrecuentes en la vida humana de grupo y no deben usarse como prototipos de la misma, ya que ésta constituye un proceso de transacción formativa. Las normas culturales, el status y las relaciones entre los papeles sociales, son tan sólo el marco en el cual se desarrolla este proceso.

Espero haber dejado suficientemente claro que la asociación de los seres humanos posee ciertas características que le confieren su carácter peculiar. Todo esquema que estudie empíricamente la vida de grupo ha de respetar fielmente dichas características. El desarrollo de una psicología social realista depende especialmente de una descripción empíricamente válida de la naturaleza de la asociación humana. El hecho de lo "social" conforma la perspectiva, la manera de plantear problemas, los métodos de investigación y las líneas de análisis de la psicología social. Si lo "social" se enfoca en función de un esquema total o parcialmente ficticio, la investigación será encauzada por canales falsos o los análisis se harán sobre una base falsa. Lamentablemente, opino que la psicología social de nuestros días está basada, en un grado muy considerable, en esquemas de asociación humana que no refleja fielmente dicha asociación. Una falsa imagen del grupo humano conduce a una errónea interpretación de cómo se forma el individuo al participar en la vida de grupo, de lo que se derivan erróneas presunciones sobre la manera en que se puede modificar a las personas, individual o colectivamente, que afectan de modo vital a cuestio-

nes de política social. Ahora que existe una creciente demanda de psicólogos sociales para estudiar problemas de orden práctico y ofrecer recomendaciones sobre las líneas de acción a seguir, es más importante que nunca que dichos sociólogos estén orientados de un modo realista, y creo que tal orientación ha de lograrse, inicial y principalmente, por medio de una acertada representación de la naturaleza de la asociación humana.

6

NOTAS SOBRE "EL CAMPESINO POLACO EN EUROPA Y AMERICA", DE THOMAS Y ZNANIECKI

Para adoptar una perspectiva correcta del estudio realizado por Thomas y Znaniecki, es preciso advertir que no se trata de una simple monografía sobre la sociedad de campesinos polacos sino, ante todo, de un intento de sentar las bases para la investigación y la teoría científica social, basado en cuatro consideraciones.

1. Los citados autores pretenden elaborar un enfoque adaptado al carácter de la vida en una compleja sociedad civilizada. Dicho enfoque ha de adaptarse, sobre todo, al estudio del cambio y de la transformación social, dado que tal característica es muy acusada en una sociedad así. Además, debe hacerse de manera que conduzca a una teoría social adecuada para el control social.

Para comprender este punto, es necesario considerar que puede haber formas de estudio que no poseen este carácter. De hecho, gran parte de la investigación social actual, por muy impresionante que parezca científicamente, no resulta apropiada para el estudio de una sociedad cambiante. Por otra parte, dicha investigación puede proporcionar hallazgos y relaciones "precisos", sin ser por ello capaz de aportar ningún dato sobre *cómo cambiar o controlar dichas relaciones*, lo cual indica que no está siendo aplicada a la línea de indagación científica que el carácter teórico de la vida social requiere. La aptitud de servir a los propósitos del control social es el test de validez definitivo del conocimiento científico.

Un esquema válido para el estudio científico de la vida social ha de permitir afrontar el carácter central de la misma y debe ofrecer la posibilidad de extraer

conocimientos útiles para su control. Los autores han tratado de confeccionar un esquema de ese tipo.

2. La segunda consideración es la necesidad de dar con un enfoque que se acomode al carácter exclusivo del cambio o interacción, tal como sucede en el caso de la vida social humana. Lo que es único, según Thomas y Znaniecki, es la presencia tanto de un factor subjetivo como de uno objetivo. La influencia de todo factor objetivo depende siempre de la receptividad selectiva y de la inclinación positiva de la persona. En consecuencia, la modificación de un factor objetivo (por lo que respecta a la influencia que ejerce sobre las personas) depende de la aplicación al mismo de un punto de vista u orientación nuevos. Como ya hemos visto, los autores han expresado esta idea al declarar que tanto la situación objetiva como la experiencia subjetiva, han de ser tenidas en cuenta en el estudio del cambio social. Idéntica idea han expresado en sus conceptos básicos de la actitud y el valor, elaborándola y haciéndola extensiva a la fórmula metodológica que han confeccionado con miras a establecer las "leyes del devenir social".

Parece seguro que esta fórmula no es válida, y que la idea de establecer las "leyes del devenir" por medio de ella es quimérica. Además, hay que poner en tela de juicio la validez lógica y metodológica de los conceptos de "actitud" y "valor". Estas objeciones sin embargo, no invalidan la creencia general de que la vida social implica la interacción de los factores objetivos y la experiencia subjetiva. Tal idea, en realidad está de acuerdo con el sentido común; podría expresarse diciendo que un individuo actúa con respecto a los objetos según el significado que los mismos tienen para él.

Un esquema adecuado para el estudio de la sociedad humana debe prestar la debida atención a este factor subjetivo. Thomas y Znaniecki han tratado de hacerlo consecuentemente, siempre atentos a la experiencia humana. Consideran que los enfoques que ignoran o eluden el factor subjetivo, limitándose a estudiar las relaciones entre los factores objetivos, son necesariamente deficientes e incapaces de proporcionar un conocimiento fidedigno de la vida social. Creo necesario resaltar que estos tipos de enfoque son muy frecuentes en la investigación social contemporánea, la cual los justifica y alianza normalmente alegando que son objetivos y poseen carácter científico.

3. La tercera consideración se deriva de la que acabo de exponer. Consiste en captar la necesidad de concebir medios que permitan al investigador aprehender el factor subjetivo y estudiarlo en su interacción con el factor objetivo. Si se admite el papel que desempeña el factor subjetivo, esta tarea es ineludible. Los autores se han enfrentado honradamente al problema. Su respuesta, como hemos visto, es que esos medios los proporcionan los "documentos humanos". Dichos documentos, considerados como una recopilación de la experiencia humana, suministran datos empíricos del factor subjetivo. Por otra parte, constituyen un registro "objetivo", que permite que otros tengan acceso a los datos y se remitan al mismo cuantas veces lo precisen.

4. La consideración final es la conciencia de la necesidad de un marco teórico en el que estudiar la vida social. Un enfoque no es tal sin la existencia de un esquema orientativo. En el caso que nos ocupa, hay que precisar que está elaborado sobre la base de los propios factores representativos del carácter exclusivo de la vida social y que, lógicamente, constituyen el hecho del cambio social. Estos factores son los objetivos y los subjetivos en interacción. Ya hemos visto que los autores han con-

ceptualizado estos factores en su noción sobre las actitudes y valores, que los han utilizado como cimientos para construir el marco teórico mencionado. En otras palabras, la labor que se han propuesto es la de elaborar un esquema conceptual que permitiese manejar, analítica y abstractamente, material concreto de la vida social, para así permitir estudios comparativos de las diferentes sociedades.

Thomas y Znaniecki han realizado su estudio monográfico partiendo de un esquema metodológico confeccionado con arreglo a estas consideraciones. Dicho esquema está bien elaborado en sus aspectos lógico y metodológico; los autores demuestran estar plenamente familiarizados con la lógica de la ciencia y los cánones del procedimiento científico.

La aplicación de ese esquema a la sociedad campesina polaca es un ensayo, en su doble sentido de test y ejemplificación. Los autores han acometido una empresa pionera: continuamente hacen hincapié en la necesidad de realizar estudios parecidos de otras sociedades para verificar las "leyes" y generalizaciones establecidas en el estudio del campesinado polaco; subrayando en sus observaciones finales* el carácter de tentativa que revisten su método, análisis y resultados.

La falta de estudios semejantes sobre otras sociedades, que puedan servir de *test* a las citadas generalizaciones y teorías de los autores, nos impide decidir categóricamente su veracidad o falsedad. Lo único que podemos hacer es considerar críticamente la aplicación de su enfoque metodológico (su "perspectiva y método") al estudio de la sociedad campesina polaca. Puesto que dicha aplicación se centra en el análisis de un amplio conjunto de materiales mediante una serie de esquemas teóricos, dirigimos nuestra atención a esta tarea. En consecuencia, tendremos que prescindir del rico entramado de interpretaciones esclarecedoras que los autores han llevado a cabo.

El problema que abordamos aquí es, pues, de la relación entre los materiales y su análisis teórico. Este problema ha surgido ya en diversos puntos de nuestros comentarios anteriores, pero tendremos que considerarlo de nuevo. El problema afecta al núcleo principal de la tentativa de los autores, y es fundamental en toda investigación social que trate de llegar al factor "subjetivo" por medio de material documental, dado que, en última instancia, consiste en saber si es posible efectuar una investigación social de la experiencia subjetiva de modo científico.

Como ya se ha mencionado, conscientes de la necesidad de obtener datos sobre el factor mencionado, conscientes de la necesidad de obtener datos sobre el factor subjetivo, Thomas y Znaniecki han optado por la utilización de "documentos humanos", cuya forma más perfecta son a su entender los datos biográficos. En su trabajo han reunido gran cantidad de documentos humanos de diversa índole. Los autores admiten que éstos no son todo lo satisfactorios que hubieran deseado, pero son los mejores que pudieron obtener. Su obra está basada primordialmente en ellos, en el sentido de que su análisis teórico o bien es fruto de dichos datos o bien ha sido puesto a prueba utilizando los mismos. ¿Qué puede decirse sobre este aspecto de su

* "Nuestra labor no pretende aportar verdades sociológicas concretas y universalmente válidas, ni constituir un modelo permanente de investigación sociológica; simplemente intenta ser una monografía, lo más completa posible dadas las circunstancias, sobre un grupo social limitado y en un momento determinado de su evolución. Este trabajo puede sugerir estudios de otros grupos, más detallados y perfectos en cuanto a la metodología, contribuyendo así a la investigación de sociedades de la vida moderna, a fin de superar su etapa actual de impresionismo periodístico, y preparando el terreno para la determinación de leyes generales realmente exactas sobre la conducta humana" (Volumen II, 1822-23).

carácter inductivo? ¿Cómo se trabaja con documentos humanos? ¿Cómo se analizan y se interpretan?

Aparentemente, está bastante claro que Thomas y Znaniecki no derivan todos sus conceptos teóricos de los materiales contenidos en sus escritos ni de otros datos parecidos no incluidos en ellos. Tal vez ni siquiera se derivan de ellos los más importantes. De hecho, los rasgos principales aparecían ya esbozados en los escritos anteriores de Thomas. Es bastante evidente que los autores emprendieron su estudio del campesinado polaco partiendo de los rudimentos de sus esquemas teóricos primarios, elaborados desde una gran experiencia en relación con los seres humanos, numerosas reflexiones y observaciones sobre su conducta y una considerable meditación acerca de su naturaleza. Sólo personas con semejante experiencia y talento podían haber llevado a cabo las estimulantes e incisivas interpretaciones que ellos han formulado. También es evidente que sus interpretaciones particulares de la vida campesina polaca no fueron extraídas exclusivamente de los materiales que presentan los autores; debemos de suponer que la familiaridad con el campesinado que facilitó las conclusiones de éstos se alcanzó a través de una gran diversidad de medios. Así pues, si bien es cierto que gran parte de su concepción teórica procede del examen de los documentos, también lo es que una porción considerable de ella no proviene de la misma fuente.

Este hecho, aparte de explicar por qué los conceptos teóricos de "*El campesino polaco*" exceden con mucho a los materiales empleados, no es en sí mismo importante. Los autores han demostrado una sorprendente liberalidad a la hora de hacer generalizaciones que, por muy interesantes que puedan parecer cuentan con pocos o ningún dato de apoyo en el conjunto de materiales utilizados. Como he señalado en los comentarios anteriores, la respuesta es muy poco concluyente. Algunas interpretaciones se desprenden del contenido de los documentos, y otras, no parecen haber sido verificadas adecuadamente: en ambos casos, por supuesto, los materiales son un *test*. No obstante, no se puede afirmar en general si las interpretaciones, aunque claramente verosímiles, son o no veraces.

En los casos de interpretaciones plausibles, lo único que puede decirse es que la interpretación da mayor significación a los materiales de lo que tenían, y hace la interpretación teórica más inteligible y familiar de lo que resultaba antes. Tal vez esto sea lo único que cabe o se debería esperar de un análisis interpretativo del material documental humano. Es precisamente lo que encuentro de auténtico en "*El campesino polaco*", aunque si el análisis de los documentos humanos sólo puede o debería ser de este tipo, deja sin resolver una serie de consideraciones y problemas importantes.

1. En primer lugar, significaría, evidentemente, que los materiales no constituyen un *test* decisivo de las interpretaciones teóricas. El hecho, sin embargo, de que tanto el material como la interpretación adquieran un carácter significativo e inteligible que antes no poseían, parece indicar que no se trata de un simple caso de ilustración de la teoría.

2. Segundo, de ello se deduciría que el *test* de validez de dicha teoría tendría que proceder de otras fuentes, tales como su consistencia interna, el carácter de sus presunciones, su relación con otras teorías, su adecuación a lo que parece "humano", u otro tipo de datos distintos de los suministrados por los documentos humanos.

3. Tercero, implicaría según parece, que la función esencial de los documentos

humanos es proporcionar materiales humanos susceptibles de provocar en una mente sensible e inquisitiva conjeturas, intuiciones, temas de reflexión, nuevas perspectivas y una nueva comprensión.

Estas consideraciones parecen reflejar el modo en que los autores han manejado sus datos y conceptos teóricos. Ambos poseen una sobresaliente inteligencia, y una dilatada experiencia en seres humanos, una aguda sensibilidad para la presencia del elemento humano en la conducta, ciertos intereses y nociones fundamentales, una serie de importantes problemas, diversos presentimientos, una viva curiosidad y sentido de la indagación y una capacidad para elaborar conceptos abstractos; dos inteligencias en suma, que han examinado voluminosas recopilaciones sobre la experiencia humana: que han reflexionado y meditado sobre ellas, advirtiendo muchas cosas y relacionándola con los antecedentes de su propia experiencia, confrontándolas entre sí y encuadrándolas en una abstracción coherente y un modelo analítico. Tal vez sea éste después de todo, el modo de proceder científico. De todas formas, no es sorprendente que, con tales esfuerzos, Thomas y Znaniecki hayan podido realizar una tarea tan impresionante como este análisis de la sociedad campesina polaca.

A la luz de los comentarios generales sobre el mismo, deben consignarse ciertas conclusiones y consideraciones finales acerca del problema del análisis científico de los documentos humanos.

Parece claro que el significativo contenido de tales documentos depende de las ideas, interrogantes y conocimientos con que se emprenda el análisis. Si esto resulta obvio con respecto a la comprensión de cualquier conjunto de materiales científicos, parece aún más evidente en la interpretación de los documentos relativos a la experiencia humana. Dichos documentos, no obstante son menos evidentes en cuanto a su significado. La consecuencia que de ello se desprende es que, por lo general, el valor del análisis depende de la experiencia, inteligencia, destreza y valiosos interrogantes del investigador. La interpretación varía en la medida que varían estos factores. Una persona muy familiarizada con el ser humano, que, como se dice popularmente, entienda la naturaleza humana y que disponga de un íntimo conocimiento del área de experiencia que está estudiando, realizará un análisis más competente que alguien peor preparado a este respecto. Por lo menos es lo que cabe esperar. El hecho solo es digno de mención en este caso con objeto de resaltar que el contenido interpretativo de un documento humano depende en gran medida de la solvencia y del marco teórico con que es examinado. La experiencia y ámbitos de interés de una persona, pueden permitir a ésta detectar en un documento cosas que otra no vería.

La flexibilidad en la interpretación de un documento carecería de importancia si éste pudiera ser utilizado como un *test* efectivo de la interpretación específica que de él se hace, pero aquí empieza la dificultad. Cuando se trata de hechos simples, el documento puede permitir demostrar o refutar una afirmación formulada sobre él, pero cuanto más nos aproximamos a una interrogación abstracta tanto menos satisfactorio resulta el documento como *test*. Los documentos humanos parecen prestarse fácilmente a diversas interpretaciones. Esto se advierte en la facilidad con que pueden ser analizados a la luz de diferentes teorías de la motivación. Se diría que las teorías ordenan los datos.

Las razones pueden buscarse, a mi entender, en varias direcciones. Una de las más evidentes es que el documento puede no ser lo bastante completo: es necesario

disponer de una información más plena y amplia sobre la experiencia que se está interpretando. Muchos investigadores sociales comparten esta creencia y, de acuerdo con ella, se han consagrado a la meritoria tarea de obtener datos "exhaustivos". Thomas y Znaniecki, por ejemplo, tienen esta idea en la mente al preconizar el empleo de "historias biográficas". Teóricamente, una recopilación exhaustiva de todos los detalles de una experiencia o series de experiencias, debería servir como *test* de interpretación definitivo, pero en la práctica, este tipo de recopilaciones no son factibles y quizá no lo sean nunca. Pero incluso en el caso de datos considerados generalmente como completos y detallados (por ejemplo, en la autobiografía de Wladek o en un informe psicoanalítico), sigue observándose que tales datos no permiten verificar de modo concluyente la mayoría de las interpretaciones. La interpretación resulta plausible e incluso evidente para quien sostiene la teoría de la que ha emanado aquélla, pero para alguien con un marco teórico diferente, puede resultar más sólida y veraz una interpretación distinta.

Todo ello indica que la deficiencia de los documentos humanos como *test* de interpretación obedecen, en gran medida, a la naturaleza del propio acto de la interpretación. Interpretar es aplicar conceptos o categorías, y se diría que la interpretación tanto en el caso de un documento humano, como de cualquier otra experiencia humana, depende de que se considere que las categorías que alguien juzga adecuadas y evidentes encajen debidamente en la experiencia.* Puede que esto no haya de ser cierto necesariamente en todos los casos: sin embargo, parece representar el status actual de la interpretación de la experiencia humana, sobre todo en sus niveles más abstractos.

La consecuencia es que la validación o invalidación de muchas teorías y puntos de vista ha de llevarse a cabo por medios distintos del empleo de *experiencias específicas*. En este sentido el criticismo lógico, la relación con otras teorías y conjuntos de hechos y la utilización de un bloque de experiencias generales (como se hace al defender la teoría de la cultura en contra de la doctrina del instinto), parecen ser los que se emplea con más frecuencia. Al parecer, los datos específicos sobre experiencias sólo sirven para aclarar la naturaleza de la interpretación. Lo que aquí se sugiere (aplicado a los documentos humanos) puede llevarse a sus últimas consecuencias afirmando que un documento sólo tiene valor según la teoría mediante la cual se le interprete, pero que normalmente la validez de la teoría no puede determinarse por medio del documento.

Una de las formas en que los investigadores pueden tratar de verificar la interpretación de documentos humanos, consiste en utilizar un procedimiento estadístico, basado en la recopilación de un número representativo de casos y en la determinación del porcentaje indicado por la interpretación facilitada. Esto puede compararse luego con un grupo de control. Aunque metodológicamente correcto, este procedimiento carecería, sin embargo, de valor especial, si los distintos documentos ya sean del grupo de estudio o del grupo de control, no pudiesen usarse como *test* efectivo de interpretación.

La situación, en conjunto, es tan problemática como un dilema. Por un lado el

* Parte de la dificultad procede del hecho de que las categorías utilizadas no han sido definidas o lo han sido de una manera imprecisa. Por consiguiente, no sabemos cómo reconocer detalles de experiencia que nos permitan determinar si la categoría en estudio es o no adecuada. La aplicación de dicha categoría es más una cuestión de sensatez que el producto de una verificación decisiva.

estudio de la vida social parece requerir la comprensión del factor de la experiencia humana. Este aspecto subjetivo debe tenerse en cuenta, como muestran Thomas y Znaniecki. Los estudios que se limitan a "factores objetivos" siguen siendo unilaterales e inadecuados. Con todo, la determinación de la experiencia humana o el factor subjetivo no se lleva a cabo actualmente, según parece, de una forma que permita verificar decisivamente la interpretación. La determinación y la interpretación siguen siendo una cuestión de criterios. Su aceptación depende de su credibilidad. A lo sumo los materiales permiten únicamente formular un caso susceptible de interpretación teórica.

Lo inadecuado de los documentos humanos para verificar una interpretación es uno de los motivos principales de que muchos los rechacen como objetos de estudio científico. Si a ello se añade el hecho de que, normalmente, los documentos no resisten bien por separado una evaluación conforme a los criterios de representatividad, suficiencia y credibilidad, es fácil entender por qué resultan de dudosa validez como instrumentos científicos. Sin embargo, renunciar a utilizarlos en la investigación científica de la vida humana, sería un error imperdonable, puesto que son teóricamente indispensables y en realidad, pueden resultar valiosísimos, como lo demuestra el eficaz aprovechamiento que de ellos han hecho Thomas y Znaniecki.

Podemos añadir unas cuantas observaciones finales. En primer lugar, debe señalarse que los documentos humanos pueden ser muy útiles para que el estudiante se familiarice intimamente con el tipo de experiencia que está estudiando, al sugerirle caminos, estimular su intuición y ayudarle a plantear fecundos interrogantes. Es mucho mejor desarrollar los criterios teóricos personales con ayuda de esos documentos que elaborarlos, por así decirlo, en el vacío. El empleo de documentos ofrece al estudiante la oportunidad de incrementar su experiencia y de agudizar su sentido de la investigación. Si no varían las circunstancias, el estudiante que obtenga un íntimo conocimiento de un área determinada de la vida por medio de los documentos podrá analizarla de un modo más fructífero que otro que carezca de él.

En cierto sentido, los documentos humanos sirven al lector de un informe lo mismo que a un investigador, permitiéndole familiarizarse más estrechamente con el tipo de experiencia que está estudiando y formarse una opinión sobre la naturaleza razonable de las interpretaciones propuestas. No obstante, esa opinión variará según el tipo de lector: aquellos que tengan facilidad para comprender a los seres humanos y posean ya un profundo conocimiento de la gente que estudian, podrán enjuiciar mejor el tema que los que carezcan de ello. Es posible que sólo el juicio de quienes igualen o superen al investigador en competencia y familiaridad con el tema, será importante en la evaluación crítica de un informe. Otros lectores tendrán que someter su criterio, en cierto modo, a la autoridad del análisis de los documentos humanos realizado por el investigador.

EL ANALISIS SOCIOLOGICO Y LA "VARIABLE"*

Mi propósito en este artículo es hacer un examen crítico del esquema de análisis sociológico que pretende reducir la vida social humana a una serie de variables y a las relaciones entre éstas. En lo sucesivo denominaré a este esquema "análisis de variables". Dicho esquema está muy difundido y cada vez goza de mayor aceptación. Sus refinadas formas se están convirtiendo en el modelo correcto del procedimiento de investigación. Debido a la influencia que ejerce en nuestra disciplina, considero oportuno señalar las deficiencias más graves que presenta actualmente y considerar ciertos límites para su aplicación eficaz. La primera parte de mi artículo versará sobre las deficiencias actuales de este esquema que tengo en mente y la segunda, sobre una cuestión más grave: los límites de su adecuación.

Deficiencias del método actual de análisis de las variables

Como primera deficiencia debo señalar la postura, bastante caótica que prevalece en la selección de las variables. Parece no haber prácticamente ningún límite en cuanto a lo que puede ser elegido o designado como variable. Se puede seleccionar algo tan sencillo como una distribución por sexos o tan complejo como una depresión; algo tan específico como un índice de natalidad o tan vago como la cohesión social; tan evidente como un cambio de residencia o tan cuestionable como un inconsciente colectivo; tan generalmente aceptado como el odio o tan doctrinario

* Conferencia leída en calidad de presidente, en la reunión anual de la Sociedad Sociológica Americana, septiembre de 1956.

Herbert Blumer: "Sociological Analysis and the Variable". Volumen XXII (1956), reproducido de The American Sociological Review y con el permiso de la American Sociological Association.

como el complejo de Edipo; tan concreto como las tiradas de un periódico o tan concienzudamente elaborado como un índice de anomia. Las variables pueden seleccionarse igualmente por medio de una impresión plausible de lo que es importante, del uso convencional, de lo que es posible obtener por medio de una técnica o instrumento determinado, de las exigencias de alguna doctrina, o de la imaginación y el ingenio al acuñar un nuevo término.

Evidentemente, el estudio de la vida humana de grupo requiere una amplia gama de variables; sin embargo, existe una notable falta de reglas, guías, limitaciones y prohibiciones en la elección de las mismas. Ni siquiera las ponderadas normas propias de los refinados esquemas de análisis propocionan reglas adecuadas. Por ejemplo, de nada sirve la norma de que las variables han de ser cuantitativas, puesto que es posible atribuir ingeniosamente una dimensión cuantitativa a casi todos los elementos cualitativos. Normalmente se puede confeccionar cierto tipo de medidas o índices o elaborar un esquema de porcentajes para expertos. La adecuada insistencia en que una variable ha de tener una dimensión cuantitativa apenas reduce la gama o variedad de elementos susceptibles de ser planteados como variables. Tampoco el empleo de planes experimentales parece restringir notablemente el número ni la clase de variables susceptibles de incluirse en el marco del plan. Ni siquiera, una minuciosa labor como la de establecer pruebas de fiabilidad o introducir "variables de prueba", permite limitar el campo de elección de variables sociológicas.

Nuestra disciplina, en suma, adolece de una gran negligencia en la selección de las mismas. Este descuido se debe, principalmente, a la falta de una cuidadosa reducción de los problemas, que debería preceder a la aplicación de las técnicas del análisis de variables. Esta labor primordial exige una minuciosa y completa reflexión sobre el problema, a fin de poder estar razonablemente seguro de haber determinado sus auténticos aspectos. Requiere asimismo una intensa y extensa familiaridad con el área empírica a la que se refiere el problema en cuestión, y una concienzuda y reflexiva evaluación de los esquemas teóricos aplicables al problema. Los análisis de variables realizados actualmente en nuestro campo, suelen desdeñar estos requisitos, tanto en la práctica como en la formación de estudiantes en esta disciplina. El esquema del análisis de las variables se ha convertido para demasiada gente en un simple y práctico instrumento de uso inmediato.

Una segunda deficiencia es la desconcertante falta de variables genéricas, es decir, aplicables a categorías abstractas. Las variables genéricas son, indudablemente, esenciales para cualquier ciencia empírica: se convierte en los puntos clave de su estructura analítica. Sin ellas, los análisis de variables sólo proporcionan hallazgos aislados e inconexos.

Hay tres tipos de variables consideradas generalmente como genéricas y sin embargo ninguna de ellas lo es, a mi juicio. Al primer tipo pertenece la clásica y frecuente variable que se aplica a una clase de objetos vinculada a una situación cultural e histórica determinada. Como ejemplo, cabe citar las actitudes hacia el Tribunal Supremo, la intención de votar a los republicanos, el interés por las Naciones Unidas, la educación universitaria, los reemplazos militares y el desempleo en las fábricas. Cada una de estas variables, aunque sea un término de clase, sólo tiene sentido en un contexto histórico determinado. Las variables no se aplican directamente a elementos de vida de grupo en un sentido abstracto; su aplicación a los grupos humanos del mundo, a grupos humanos del pasado y a los que se puedan concebir de cara al futuro, está claramente restringido. Aunque, por una parte, su

uso se puede permitir formular proposiciones que encajan en determinados ámbitos culturales, por otro no proporciona el conocimiento abstracto que constituye la médula de la ciencia empírica.

El segundo tipo de supuesta variable genérica actualmente en uso está representado por categorías sociológicas indiscutiblemente abstractas, tales como "cohesión social", "integración social", "asimilación", "autoridad" y "grupo moral". Su utilización real no demuestra que sean las variables genéricas que su clasificación sugiere. La dificultad reside en que estos términos, como traté de señalar en un artículo anterior sobre los conceptos sensibilizadores,* carecen de "indicadores" fijos y uniformes. Por el contrario, dichos indicadores se elaboran de forma que se adapten al problema específico en el que se está trabajando. Así, por ejemplo, se eligen determinados aspectos para representar la integración social en las ciudades, pero se utilizan otros distintos para hacer lo propio con la integración social de las pandillas juveniles. Los indicadores escogidos para representar la moral en un grupo reducido de una escuela de niños son muy distintos de los que se emplean para la moral de un movimiento laboral. Los que se emplean para estudiar actitudes de prejuicio son muy variados. Parece claro que los "indicadores" se confeccionan y utilizan a la medida del carácter específico del problema local en estudio. A mi parecer, las categorías abstractas que se emplean como variables en nuestro trabajo, rara vez resultan ser otra cosa que categorías genéricas. Se orientan en función de su contenido. El hecho de que el uso de estas categorías abstractas en la investigación de las variables apenas aumente el conocimiento genérico de las mismas, apoya en cierto modo mi afirmación. Los millares de estudios realizados sobre "variables" de las actitudes, por ejemplo, no han contribuido a ampliar nuestros conocimientos sobre la naturaleza abstracta de una actitud, ni tampoco los estudios sobre "cohesión social", "integración", "autoridad" o "moral de grupo", han hecho nada, por lo que he podido constatar para aclarar o ampliar el conocimiento genérico que se tiene de esas categorías.

La tercera forma de variable genérica aparente, está representada por un conjunto especial de términos de clase, tales como "sexo", "edad", "índice de natalidad", etc. Se diría que estos términos son indiscutiblemente genéricos. Cada uno de ellos puede aplicarse universalmente a la vida de grupo; todos tienen el mismo significado claro y común en su aplicación. Sin embargo, parece que, en su aplicación a nuestra disciplina no funcionan como variables genéricas. El contenido de cada una está determinado por su caso o aplicación específicos: por ejemplo si tomamos, el índice de natalidad en Ceilán, la distribución por sexos en el estado de Nebraska o la distribución por edades en la ciudad de San Luis, comprobaremos que el tipo de variables que se derivan de su empleo, es local y no genérico.

Estas observaciones sobre los tres falsos tipos de variables genéricas señalan, desde luego, el hecho de que las utilizadas en la investigación sociológica son predominantemente dispares y de naturaleza local. Rara vez se refieren satisfactoriamente a una dimensión o propiedad de la vida de grupo en su sentido abstracto. Salvo raras excepciones, están sometidas a limitaciones de índole temporal, espacial y cultural, y están configuradas de modo inadecuado para servir como ejemplos claros de categorías sociológicas genéricas. Muchos objetan que ello se debe a que la investigación y el análisis de variables se encuentran en una fase inicial de esta

* "What is Wrong with Social Theory?" *American Sociological Review* (febrero 1954), pag. 3-10.

disciplina. Creen que las ventajas que representan la mayor cobertura, repetición y coordinación de estudios aislados, bastarán para agrupar las relaciones dispares de variables en relaciones genéricas. Hasta ahora poco se ha logrado en ese sentido. Aunque ya disponemos de una considerable colección de hallazgos derivados de estudios de variables, poco se ha hecho para convertirlos en relaciones genéricas. Dicha conversión no es tarea fácil, pero esta dificultad debería servir a la vez como acicate para incitarnos al esfuerzo y para hacernos reflexionar sobre el uso y limitaciones de los análisis de variables.

Como fondo para la tercera deficiencia importante, quisiera insistir en el hecho de que en el análisis de variables que hoy se practica en nuestra disciplina, se opera principalmente con variables específicas y no genéricas, y que las relaciones que proporcionan son eminentemente específicas en lugar de genéricas. Salvo en raras excepciones, los datos y hallazgos relativos a estas relaciones están referidos al "aquí" y "ahora", donde quiera que esté localizado el "aquí" y sea cual fuere el momento al que corresponde el "ahora". Los análisis, por consiguiente, se refieren a temas localizados y concretos. Sin embargo, creo que los lógicos estarán de acuerdo en admitir que para comprender debidamente la relación del "aquí y ahora", es preciso entender el contexto en el cual se producen. El análisis de las variables no proporciona dicha comprensión. La relación entre variables es una relación simple, necesariamente despojada del complejo de cosas que la sustentan en el contexto del "aquí y ahora". A causa de ello se resiente nuestra comprensión de dicha relación como una cuestión de "aquí y ahora". Expondré un ejemplo. Una relación de variables indica que los republicanos del condado de Erie se afianzan en el apoyo a su candidato al escuchar la propaganda de la campaña del partido rival. Este escueto e interesante hallazgo no nos facilita una descripción de su personalidad como seres humanos en su universo específico. Nada nos enseña sobre la serie de experiencias que han contribuido a formar sus sentimientos y puntos de vista, ni nos muestra cómo están organizados los mismos; no conocemos el ambiente ni el código social de sus círculos sociales; ignoramos la racionalización y refuerzo que esas personas reciben de sus correligionarios, ignoramos el proceso de definición que tiene lugar en sus círculos; desconocemos las presiones, estímulos o modelos propios de los nichos que ocupan en la estructura social; no sabemos cómo está conformada su sensibilidad ética, y en consecuencia, hasta qué punto tolerarían una conducta escandalosa por parte de su candidato. En suma, carecemos de la imagen necesaria para poder captar y comprender lo que el apoyo confirmado de esas personas a un candidato político significa con respecto a su propia experiencia y contexto social. Las relaciones de variables no proporcionan esa imagen, más completa del contexto del "aquí y ahora". Todo ello supone, a mi juicio, una importante deficiencia del análisis de variables, habida cuenta que la misma pretende explicar coherentemente las situaciones dispares y locales de las que parece pretender ocuparse principalmente.

Las tres deficiencias que he señalado en la investigación de las variables que se practica en la actualidad, aunque graves, tal vez no sean cruciales. Seguramente podrán ser superadas a medida que aumente la madurez y la experiencia. No obstante, las citadas deficiencias sugieren la conveniencia de investigar cada vez más a fondo la importante e interesante cuestión de hasta qué punto sirve el análisis de variables para el estudio de la vida de grupo en sus dimensiones más amplias.

Límites del análisis de variables

En mi opinión, el límite decisivo a la aplicación satisfactoria del análisis de variables a la vida de grupo, viene impuesto por el proceso de interpretación o definición que tiene lugar en los grupos humanos. Este proceso, que a mi juicio constituye la esencia de la acción humana, confiere a la vida de grupo un carácter que parece estar en desacuerdo con las premisas lógicas del análisis de variables. Explicaré con cierto detenimiento mi criterio al respecto.

Todos los sociólogos (si no me equivoco en mis suposiciones) reconocen que la actividad de un grupo humano se desarrolla, principalmente, a través de un proceso de interpretación o definición. Como seres humanos, actuamos individual, colectiva o socialmente basándonos en los significados que las cosas tienen para nosotros. Nuestro mundo se compone de innumerables objetos: hogar, iglesia, trabajo, educación escolar, elección política, un amigo, una nación enemiga, un cepillo de dientes, etc., cada uno de los cuales posee para nosotros un significado conforme al cual orientamos nuestros actos. Al determinar que un objeto es esto o lo otro, definir las situaciones que afrontamos, otorgar un significado a tal o cual acontecimiento, y al idear uno nuevo para enfrentarnos a algo diferente o desconocido, estamos dirigiendo nuestra actividad. Este proceso lo llevan a cabo los individuos en su acción personal y los grupos de individuos que actúan conjunta o concertadamente. También se verifica en las múltiples actividades que constituyen una institución en funcionamiento, y en cada uno de los actos diversificados que encajan en la actividad pautada de una determinada estructura social o sociedad y la configuran. Es timo que podemos y debemos considerar la vida de grupo, ante todo como un vasto proceso interpretativo en el que las personas, individual o colectivamente, se orientan a sí mismas al definir los objetos, sucesos y situaciones que afrontan. La actividad regularizada en el seno de este proceso es fruto de la aplicación de definiciones estabilizadas. Así pues, toda institución lleva a cabo su complicada actividad a través de un complejo articulado de dichos significados estabilizados. Al enfrentarse a nuevas situaciones o experiencias, los individuos, grupos, instituciones y sociedades se percatan de que es necesario encontrar nuevas definiciones, las cuales se incluyen a veces en el repertorio de los significados estables. Este parece ser el modo característico en que se forman las nuevas actividades, relaciones y estructuras sociales. El proceso de interpretación es equiparable a un vasto proceso digestivo mediante el cual las confrontaciones de la experiencia se transforman en actividad. Aunque dicho proceso no comprende todo aquello que conduce a la formación de la estructura y actividad del grupo humano, constituye, a mi juicio, el medio principal a través del cual se desenvuelve y se configura la vida de grupo.

Todo esquema concebido para analizar la vida humana de grupo en su carácter general, ha de tener en cuenta este proceso de interpretación. Tal es el test que yo propongo aplicar al análisis de las variables. Aquéllas que designan asuntos que, directa o indirectamente, conciernen a las personas y que, en consecuencia, intervienen en la vida de grupo, deben operar a través de este proceso de interpretación. Asimismo, las variables que designan los efectos o consecuencias de los acontecimientos que influyen en la experiencia de las personas, deberían ser consecuencia de dicho proceso interpretativo. En el análisis de variables, tal y como se practica actualmente en nuestra especialidad, se maneja preferentemente este tipo de variables.

Es indudable que cuando el análisis de variables practicado actualmente aborda temas o áreas de la vida humana de grupo que implican el proceso de interpretación, dicho análisis manifiesta una acusada tendencia a ignorar el citado proceso. El procedimiento convencional consiste en determinar algo que se supone opera en la vida de grupo y considerarlo como una variable independiente, para a continuación seleccionar como variable dependiente cierta forma de actividad de grupo. La variable independiente se sitúa en la parte inicial del proceso de interpretación, y la dependiente en la parte final del mismo. El proceso intermedio se ignora, o, lo que viene a ser lo mismo, se da por descontado, como si fuese algo que no es preciso tener en cuenta. Citaré unos cuantos ejemplos característicos: la presentación de un programa político en la radio y la consiguiente expresión de la intención de votar; la instalación de residentes negros en un vecindario de blancos y la consiguiente actitud de los habitantes blancos con respecto a los negros; la aparición de una depresión económica y su incidencia en el porcentaje de divorcios. En estos ejemplos, por otra parte tan frecuentes en el análisis de variables dentro de nuestro campo, el interés se centra en las dos variables y no en aquello que está comprendido entre ellas. Si se han neutralizado otros factores que se considera pueden influir en la variable dependiente, uno se da por satisfecho con la conclusión de que el cambio observado en la variable dependiente es consecuencia inevitable de la independiente.

Esta idea de que la variable independiente ejerce automáticamente su influencia sobre la dependiente en determinadas áreas de la vida de grupo, me parece básicamente errónea. Existe un proceso de definición intermedio entre los acontecimientos de experiencia presupuestos por la variable independiente y la conducta formada que representa la dependiente. Los oyentes interpretan los programas políticos de la radio; para que produzca algún efecto en sus actitudes, los blancos tienen que definir la invasión de su vecindario por los negros; para que ejerzan alguna influencia en sus relaciones conyugales, los maridos y sus esposas tienen que interpretar, en sus múltiples aspectos, los numerosos sucesos y acontecimientos distintos cuyo conjunto constituye la depresión económica. Esta interpretación intermedia es esencial para el resultado; confiere a la presentación el significado que origina la respuesta. Debido a la posición integral que ocupa el proceso de definición entre ambas variables, me parece necesario incorporarlo al análisis global de la relación. El análisis de variables apenas se esfuerza en tal sentido. Normalmente se ignora por completo el proceso y, cuando se le tiene en cuenta, se considera que su estudio constituye un problema independiente de la relación entre las variables.

La indiferencia hacia el proceso de interpretación, observada en el análisis de variables, parece basarse en la presunción tácita de que la variable independiente predetermina su propia interpretación. Tal suposición carece de fundamento. La variable no predetermina su propia interpretación como si de la primera emanase su propio significado. Si hay algo que conocemos, es que ningún objeto, acontecimiento o situación de la experiencia humana posee significado propio, sino que éste le es otorgado.

Ahora bien, es cierto que en muchos casos la interpretación de un objeto, suceso o situación puede ser fija, puesto que la persona o personas pueden disponer de antemano de un significado, ya elaborado, que automáticamente se confiere al elemento en cuestión. En los casos en que esta interpretación estabilizada se produce y repite, no es necesario que el análisis de variables la tenga en cuenta. Se puede afirmar simplemente que, de hecho, en determinadas condiciones, la variable inde-

pendiente va seguida de tal o cual cambio de la dependiente. La única precaución necesaria consistiría en no suponer que la relación indicada entre variables es necesariamente intrínseca y universal. Dado que todo lo que se define puede definirse de nuevo, la relación no posee ninguna rigidez intrínseca.

Aparte de los casos en que la interpretación se lleva a cabo mediante la mera aplicación de un significado estable, hay otros muchos en los que es necesario elaborar dicha interpretación. Naturalmente, tales casos son cada vez más numerosos en nuestra cambiante sociedad. En estos casos es absolutamente necesario incluir el acto de interpretación en el esquema analítico del análisis de variables. Sin embargo, por lo que he podido comprobar, esta práctica no se sigue en el análisis de variables.

Ahora surge la pregunta de cómo es posible incluir en dicho análisis el proceso de interpretación. La respuesta debería ser, aparentemente, considerarlo como una "variable intermedia"; pero ¿qué quiere decir esto? Si significa que la interpretación es un mero ámbito neutral intermedio a través del cual ejerce su influencia la variable independiente, entonces esto no constituye, desde luego, ninguna respuesta. La interpretación es un proceso formativo o creativo por derecho propio, y elabora significados que, como ya he dicho, no son predeterminados ni determinados por la variable independiente.

Si se admite este hecho y se considera al acto interpretativo como un proceso formativo, se plantea la cuestión de cómo hay que caracterizarlo en calidad de variable. ¿Qué calidad se le puede atribuir?, ¿qué propiedad o conjunto de propiedades? Procediendo sensatamente no es posible caracterizar el acto de interpretación en función de la interpretación a que da lugar; no se puede pretender que el producto explique el proceso, ni tampoco caracterizar el acto de interpretación en función de lo que en él interviene: objetos percibidos, valoración y enjuiciamiento de los mismos, indicios sugeridos y posibles definiciones propuestas por uno mismo o por otros. Estas últimas varían de un caso de interpretación a otro, y, además, se desplazan de un punto a otro en el curso del desarrollo del acto, por lo que no ofrecen ninguna base para transformar el acto de interpretación en una variable.

A mi juicio, tampoco se resuelve el problema proponiendo reducir el acto a sus partes componentes y trabajar con ellas como variables. Dichas partes tendrían que ser, seguramente, jalones del proceso: percepción, cognición, análisis, evaluación, y toma de decisiones, si se tratase de un individuo; y discusión, definición de las respuestas ajenas y otras formas de interacción social, si se tratase de un grupo. La misma dificultad existe para convertir cualquiera de las partes del proceso en variables que se den en el acto completo de interpretación.

La pregunta sobre cómo puede conferirse al acto de interpretación la constancia cualitativa que debe exigirse lógicamente a una variable, no ha sido respondida hasta ahora. Aunque es posible concebir cierto tipo de dimensión "aproximada" de la misma, lo que haría falta es captarla como variable o conjunto de variables de un modo que refleje su funcionamiento al transformar la experiencia en actividad. Este es el problema, por no decir auténtico dilema, con el que se enfrenta el análisis de las variables en el campo sociológico. No encuentro ninguna solución al mismo en el marco lógico del análisis de las variables. El proceso de interpretación no es ni incongruente ni pedante. Influye de modo demasiado decisivo en la experiencia individual y colectiva como para llegar a descartarlo alegando que posee un interés secundario.

El análisis de variables como esquema para conocer la vida de grupo adolece, a mi juicio, de otra profunda deficiencia, aparte del hecho de omitir el proceso de interpretación. Dicha deficiencia se deriva de la inevitable tendencia a trabajar con factores truncados, y, por ende, a ocultar o tergiversar las operaciones que se producen realmente en la vida de grupo. Asimismo se deriva de la lógica necesidad que existe en el análisis de trabajar con variables unitarias, discretas y precisas. Me explicaré.

Como procedimiento de trabajo, el análisis de variables persigue, necesariamente, conseguir una clara determinación de las relaciones existentes entre dos variables. Con independencia del modo en que se puedan combinar después varias de esas relaciones determinadas (de manera aditiva, una agrupación, una disposición en cadena o un esquema de "realimentación"), el objetivo de la investigación de variables consiste inicialmente en aislar una relación simple y fija entre dos variables. Para lograrlo, cada una de ellas ha de ser considerada como una entidad distinta y dotada de una estructura cualitativa unitaria. Esto se consigue, en primer lugar, confiriendo a cada una, siempre que sea necesario, una cualidad o dimensión simple y, en segundo lugar, desgajando las variables de su conexión con otras mediante la exclusión o neutralización de éstas.

Una de las dificultades que plantea este esquema es que la referencia empírica de una auténtica variable sociológica no es unitaria ni definida. Cuando es asimilada en su verdadero carácter social se manifiesta como un complejo intrincado y dotado de movimiento interno. Para aclarar todo esto, recurriré a algo que parece constituir una relación de variables nitidamente perfilada: la que existe entre el programa de control de natalidad y el índice de natalidad de un pueblo determinado. A cada una de estas variables (el programa de control de natalidad y el índice de nacimientos) se le puede asignar un carácter unitario y discreto. Por lo que respecta al programa de control de natalidad, se puede elegir simplemente el periodo de tiempo que abarca, o seleccionar una medida razonable, como el número de personas que acuden a las clínicas donde se desarrolla dicho programa. En cuanto al índice de nacimientos, se toma este hecho tal como es. En apariencia, estas indicaciones son suficientes para que el investigador pueda por lo tanto determinar las relaciones que existen entre ambas variables.

Sin embargo, el examen de lo que significan en la vida del grupo, nos proporciona una imagen distinta. Así, si consideramos el programa de control de natalidad en función de *cómo interviene en la vida de la gente*, habremos de tener en cuenta muchas cosas: el nivel cultural de las personas afectadas, la claridad de la información impresa, el sistema y extensión de su distribución, la posición social de los directores del programa y de su personal, el modo en que éste actúa, el carácter de sus charlas instructivas, la forma en que la gente define o considera la asistencia a las clínicas de control, los puntos de vista formulados con respecto al programa por personalidades influyentes, la reputación de que gozan dichas personas y la índole de las discusiones de la gente con respecto a las clínicas mencionadas. Estas son solo algunas de las numerosas cuestiones relativas al modo en que un programa de control de la natalidad puede incidir en la experiencia de la gente. Lo dicho, no obstante, es suficiente para reflejar el carácter complejo y el movimiento interno de lo que, de otro modo, parecería ser una simple variable.

La otra variable, la del índice de nacimientos, ofrece una imagen semejante. La confección de dicho índice parece algo muy sencillo y unitario, pero analizado en

función de lo que expresa y significa para la actividad del grupo, se convierte en una cuestión sumamente compleja y diversificada. Bastará con analizar la diversidad de factores sociales que afectan al acto sexual, si bien este último no es más que una de las múltiples actividades que determinan el índice de natalidad. La opinión que tienen los hombres y mujeres sobre sí mismos, los conceptos de la vida familiar, los valores que se atribuyen a los niños, la accesibilidad de hombres y mujeres entre sí, los arreglos de orden físico en el seno del hogar, las autorizaciones dictadas por las instituciones establecidas, el código de la virilidad, las presiones ejercidas por parientes y vecinos, y las ideas sobre lo que es correcto, conveniente y tolerable en el acto sexual, son algunos de los factores operantes en la experiencia del grupo, que influyen sobre el acto sexual, y bastan para reflejar algo del complejo conjunto de experiencia y práctica reales que representa y expresa el índice de natalidad de un grupo humano.

Supongo que se advertirá que al aplicar una variable sociológica a la actividad del grupo real que estudia, dicha variable se manifiesta como un intrincado complejo dotado de movimiento interno. Existen, por supuesto, amplias diferencias entre unas y otras variables sociológicas en cuanto a la amplitud de dicha complejidad. No obstante, creo que en general se constatará la desaparición del carácter discreto y unitario que señala la clasificación de la variable.

No admitir este hecho plantea una serie de problemas. En el análisis de variables suele admitirse que ambas son realmente las entidades simples y unitarias que aparentan ser, y también suele considerarse que la relación detectada entre ambas representa un análisis realista del área de vida de grupo en cuestión. En realidad, sin embargo más probable es que, en la vida de grupo, tal relación se establezca entre conjuntos de actividad complejos, móviles y diversificados. La afirmación de la relación existente entre dos variables oculta y tergiversa la influencia que uno de esos complejos ejerce sobre el otro, así como la interacción entre ambos. Dicho aserto sólo afirma que existe una conexión entre los términos abreviados de referencia, prescindiendo de los verdaderos complejos de actividad y procesos de interacción que constituyen la razón de ser de la vida de grupo. En mi opinión, nos enfrentamos aquí con el hecho de que las características que confieren al análisis de variables el gran mérito que se le atribuye (la constancia cualitativa de las variables, su clara simplicidad, su sencillez de manejo como una especie de contador libre y su aptitud para ser relacionados de modo decisivo), son precisamente los que inducen al análisis de variables a encubrir el carácter de los verdaderos factores operantes de la vida de grupo, y la auténtica interacción y relaciones existentes entre los mismos.

Las dos dificultades principales con que tropieza el análisis de variables, indica claramente la necesidad de concebir un esquema de análisis sociológico notablemente distinto para las áreas en las que surgen dichos problemas. No es el momento indicado para describir la naturaleza de tal esquema; por lo tanto me limitaré a mencionar algunos de sus rudimentos con objeto de dar una idea de lo mucho que su carácter difiere del análisis de variables. El citado esquema se basaría en la premisa de que el medio principal a través del cual opera y se forma la vida de grupo, consiste en un amplio y diversificado proceso de definición. El esquema respetaría la existencia empírica de dichos procesos. Se dedicaría al análisis de la operación y formación de la vida de grupo tal y como se producen en el curso de dicho proceso. Con ello intentaría las líneas de la experiencia definitoria a través de las cuales se desarrollan los modos de vida, pautas de relaciones y formas sociales,

en lugar de relacionar tal formación con un conjunto de elementos seleccionados. Consideraría los elementos de la vida social como entidades articuladas en el seno de estructuras, y estimaría que éstas han de entenderse en función de dicha articulación. Por consiguiente trataría a dichos temas no como cosas discretas desgajadas de sus conexiones, sino como signos de un contexto de apoyo que les confiere su carácter social. En su esfuerzo por descubrir las líneas de definición y las redes de la relación cambiante, se serviría de un procedimiento distintivo de forma, consistente en enfocar el estudio de la actividad de grupo basándose en las observaciones y experiencia de quienes han llevado a cabo dicha actividad. De ahí que se requiera inexcusablemente estar íntimamente familiarizado con esta experiencia y con los escenarios en que se desarrolla. El esquema se apoyaría en observaciones amplias y entrelazadas, en lugar, de inconexas y reducidas. Asimismo, al igual que el análisis de variables, proporcionaría hallazgos empíricos y proposiciones de tipo "aquí y ahora", aunque de un modo distinto. Por último he de decir que no es un esquema peor que el análisis de variables en cuanto a extraer conocimientos genéricos de sus hallazgos y proposiciones.

Para terminar, deseo expresar la esperanza de que mis observaciones críticas no serán malentendidas interpretándose que estimo que el análisis de variables es inútil o no contribuye en absoluto a la investigación sociológica. Nada más lejos de la verdad. El análisis de variables es un procedimiento adecuado para aquellas áreas de la formación y la vida social no mediatizadas por un proceso interpretativo. Dichas áreas existen y son importantes. Además, en el área de la vida interpretativa, el análisis de variables puede constituir un medio eficaz de descubrir modelos estabilizados de interpretación que no suelen detectarse mediante un estudio directo de la experiencia de las personas. El conocimiento de dichos modelos o, más bien, de las relaciones entre las variables que los reflejan, es de gran valor para la comprensión de la vida de grupo en su carácter de "aquí y ahora", y de hecho puede alcanzar un valor práctico revelante. Todos estos usos adecuados del análisis de variables confieren a éste el status meritorio que ocupa en nuestra especialidad.

Sin embargo, dada la actual tendencia a convertirlo en norma y modelo de los análisis sociológicos, considero que es importante reconocer todos sus defectos y limitaciones.

8

¿CUAL ES EL ERROR DE LA TEORIA SOCIAL?*

Mi interés se centra en esa forma de teoría social que se afianza o pretende afianzarse como parte de la ciencia empírica.**

La finalidad de la teoría en la ciencia empírica es concebir esquemas analíticos del mundo empírico que estudia la ciencia en cuestión. Esto se lleva a cabo concibiendo el mundo en términos abstractos, es decir, basándose en clases de objetos y en las relaciones existentes entre ellas. Los esquemas teóricos son, esencialmente, proposiciones sobre la naturaleza de esas clases y de sus relaciones, siempre que dicha naturaleza sea problemática o desconocida. Las proposiciones se convierten en elementos orientativos de la investigación a efectos de determinar si tales consecuencias son ciertas o no. Así pues, la teoría ejerce una decisiva influencia en la investigación, al plantear los problemas, señalar los objetos y encauzar la indagación hacia las relaciones afirmadas. A su vez, los hallazgos de hechos ponen a prueba las teorías y, al sugerir nuevos problemas, invitan o formulan nuevas proposiciones. La teoría, la investigación y el hecho empírico, están entrelazados en una trama operativa en la que la teoría orienta la investigación, ésta busca y aísla los hechos, y éstos afectan a la teoría. La fecundidad de esta interrelación constituye el medio a través del cual se desarrolla la ciencia empírica.

Herbert Blumer: "What Is Wrong with Social Theory?", Vol. XIX (1954), reproducido con autorización de The American Sociological Review y de la American Sociological Association.

* Artículo leído en la reunión anual de la Sociedad Sociológica Americana, agosto de 1953.

** Hay otros dos tipos importantes y legítimos de teoría social que no voy a enjuiciar aquí. Uno de ellos trata de realizar una interpretación significativa del mundo social o de una parte importante del mismo. No aspira a enunciar proposiciones científicas, sino a subrayar y definir situaciones vitales, a fin de que la gente pueda tener una comprensión más clara de su mundo, de sus posibilidades de desarrollo, y de las direcciones que puede adoptar. En toda sociedad, y especialmente en una sociedad cambiante, es

Comparada con este breve bosquejo de la teoría en la ciencia empírica, la teoría social en general presenta graves defectos. Su divorcio del mundo empírico es evidente. En gran medida se ha refugiado en un universo propio donde se nutre de sí misma. Generalmente la localizamos en derroteros y dominios aislados e independientes. En su mayor parte, posee su propia literatura. Se sustenta, en general, de la exégesis: un examen crítico de esquemas teóricos anteriores, remodelado de ciertas porciones de los mismos en una disposición, expresión de viejas ideas empleando un nuevo vocabulario, e incorporación esporádica de nuevas ideas como reflejo de otras teorías. Es notablemente propensa a tomar prestados esquemas de disciplinas ajenas a su propio campo empírico como, por ejemplo la analogía orgánica, la doctrina del evolucionismo, el fiscalismo, la doctrina de los instintos, el "conductismo", el psicoanálisis y la doctrina de los reflejos condicionados. Por otra parte, cuando se aplica al mundo empírico, la teoría social es, ante todo, una interpretación que ordena el mundo según su propio molde, en lugar de un minucioso examen de los hechos empíricos tendente a comprobar si la teoría se acomoda a ellos. En general, la teoría social no parece estar engranada en su mundo empírico, ni en su origen ni en su utilización.

En segundo lugar, la teoría social es claramente defectuosa como elemento orientativo de la investigación científica. Raramente se expresa de modo que facilite o permita a la investigación controlada verificar si sus consecuencias son ciertas o no. A causa de ello presenta graves limitaciones al plantear problemas de investigación, al indicar la clase de datos empíricos que se han de obtener, y al vincular estos datos entre sí. Su distanciamiento de la investigación es tan grande como su alejamiento del mundo empírico.

Por último, apenas se beneficia de la amplia recopilación de "hechos", siempre en aumento, procedentes de la observación empírica y de la investigación. Esto, aunque puede deberse a la inutilidad intrínseca de esos hechos para los fines teóricos, también puede obedecer a defectos de la teoría.

De estas tres deficiencias de la teoría social, parece desprenderse que lo único que hay que hacer es rectificar las preocupaciones improcedentes y los métodos de trabajo defectuosos al teorizar. Una y otra vez escuchamos recomendaciones y alegatos en este sentido. Que los teóricos sociales reduzcan drásticamente su preocupación por la literatura acerca de la teoría social y que recurran, en cambio, al mundo empírico social. Que dejen de inmiscuirse en los dominios ajenos y que

necesaria una clarificación significativa de los valores sociales básicos, de las instituciones y relaciones sociales y de los modos de vida. A pesar de los análisis efectuados por medio de la ciencia empírica, ésta no puede satisfacer tal necesidad. Su realización efectiva requiere cierta sensibilidad para las nuevas situaciones y una apreciación de las nuevas líneas que pueden ir configurando la vida social. La mayor parte de la teoría social del pasado y del presente pertenece, consciente o inconsciente, a este tipo interpretativo. Esta clase de teoría social es importante y se mantiene por derecho propio.

La segunda clase podría denominarse teoría "política". Su finalidad consiste en analizar una situación, estructura o acción social determinada con objeto de crear una base para una política o acción. Puede consistir, por ejemplo, en un análisis de la táctica o estrategia comunistas, de las condiciones que favorecen la segregación racial en América, de la influencia del poder en las relaciones laborales en el seno de la industria de la producción en masa, o del potencial moral de un país enemigo. Estos análisis teóricos no sirven a los intereses de la ciencia empírica; tampoco constituyen una mera aplicación del conocimiento científico ni una investigación de acuerdo con los cánones de la ciencia empírica. La naturaleza de los elementos de sus análisis y relaciones se deriva de una situación concreta, y no de los métodos o abstracciones de la ciencia empírica. Esta forma de teorización social tiene una importancia manifiesta.

trabajen con datos empíricos. Que desarrollen su propio acervo cultural cultivando su propio campo empírico en lugar tomar prestada la "falsa moneda" de campos ajenos a su disciplina. Que dejen de limitarse a interpretar los hechos de forma que encajen en su teoría y que, por el contrario, pongan a prueba esta última. Que, sobre todo, moldeen su teoría en formas susceptibles de verificación. Que la orienten conforme al vasto cúmulo de hallazgos empíricos y la desarrollen de acuerdo con los mismos.

Todos estaríamos dispuestos a acatar esta atrayente normativa. Posee un cierto mérito, pero no aísla el problema de lo que es incorrecto en la teoría social ni proporciona los medios necesarios para subsanar las dificultades. El problema persiste en los estudios realizados conforme a la mencionada normativa. Ha habido y hay muchos investigadores capaces y conscientes en nuestra disciplina, que ha intentado e intentan desarrollar en solitario la teoría social mediante una cuidadosa e incluso meticulosa preocupación por los datos empíricos: a ese respecto Robert E. Park, W. I. Thomas, Florian Znaniecki, Edwin Sutherland, Stuart Dodd, E. W. Burgess, Samuel Stouffer, Paul Lazarsfeld, Robert Merton, Louis Wirth, Robin Williams, Robert Bales y muchos otros igualmente dignos de mención. Todos ellos son conscientes de la importancia del hecho empírico. Cada uno, en su especialidad, ha intentado orientar la investigación con arreglo a la teoría, y verificar ésta a la luz de los datos empíricos. Prácticamente todos están familiarizados con los cánones del manual de investigación empírica. No podemos acusarles de indiferencia hacia el mundo empírico, de incompetencia profesional ni de ingenuidad en la aplicación de procedimientos. Sin embargo, sus teorías y su obra son sospechosas y deficientes para algunos. A decir verdad, las críticas y las réplicas a éstas que ha suscitado su trabajo, son graves y desorientadoras. Es evidente que se requiere un sondeo más profundo que los alegatos antes mencionados.

A mi parecer, el método de sondeo más apropiado consiste en recurrir al concepto. La teoría sólo tiene valor en la ciencia empírica en la medida en que está vinculada de modo fructífero con el mundo empírico. Los conceptos son los únicos medios de lograr esa vinculación puesto que el concepto apunta a los casos empíricos sobre los que se formula la proposición teórica. Si el concepto es claro con respecto a aquello a lo que hace referencia, entonces es posible definir con seguridad los casos empíricos. Una vez definidos, pueden estudiarse con detenimiento, utilizarse para verificar proposiciones teóricas y aprovecharse para formular nuevas proposiciones. De este modo, al disponer de conceptos claros, pueden entablarse estrechas relaciones susceptibles de autocorrección entre las declaraciones teóricas y el mundo empírico. A la inversa, los conceptos vagos impiden determinar cuáles son los casos empíricos apropiados, haciendo difícil descubrir qué es lo importante en aquellos que se han seleccionado. En suma, bloquean la vinculación entre la teoría y su mundo empírico, impidiendo que se establezca una relación eficaz entre ambos.

Reconocer el papel primordial que desempeñan los conceptos en la teoría de la ciencia empírica, no significa que otras cuestiones carezcan de importancia. Evidentemente, no es necesario subrayar el valor que tienen las aptitudes intelectuales como la originalidad y la imaginación disciplinada a la hora de teorizar. También son claramente importantes las técnicas de estudio y los conjuntos de hechos. No obstante, un pensamiento profundo y brillante, un arsenal de los más precisos e ingeniosos instrumentos, y una amplia serie de hechos carecen de significado en la

ciencia empírica sin la pertinencia empírica, la orientación y el orden analítico que sólo proporcionan los conceptos. Puesto que en la ciencia empírica todo depende de la fecundidad y la fidelidad con que el pensamiento se entrelace con el mundo empírico en estudio, y dado que los conceptos son la puerta de acceso a ese mundo, el funcionamiento efectivo de los mismos es una cuestión de decisiva importancia.

Ahora bien, resulta evidente que los conceptos de la teoría social son excesivamente vagos. Algunos términos tan representativos como las costumbres, las instituciones sociales, las actitudes, los valores, la norma cultural, las clases sociales, la personalidad, el grupo de referencia, el grupo primario, la estructura social, el proceso y el sistema sociales, la urbanización, la adaptación, la discriminación diferencial y el control social, no ayudan a discernir claramente sus casos empíricos. A lo sumo, permiten una tosca determinación, que precisamente por ser inconcreta, impide distinguir lo que un concepto abarca y lo que no abarca. Las definiciones aplicadas a estos términos no suelen ser más claras que los conceptos que tratan de definir. Un minucioso examen de nuestros conceptos nos obliga a admitir que su sentido es vago y no especifican sus atributos con precisión. Esto lo hemos comprobado todos al explicar conceptos a nuestros alumnos y a profanos. Las definiciones formales son de escasa utilidad. En cambio, si somos buenos maestros, tratamos de precisar el sentido del concepto mediante algunos ejemplos adecuados. Este sentido inicial, con el tiempo, se va robusteciendo a través de la experiencia de compartir un universo común. Nuestros conceptos llegan a darse por descontados en función de ese sentido. Es éste y no sus especificaciones precisas el que orienta nuestro estudio en sus transiciones con el mundo empírico.

La naturaleza ambigua de los conceptos constituye el defecto básico de la teoría social impidiéndonos establecer un estrecho contacto con el mundo empírico, puesto que ignoramos lo que es preciso tomar de él. Nuestra incertidumbre con respecto a aquello a lo que estamos haciendo referencia no nos permite formular preguntas oportunas ni plantear problemas importantes para su investigación. La imprecisión de su sentido entorpece nuestra percepción, restando valor a la observación empírica directa. Esta imprecisión expone a nuestra reflexión sobre las posibles relaciones entre los conceptos a una amplia cadena de errores. Propicia que nuestra teorización divague en un mundo aparte y sin apenas ninguna conexión con el mundo empírico. Limita gravemente la clarificación y el desarrollo que los conceptos pueden obtener de los hallazgos aportados por la investigación, y conduce a una formulación indisciplinada de teorías, que constituye una mala manera de teorizar.

Si el defecto principal de la teoría social y, por lo tanto, de la sociología, es la naturaleza ambigua de nuestros conceptos, ¿por qué no tratamos de hacerlos claros y definidos? Esa es la raíz del problema; la cuestión es cómo hacerlo. Las posibles respuestas pueden simplificarse mucho si admitimos que una gran parte de las tentativas realizadas en ese sentido, a pesar de ser conscientes y entusiastas, ni siquiera rozan el problema. La aclaración de los conceptos no se consigue empleando un nuevo vocabulario ni reemplazando los términos: no se trata de una tarea lexicográfica. No se logra reflexionando ampliamente sobre las teorías para tratar de descubrir sus debilidades y trampas lógicas, ni configurando o tomando prestadas nuevas teorías. No se alcanza inventando nuevos instrumentos técnicos ni mejorando la fiabilidad de viejas técnicas: ambos, instrumentos y técnicas, son neutrales con respecto a los conceptos por cuenta de los cuales suelen emplearse. La aclaración de los conceptos no se consigue tampoco apilando montañas de hallazgos

derivados de la investigación. A título de ejemplo señalaré los centenares de estudios sobre las actitudes y los millares de elementos que éstos han proporcionado y que, por otra parte, no han contribuido lo más mínimo a aclarar el concepto de las actitudes. Tampoco la mera ampliación de la perspectiva y el rumbo de la investigación ofrece por sí misma ninguna garantía de conducir la aclaración de los conceptos. Estos tipos de esfuerzos, como los propios resultados parecen demostrar, no resuelven el problema de la ambigüedad de los conceptos.

Los intentos más serios de resolver este problema en nuestra especialidad han consistido en crear procedimientos específicos y fijos destinados a aislar un contenido empírico estable y definitivo que constituya la definición o referencia del concepto. Los más conocidos de estos intentos son la redacción de definiciones operativas, la elaboración experimental de conceptos, el análisis de factores, la creación de sistemas matemáticos deductivos y, aunque en una línea algo distinta, la confección de índices cuantitativamente dignos de crédito. Aunque estas tentativas varían según el tipo de procedimiento específico que se emplee, tiene como común denominador el hecho de que el procedimiento está concebido para proporcionar, mediante repetidas ejecuciones, un hallazgo definitivo y estable. La definición de la inteligencia en función del cociente intelectual constituye un buen ejemplo de lo que este tipo de enfoques tiene en común. El cociente de inteligencia es un hallazgo estable y diferencial que puede verificarse mediante la repetición de unos procedimientos claramente especificados. Si se ignoran las cuestiones relativas al valor diferencial y al nivel diferencial de penetración entre estos enfoques, puede parecer que, por el hecho de proporcionar un contenido específico y discerniente, constituyen la solución al problema de la ambigüedad de los conceptos en la teoría social. Muchos sostienen que la decidida aplicación de uno u otro de estos métodos permitirá obtener conceptos definitivos y, en consecuencia, la decisiva aplicación de la teoría al mundo empírico y su eficaz verificación por medio de la investigación científica.

Hasta ahora, sin embargo la capacidad de estos esfuerzos en favor de la precisión, para resolver el problema de la ambigüedad de los conceptos, no ha pasado de ser una mera ambición o una promesa. Dichas tentativas tropiezan con tres graves dificultades en su empeño por obtener conceptos genuinos y relacionados con el mundo empírico.

En primer lugar, desde el momento en que se considera que el contenido empírico definitivo que se ha conseguido aislar constituye en sí mismo el concepto (como sucede al afirmar: "X es el cociente de inteligencia"), dicho contenido carece de posibilidades teóricas y no puede considerarse que proporcione concepto genuino alguno. Carece del carácter abstracto de una clase con atributos especificables. ¿Qué es el cociente de inteligencia en cuanto clase, y cuáles son sus propiedades? Aunque se puede afirmar que el "cociente de inteligencia" es una clase elaborada por medio de una serie de cocientes específicos de inteligencia, ¿se señalan o pueden señalarse acaso rasgos comunes de esa serie que, por supuesto, la caracterizarían? Un concepto de carácter teórico no se forma hasta que los casos específicos del contenido empírico, aislado mediante un procedimiento determinado, no se agrupan en una clase con características comunes de contenido bien diferenciados. Hasta entonces, no es posible formular proposiciones sobre la clase o abstracción ni relacionar éstas con otras abstracciones.

En segundo lugar, desde el momento en que se considera que el contenido empírico definitivo aislado califica a algo situado fuera de sí mismo (como al afirmar

"la inteligencia es el cociente de la inteligencia", afirmación en la que ésta es ahora concebida como un conjunto que engloba una diversidad de referencias del sentido común, tales como la capacidad para resolver problemas de negocios, planear campañas, inventar, ejercer habilidad diplomática, etc.), el concepto está constituido por ese algo que se encuentra fuera del contenido empírico definitivo. Pero dado que este "algo aparte" no es abordado por el procedimiento que proporciona el contenido empírico definitivo, el concepto sigue adoleciendo de la ambigüedad que planteó inicialmente el problema. En otras palabras, el concepto sigue estando constituido por el sentido general o la comprensión, y no por la especificación.

En tercer lugar, es preciso afrontar una cuestión pertinente: la relación que existe entre el contenido empírico definitivo aislado y el mundo empírico que constituye el objeto de nuestra disciplina. Hay que tener la oportunidad de determinar el lugar que ocupa y el papel que desempeña el contenido específico en el mundo empírico, para que el contenido empírico pueda intervenir en la teoría sobre dicho mundo. Un procedimiento específico puede proporcionar un hallazgo estable, a veces necesariamente debido a los mecanismos internos de dicho procedimiento. A menos que se demuestre que el hallazgo ocupa un lugar significativo en el mundo empírico en estudio, este hallazgo carecerá de valor para la teoría. La demostración de esa significación plantea una dificultad crítica a los esfuerzos por establecer conceptos definitivos a base de aislar contenidos empíricos estables mediante procedimientos precisos. Además, tal demostración no es factible por medio de correlaciones. Aunque es posible correlacionar clases de objetos o elementos abarcados por conceptos, el mero establecimiento de correlaciones entre elementos no crea conceptos; o, dicho en otras palabras, no presenta ningún elemento como caso de una clase, lugar o función. Por otra parte, la significación de un contenido empírico aislado no se establece con sólo utilizar el concepto para clasificar determinados acontecimientos de ese mundo empírico. Es un pozo semántico en el que caen decenas de estudiosos, sobre todo los que trabajan con definiciones operacionales de conceptos o en la elaboración experimental de los mismos. Por ejemplo, un cuidadoso estudio de la "moral" realizado mediante experimento restringido, puede conducir a un hallazgo estable: sin embargo, el mero hecho de que habitualmente designemos muchos casos de nuestro mundo empírico con ese término moral no nos proporciona ninguna seguridad de que el constructo teórico-experimental, moral, sea el adecuado para ellos. Dicha relación ha de establecerse, no presumirse.

Tal vez las tres dificultades que he mencionado, puedan resolverse permitiendo la elaboración de genuinos conceptos definitivos de uso teórico mediante tentativas del tipo citado. Queda, no obstante, por analizar una cuestión que me veo obligado a considerar como la más importante de todas, concretamente, la de si los conceptos definitivos resultan o no adecuados para el estudio de nuestro mundo social empírico. Plantear una cuestión así en este momento parece indicar que he invertido el mundo, es decir, que me contradigo en todo lo que he afirmado anteriormente sobre la necesidad lógica de disponer de conceptos definitivos con los que suprimir la causa principal de las deficiencias que presenta la teoría social. Sin embargo, aunque esta cuestión sea herética, no veo el modo de evitarla. Explicaré por qué su planteamiento me parece tan oportuno.

Considero que un estudio concienzudo demuestra de modo concluyente que los conceptos de nuestra disciplina son, fundamentalmente, instrumentos sensibilizados. De ahora en adelante los denominaré así y los contrastaré con los conceptos

definitivos a los que me he referido en los comentarios precedentes. Un concepto definitivo hace referencia, precisamente, a aquello que es común a una clase de objetos, con ayuda de una clara definición basada en atributos o límites fijos. Dicha definición (o límite) sirve como medio de determinar el caso concreto de la clase y la estructura de la misma, englobada por el concepto. Un "concepto sensibilizador" carece de dicha especificación de atributos o límites y, en consecuencia, no faculta a quien lo utiliza para recurrir directamente al caso y a su correspondiente contenido. En lugar de ello, proporciona al usuario un sentido general de referencia y orientación en el enfoque de casos empíricos. Mientras que los conceptos definitivos proporcionan prescripciones sobre lo que se ha de examinar, los conceptos sensibilizadores indican simplemente la dirección en la que hay que concentrar la atención. Nuestros innumerables conceptos, como la cultura, instituciones, estructura social, costumbres y personalidad, no son definitivos, sino de naturaleza sensibilizadora. Carecen de una referencia precisa y no poseen límites que permitan determinar con claridad una instancia específica o su contenido. Se apoyan, en cambio, en un sentido general de lo que es significativo. Apenas cabe discusión sobre esta caracterización.

Ahora bien, no debemos apresurarnos a admitir que nuestros conceptos son sensibilizadores y no definitivos basándonos únicamente en la inmadurez y falta de refinamiento científico. Debemos averiguar, por el contrario, si existen otras razones para atribuirles esta condición y preguntarnos, sobre todo, si la misma obedece a la naturaleza del mundo empírico que tratamos de estudiar y analizar.

Entiendo que el mundo empírico que estudia nuestra disciplina es el mundo social natural de la experiencia cotidiana. En este mundo, cada objeto que tomamos en consideración (ya sea una persona, un grupo, una institución, una práctica o cualquier cosa), posee un carácter distintivo, único o peculiar, y se halla inserto en un contexto de carácter igualmente distintivo. Creo que es este carácter distintivo de cada caso empírico y de su propio contexto lo que explica por qué nuestros conceptos son sensibilizadores y no definitivos. Al tratar un caso empírico de un concepto con fines de estudio o análisis, no limitamos nuestro examen, y al parecer no podemos hacerlo sin privarle de sentido, estrictamente, a lo que comprende la referencia abstracta del concepto. No aislamos lo que confiere a cada caso su carácter peculiar, limitándonos a examinar lo que tiene en común con otros casos de la clase comprendida por el concepto. Por el contrario, nos vemos obligados a acceder a lo que es común a base de aceptar y utilizar lo que es distintivo en ese caso empírico. En otras palabras, lo común (es decir, aquello a lo que el concepto hace referencia) se expresa de una forma distintiva en cada caso empírico y sólo puede captarse aceptando y trabajando a fondo sobre esa expresión distintiva. Todos lo admitimos cuando, por ejemplo, preguntamos qué forma adopta la estructura social en una comunidad campesina china o en un sindicato americano, o cómo se produce la asimilación en un rabino judío de Polonia o en un campesino mejicano. Creo que la verdad de esta afirmación puede verificarse aplicando cualquiera de nuestros conceptos al mundo empírico natural, ya se trate de la estructura social, la asimilación, la costumbre, una institución, la anomia, los valores, los papeles sociales o cualquier otro de nuestros innumerables conceptos. Reconocemos que aquello a lo que hacemos referencia por medio de un concepto determinado, se configura de un modo distinto en cada caso empírico. Hemos de aceptar, desarrollar y utilizar la expresión distintiva a fin de poder detectar y estudiar la expresión común.

Esta aparente necesidad de que cada cual haga su propio estudio de aquello a lo que el concepto se refiere, trabajando con, o por medio de la naturaleza única y distintiva del caso empírico en cuestión, en lugar de prescindir de ésta, exige, al parecer, necesariamente, un concepto sensibilizador. Puesto que los datos inmediatos de observación en la forma de expresión distintiva de los casos independientes en estudio, difieren entre sí, al enfocar dichos casos no es posible recurrir a límites o rasgos de expresión fijos y objetivos. Antes bien, el concepto debe ayudarnos a trazar una imagen de la expresión distintiva, como en el caso del estudio de la asimilación de un rabino judío. Desde el concepto nos trasladamos al carácter distintivo concreto del caso, en lugar de encuadrar éste en el marco abstracto del concepto. Es como afrontar una nueva situación u orientarse en un terreno desconocido. El concepto nos sensibiliza para nuestra labor, proporcionándonos indicios y sugerencias. Si nuestro mundo empírico se presenta en forma de acontecimientos y situaciones especiales y distintivos, y si pretendemos determinar, a través del estudio directo de ese mundo, las distintas clases de objetos y las relaciones existentes entre las mismas, estamos obligados, creo yo, a trabajar con conceptos sensibilizadores.

La cuestión que estoy analizando puede abordarse también desde otro ángulo: declarando que, al parecer, hemos de *deducir* que cualquier caso dado de nuestro mundo empírico natural, y su contenido, están comprendidos en uno de nuestros conceptos. La deducción hemos de hacerla basándonos en la expresión concreta del caso en cuestión. Debido a la distinta naturaleza de dicha expresión concreta según los casos, es preciso servirse, al parecer, de pautas generales y no de rasgos objetivos ni modos de expresión fijos. Invirtiendo los términos, puesto que lo que deducimos no se expresa en una misma forma fija, no podemos basarnos en expresiones objetivas fijas para hacer la deducción.

Teniendo en cuenta las corrientes actuales de pensamiento, la conclusión de que los conceptos de la teoría social son intrínsecamente sensibilizadores y no definitivos, será descartada inmediatamente como disparatada por la mayoría de los especialistas de nuestro campo. A quienes la examinen detenidamente sin embargo les inquietaría lo que implica. ¿Significa esto que la sociología permanecerá siempre en su actual estado de imprecisión, y que desdenará las posibilidades de mejorar sus conceptos, proposiciones, teoría y conocimientos? En absoluto. Los conceptos sensibilizadores pueden ser verificados, mejorados y refinados. Su validez puede demostrarse por medio de un minucioso estudio de los casos empíricos que se supone engloban. Aquellas características importantes de dichos casos que resulten no estar debidamente comprendidas en lo que el concepto afirma e implica, se convertirán en un medio de revisar el concepto. Para ser sinceros, esta tarea es más difícil de realizar con los conceptos sensibilizadores que con los definitivos, precisamente debido a que hay que trabajar con temas variables de expresión y no con formas fijas. Esta dificultad, mayor que las anteriores, no impide, sin embargo, el progresivo perfeccionamiento de los conceptos sensibilizadores mediante un estudio minucioso e imaginativo del mundo al que los mismos hacen referencia. Los conceptos de asimilación y desorganización sociales, por ejemplo, han adquirido una abstracción más idónea y un discernimiento más agudo gracias a estudios penetrantes y realistas, como los realizados por W. I. Thomas y Robert E. Park. En realidad, lo que estoy diciendo aquí es que el estudio profundo y concienzudo de los acontecimientos de nuestro mundo social natural, nos ofrece los medios de adecuar cada vez mejor los conceptos sensibilizadores a lo que dicho estudio revela. En suma, no hay

nada esotérico ni insólito en corregir y refinar los conceptos sensibilizadores a partir de contundentes hallazgos empíricos.

Debe señalarse asimismo que dichos conceptos, aun cuando se basen en la sensatez y no en rasgos explícitamente objetivos, pueden ser formulados y comunicados. Esto apenas puede conseguirse mediante una definición formal, y mucho menos mediante la fijación de límites. Es posible, sin embargo, por medio de una exposición que ofrezca un cuadro significativo, con ejemplos adecuados que nos permitan captar la referencia en función de nuestra experiencia personal. Así es como se consigue asimilar el sentido y significado de nuestros conceptos. Hay que añadir que la citada exposición puede ser buena o mala y, por lo tanto, mejorada.

Las deficiencias de los conceptos sensibilizadores no son, por lo tanto, ni inevitables ni irremediables. De hecho, la reconocida insuficiencia de nuestros conceptos, utilizados actualmente como conceptos sensibilizadores, debe atribuirse a la imperfección del estudio de los casos empíricos a los que hacen referencia, y a lo defectuoso de su exposición. Un estudio inadecuado suele ir acompañado de una mala exposición. El gran error, lamentablemente muy difundido, que se observa en el empleo de los conceptos sensibilizadores, consiste en el hecho de que se dan por descontado, y en el de considerar como su contenido cualquier elemento plausible que posean. En tales circunstancias el concepto adquiere la forma de un vago estereotipo, convirtiéndose en un mero dispositivo para ordenar y disponer casos empíricos. Como tal dispositivo, no es verificado ni confrontado con dichos casos, perdiendo con ello su única posibilidad de perfeccionamiento como instrumento analítico. Pero esto sólo revela una labor inadecuada, despreocupada o perezosa, y no hay por qué mencionarlo. Si se escogen para su estudio unos cuantos casos empíricos variados, y si se lleva a cabo dicho estudio con la debida minuciosidad, imaginación y profundidad, observando atentamente si el concepto es idóneo, o hasta qué punto lo es, se dispondrá de todas las condiciones necesarias para lograr el progresivo perfeccionamiento de los conceptos sensibilizadores.

Ya se ha dicho bastante sobre el problema de lo que hay de erróneo en la teoría social. He ignorado adrede unos cuantos defectos de importancia secundaria o solo los he comentado sucintamente. Mi propósito ha sido concretar la fuente principal de estas deficiencias, y que consiste en la dificultad para conseguir que la teoría social entable una estrecha relación, susceptible de autocorregirse, con el mundo empírico, a fin de que sus afirmaciones sobre el mismo puedan ser verificadas, perfeccionadas o enriquecidas por los datos de ese mundo. La citada dificultad reside, a su vez, en los conceptos de la teoría, puesto que el concepto es el punto de referencia o la puerta de entrada a ese mundo. La ambigüedad de los conceptos obstaculiza o impide el contacto con el mundo empírico, manteniendo a la teoría confinada en dominio no realista. En general, parece que los conceptos de la teoría social adolecen, efectivamente, de ambigüedad.

Cómo corregir esta situación es el problema más importante que tiene planteado nuestro campo de estudio si pretendemos convertirlo en una ciencia empírica. En una gran parte, por no decir la mayor, de la tarea que se lleva a cabo en la actualidad, dicho problema no es abordado. La reflexiva meditación sobre la teoría existente, la formulación de nuevas teorías, la investigación realizada sin una guía conceptual o aceptando los conceptos sin ningún tipo de crítica, el cúmulo de hallazgos dispares y la invención y empleo de nuevos instrumentos técnicos, son otras tantas formas de eludir el problema.

Parece claro que existen dos maneras fundamentales de abordarlo. La primera consiste en desarrollar procedimientos fijos y precisos que aporten un contenido empírico definitivo y estable. Este método se basa en técnicas claras y normalizadas, disposiciones experimentales y categorías matemáticas. Su universo de datos inmediato no es el del mundo social natural constituido por nuestra experiencia, sino abstracciones especializadas de él o sustitutivas del mismo. Lo que se pretende es volver al mundo social natural con unos conceptos definitivos basados en procedimientos especificados con toda precisión. Aunque tales procedimientos pueden ser útiles y valiosos en muchos sentidos, su capacidad para establecer conceptos genuinos con respecto al mundo natural, tropieza con tres grandes dificultades, que hasta ahora no han podido resolverse satisfactoriamente.

La otra forma de abordar el problema consiste en aceptar que nuestros conceptos son intrínsecamente sensibilizadores, en lugar de definitivos. Esta solución soslaya las dificultades con que lógicamente tropieza la primera, pero a cambio de renunciar a la posibilidad de obtener conceptos definitivos con límites específicos y objetivos. La segunda solución trata de perfeccionar los conceptos por medio de una investigación naturalista* (investigación de campo), es decir, mediante el estudio directo del mundo social natural en el que los casos empíricos son aceptados en su forma concreta y característica. Asimismo depende de una fiel descripción documentada de los casos y de un sondeo analítico de su carácter. En esto, el procedimiento difiere notablemente del que se utiliza para tratar de desarrollar conceptos definitivos. Su éxito depende de un paciente, cuidadoso e imaginativo estudio de la vida, no de rápidos atajos ni del empleo de instrumentos técnicos. Aunque su desarrollo pueda resultar lento y tedioso, este procedimiento tiene la ventaja de permanecer en estrecha y continua relación con el mundo social natural.

La confrontación que acabo de esbozar, entre las dos formas principales de abordar el problema indica, a mi entender, el modo en que debe encararse la deficiencia básica de la teoría social. Sospecho que plantea asimismo, el tema principal de nuestra disciplina: el intento de convertir ésta en una ciencia empírica de nuestro mundo social natural.

* No he pretendido en este trabajo tratar detenidamente sobre la lógica de la investigación de campo.

9

CIENCIA SIN CONCEPTOS*

El título de este artículo no lo ha elegido el autor, sino el Comité de Programas de este Instituto. Como título resulta anómalo, puesto que parece implicar una contradicción en los términos. Probablemente fue concebido para despertar el interés de los alumnos aburridos o hastiados, o tal vez con la intención de introducir, al menos, un elemento estimulante en el artículo, que sin duda resulta monótono.

Hablar de ciencia sin conceptos sugiere toda suerte de analogías: un escultor sin herramientas, un ferrocarril sin vías, un mamífero sin huesos, una historia de amor sin amor. Una ciencia sin conceptos sería una creación fantástica. Ni mi criterio personal acerca de mi trabajo ni la consideración de los temas que pueden interesar al lector, podrán impulsarme a dar entidad a tanta fantasía. Acepto el título como un recurso lógico, bien conocido, de revelar lo real haciendo meditar sobre lo imposible.

Al considerar cualquier ciencia admitida como tal, lo más corriente es pensar inmediatamente en conceptos. En la física evocaremos el átomo y el electrón, la materia y la masa, la velocidad y la inercia, el espacio y el tiempo. Si hablamos de química, pensaremos en las valencias, el isomerismo, los coloides, la combustión, la descomposición, el núcleo atómico; si de biología, en la herencia, el medio ambiente, los genes, los caracteres de la unidad, la variación, la selección natural; si de psicología, en el hábito, el reflejo, el sentimiento, la integración, el inconsciente, la inhibición; si de sociología, en la cultura, el grupo, el retraso cultural, la socialización, la desorganización social. El examen más superficial de la historia de cualquiera de

* Conferencia leída ante el Noveno Annual Institute of Social Research, Universidad de Chicago, agosto 20-23, 1930.

estas ciencias demuestra la persistente utilización de tales conceptos. Difícilmente se podrá considerar a los mismos como reliquia de inquietudes filosóficas primitivas, puesto que siguen estando vigentes incluso en las ciencias más exactas. Quien declare seriamente que la ciencia, tal como la conocemos, no posee conceptos, o no los utiliza, seguramente aplica al vocablo algún significado esotérico que la ciencia no reconoce.

Sin embargo, a lo largo de todo este cuadro de la presencia constante de los conceptos en la ciencia contemporánea e histórica, podemos apreciar también un escepticismo y una crítica recurrente del uso de los mismos. Al parecer, los científicos obstinados siempre han sospechado que existe cierta afinidad entre los conceptos y la metafísica. A menudo, en sus ensayos, airean la creencia de que la preocupación conceptual conduce a un filosofar estéril. La famosa exclamación de Newton "*hypotheses non fingo*" constituye un clásico ejemplo de dicha actitud. La ciencia se aferra a la experiencia real de los sentidos; el interés por los conceptos es una preocupación filosófica.

Parece haber fundamento para esta actitud de recelo hacia los conceptos. La estéril preocupación de los lógicos y teólogos medievales por las nociones de ligereza, gravedad, humedad, sequedad, actualidad y potencialidad es un caso característico. Hay otros ejemplos como el de los antiguos griegos que, a fuerza de observar su mundo experimentalmente, "perdieron nervio", como ha dicho Gilbert Murray, y recayeron en una cómoda meditación sobre las formas inherentes de las cosas; los numerosos tratados filosóficos sobre los conceptos físicos del espacio y del tiempo, escritos que, desde hace mucho, los físicos han preferido ignorar; o el caso, todavía más evidente, del empeño con que los científicos sociales se esfuerzan por extraer de su pensamiento una ciencia a base de elaborar el carácter de conceptos tales como la sociedad, el hombre económico, la soberanía, el progreso, el derecho natural, la asociación, etc. En general, podría decirse que los científicos se vuelven estériles cuando se entregan a la preocupación conceptual. Parece que la ciencia moderna no empezó a abrirse camino hasta que no se liberó del prurito filosófico. Su herencia es demasiado valiosa para que un retorno al empeño conceptual la ponga en peligro.

El planteamiento de nuestro problema surge de la confrontación de ambas imágenes. Una de ellas sugiere la inevitabilidad de los conceptos en la ciencia; la otra retrata la honda sospecha que inspira la preocupación conceptual. Ambos puntos de vista pueden ser defendidos polémicamente. El hecho de que exista oposición entre ellos aconseja mostrar el papel que desempeñan los conceptos en el procedimiento científico, a fin de hacer posible la comprensión de sus funciones y en caso necesario protestar por el uso indebido que se hace de ellos. Esto es lo que me propongo hacer.

Al esbozar el problema, me veo obligado a confesar que mi interés se centra en la función del concepto: es decir, en lo que éste o más bien, en lo que permite hacer a los científicos. Poco me interesan las controversias acerca de si el concepto es real o nominal, si el universal es un ser o sólo una idea, si la abstracción es un proceso que revela la realidad o la deforma. Digo esto porque en su mayor parte, la literatura sobre el concepto aborda tales temas. Quien comparta el interés que he mencionado, encontrará esos escritos insulsos y de escaso valor. Es posible considerar el concepto como un incidente o un episodio del acto científico, en lugar de una entidad aparte. En tal caso, lo importante no es especificar sus propiedades epistemológicas, sino examinar su uso científico.

Creo que lo mejor es presentar este estudio del concepto mediante un breve comentario psicológico. Empecemos con la situación más sencilla: el simple acto de percibir y concebir. El individuo, al orientarse a sí mismo en su entorno, percibe. Lo que percibe procede *de* y le vincula *con* su actividad. Puede impulsarle a esforzarse; puede debilitar o reforzar una acción determinada; puede llevarle a abandonar o a replantear un proyecto específico. La percepción surge de la acción recíproca de la actividad y el entorno, y sirve para orientar la acción. Sin embargo, no sólo puede facilitarla, sino asimismo impedirla, bloquearla o frustrarla. El proceso conceptual es un modo de comportamiento, característico de los seres humanos, que permite a éstos sortear tales obstáculos. Cuando la percepción es insuficiente en una situación determinada, podemos concebir ésta de cierta forma y actuar sobre la base del concepto. En tal caso, el acto de concebir desempeña la misma función biológica que el de percibir; permite una nueva orientación, una nueva disposición para el esfuerzo y una nueva descarga de acción. Más aún, si la concepción tiene su origen en el fracaso o en la insuficiencia de la percepción, remite a su vez a esta última, es decir, el concepto que elaboramos configura o influye en nuestra percepción. Aquella no es simplemente un sustituto de ésta, sino su propia creadora.

Estos elementales comentarios sobre la relación existente entre la percepción y la concepción, son familiares a quienes poseen conocimientos sobre las psicologías funcional y pragmática. Me permito sugerir que estas nociones son suficientes para responder a nuestro problema sobre el papel que desempeña el concepto en el procedimiento científico. Lo diré de nuevo: la concepción surge como ayuda para compensar la insuficiencia de la percepción; permite una nueva orientación y un nuevo enfoque; guía y modifica la percepción.

Estas observaciones parecen igualmente válidas para el percepto y el concepto. La afinidad entre el concepto y la concepción y entre el percepto y la percepción es tanto psicológica como lexicográfica. En uno de sus aspectos, el concepto es un modo de concebir. La masa, el movimiento, la electricidad, el átomo, la cultura, la herencia, los genes, la integración, los reflejos, la probabilidad, la asimilación, etc., son otras tantas maneras de elaborar ciertos contenidos de la experiencia. Esto puede demostrarse de un modo sencillo mediante el concepto de la electricidad. La observación de la atracción que ejerce el ámbar friccionado sobre partículas ligeras, la orientación hacia el norte de la piedra imán suspendida libremente, el rechazo de las partículas ligeras que entran en contacto con un cuerpo electrificado, el reflejo galvánico en la rana, el comportamiento del recipiente de Leyden y de la pila voltaica; todas estas experiencias sugirieron la existencia de algo no directamente percibido a las conciencias reflexivas de ciertos individuos. En este caso, ese algo se llamó electricidad.

Tal vez sería mejor decir que, basándose en determinadas experiencias perceptuales tangibles que resultaban desconcertantes, ciertos individuos elaboraron hipótesis que confirieron a tales experiencias un carácter comprensible. Por lo que he podido observar, así es como nacen los conceptos científicos; hacen referencia a algo cuya existencia presumimos, pero cuyo carácter no entendemos plenamente. Tienen su origen en concepciones derivadas de una serie de experiencias perceptuales de carácter desconcertante, que necesitaban ser abarcadas desde una perspectiva más amplia. Me apresuro a añadir que el concepto no sólo supone la existencia de algo que vincula las experiencias perceptuales, sino que implica que ese algo posee una naturaleza o un carácter determinado.

Creo que si el lector tiene presentes los conceptos específicos, entenderá fácilmente los puntos que he comentado. La masa, el movimiento, la electricidad, el átomo, la cultura, los genes, la herencia, etc., son producto de la reflexión humana. No son entidades derivadas de una experiencia perceptual directa; sino que han nacido como concepciones derivadas de experiencias perceptuales directas que han resultado desconcertantes y problemáticas para el hombre. Sirven para ordenar o hacer inteligibles dichas experiencias. En su calidad de concepciones, implican un contenido que ha sido concebido y que puede especificarse, discutirse, estudiarse y reorganizarse. En este sentido puede muy bien afirmarse que dicho contenido posee un carácter.

De las observaciones que he formulado hasta el momento se desprende que considero el concepto como un modo de concebir y de poseer un contenido que se concibe. El análisis del concepto a partir de cada uno de estos dos aspectos nos dirá algo sobre su función. Como forma de concebir, el concepto libera la actividad frustrada, permitiendo una nueva acción. En cualquier campo de comportamiento lleno de problemas, como lo es claramente en terreno científico, esta función es particularmente significativa. Probablemente apenas requiere elaboración. En el terreno puramente psicológico, la actividad, sin conceptos, se quedaría reducida a un nivel perceptual determinado, con escasas oportunidades de alcanzar un plano más elevado. Los problemas idénticos serían recurrentes; no habría, en esencia ningún método capaz de controlarlos. El mundo permanecería constante; se producirían de manera recurrente frustraciones de la actividad que apenas conducirían a ninguna reorganización del contenido de la experiencia. Supongo que este tipo de existencia se da en los animales, pero el mundo humano en general y de la ciencia en particular, son de un tipo distinto. La reorganización de ambos ante los problemas sólo puede producirse trascendiendo, por así decirlo, el mundo perceptual dado. En esta trascendencia el concepto ocupa un lugar primordial.

Los campesinos de Europa y Asia perdieron ganado durante siglos a causa del ántrax. Esta grave enfermedad era un acontecimiento común. Muchos la aceptaban como algo natural e inevitable. A otros, sin embargo, les intrigó y la enfocaron como problema. Como tal, era recurrente: la percepción del acontecimiento resultaba siempre sorprendente y problemática. Los científicos habían estudiado la enfermedad durante décadas, pero sus esfuerzos para controlarla no tuvieron éxito. La puesta en marcha de la actividad requería un punto de vista conceptual satisfactorio que, en este caso, provino de Pasteur. Desde algún tiempo antes de que éste se interesara por la enfermedad, se sabía que en la sangre del ganado aquejado de ántrax había unos organismos en forma de varilla llamados "vibriones", a los que consideraba como interesantes curiosidades, pero carentes de significación; eran epifenómenos de la enfermedad. Pasteur enfocó este campo de percepción armado de un nuevo concepto: el de lo infinitamente pequeño. El concepto le permitió llevar a cabo experimentos, hasta entonces insospechados, para demostrar la influencia específica de los vibriones y proporcionar por fin una solución a la enfermedad y una forma de controlarla. Este episodio muestra cómo un concepto, en cuanto manera de concebir, puede impulsar una actividad estancada, y también cómo, en una ciencia saturada de problemas, el concepto desencadena y orienta la actividad experimental y determina su rumbo.

Pasemos a considerar la significación de otro aspecto del concepto que ya he mencionado: el contenido concebido. Tal como yo lo entiendo, el concepto nos

permite captar y retener cierto contenido de experiencia del que nos apropiamos. Por medio de la abstracción podemos aislar y fijar una determinada experiencia que nunca habría aflorado a través de la simple percepción. Nuestro mundo perceptual se compone de particularidades porque, a pesar de que la concepción siempre se ve implicada en él, se trata de una concepción que opera a través de particularidades. Abstraer una relación de este mundo de particularidades, y aferrarse a ello, sólo es posible mediante la conceptualización, y requiere en última instancia, un concepto. Es decir, acto de la abstracción propiamente dicho es un acto de concepción, y para que la concepción pueda aferrarse al mismo, es preciso darle un nombre, señal, o marca identificativa. La determinación de este contenido aislado, hace posibles dos desarrollos de suprema importancia para la ciencia: (1) el citado contenido puede convertirse en objeto de investigación y meditación independientes; (2) puede incluirse en la experiencia de otros, convirtiéndose así en propiedad común. Propongo que examinemos por orden estas dos posibilidades.

Cuando afirmo que el contenido concebido en un concepto puede estudiarse por separado, quiero decir que se puede tomar una abstracción que ya ha sido formulada, verificar y especificar sus caracteres, atribuirle un alcance y tratar de determinar con mayor precisión su naturaleza. De momento no necesito explicar cómo hace esto la ciencia; lo único que deseo decir aquí es que lo hace constantemente. De ese estudio surgen nuevos problemas y enfoques que convierten al concepto en algo más instrumental, permitiéndole abarcar una experiencia más rica y un universo más amplio. Este punto es un poco abstracto; trataré de aclararlo.

Escogeré un ejemplo conocido: el concepto de movimiento, tal como se da en la obra de Galileo y de Newton. Como todo estudiante de filosofía sabe, a los ojos de los antiguos y de los filósofos de la Edad Media, el movimiento no estaba divorciado de los objetos dotados del mismo, sino que era una de las propiedades inherentes al objeto en cuestión. Así pues, era natural que un planeta se moviese en círculo, que el fuego se desplazase hacia el cielo y que un objeto pesado emprendiese el movimiento hacia un estado de reposo sobre la superficie de la tierra. En definitiva, el movimiento se identificaba con los objetos correspondientes. Nadie lo concebía como algo independiente de los acontecimientos de esos objetos concretos. Correspondió a Galileo y a sus coetáneos de la ciencia moderna formular la abstracción. Al realizar sus famosos experimentos de medir la oscilación de una lámpara en la catedral de Pisa, arrojar bolitas desde la torre inclinada de la misma ciudad y hacer rodar éstas suavemente por un plano inclinado, Galileo efectuó el tránsito decisivo de la noción de los objetos en particular a la del movimiento en general. La oscilación de una lámpara, la caída de bolitas y el rodar de las mismas eran acontecimientos independientes; en cada uno de ellos se daba un tipo distinto y característico de movimiento inherente. Mediante la concepción, Galileo abstrajo un contenido común a todos los objetos mencionados; contenido que, al ser determinado mediante un vocablo, se convirtió en un concepto. Por medio de la conceptualización, la idea de movimiento se convirtió en algo independiente y retenido. Todos los que están familiarizados con la historia de la ciencia moderna, saben que su desarrollo se inició, en gran medida, a partir de la introducción del concepto de movimiento. Este, como tal, se convirtió en objeto de estudio experimental y reflexivo que cristalizó en la ley de la caída de los cuerpos, en las leyes de Kepler sobre el movimiento de los planetas y, finalmente, en la ley de la gravitación.

Supongo que este ejemplo bastará para dejar perfectamente claro el hecho de

que, por medio de un concepto, se puede aislar un contenido de experiencia y convertirlo en objeto de un estudio aparte. Sólo a través de esta posibilidad puede surgir la ciencia. En lugar de ser difuso, el estudio puede concentrarse; el esfuerzo de investigación puede centrarse en un campo determinado, aunque siempre es posible aplicar los resultados obtenidos a numerosas situaciones concretas.

Volvamos ahora dentro de una amplia escala a la otra forma de progreso que el concepto ha hecho posible: la comunicación de la experiencia. He mencionado ya dos de los aspectos más significativos que posee el concepto: una manera de concebir y un contenido concebido.

El tercer aspecto tiene gran importancia: me refiero al carácter verbal del concepto. El concepto implica una marca o símbolo identificativo; por lo tanto, se presenta en forma de palabra o expresión. La energía, la radiación, la moral, la competición, la sociedad, etc., son, cuando menos, palabras. Algunos autores han afirmado que sólo son eso. Tal como yo lo entiendo, la palabra es un elemento del concepto, pero no su totalidad. La palabra da lugar a un modo de concebir y representa aquello que se concibe; es, por lo tanto, símbolo de un determinado proceso de concepción. Por su carácter simbólico o verbal, el concepto puede convertirse en un tema de discurso social y permitir, en consecuencia, que la concepción por él comprendida se vuelva propiedad común. El concepto siempre surge como una experiencia individual, para compensar una laguna o insuficiencia de la percepción. Al convertirse en propiedad social, permite que otras personas conozcan el mismo punto de vista y utilicen la misma orientación. De este modo hace posible la acción colectiva, si bien a esta función del concepto se le ha dispensado, sorprendentemente, muy poca atención. El hecho de que el concepto sea una entidad del discurso social, hace posible el procedimiento concertado o conjunto en lo que a la ciencia se refiere, así como que la estructura de una ciencia puede surgir como algo conexo, en lugar de ser un simple cúmulo de acciones desvinculadas.

Gran parte de lo que he dicho sobre la función del concepto, sirve por igual para los conceptos científicos y para los del sentido común. Agrupar estos conceptos, como muchos harían, equivaldría a perder de vista el valor peculiar que los conceptos científicos poseen. Creo que al señalar la diferencia que existe entre ambos tipos será posible bosquejar con más claridad el carácter de los conceptos científicos e indicar mejor el papel que desempeñan en la ciencia.

A mi juicio, la principal diferencia reside en el hecho de que la abstracción comprendida en el concepto de sentido común es aceptada sin más, en lugar de someterla a estudio y análisis especiales. A causa de ello, la abstracción queda pronto estancada, sin ser arrastrada a los extremos que alcanzan los conceptos científicos. Me gustaría aclarar esto mediante un concepto de sentido común, como es el fuego. En la experiencia perceptual ordinaria, las personas son conscientes de que hay diferentes objetos que arden en determinadas circunstancias generales. Las hojas, ramas, madera, hierba, cabello, etc., se queman estando secos, al entrar en contacto con ciertas formas de fuego. El acontecimiento del fuego puede concebirse como un suceso independiente. Puede designarse por medio de una palabra, convirtiéndose así en un concepto. Como tal, goza de la ventaja que tiene el concepto, de guiar y controlar la experiencia ulterior. Sin embargo, parece tener limitaciones en el sentido que ya he comentado. Su abstracción está abreviada. La combustión sin llama de una pila de estiércol, la inflamación espontánea de un almiar de heno, la combustión lenta, la imposibilidad de quemar madera mojada, la extinción del

fuego echando tierra encima, son incidentes de la experiencia común, pero ni están asociados con el hecho del fuego, ni son considerados como condiciones que lo limiten. No plantean interrogantes acerca de lo que es quemar, como acontecimiento independiente y, por lo tanto, dichos incidentes no alcanzan el grado de interés que despiertan en la ciencia moderna la oxidación y la transformación química. El fenómeno del fuego no se aísla como objeto digno de análisis y estudio por separado. Por supuesto, no cabe esperar que el sentido común lleve la abstracción hasta ese extremo; ni tampoco es necesario. Los conceptos de sentido común son suficientes para las exigencias ordinarias de la experiencia cotidiana; pueden aceptarse, y de hecho se aceptan, los elementos menores de inconsistencia que intervienen en las experiencias, así como tolerarse cierto margen de incertidumbre. De ahí que no se planteen como problemas determinadas experiencias que podrían dar lugar a abstracciones más refinadas.

Con tales antecedentes, cabe esperar que "el sentido común", como la propia expresión indica, haga referencia a lo que es sensato, y no a lo que es objeto de un profundo análisis. Esto parece cumplirse en mucha mayor medida tratándose de conceptos de sentido común que en el caso de conceptos científicos. Los conceptos de sentido común son más una cuestión de sentimiento que de discernimiento lógico. Al parecer, este es el motivo de que un individuo normal se quede perplejo cuando se le pide que defina cierto término de sentido común; da por descontado su significado. Si se le apura, es probable que recurra a indicar los objetos en cuestión señalándolos. Por supuesto, no tiene sentido criticar una indicación tan particularista. Sin embargo, revela que el individuo no tiene los elementos de su concepción en la mente con claridad, como elementos percibidos por separado. Esto resulta manifiesto si, al interrogar al individuo, se le insta a ceñirse a la connotación precisa. El significado que él intenta explicar será probablemente muy vago e indefinido, debido, según creo, a que no ha realizado un estudio o examen por separado del suceso abstracto comprendido en el concepto de sentido común. Quizá no sea incorrecto decir que estos conceptos tienen naturaleza de estereotipos. Su significado se da sencillamente por descontado; su carácter se percibe de un modo natural. Ponerlos en tela de juicio es algo inconcebible; de hecho, es como evocar la emoción. Esto es algo tan distinto del carácter inquisitivo de concepto científico en el seno del terreno experimental, que parece ser del todo innecesario llevar más lejos esta distinción.

Lo que pretendo resaltar es que al científico le preocupa la relación que comprende el concepto científico, y a causa de este interés reflexivo, tiene la oportunidad de obtener un conocimiento más amplio de dicha relación y, por lo tanto, de llevar a cabo la revisión del concepto. Cuando se lleva el experimento a nuevos dominios dentro de la línea del concepto, es de esperar que se hallarán hechos nuevos los cuales, a su vez, exijan revisar la concepción y el contenido del concepto. Los conceptos científicos poseen un historial, cambiando de significado con el paso del tiempo, a medida que van introduciéndose nuevas experiencias, y sustituyendo un contenido por otro. Los conceptos de sentido común son más estáticos y persistentes, y su contenido no se modifica. Dado que la abstracción que comprende el concepto de sentido común no es objeto de un estudio por separado ni de una verificación experimental, es difícil que se descubran nuevos hechos que pongan el concepto en tela de juicio y motiven su revisión.

Existe otra diferencia, a mi juicio importante, entre los conceptos de sentido

común y los científicos. Los primeros son inconexos y dispares; los segundos "tienden a la consistencia". En mi opinión la abstracción contenida en un concepto de sentido común, suele tener una existencia absolutista e independiente; en los conceptos científicos, sin embargo, las abstracciones están siempre vinculadas a otras. No es un hecho casual que los conceptos de una determinada ciencia estén agrupados en un sistema, ni que, de este modo, hagan posible la estructura de la misma. Basta con detenerse a pensar un momento en la historia de la mecánica de conceptos tales como el movimiento, la masa, la inercia, la fuerza, el espacio y el tiempo. Dichos conceptos estaban entrelazados y vinculados en el seno de un modelo conceptual que orientó e hizo posible la experimentación, convirtiéndose en el marco de los primeros conocimientos y leyes de la física. Tal como yo lo entiendo, el sentido significativo de la afirmación según la cual la ciencia es un conocimiento sistemático, reside en la coherencia de los conceptos.

Sospecho que muchos de los que desacreditan el interés por los conceptos en la ciencia, no desean realmente detener la concepción, sino que se oponen a la elaboración de un marco o estructura conceptual. Nos instan a ceñirnos estrictamente a los hechos, y a limitarnos al estudio de problemas aislados y específicos. No conozco ninguna noción menos armónica con la experiencia histórica de la ciencia. Seguir ese programa equivaldría a carecer de ciencia. A lo sumo, dispondríamos de una serie de estudios aislados y discretos sin conexión entre sí, algunos de los cuales harían fructíferos a otros por puro azar, sin poseer otra cosa que una tendencia fortuita hacia la consistencia, y mostrando apenas esa progresiva acumulación de conocimientos que se derivan de la organización y reorganización de la experiencia. La obra de los técnicos, políticos y estadistas interesados en los problemas prácticos inmediatos, a los que se debe dar una rápida solución y un tratamiento esencialmente independiente, constituye, quizá, una imagen de este tipo. Su procedimiento es oportunista, su conocimiento, no sistemático; y su control, incierto. Pero no es ese el caso de la ciencia. Ocasionalmente, con toda certeza, puede surgir en la trayectoria de toda ciencia un conjunto de técnicos cuya aparición coincida con la de una nueva técnica. Con ésta a modo de instrumento, pueden ir de una situación a otra sin tener que concebirlas en función de un marco más amplio ni profundizar o estudiar relaciones fundamentales. Se enfrentan, por lo general, a los mismos problemas, trabajan esencialmente de la misma manera, pero sólo obtienen fragmentos separados de información. Puede llamarse científicos a estos individuos a causa de su filiación académica; pero en realidad, son meros artesanos que utilizan la técnica como un instrumento para la realización de fines inmediatos. Con fines meramente ilustrativos y sin ánimo de formular una envidiosa distinción, sugiero que tal es la condición actual de muchos estadísticos. No pretendo en modo alguno atribuir ninguna inferioridad a sus resultados, pero diría que ni su labor ni sus logros están organizados, y que no son sistemáticos. A menos que dichos logros y resultados se ordenen y se inserten en conceptos o concepciones primordiales, nunca llegarán a alcanzar el carácter de ciencia que estamos acostumbrados a observar en la experiencia histórica.

Los principales puntos que he abordado hasta ahora en este artículo pueden condensarse en unas pocas frases. El concepto científico, como forma de concebir, nos permite resolver los problemas de la experiencia perceptual; su contenido consiste en una relación obtenida por abstracción, que se convierte en objeto de estudio exhaustivo e independiente. Debido a su carácter verbal, el concepto puede ser

compartido permitiendo de este modo la actividad conjunta en el procedimiento científico; su interrelación hace posible la estructura de la ciencia.

Propongo que enfoquemos el asunto desde un nuevo ángulo, y que consideremos, no tanto lo que el concepto permite hacer a la ciencia, como la influencia que ejerce sobre ella.

A mi modo de ver el concepto considerado más específicamente cumple tres funciones: (1) Introduce una nueva orientación o punto de vista; (2) sirve como instrumento o medio para el tratamiento del entorno humano; (3) hace posible el razonamiento deductivo y, por consiguiente, la previsión de nuevas experiencias. Cada una de ellas merece ser considerada por separado.

Si el hecho de concebir tiene un doble significado (el de modo de contemplar las cosas y el de forma de llevarlas a cabo) no es por puro azar lexicográfico. Que un nuevo concepto representa una nueva manera de enfocar el mundo es un lugar común; constituye su carácter intrínseco. Como invención para subsanar una deficiencia en la experiencia perceptual, supone una nueva y original orientación. Entre los problemas que atraen el interés de los científicos, este nuevo rumbo y punto de referencia es de suma importancia. Por un lado, les permite abordar el problema con flexibilidad; por otro, sensibiliza su percepción y enfoca el objeto desde una nueva perspectiva. Cada uno de estos dos efectos está implícito en el otro, pero ambos pueden ser considerados por separado. Aquellos de mis lectores que hayan leído cualquiera de las biografías de Pasteur, recordarán la nueva orientación que dio a sus problemas al desarrollar el concepto de lo infinitamente pequeño. "Busca el microbio", era su proverbio. Los misterios de la fermentación, la enfermedad del gusano de seda, el ántrax, la septicemia, la rabia, la hidrofobia, y las fiebres puerperales se descubrieron gracias al enfoque adoptado con ayuda del concepto de lo infinitamente pequeño. Todo ello había intrigado a los sabios durante años, había sido afanosamente estudiado, pero hasta entonces había desafiado al control y a la comprensión. El nuevo enfoque que una nueva concepción hizo posible, les condujo a la solución.

El papel que desempeña el concepto al sensibilizar la percepción y, por lo tanto, al modificar el mundo perceptual, lo refleja claramente la experiencia de Darwin en el curso de un viaje geológico por Gales acompañado del geólogo Sedgwick. Téngase presente que esto sucedió antes de que Agassiz hubiera avanzado su idea o concepto de la glaciación. Darwin refiere:

"Pasamos muchas horas en el Glaciar Idwal, examinando todas las rocas con sumo cuidado, pues Sedgwick estaba ansioso por encontrar fósiles en ellas; pero ninguno de los dos conseguimos hallar en torno nuestro el menor indicio de los maravillosos fenómenos glaciales; no encontramos rocas nitidamente estriadas, cantos rodados encaramados ni morrenas laterales y terminales. Y sin embargo, los fenómenos son tan evidentes, que, como declaré en un artículo publicado muchos años después en *Philosophical Magazine* (Revista Filosófica), una casa arrasada por el fuego no revela lo sucedido en ella con más claridad que este valle su historia. Si hubiese estado cubierto por un glacial, los fenómenos habrían sido mucho menos evidente que en la actualidad."

He aquí un impresionante ejemplo de cómo la concepción puede sensibilizar a la percepción y proporcionar un nuevo campo de objetos.

He afirmado anteriormente en este artículo que la concepción procede de la percepción, pero que remite a ella. Es posible que el significado de esta observación

haya quedado mucho más claro después de lo que acabo de decir. A través de la concepción, los objetos pueden ser percibidos en sus nuevas relaciones, lo que equivale a decir que se produce una reorganización del mundo perceptual. Es oportuno recordar que en el curso del proceso pueden aparecer nuevos problemas, nuevas técnicas y nuevas interpretaciones. Puede abrirse camino a un terreno completamente nuevo; la energía científica puede ser encauzada provechosamente de nuevos y distintos modos. A mi parecer, esto es lo que le ha sucedido a la ciencia al adoptar una nueva orientación, o, lo que es lo mismo, al recurrir a un nuevo marco conceptual. Como caso destacado en este aspecto cabe citar, a título de ejemplo, el origen de la física moderna. La obra de Galileo suele escogerse, y con razón, para señalar el pase de la preocupación metafísica de los lógicos medievales a los esfuerzos científicos de los investigadores modernos. La labor de Galileo no sólo es significativa por haber introducido una técnica experimental, sino también por haber desarrollado nuevos conceptos que se convirtieron en la base de operaciones de la física moderna. Estos conceptos nos son familiares. La masa, el movimiento, la inercia, la impenetrabilidad, etc., han pasado a ocupar el lugar de los conceptos lógicos medievales: esencia, cualidad, sustancia, potencialidad, etc., proporcionando una nueva perspectiva, abriendo un nuevo campo a la investigación; planteando nuevos problemas y sugiriendo nuevas técnicas: sensibilizando la percepción para la detección de nuevas relaciones, y orientándola por rumbos diferentes; haciendo posible la experimentación y, en última instancia, proporcionando nuevas formas de control. Supongo que la física contemporánea está empezando a presentar un cuadro parecido en la nueva orientación y el marco conceptual en que se desenvuelve la labor referente a la relatividad y a las relaciones del quantum.

Fundamentar nuestro propio campo en este punto de vista no carece de interés. Sospecho que la confusión y vacilaciones reinantes en nuestra ciencia sociológica, no es consecuencia directa de la imperfección de nuestras técnicas, como casi todo el mundo sostiene, sino de lo inadecuado de nuestro punto de vista. El esfuerzo por salvar la disciplina mediante el incremento de los trabajos realizados con método y la introducción de instrumentos más precisos sigue, me atrevo a señalar, una dirección equivocada. Tal vez, como sucedió con otras ciencias en el pasado, nos encontramos a la espera de un marco conceptual que encauce nuestras actividades hacia canales fecundos.

Abordaré ahora la segunda función específica del concepto. La expresión que probablemente escuchamos con mayor frecuencia es la de que "el concepto es un instrumento". Supongo que su significado no ofrecerá ninguna duda después de lo que se ha dicho sobre la ayuda que la concepción supone para la puesta en marcha y realización de las actividades. Esta función define el carácter del concepto, puesto que significa que éste se transforma en un instrumento de la actividad. Al subsanar las deficiencias de lo perceptual, la concepción no sólo ofrece una nueva orientación y desencadena la actividad, sino que la dirige eficaz o ineficazmente. El éxito de la actividad que origina da la medida de la eficacia del concepto. Así pues, éste está limitado de una parte por la actividad frustrada, y de la otra por las consecuencias que se derivan de la actividad que encauza. Al hallarse comprendido entre estas partes de un acto, el concepto posee las características de un instrumento. Al principio, como todo instrumento, puede resultar tosco y ser utilizado de un modo bastante experimental, pero más adelante, como sucede con las herramientas, puede perfeccionarse, generalizándose su empleo.

Unas cuantas consideraciones acerca de ambas etapas (la fase inicial, de ensayo, y la ulterior, de perfeccionamiento) nos permitirán apreciar con mayor claridad el carácter instrumental del concepto. En la primera etapa, éste representa simplemente una concepción primitiva aplicada a una situación que requiere ser solucionada o reajustada. En esto su naturaleza es equivalente a la de una hipótesis; su valor se intuye, pero es desconocido. Promete cierta posibilidad de comprensión y control, y se utiliza en razón de esta promesa. A veces no se cumple, en cuyo caso es necesario adoptar una nueva concepción. En ambos casos constituye un modo de abordar o un plan para enfocar la situación. Es evidente su analogía con el uso experimental de una palanca o ariete primitivos. Al ser perfeccionado, el concepto no deja en absoluto de contribuir a la actividad, pero el carácter de su función varía en cierto modo. Su campo de operaciones se vuelve más fácil de entender; sus posibilidades se calibran mejor, y las consecuencias de su empleo se hacen más seguras. Al aplicar este concepto a alguna nueva circunstancia o, por decirlo de otro modo, al incluir una nueva experiencia o situación en el terreno del concepto, se puede afrontar eficazmente dicha circunstancia o situación, utilizando los procedimientos habituales. El médico al que se pide que diagnostique una enfermedad busca síntomas que le permitan emitir un dictamen lo más fidedigno posible. Si se diagnostica una enfermedad o un tipo concreto de enfermedad, como la tifoidea o la malaria, incluyendo la dolencia en un concepto dado o, por decirlo de otro modo, aplicando a la misma un concepto determinado, podrá iniciarse un tratamiento. Sabido es que ciertos acontecimientos suelen ir seguidos de otros; es decir, ciertos actos suelen tener determinadas consecuencias. Del mismo modo, el conocimiento adquirido sobre el empleo del concepto en experiencias anteriores, sirve como instrumento en la nueva situación.

Por lo que se refiere a la tercera función, puedo repetir que uno de los valores significativos del concepto reside en la posibilidad de sus consecuencias deductivas. A veces se aprecia fácilmente la ayuda que el concepto puede prestar a una investigación inmediata; su carácter de premisa lógica con consecuencias deductivas tal vez deba ser objeto de una pequeña aclaración. Quiere decir que, razonando a partir del concepto, puede adquirirse una nueva perspectiva y entrever problemas y procedimientos que trascienden los problemas inmediatos que suscitaron dicho concepto, y en respuesta a los cuales éste opera como un instrumento. El ejemplo más destacado que cabe citar sobre este carácter proyectivo del concepto, lo constituye el sistema de numeración. Los historiadores de las ciencias exactas han dejado claro que los primitivos conceptos sobre el número, surgieron a partir de la experiencia práctica y estaban vinculados a la misma. Ciertos perfeccionamientos que no es preciso considerar aquí, permitieron emplear los conceptos sobre el número de modo distinto al meramente utilitario. Se advirtieron las consecuencias deductivas de dichos conceptos, y las implicaciones de su ordenación e interrelación con otros forjaron la enorme y compleja estructura de la matemática moderna, cuyo progreso parece no tener fin. Este desarrollo no siempre se ha llevado a cabo de una forma empírica, sino también lógica y, al parecer, ha ido bastante por delante de la experiencia. De este modo, se han elaborado fórmulas para las funciones numéricas que posiblemente permanecerán sin aplicación práctica durante décadas. Pero aunque la estructura de las matemáticas puede crecer de un modo lógico y no empírico, sobrepasando a la experiencia real, su característica más interesante consiste en que siempre revierte con el mismo éxito sobre dicha experiencia. Esta aplicación a la experiencia

ha sido tan nitida y ha permitido tal grado de control, que ha suscitado reiteradamente el punto de vista de que el cosmos es numérico. Indudablemente, el aspecto deductivo de toda ciencia trata de aproximarse al carácter ideal de las matemáticas y, si bien es cierto que esta tentativa nunca ha obtenido más que un éxito parcial, el intento implica una apreciación del valor deductivo de los conceptos.

Hasta ahora, he expuesto en este libro la que me parece que es la función del concepto en el procedimiento científico. Quizás mis observaciones ensalzan sus virtudes, pero no deben olvidarse sus pecados. Me parece que es el momento para hacer una breve exposición del uso inapropiado del concepto.

A mi juicio, en la mayoría de los casos, el empleo inadecuado del concepto en la ciencia, consiste en separarlo del mundo de la experiencia, en desligarlo de la percepción de la que se deriva y a la que normalmente está vinculado. Desgajado de la experiencia en la que tiene su origen, el concepto se vuelve, casi invariablemente indefinido y metafísico. Siempre he admirado una célebre afirmación de Kant, que realmente define el carácter de conceptos y señala sus limitaciones. Kant dijo acertadamente: "La percepción sin concepción es ciega; la concepción sin percepción es vacua". Los conceptos sin base perceptual son, sin duda inseguros. Desgraciadamente, el pensamiento actual arrastra una tradición procedente de la antigua filosofía griega y del escolasticismo medieval, que postula la adquisición del conocimiento mediante la elaboración del concepto. Se considera que éste posee un significado intrínseco que es posible sacar a la luz por medio de una meditación correcta. Quizá sea innecesario llamar la atención sobre la constancia de dicha tradición en el caso de las ciencias sociales. Cada una de estas ciencias cuenta con numerosos protagonistas o devotos que se afanan en alcanzar el conocimiento "fabricándolo en sus propios cerebros". Comienzan con un arsenal de conceptos que, por ser abstractos, resultan abstrusos, y luego erigen un sistema al que confieren un significado derivado de esos mismos conceptos. El resultado es una estructura pomposa y formal, tan vacía como una caracola hueca. El error de sus sistemas reside en el hecho de que los conceptos originales eran meras elucubraciones, carentes de todo fundamento y no verificadas mediante la experiencia empírica. Teniendo en cuenta que, desde su mismo origen, carecen de utilidad para la experiencia o la actividad, nada tiene de particular que el significado de ellos deducido constituya una simple entelequia, sin ningún valor para la comprensión y el control del mundo real. Se diría que la dificultad dimana del hecho de no haber sabido reconocer que la función del concepto es compensar una percepción confusa y desencadenar y orientar la conducta en el seno del campo perceptual. Para que sea válido, un concepto ha de revertir a la actividad, es decir lo que motivó su existencia. Debe mantenerse en contacto con los hechos; su carácter debe verificarse mediante tales o cuales hechos, y su importancia ha de ser valorada en función de las posibilidades instrumentales que ofrece con respecto a esos hechos. Entender que el concepto es un arquetipo en lugar de un instrumento, o idear un concepto que no comporte un plan de acción con respecto a ciertos hechos, es ir contra la corriente de los procedimientos de la ciencia moderna. Aunque semejante proceder no sea incorrecto ni improductivo en la metafísica, en la ciencia resulta ridículo.

No menos abominable que esta tendencia a analizar los conceptos al margen de las exigencias y verificaciones de determinados tipos de hechos es la proclividad a elaborarlos con una negligencia temeraria, sin preocuparse de si son realmente necesarios. Se le ha reprochado a la sociología el hecho de poseer el mayor número

de conceptos y la menor cantidad de conocimiento. Espero no ser nunca elegido para refutar esta acusación y demostrar lo contrario. Sospecho que esta constante producción de nuevos conceptos se debe al esfuerzo por aparentar un carácter científico y al prurito de ser considerado profundo e instruido. Al leer tratados de sociología es frecuente (al menos a mi me ha sucedido) percatarse de que el autor utiliza una terminología más oscura para expresar lo que se entendería sin dificultad en un lenguaje más llano. Puede que ello satisfaga la pretensión de ser científico, pero de ningún modo constituye un procedimiento científico.

Otro uso incorrecto del concepto consiste en aplicarlo a un objeto de estudio como si fuese una etiqueta, y en creer que dicha clasificación constituye una explicación suficiente y concluye el estudio. Este vicio (yo lo denomino así) está muy arraigado en la ciencia social contemporánea, tanto entre los partidarios del concepto como entre sus detractores. A menos que se descubra algo que antes se ignoraba sobre el objeto, carece de valor clasificarlo o incluirlo en una categoría conceptual determinada. La mayor parte del uso conceptual consiste simplemente en etiquetar, sin ofrecer nada más que la etiqueta. En segundo lugar, encaminar una serie de concepciones hacia un objeto, como se hace al aplicarle un concepto, es simple y llanamente orientarse uno mismo hacia una subsiguiente acción. Detenerse en ese punto sería olvidar de nuevo el carácter instrumental del concepto. No se logra ejercer ningún control sobre el objeto, ni se verifica el concepto como instrumento. A causa de ello, se ignora en qué medida se presta el objeto al uso del concepto, ni qué grado de eficacia puede tener este último como ayuda para la comprensión y el control. Semejante enfoque supone permanecer en una situación incierta con nuestro entorno y obstaculizar cualquier posibilidad de perfeccionamiento del carácter instrumental del concepto.

Tratar un concepto científico de un modo simple e impreciso constituye, a mi juicio, otra grave falta. Me refiero al hecho de limitarse a percibir su contenido en lugar de comprenderlo: a ser incapaz de especificar su carácter en lugar de ser consciente de su aplicación funcional. Anteriormente he tenido ocasión de distinguir entre el uso científico de los conceptos y el basado en el sentido común: debería haber añadido entonces que este último uso no es infrecuente en la ciencia, ni mucho menos. Ciertos investigadores científicos consideran que sus conceptos son definitivos, dan por sentado su significado, y estiman que toda crítica es vana teoría o ataque personal. Esta actitud, por cierto, parece más evidente en quienes desacreditan el uso de los conceptos que en aquellos que se muestran demasiado indulgentes. Precisamente por el hecho de carecer de una preocupación conceptual, es muy improbable que los primeros examinen críticamente sus propios conceptos, que, por supuesto, poseen y utilizan de modo inevitable. Una aceptación tan ingenua y poco crítica conduce al dogmatismo y contamina gran parte del pensamiento y el trabajo científico. Puede que sirva de ejemplo el uso de los conceptos de lo objetivo y lo subjetivo. Conozco pocos términos científicos que se empleen de un modo más emocional e indolentemente que éstos. Se utilizan de forma negligente y, principalmente, a título de reproche o aprobación, en casi todos los artículos y polémicas metodológicos. Estimo que estos conceptos, en su uso ordinario, están adquiriendo forma de estereotipos. No creo que este modo de empleo sirva de gran ayuda al discernimiento lógico que requiere el discurso científico.

Yo diría, por tanto, que el uso de conceptos en la ciencia como elementos definitivos en lugar de considerarlos como concepciones tentativas adecuadas, así como el

ser poco crítico o reflexivo respecto a su alcance, es muy difícil que nos lleve a una auténtica comprensión y control del mundo empírico. Hay pocas cosas más irritantes que leer un ensayo de investigación rigurosamente ajustado a técnicas acreditadas, y lleno de números, unidades o elementos, y acabar descubriendo en el mismo la más absoluta negligencia en el uso de los conceptos. A otros autores les impresiona la pericia en el empleo de la técnica, o las nítidas relaciones numéricas entre unidades, pero no puedo por menos de deplorar que nuestras nociones metodológicas estereotipadas permitan e inciten a los estudiantes a entretenerse con juguetes mentales, creyendo que la manipulación de palabras vacías constituye una ciencia.

Admitamos el carácter instrumental del concepto en el terreno científico. Aceptando este carácter y usándolo de una forma crítica, tal vez evitemos ser meros recopiladores de hechos o hiladores de metafísica.

10

EL PROBLEMA DE LOS CONCEPTOS EN LA PSICOLOGIA SOCIAL

El presente artículo se limita a los conceptos de la psicología social, aunque el tratamiento empleado es aplicable, en general, a los de las ciencias sociales. Abordaremos aquí el conocido problema de la vaga e imprecisa naturaleza de la mayoría de los conceptos de la psicología social. Ni que decir tiene que los conceptos ambiguos y confusos suponen un obstáculo inmediato para una investigación científica eficiente y para la adquisición de un conocimiento riguroso, al crear una laguna entre la teoría y la observación empírica, dificultando asimismo la deducción exacta. La vaguedad del concepto significa que no es posible indicar de un modo claro las características de aquello a lo que se refiere; de ahí la dificultad que plantea la verificación del concepto por medio de la observación empírica y la revisión del mismo como consecuencia de dicha observación. Debido a la dificultad que entraña el hacerlos válidos, tales conceptos favorecen la especulación, en el peor sentido de la palabra; su contenido, poco afianzado, hace que el pensamiento se deslice en direcciones divergentes, sin beneficiarse de las ventajas de la coherencia lógica. De esta forma, los conceptos ambiguos y mal definidos perjudican tanto a la teorización definitiva como a la investigación exploratoria.

Es preciso señalar, además, que tal imprecisión en la conceptualización es una de las causas fundamentales de las dificultades científicas con las que ha de enfrentarse una disciplina como la psicología social. Como ya se ha indicado anteriormente, esta imprecisión fomenta asimismo una bifurcación del esfuerzo que se concreta en una teorización e investigación desgajadas. Tal desvinculación, que constituye la antítesis de la interacción productiva entre ambas en las ciencias naturales, hace a la teorización abierta merecedora de la acusación justificada de ser especulativa, y expone a la

investigación al justo reproche de carecer de planes y, con frecuencia de objetivos.

Muchos estudiantes de psicología social, insatisfechos por la vaguedad y confusión que presiden la interpretación contemporánea de la conducta humana, han desviado su atención de las teorías y conceptos. Atraídos por la solidez de los hechos que ofrecen las ciencias naturales, se han dedicado a la búsqueda de datos exactos por medio de técnicas precisas, que normalmente revisten un carácter mensurador y, en ocasiones, experimental. Al seguir este camino, se han visto estimulados notablemente por un punto de vista demasiado simple que reduce el acto científico a una búsqueda de información y relaciones cuantitativas. El resultado ha sido una super abundancia de censos, *test*, escalas, instrumentos de medición, y experimentos de escasa trascendencia que, en conjunto, han proporcionado un vasto cúmulo de proposiciones fragmentarias. No es inexacto afirmar que tales tentativas, junto con la información resultante, apenas han hecho nada para aclarar los conceptos.

Otros muchos alumnos, que han seguido los pasos de una tradición más antigua, continúan esforzándose por explicar la conducta humana mediante el uso de conceptos de sentido común y el empleo de diversos términos técnicos. Al enfrentarse con problemas y tipos de conducta humana que requieren alguna forma de explicación, aplican ideas de sentido común o alguna de las diversas teorías psicológicas existentes. Al menos, tales intentos poseen el mérito de que prefieren aferrarse a lo que parecen ser los problemas vitales, y conferir cierto grado de inteligibilidad a los mismos. Por otra parte, les justifica el hecho reconocido de que la investigación minuciosa, tal como se ha dicho antes, no parece ser capaz por ahora de resolver estos problemas. Por desgracia, tal vez a causa de una tradición negligente o de una posible deficiencia intrínseca, los conceptos utilizados en dichas interpretaciones rara vez se someten a rigurosa verificación mediante la observación empírica. En consecuencia, siguen siendo imprecisos, y las proposiciones en las que se hallan comprendidos no consiguen obtener una validación eficaz.

Presumo que esta disociación entre el uso conceptual y la investigación empírica, constituye el principal dilema de nuestra especialidad. Entiendo, además, que es preciso superar esta dificultad para que la psicología social pueda llegar a adquirir el carácter de disciplina científica o a suministrar conocimientos de tipo científico. Evitar los conceptos imprecisos o limitarse, como alternativa, a la búsqueda de datos exactos y de las relaciones entre ellos, es desviarse de los problemas planteados. Este sendero, tanto en lo que se refiere a su rumbo como a las realizaciones que ha aportado hasta ahora, no ofrece ninguna solución al dilema. Por otra parte, seguir creando y utilizando explicaciones elaboradas en torno a conceptos no verificados por el hecho empírico, equivale únicamente a perpetuar el problema. Lo que se necesita es establecer una relación efectiva entre los conceptos y los hechos de la experiencia, de suerte que éstos pongan a prueba los primeros y los conceptos permitan reordenar los hechos. En este tipo de relación, aplicada rigurosamente, reside la explicación del desarrollo y los logros progresivos alcanzados por las ciencias naturales. En definitiva, parece ser esencial para toda disciplina que aspire al rango de ciencia.

Me propongo discutir este problema de la relación existente entre el concepto y la observación empírica en el campo de la psicología social. Podemos empezar reconociendo que la imprecisión es una característica común de los conceptos de esta disciplina; imprecisión en el sentido de que no poseen rasgos explícitos que nos permitan determinar claramente y de forma concreta aquello a lo que el concepto

hace referencia. Para percatarse de ello basta con pensar en conceptos tales como las actitudes, los hábitos, el temperamento, la personalidad, el sí mismo, el sentimiento, el impulso, la sublimación, la extroversión, la socialización, el conflicto mental, la agresión, la fijación paterna, la aversión, el carácter, la compensación, la inhibición, el control social, la sugestión y la simpatía. Por supuesto, es posible apelar a una determinada acción o condición de la conducta como muestra clara y significativa de cualquiera de estos conceptos. Sin embargo, la dificultad surge al intentar determinar cada uno de los casos que encajan en el ámbito del concepto, y diferenciarlos de los que no entran en él. En otras palabras, los conceptos no permiten establecer una determinación o diferenciación precisas.

Una posible solución que siempre se propone para afrontar el problema de estos conceptos tan abstractos, es la de rechazar los conceptos vigentes y recurrir a otros nuevos. A juzgar por los esfuerzos realizados en tal sentido, dicho recurso no sirve para nada, puesto que los nuevos conceptos plantean el mismo problema. En mi opinión, podemos comprobar esto comparando diferentes sistemas psicológicos. Por otra parte, hay que admitir el hecho de que muchos conceptos, aunque vagos, proceden de una reiterada experiencia empírica y, por lo tanto, se refieren a cierto tipo o aspecto de conducta que no es posible ignorar. Nada se adelanta cambiando de denominación o de etiqueta. El problema de la imprecisión de los conceptos no puede eludirse creando un nuevo conjunto de términos. La única ocasión en que es lícito crear nuevos conceptos, es al reconocer un nuevo conjunto de hechos o ante una nueva perspectiva que revele este nuevo conjunto de hechos.

En los últimos años ha sido propuesta una forma distinta de solventar este problema, a la que se ha denominado método de "definición operacional". Al parecer, dicho método limitaría el significado de un concepto a los datos cuantitativos y mensurables obtenidos al respecto. Se aceptarían los conceptos vigentes, o al menos, algunos de ellos: se utilizarían sistemas de cómputo y medición para cada concepto, y la información resultante constituiría el contenido y significado de éste. Aparentemente, un método de este tipo debe proporcionar un contenido preciso y susceptible de verificación; sin embargo, un análisis crítico del mismo nos convencería de que no ofrece inguna solución al problema. Obsérvese ante todo, que el método empieza por seleccionar un concepto, que necesariamente posee ya un significado y una referencia concreta a un área determinada de la experiencia empírica. Limitar dicho significado a lo que se puede determinar de un modo cuantitativo o mensurable es, en esencia, un acto de reducción que tal vez sólo pueda llevarse a cabo a expensas de la referencia empírica que el concepto poseía desde el principio, y que es lo que está en estudio. Puede suceder, como parecen demostrar los resultados del procedimiento "operacional" obtenidos hasta ahora*, que lo que se omite sea la parte más importante de la referencia original. El procedimiento operacional del tipo aquí mencionado, sólo podría resultar de utilidad para afrontar el problema de los conceptos imprecisos, si los problemas de los que han surgido los conceptos y los elementos a los que éstos hacen referencia, fuesen de naturaleza esencialmente cuantitativa. En la psicología social contemporánea, sólo mediante un acto de fe es posible afirmar que los problemas y elementos empíricos a los que se refieren los conceptos, poseen en esencia esa naturaleza. Por muy impreciso que sea el carácter

* Como buen ejemplo de ello véase *A Controlled Experiment on Rural Hygiene in Syria*, de Stuart C. Dodd (Beirut, Siria: American Press, 1934).

de los conceptos en la psicología social, y a menos que pueda demostrarse que sus aspectos no cuantitativos son falsos, el método "operacional" no constituye un medio de resolver el problema que analizamos en este artículo aunque, por supuesto, puede ser útil como medio de ampliar y hacer más definidos ciertos aspectos del concepto.

Debemos añadir unas palabras acerca de una forma más extrema (y más lógica) de procedimiento "operacional", igualmente encaminada a obtener conceptos que no sean imprecisos ni ambiguos. A diferencia del tipo de "operacionalismo" del que hemos hablado, este otro no acepta los conceptos existentes ni trata de definirlos reduciendo su referencia a una forma cuantitativa o mensurable, sino aislar cierto contenido estable (obtenido por medio de algún procedimiento mensurativo especial) y considerar que el concepto es cualquier símbolo que haga referencia a dicho contenido. Por regla general, el símbolo es una palabra ya existente como, por ejemplo, "inteligencia"; una letra, como x o y , o un signo algebraico. El punto de vista actual de algunos estudiosos que sostienen que la "inteligencia" es lo que miden los *test* de inteligencia, constituye un ejemplo de este procedimiento. Su argumento consiste en que los *test* de inteligencia detectan algo estable y, en lugar de proclamar que se ignora en qué consiste el contenido estable detectado, se le llama "inteligencia" y se le asigna un valor numérico. Este interesante modo de eludir el problema merece algunas observaciones. En primer lugar, el contenido estable aislado no posee ninguna naturaleza, lo que equivale a decir que la operación por medio de la cual se ha logrado aislar dicho contenido, no ha hecho sino indicar que hay algo que es estable. La citada operación no puede caracterizar ni analizar ese "algo" por sí misma. Al no ser sino el resultado de esa "operación", el "algo" carece de naturaleza y no puede llegar a adquirirla. Así pues, y a título de ejemplo, la "inteligencia" no pasa de ser un valor numérico. En segundo lugar, al carecer de naturaleza, el elemento conceptualizado no puede ser estudiado: sólo puede adquirir importancia al ser relacionado con otros elementos. Estos últimos (si seguimos aferrándonos al marco de este tipo de procedimientos operacional) serían a su vez otros "algo", y carecerían asimismo de naturaleza: a lo sumo revestirían la forma de valores numéricos. La relación entre tales elementos sólo puede darse en forma de correlaciones cuantitativas.

Se desconoce lo que este tipo de lógica matemática (que es en lo que se resume el método) puede aportar a la comprensión de la vida empírica. Si se practica con éxito, suponiendo que sea posible hacerlo, se convertirá en un armazón sumamente extraño de símbolos interrelacionados que no se parecerán en absoluto a los conceptos tal y como los entendemos, en la psicología social actual, puesto que los elementos simbolizados no tendrán un contenido susceptible de estudio ni una naturaleza capaz de extensión genérica. Tampoco permitirán investigar ningún problema ni experimentarán un desarrollo evolutivo. Para aplicar estos símbolos a la conducta humana que estudia la psicología social, habría que trabajar con conceptos como los que poseemos actualmente.* Y una vez que se ha dado este paso, volvemos de

* Es lo que hacen los partidarios del enfoque que discutimos. Así pues, una persona puede considerar que la inteligencia es lo que indican los *test* de inteligencia, y puede emplear, para simbolizarla, algún valor cuantitativo, como el cociente intelectual. Para aplicar la "inteligencia", así entendida a la conducta humana, ha de pensar que se refiere a algo genérico, como la "aptitud para resolver problemas", pero al hacerlo incurre en otro concepto distinto: en este caso, en una concepción de sentido común sobre la inteligencia.

nuevo al problema inicial del concepto. Queremos decir que los símbolos obtenidos mediante el procedimiento del que hemos hablado, sólo serán inteligibles y susceptibles de aplicación con la ayuda de otro tipo de concepto; en consecuencia, no reemplazan en absoluto a este último tipo de concepto.

Podemos formular brevemente unas cuantas observaciones sobre un tercer modo de enfocar el problema del concepto,* encaminado a conseguir definiciones precisas por medio de un análisis crítico de los conceptos. Se selecciona un término dado, se comparan sus diversas definiciones, y se estudian sus distintos usos; se procura suprimir las contradicciones, determinar las similitudes y, si procede, clasificar o relacionar las definiciones emparentadas. Mediante dichas consideraciones críticas, se intenta llegar a una definición (o definiciones) precisa que conduzca al empleo generalizado del concepto. Este procedimiento constituye, esencialmente, una tentativa lexicográfica y, como tal (pero sólo como tal) no carece de valor. No resuelve el problema del concepto entendido como la necesidad de obtener conceptualizaciones que encajen en la experiencia empírica, dado que no emprende el estudio del terreno empírico en cuestión, sino que se dedica a examinar el uso de los términos. El elemento empírico o significativo sólo interviene en el estudio en la forma en que haya estado presente en la experiencia previa del investigador empeñado en el análisis crítico, o como aparece reflejado en las discusiones sobre los usos que se están estudiando. El hecho de que las consideraciones se aparten del elemento empírico, implica que el procedimiento corre el riesgo de transformarse en una mera elaboración formal de definiciones del tipo al que nos tiene acostumbrados la especulación "escolástica". Todo concepto científico ha de estar intimamente relacionado con el hecho empírico y adquirir su carácter por medio de la interacción.

He expuesto lo que antecede con el fin de mostrar lo inadecuado de los medios propuestos para resolver el problema del concepto en la psicología social. Renunciar a los conceptos y, en consecuencia, ignorar los problemas que plantean: restringir el área de la experiencia empírica a expensas de las formas quizá más importantes de ésta; tender a ignorar el factor empírico y a convertirlo en una empresa lexicográfica: ninguna de estas vías, supuestas soluciones, carece de graves defectos. No creo exagerado declarar que todas ellas pretenden resolver el problema simplemente a base de evitarlo. Puesto que éste plantea la necesidad de una eficaz interrelación entre el pensamiento y la observación empírica, ninguna solución puede surgir si sacrificamos uno de estos dos factores o su interrelación.

Hay que afrontar el problema, y ello exige investigar las dificultades concretas que plantea la aplicación de conceptos a la conducta humana. Es preciso analizar la relación existente entre el punto de vista conceptual y las observaciones empíricas para saber lo que ha de hacerse a fin de mejorar dicha relación. El resto de este artículo está consagrado a esta línea de pensamiento.

La imprecisión de un concepto equivale a la dificultad existente para observar con claridad aquello a lo que se presume que el concepto se refiere. De hecho, en esa dificultad (es decir, la de saber lo que hay que observar, poder observarlo y saber cómo hacerlo) reside el principal obstáculo para poner al concepto en contacto con la experiencia empírica. Por consiguiente, es necesario considerar la naturaleza de la observación en cuanto expresión de la conducta humana, dado que dicha observa-

* Los esfuerzos realizados por el Comité de Integración Conceptual de la Sociedad Americana de Sociología constituyen un ejemplo de este enfoque.

ción entraña peculiaridades y dificultades susceptibles de arrojar mucha luz sobre las imperfecciones de los conceptos en la psicología social. En el siguiente comentario se analizará el acto de la observación y se intentará señalar algunas de esas peculiaridades y dificultades.

Al observar la conducta humana, uno de los elementos que el observador puede detectar y reconocer con más facilidad, es lo que pudiéramos llamar la acción física: mover un brazo, apretar una mano, correr, cortar con un cuchillo, acarrear un objeto. Este tipo de actividades se perciben directamente y se reconocen sin dificultad: las denominaciones e informes descriptivos acerca de las mismas pueden verificarse al punto. Efectivamente, en el último análisis, y a pesar de que representan la aplicación de una serie de denominadores culturales, pueden encuadrarse en un marco espacio-temporal o encajarse en lo que George Herbert Mead ha denominado "el campo táctil-visual". En estos casos, las personas poseen una experiencia común que, como tal, es verificable. Las observaciones de esta clase de conducta se recogen también en la literatura de la ciencia social como, por ejemplo, en los informes de los antropólogos sobre la actividad tecnológica. Al ser viable su validación efectiva, no se convierten en motivo de polémica. A decir verdad, satisfacen de un modo tan perfecto la necesidad de disponer de datos verificables, que es muy fácil simpatizar con el deseo conductista de limitar las observaciones a las de esta clase. Si toda la conducta humana pudiese describirse por medio de este tipo de observación y si nuestros conceptos hiciesen acusada referencia a tales descripciones, apenas habría dificultad para conseguir conceptos precisos en la psicología social.

Sin embargo, la observación del comportamiento humano revela otro tipo de hechos que poseen una naturaleza totalmente distinta, como sucede cuando observamos que una persona actúa de un modo agresivo o beligerante, o se comporta con respeto, con odio, celos o amabilidad. Esta clase de actividad no puede clasificarse como acto físico, ni traducidos en un marco espacio-temporal sin perder el carácter que sugieren los adjetivos y sustantivos empleados. Este tipo de acto es auténticamente social; y gran parte de las observaciones que se hacen de la conducta humana, consisten en actos de esta índole. La observación que detecta esta clase de acto es distinta de la que revela el acto físico y, por cierto, posee una naturaleza bastante compleja. Su complejidad reside en que se da en forma de juicio basado en la percepción de las relaciones sociales de la situación en la cual se produce la conducta, y al aplicar cierta norma social presente en la experiencia del observador. Por ejemplo, éste observa que un acto es respetable al percibir la relación social planteada por la situación entre el agente y los otros, y al enfocar el acto desde el punto de vista de los derechos, obligaciones y expectativas que se dan en dicha situación. O bien podemos estimar que el acto es respetable al advertir gestos que, en nuestra experiencia personal, nos resultan familiares como signos de conducta respetable. Por lo general al observar el acto lo hacemos captando la situación y detectando signos que nos son familiares; normalmente ambas cosas van juntas, aunque no tiene por qué ser así necesariamente.

Puede aducirse que la designación de un acto como respetable, odioso, agresivo, etc., constituye de hecho, una deducción y, como tal, no forma realmente parte de la observación. Creo que es indudable que se trata de una deducción, pero estimo que, en muchos casos se fusiona inmediatamente con la observación propiamente dicha. Esto se cumple en todos los actos de observación; incluso la observación o designación de un acto físico se hace en forma de juicio o deducción. La única duda es si la

deducción podrá superar una prueba. Como antes he señalado, la observación de un acto físico puede validarse de este modo, puesto que es posible encuadrarlo en un marco de espacio-tiempo. Por la misma razón, la observación de un acto social del tipo indicado se mantendrá incólume si todos los observadores han captado del mismo modo la situación en la que se produce la conducta y, en virtud de una experiencia común, otorgan idéntico significado a ciertos signos de esa conducta. Cuando la situación es perfectamente clara y los signos o gestos evidentes, la deducción se fusiona con la observación inmediata. Si, por el contrario, la situación no es clara y no existen signos inequívocos, el acto de discernimiento es más incierto: en este caso, solemos desgajarlo del acto tal como lo hemos observado, y cobrar conciencia de cierto carácter o rasgo deductivo que conferimos al acto observado. Por consiguiente, me veo obligado a repetir que no es importante que el carácter observado en un acto le sea adscrito por medio de un proceso de deducción o inferencia; lo único que importa es si ésta puede, o no, ser validada. En el caso de un acto físico, la validación puede hacerse, si es preciso, aplicándole un marco de espacio-tiempo que imponga a los observadores una experiencia común. En el caso de un acto social, la validación sólo podría obtenerse mediante un tipo muy distinto de experiencia común, cuyo fundamento consistiría en la captación de las relaciones sociales presentes en una determinada situación y en el reconocimiento de signos de una experiencia humana común.

En este marco distinto, por medio del cual se realiza la observación del comportamiento social, reside la causa de la dificultad que experimentamos para ponernos de acuerdo en gran parte de nuestras observaciones y para someter nuestros conceptos a una prueba empírica eficaz. Una parte considerable de la conducta social puede ser observada con precisión debido a que los observadores pueden captar fácilmente las relaciones sociales en las que dicha conducta encaja, o descubrir sin dificultad signos fiables presentes en la conducta. En tales circunstancias es posible ponerse de acuerdo respecto a la observación; sin embargo, en una gran parte de la conducta humana, los observadores no consiguen alcanzar juicios fiables ni un criterio común; la situación social a captar es a veces extremadamente compleja y los elementos correspondientes pueden ser muy confusos. También puede ocurrir que la actividad observada no contenga signos que permitan una inequívoca determinación del acto. Esto se comprenderá fácilmente considerando algunos de los tipos de observación que se hacen, o han de hacerse, en psicología social.

Como muestran los ejemplos anteriores, la observación de la conducta humana implica necesariamente un juicio valorativo. Esto es particularmente cierto en el caso de los actos sociales que tienen lugar en el campo de la asociación interpersonal. Dichos actos pueden observarse en función de las relaciones de unas personas con otras, o, como solemos decir, de sus actitudes con respecto a éstas. Así, decimos que un niño habla con descortesía, que un marido está malhumorado o que una persona trata con desdén a un socio, etc. Descartar tales observaciones alegando que implican una evaluación, no sólo supondría ignorar lo que nos ofrece la experiencia empírica, sino también arruinar las posibilidades de la psicología social.* Ahora

* Porque se suprimiría prácticamente todo el campo de las actitudes, puesto que, tal como la entiende la psicología social contemporánea, la actitud está considerada como una inclinación positiva o negativa, que necesariamente requiere una evaluación para poder ser designada en un caso específico. Es curiosamente paradójico que muchos de los que abogan energicamente por la supresión de la evaluación en la psicología social, trabajen en gran medida con datos obtenidos por evaluación.

bien, como hemos dicho antes, los observadores suelen formular los mismos juicios valorativos y, por lo tanto, suelen estar de acuerdo en la observación realizada. Pero en otras muchas ocasiones, como en el caso de las desavenencias familiares es difícil realizar observaciones fiables a causa de la incapacidad para emitir juicios valorativos; y entonces nuestras observaciones se hacen más simples o se vuelven confusas y ambiguas.

Otro tipo de observación en el campo de psicología social, muy difícil de realizar pero aparentemente inevitable, es la que exige del observador la emisión de un juicio sobre el carácter intencional del acto. Nos vemos así impulsados a deducir características tales como el significado del acto, los deseos, actitudes, tendencias, impulsos, pensamientos, sentimientos, y disposiciones de carácter. Este tipo de observaciones están presentes en la experiencia empírica cotidiana; todo el mundo las hace; de no ser así no podríamos seguir adelante. Teóricamente podría prescindirse de este tipo de observación, pero la cuestión es la siguiente: si lo hiciésemos ¿podríamos obtener descripciones de la conducta humana que fuesen verdaderas conforme al carácter de la experiencia empírica, significativa con respecto a la misma, y que ofreciesen alguna posibilidad de encarar los problemas planteados por dicha experiencia?

Para seguir adelante, hemos de señalar que gran parte de la observación de la conducta humana ni siquiera entra en el campo de la percepción visual. Así, podemos utilizar como datos iniciales de dicha conducta elementos tales como la carta escrita por una persona o los elementos que un individuo ha puntuado en un cuestionario; o bien podemos observar que una persona a la que hemos enviado un telegrama no ha contestado al mismo. Creo que cualquiera que reflexione sobre el tema advertirá que una enorme cantidad de observaciones sobre la conducta humana corresponden a actos que no hemos percibido visualmente, sino que tenemos que imaginar. Aunque es posible llegar a una verificación o un acuerdo general en numerosas observaciones de este tipo, también es cierto que otras muchas son inciertas y presentan un amplio margen de error.

Los breves comentarios que hemos hecho sobre el tema de la observación de la conducta humana, debería bastar para poner de manifiesto que las observaciones que han de constituir los datos iniciales de la psicología social, son a menudo muy difíciles de hacer, requieren juicios complicados y deducciones que pueden no ser fiables. Las proposiciones basadas en datos tan poco concluyentes, son poco sólidas y de difícil validación. O, por decirlo en términos conceptuales de la psicología social, podemos afirmar que sus conceptos son vagos e imprecisos porque las observaciones que hacemos según ellos son frágiles e inciertas; que tales observaciones poseen ese carácter debido a la imposibilidad de hacer juicios y deducciones fiables, y, finalmente, que esos juicios y deducciones poco fiables son actualmente intrínsecos a muchos de los otros tipos de observación que hemos que hacer y utilizar.

Así planteado, el problema del concepto abstracto puede que parezca desalentador pero, conociendo al menos en qué consiste la dificultad, no hay por qué adoptar la táctica del avestruz ni esperar que el problema se esfume como por ensalmo. Evidentemente, sea cual fuere la solución ha de estar relacionada forzosamente con la consecución de una observación fiable. Pero ¿cómo hacer para obtenerla? A mi juicio, no podemos esperar una respuesta de ningún esquema que ignore las exigencias de observación que impone el carácter de la vida social. Si limitamos nuestra observación a los actos físicos, lograremos reunir datos sólidos, pero tendríamos que

preguntarnos: "¿datos para qué?". Al parecer, no para los problemas que surgen *de*, y están enraizados *en*, un tipo muy distinto de observación: la del acto social. Por otra parte, limitar nuestra observación a los tipos de acción social más simples y fáciles de detectar, podría proporcionarnos informes fiables y verificables, pero a expensas de los problemas que plantean los conceptos abstractos que empleamos en la psicología social. Téngase presente que dichos problemas no han surgido de la observación de los actos más simples, sino de otros tipos de observación más complicados y difíciles. En mi opinión, la solución del problema no consiste en modificar el carácter de la observación, en reducir drásticamente el área de ésta ni en rebajar su nivel, sino en mejorar la clase de observación que es necesario hacer para encarar los problemas que plantean nuestros conceptos abstractos.

Esta última afirmación no es una mera perogrullada; significa que hay una gran necesidad de enriquecer la experiencia, a fin de permitir a los observadores formular juicios más fiables sobre las observaciones que nos preocupan. No creo que exista ningún medio rápido y sencillo de llegar a emitir tales juicios; éstos han de ir formándose de un modo lento y tedioso, es decir, creando una rica e íntima familiaridad con el tipo de conducta en estudio y poniendo en juego toda la imaginación que los observadores puedan poseer. Es de prever que en el futuro, al igual que sospecho que ha sucedido en el pasado, el progreso en materia de juicios, observaciones y conceptos, exija un lento proceso de maduración. Mientras dure este proceso, el concepto seguirá siendo impreciso*, pero cada vez menos, a medida que la observación vaya asentándose en una experiencia más amplia y en nuevas perspectivas. Aunque vago, el concepto servirá, como hasta ahora, para dirigir la línea de observación y para orientar la formación de juicios inherentes a la misma. No puede ignorarse que existe el riesgo de que el concepto coaccione al juicio y determine lo que se ve, en cuyo caso no puede haber una interacción eficaz entre el concepto y la observación empírica; pero tendremos que correr ese riesgo, por fuerza tan considerable en la observación de la conducta humana, y protegernos considerando nuestros conceptos como hipotéticos y ampliando nuestra experiencia en el campo al que correspondan dichos conceptos.

* Dada la naturaleza de los problemas, observaciones y datos propios de la psicología social, sospecho que durante mucho tiempo las generalizaciones y proposiciones no serán susceptibles de la validación efectiva a la que estamos acostumbrados en las ciencias naturales. Por el contrario, habrán de ser enjuiciadas en razón de su racionalidad, verosimilitud e inspiración.

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LOS EFECTOS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION DE MASAS

Los efectos de los medios de comunicación de masas han sido estudiados por buen número de psicólogos y sociólogos. Los problemas abarcan desde los más pequeños, como comparar el poder de retención de los medios orales y visuales, hasta los más amplios, como determinar la influencia que los medios de comunicación ejercen sobre el comportamiento ante el voto. De igual modo, los planes de investigación van desde una amplia exploración hasta exhaustivos experimentos simulados. A pesar de la diversidad de los estudios realizados, existe una semejanza básica en el enfoque del problema. El investigador determina la influencia del medio que se propone estudiar, averigua qué personas están sometidas a dicha influencia y trata de descubrir los efectos derivados de la influencia en cuestión sobre un universo de personas determinado.

Nada parece más natural ni apropiado que enfocar el problema de esta manera; se concreta la influencia ejercida, las personas sobre las que se ejerce y las consecuencias de la misma. Esta "concreción" de los tres objetos de interés se hace habitualmente aplicando la lógica del "análisis de variables". Su finalidad consiste en hacer que los tres objetos sean lo más precisos e imparciales posible. Se aísla nitidamente la influencia del medio, como variable independiente, de forma que constituya un elemento discreto y cualitativamente independiente. A las personas sobre las que se ejerce la influencia, se les asigna una composición cualitativa fija, en función, por ejemplo, de la edad, sexo, nacionalidad, y status socioeconómico. A la conducta que se supone es consecuencia de la influencia del medio, se la considera como un hecho específico y cualitativamente homogéneo, o como una serie de hechos. El propósito

del estudio consiste en aislar una relación estable y definitiva entre los tres objetos, a fin de poder afirmar que determinada influencia del medio sobre un tipo específico de población, producirá tal o cual efecto específico. Para aumentar las probabilidades de lograr un hallazgo tan concluyente se procura conseguir una muestra exacta de la población, eliminar o estabilizar otras influencias que puedan actuar sobre las personas, utilizar grupos de control y configurar las variables dependientes e independientes en forma de unidades cuantitativas, estimándose que si el estudio cumple estas exigencias metodológicas, los cambios observados en la variable dependiente reflejarán el efecto producido por la independiente en las condiciones especificadas. A partir de esos hallazgos se elabora un conjunto de generalizaciones sobre la influencia de los medios de comunicación colectiva.

Este sencillo marco de investigación tan característico del estudio de los efectos de los medios de comunicación de masas, parece susceptible de crítica. Deseo exponer las razones que me inducen a sospechar que este método no refleja fielmente la influencia de los citados medios en el mundo real, que suscita el planteamiento de problemas ficticios, y que propicia una generalización falsa.

La exposición de tales presunciones debe comenzar con una descripción habitual de los medios de comunicación de masas y del mundo en que éstas ejercen su influencia. Hay tres sencillos aspectos que conviene apuntar y discutir: (1) la diversidad de las formas de presentación o "contenido" de los medios; (2) la variabilidad de la respuesta de los individuos debido a un proceso intermedio de definición; y (3) la conexión interdependiente de todas las formas de comunicación.

Lo que se expone a través de los medios de comunicación, es decir, su "contenido", varía enorme y continuamente. Esta variación se pone de manifiesto, no sólo al comparar los medios entre sí, sino también al examinar el contenido de cada uno de ellos. No me refiero únicamente a las distintas clases de material que se emplean en un medio determinado como, por ejemplo, las noticias de primera plana, los editoriales, la página financiera y la sección de deportes en un periódico, sino, sobre todo, al carácter diversificado de lo que día tras día se presenta en cada una de sus partes componentes. Evidentemente este carácter cambiante de las presentaciones es común a todos los medios de comunicación: películas, diarios y programas de radio y televisión. Los citados medios están engranados con un mundo cambiante; todos ellos tratan, por así decirlo, de ofrecer nuevos aspectos y, de hecho, están obligados a recurrir a nuevas formas de presentación. Los profesionales que manejan estos medios y son responsables de lo que se presenta al público, se ven obligados a ofrecer algo nuevo y distinto; satisfacer esa demanda forma parte de su trabajo. Estas observaciones triviales muestran claramente que lo que presentan los medios de comunicación es muy diverso y está sometido a constante modificación. Lo que sus "audiencias" ven, escuchan y leen es, en esencia, algo siempre cambiante.

De igual modo, se advierte una variación semejante en la sensibilidad o respuesta de las personas influidas por los medios de comunicación. Quienes investigan estos medios se han percatado ya de que no es posible calibrar sus efectos a partir del contenido "manifiesto" de lo que se ofrece a través de ellos; es preciso tener en cuenta el modo en que la gente se ha sensibilizado ante esa forma de presentación y está preparada para interpretarla. La sensibilidad y la respuesta difiere no sólo entre las personas que forman una determinada audiencia, sino también, lo que es aún más importante, entre esas mismas personas con el paso del tiempo. Los individuos

viven en un mundo de acontecimientos cambiantes que promueven nuevos objetos de preocupación, nuevas líneas de opinión y una nueva orientación de los sentimientos. A medida que surgen y desaparecen los temas, afloran o se desvanecen nuevos intereses, y conforme la sofisticación substituye a la ingenuidad, e incluso en muchos otros aspectos, la sensibilidad de la gente con respecto a las formas de presentación y su interpretación de las mismas van cambiando.

Por último, los distintos medios de comunicación son interdependientes. En muchos aspectos abarcan las mismas series de acontecimientos: los productores de cada uno de los medios están familiarizados con lo que presentan los restantes, y se guían por estos últimos para hacer sus evaluaciones: más aún, las personas tienen acceso a varios medios distintos, de suerte que en la experiencia se combinan diferentes presentaciones de una misma cosa. Por consiguiente, no puede considerarse que los medios operen en áreas independientes y claramente delimitadas sino, más bien, que confluyen en un amplio cauce común. Por ejemplo, gran parte de los temas que trata la prensa son abordados también por la radio y la televisión, y sale a colación asimismo, en la conversación y el lenguaje local. Lo que surge de interesante en los temas de conversación de las personas, puede expresarse o reflejarse en los medios de comunicación. Los principales canales y formas de comunicación están entrelazados en un vasto proceso comunicativo.

La variación en las formas de presentación y en las respuestas, y la interdependencia de los medios, desafían profundamente el esquema metodológico que, como hemos dicho antes, siguen casi todos aquellos que se dedican a investigar los efectos de los medios de comunicación. Hemos señalado asimismo que este esquema actual presupone lo siguiente: (1) el aislamiento de una variable independiente, consistente en la forma de comunicación en estudio; (2) la identificación del universo de personas y el tipo de conducta de éstas, sometidas a la influencia de dicha forma de comunicación; y (3) la determinación de la influencia resultante, o variable "dependiente". En este esquema, la variable independiente es, por fuerza, cualitativamente homogénea, constante y desigual; asimismo se considera y presupone que el universo de personas, su tipo de conducta y las condiciones circundantes poseen una constancia lógica.

Este esquema es cuestionable en razón de la naturaleza cambiante de las representaciones, la sensibilidad y la interconexión. Es muy dudoso que el tipo de comunicación elegido para su estudio pueda considerarse cualitativamente homogéneo, constante y dispar; así como que las personas que componen el universo en estudio, sean constantes en sus respuestas y sensibilidad. Aclararé este punto de vista.

La naturaleza variable y cambiante de lo que ofrecen los medios de comunicación favorecen el planteamiento de una variable independiente con auténticas características de homogeneidad y constancia. Más aún, el entrelazamiento y la naturaleza intervencional de las diversas formas de comunicación, anula su disparidad. En razón de estas condiciones el planteamiento de los problemas en el estudio de los efectos de los medios de comunicación, posee con frecuencia un carácter ficticio. A título de ejemplo me referiré al interés que actualmente existe por el estudio de los efectos de los medios de comunicación en el voto. Al emprenderlo, algunos investigadores se proponen seriamente tratar a los medios de comunicación, en forma colectiva, como una variable independiente, con objeto de poder afirmar que ejercen tales o cuales efectos sobre el voto. Esto es alto tan ridículo como pretender averiguar cuáles son los efectos de la conversación en el comportamiento ante el voto. Al

igual que el contenido de una conversación, las formas de presentación que ofrecen los medios de comunicación difieren enormemente, tanto el fondo como en la forma y, por añadidura, suelen evolucionar y cambiar para adaptarse a las nuevas condiciones que van afrontando. Por lo tanto, considerar que los medios de comunicación constituyen un factor único, homogéneo y constante, es ignorar su verdadero carácter. Evidentemente, plantea la misma dificultad seleccionar un medio determinado como variable independiente, como se ha hecho recientemente en estudios encaminados a determinar los efectos de la televisión en el voto. Una vez más, la naturaleza variable y cambiante de las formas de representación cuya influencia se intenta determinar, impide que el medio posea la homogeneidad y constancia que permitirían tratarlo como una variable. Lo mismo sucede con casi todas las influencias que se pretende estudiar. La presentación, las condiciones de respuesta y el planteamiento son distintos en cada caso.

Estas variaciones hacen dudar de la validez de la frecuente tendencia que se observa a atribuir una influencia determinada a los medios de comunicación en función de los hallazgos realizados en el estudio de algún caso en el que ejercen su supuesta influencia. Esto se advierte en la opinión actual de que los estudios realizados por Lazarsfeld y Berelson sobre los condados de Erie y Elmira demuestran que la influencia de los medios de comunicación es mínima y muy limitada. Habida cuenta del amplio abanico de formas de presentación posibles, la amplísima gama de sensibilidades de la gente y el cambiante desarrollo de los planteamientos políticos, tal opinión resulta realmente presuntuosa. No hay ningún fundamento para considerar ambos estudios como una muestra representativa del universo de las situaciones de voto.

La forma de abordar los problemas que aquí criticamos se aprecia todavía mejor en los esfuerzos por comparar los supuestos efectos que ejercen sobre el voto los distintos tipos de comunicación. Los autores de un reciente estudio, por ejemplo, aventuraban cierta comparación entre la presunta incidencia de los medios de comunicación y la supuesta influencia de los discursos en público. Otros investigadores se interesan por comparar los efectos de la radio con los de la televisión, o los de ésta con los de la prensa. El hecho de plantear problemas de este tipo pone de relieve que se ignora lo que sucede en el mundo real. En una campaña política, los diversos medios de comunicación participan en un proceso evolutivo, abordando en gran parte los mismos acontecimientos y respondiendo cada uno de ellos al contenido que ofrecen los demás. Lo que estos medios presentan es filtrado y analizado en el contexto de la experiencia de la gente siendo recogido y utilizado en gran parte en el ámbito de la comunicación local. Esta estructura entrelazada, interactuante y evolutiva del proceso de comunicación contrasta notablemente con el esquema según el cual cada forma o canal de comunicación ejerce una influencia concreta, susceptible de aislarse y medirse en algún paralelogramo de fuerzas.

La dificultad aumenta debido a que toda influencia ejercida por las formas de presentación de los medios de comunicación depende del modo en que la gente recoge y utiliza dichas formas. Los intereses del público; sus formas de receptividad, indiferencia u oposición; su grado de sofisticación o ingenuidad, y sus esquemas de definición establecidos determinan el modo en que la reciben inicialmente. Por regla general, antes que los efectos residuales de las formas de presentación se reflejen en la experiencia y la conducta, tiene lugar otra etapa intermedia. Esta fase adicional consiste en un proceso interpretativo por medio del cual el análisis y el juicio crítico

remodelan los contenidos, dándoles diferentes formas antes de ser asimilados e incorporados a la experiencia. Este proceso de interpretación del individuo está dirigido de manera acusada por las sugerencias, estímulos, indicios y definiciones obtenidos de otras personas, en especial de las que constituyen sus "grupos de referencia". Debe tenerse en cuenta el proceso colectivo de definición que, de diversos modos, configura la forma en que los individuos que componen la "audiencia" interpretan y responden a las formas de presentación ofrecidas por los medios de comunicación. Aunque este proceso colectivo de definición puede plasmarse, es un conjunto estable de puntos de vista, imágenes y posturas, siempre está sujeto a orientarse en meras direcciones en la medida en que la gente, colectivamente, afronta otras situaciones distintas, resuelve las nuevas crisis y problemas, y juzga necesario informarse de los acontecimientos que se van produciendo.

Los estudios que tratan de descubrir los efectos de los medios de comunicación, suele mostrar una acusada tendencia a pasar por alto el estado de sensibilidad de la "audiencia" y, en especial, el proceso de definición colectiva, tan importante para conformar y sustentar ese estado de sensibilidad. Por regla general, el investigador se siente inclinado a considerar la audiencia tal como es; es decir a clasificarla con arreglo a categorías convencionales de edad, sexo, religión, formación, clase social, etc., y a suponer que la respuesta de las personas que componen la audiencia ante los medios de comunicación, está vinculada de forma natural a dichas categorías. Incluso cuando el estado de sensibilidad se mide por medio de un cuestionario o una escala de actitudes, apenas se tiene en cuenta que el proceso de definición colectiva forma la sensibilidad y la mantiene constante. El hecho de no reconocer ni considerar la existencia de este proceso, conduce fácilmente a generalizaciones engañosas sobre los hallazgos derivados del estudio. El estado de sensibilidad de grupo concreto sometido a un hecho de experiencia crítico e insólito, puede variar de modo significativo sin que se produzca por ello ningún cambio en las categorías formales por las cuales se les distingue. Un conjunto de hallazgos derivados del estudio de un grupo realizado cuando éste se encontraba en el estado anterior de sensibilidad, no puede aplicarse de modo fiable al mismo grupo una vez que éste ha evolucionado a un tipo de sensibilidad distinta. Por ejemplo, es perfectamente concebible, aunque rara vez se admita, que los individuos de Elmira, que en el estudio realizado por Berelson apoyaron resueltamente al candidato republicano, podían haberle retirado su favor a causa de un acontecimiento o serie de acontecimientos que hicieran caer en desgracia al candidato o a su partido. Si la presentación de estos acontecimientos hubiese corrido a cargo de medios de comunicación como la prensa, la radio y la televisión se hubiese atribuido a dichos medios una influencia en la conducta ante el voto, muy distinta de la que se indica en el estudio de Berelson. No es una mera conjetura. Son realmente numerosos los ejemplos históricos de variaciones profundas en las preferencias políticas de la gente a consecuencia de una experiencia colectiva crítica. La posibilidad de que se produzcan tales variaciones, ya sea de forma súbita o progresiva, ha de tenerse en cuenta en aquellos estudios que pretenden adquirir un conocimiento generalizado de los efectos que producen los medios de comunicación. Los estudios actuales, sin embargo, rara vez cuentan con esta posibilidad. En realidad, suele ser excluida en gran medida por la forma de plantear el problema: no se puede esperar que la variable independiente depare un conjunto de efectos específicos, si el planteamiento en el que opera posee una capacidad de variación ilimitada.

Muchos lectores rechazarán la anterior exposición aduciendo que carece de valor. Alegarán que tal crítica sólo es aplicable a los estudios poco sólidos. Afirmarán que los estudios rigurosamente planeados sobre el modelo del experimento y llevados a cabo con el máximo cuidado, impiden caer en las generalizaciones arriesgadas y ficticias que hemos señalado. Sostendrán que un estudio minucioso y exhaustivo evitaría escoger variables demasiado amplias y heterogéneas, como un medio de comunicación determinado, permitiendo seleccionar, por el contrario, algo tan preciso y constante como, pongamos por caso, los principales discursos de la campaña de un candidato a la presidencia. Los presentaría a través de un medio fijo y definido, como el de las grabaciones. Se determinaría minuciosamente la composición de la audiencia en todos sus aspectos significativos, sin olvidar su "estado de sensibilidad", antes de escuchar las grabaciones. Se utilizarían grupos de control cuidadosamente adaptados entre sí. Se determinaría claramente de antemano el área precisa de conducta o estructura en la que se fuesen a observar los efectos. Los efectos de la respuesta a las grabaciones se rastrearían luego cuidadosamente en dicha área. Cualquier proposición resultante del estudio, estaría basada en elementos definidos con absoluta precisión: la forma de presentación, la estructura de la población, el área de respuesta, las respuestas formuladas y los grados de diferencia existentes entre las mismas y la conducta original.

Un estudio de este tipo evitaría, efectivamente, algunas de las fuentes de error y de generalizaciones engañosas que se han mencionado en la exposición precedente, pero tales ventajas se logran, por desgracia, sacrificando la posibilidad de contar con generalizaciones susceptibles de ser aplicadas con un significado concreto a las situaciones de la vida real. El estudio exhaustivo determina necesariamente una situación única, debido a la rigurosa limitación de los factores con los que se opera, y a la decidida eliminación de las condiciones halladas en el mundo real. Cualquier tipo de generalización que el estudio permita, será limitada a la composición específica de los factores incluidos en el experimento. Al tener la composición este carácter exclusivo, consecuencia inevitable del modo en que el estudio está planteado, el resultado no corresponde a las situaciones de la vida real.

Paradójicamente, cuanto más exhaustivo es un estudio y más fielmente se adapta al marco esquemático de una relación precisa entre las variables, menos generalizaciones permite hacer sobre el mundo verdadero que, aunque imperfecto, es real. Sospecho que esta paradoja se convierte en un auténtico dilema. Es de suponer que los investigadores continuarán esforzándose por aislar una relación genuina sobre la influencia de un determinado medio de comunicación y sus efectos. Al hacerlo, tratarán de reducir sus variables a elementos homogéneos, cualitativamente constantes y claramente dispares, puesto que sin esas características, los elementos en estudio no pueden constituir auténticas variables. Se esforzarán incluso por estabilizar el planteamiento de la relación que están intentado esbozar, porque sin dicha estabilización no podrán establecer una relación concluyente. Sin embargo, la adecuación del estudio a este tipo de cauces les obligará a estructurar un planteamiento que no halla correspondencia en el mundo real. Aplicar los resultados del estudio al mundo real, generalizándolos, es peligroso desde el punto de vista científico puesto que el planteamiento estructurado no corresponde a un tipo determinado de casos del mundo real. La mayoría de los investigadores contemporáneos ignoran o pasan por alto la diferencia que existe entre el planteamiento estructurado de su estudio y la estructura de las muestras de la vida real, sobre la que proyectan sus hallazgos e

interpretaciones. Otros investigadores más precavidos afrontan la cuestión de esta diferencia, advirtiéndole que, en el mundo real, los elementos elegidos carecen del carácter esencial de variables, y que están incluidos en planteamientos inestables y cambiantes.

El dilema que estas líneas señalan no es inherente al estudio y análisis del mundo de los medios de comunicación colectiva sino, según me temo, del esquema que se utiliza para llevarlos a cabo. Como antes he indicado, este esquema hace que el estudio resulte ajeno al carácter del mundo real que se pretende estudiar. Resumiré algunos de los puntos de variación más importantes. En primer lugar, la influencia de los medios de comunicación ha de ser enfocada necesariamente como un hecho discreto y cualitativamente constante, mientras que en la vida real está entretejida con otros factores de comunicación y sujeta a cambios de contenido. En segundo lugar, hay que tener presente que la audiencia o población afectada por la influencia de dichos medios posee una composición fija y constante, en tanto que en el mundo real tiene una composición variable. En tercer lugar, y esto es lo más importante, hay que considerar que el efecto de la influencia de los medios sobre la "audiencia" es directo y necesario en las condiciones especificadas, mientras que, en la experiencia real, dicha influencia es susceptible de una interpretación variable por parte de las personas antes de que se produzcan sus efectos. Y, por último, el esquema presupone lógicamente un mundo de factores ordenados en un conjunto de relaciones, mientras el mundo real de los medios de comunicación colectiva está sometido a una transformación dinámica de la experiencia, los factores y la relación.

Parece necesario plantear un esquema de análisis distinto, que respete las características principales del proceso de comunicación colectiva tal y como se desarrolla en el mundo de los acontecimientos reales. Dicho proceso no es una mera suma o combinación de simples líneas de influencia derivadas de hechos fijos y discretos que actúan sobre una audiencia neutral e invariable y conducen forzosamente a cambios específicos. Como se ha dicho anteriormente en este artículo, las características de este proceso parecen consistir por el contrario, en el carácter cambiante y variable de las formas de presentación que ofrecen los medios de comunicación, así como de la sensibilidad de las personas por ellos afectadas; el proceso de interpretación que media entre la presentación y sus efectos; la relación de interdependencia que existe entre las diversas formas de comunicación, y la inclusión de los medios, las formas de presentación y las personas, en un mundo de acontecimientos cambiantes que imponen un carácter evolutivo a todos estos elementos. El estudio de este mundo implica lo siguiente: (1) los elementos sometidos a estudio y análisis no deben ser tratados como hechos discretos, sino considerados en su posición entretejida; no se trata de aislar claramente el elemento, sino de manipularlo junto con sus vínculos; (2) no se deben interpretar los elementos como si fuesen cualitativamente constantes, sino admitiendo que están sujetos a un proceso de formación; (3) es preciso tener en cuenta que la "audiencia", o conjunto de personas, no sólo responden a estímulos, sino que forjan definiciones en razón de su experiencia; y (4) debe considerarse que la red de relaciones está sometida a un proceso de desarrollo y que en consecuencia, se desplaza siguiendo nuevos senderos y direcciones.

No es fácil concebir un modelo de investigación satisfactorio que se adapte a estas características. El plan requiere una perspectiva, un modo de plantear los problemas, un tipo de muestras y una forma de seleccionar datos distintos de los del procedimiento actualmente en uso. Cabe la esperanza de que, en el futuro, sea

posible confeccionar un modelo apropiado. Quisiera simplemente enumerar y comentar algunas de las principales consideraciones que deberían presidir esta tarea.

(1) Todo estudio de los efectos de la influencia de los medios de comunicación, debiera procurar reflejar fielmente el mundo empírico en el que aquélla se ejerce. En lugar de aferrarse al procedimiento convencional, debería concederse una importancia primordial a este nuevo planteamiento.

(2) Habría que tratar de determinar el estado de sensibilidad de la población con respecto a los medios de comunicación. Ello implicaría captar las tendencias de las personas a través de sus experiencias en desarrollo. Las raíces de su sensibilidad remiten a un conjunto de experiencias previas que han conferido una estructura determinada a sus intereses, opiniones y sentimientos. Dicha experiencia previa ha sufrido un proceso de interacción e interpretación por parte de los individuos, a medida que éstos han ido orientándose en su mundo cambiante. En el curso de esa experiencia individual. La introducción de esta dimensión temporal y contextual, parece decisiva como base para el estudio de los efectos de la influencia que ejercen respuesta de las personas de un modo significativo, es necesario considerar aquéllas basándose en su línea cambiante de desarrollo, y no en función del momento presente. Es preciso considerar la sensibilidad de la gente como un complejo formado colectivamente, y no como un conjunto de líneas aisladas e independientes de experiencia individual. La introducción de esta dimensión temporal y contextual, parece decisiva como base para el estudio de los efectos de la influencia que ejercen los medios de comunicación colectiva. La vida en el seno de una sociedad constituye un complejo cambiante. Todo estudio veraz de la misma, ha de respetar ese carácter.

(3) La influencia de los medios de comunicación colectiva, habrá de estudiarse *en relación con cualesquiera otras influencias que puedan estar actuando en el área estudiada*. En un esfuerzo sincero por aislar la influencia de los medios de comunicación, sería erróneo no tener en cuenta otras influencias. La experiencia real de los individuos engloba la combinación de una serie de influencias que se ejercen sobre ellos; para comprender el modo en que actúa cualquiera de ellas, es necesario analizarlas *en el seno de dicha combinación*.

(4) Asimismo es preciso considerar el modo en que la influencia de los medios de comunicación intervienen en la experiencia de las persona, en lugar de recurrir inmediatamente a sus supuestos efectos. Lo que presentan los medios de comunicación es interpretado por aquellos sobre quienes influye. Antes de que se produzcan los efectos, se desarrolla un proceso de interpretación que comprende la influencia de las sugerencias y definiciones procedentes de muchas otras fuentes, en especial de las personas más allegadas, y que constituye una fase crucial intermedia. Dicho proceso selecciona las características de la forma de presentación, las configura en forma de objeto, determina el grado de significación que poseen, y orienta su plasmación en pensamientos, acción y sentimientos. Este proceso de definiciones en interacción ha de ser rastreado en el contexto, más amplio, del complejo cambiante de grupo en desarrollo.

(5) De acuerdo con las consideraciones precedentes, es preciso determinar en toda su amplitud los efectos de la influencia específica de los medios de comunicación. Perfilar una sola línea de efectos, aunque sea ésta la intención declarada del estudio, puede debilitar seriamente el análisis de los hallazgos. Por ejemplo, en un estudio acerca de los efectos que las formas de presentación de la televisión producen sobre las intenciones de voto, sería muy corriente incluir una investigación sobre

cómo influyen en la población otros temas relacionados con dichas formas de presentación. Así, por ejemplo, los hallazgos acerca del modo en que las formas de presentación configuran puntos de vista sobre los partidos políticos al margen de sus candidatos, las definiciones de los temas en contra de los partidos y los candidatos, las convicciones sobre los políticos y las ideas sobre la vida política, proporcionarán una perspectiva más correcta sobre las intenciones de voto y ofrecerán unos datos más acordes con el contexto de la vida de grupo en cuestión.

El estudio de los efectos de la influencia de los medios de comunicación con respecto a los contextos de tiempo y espacio, la participación conjunta de dichas influencias en la experiencia de las personas, el cambiante proceso de interpretación colectiva a que se le somete y el orden de orientación más amplio, resultante de las mismas, plantea nuevas cuestiones de muestreo, selección de datos y líneas de análisis. Confiamos en que estos temas recaben la atención de los investigadores de este campo.

Es evidente que, para adaptarse a estas cinco características, se necesita un nuevo tipo de enfoque, una forma diferente de plantear los problemas, un nuevo enfoque de muestreo, una selección de datos diferente y una forma distinta de relacionarlos. Este enfoque requiere una dimensión histórica, a fin de descubrir el cauce a lo largo del cual las personas se preparan o sensibilizan para responder a la influencia de los medios de comunicación. Requiere asimismo una mayor dimensión espacial para poder captar el modo en que los individuos se están definiendo recíprocamente el contenido de la influencia en estudio. Exige también analizar dicha influencia, no de un modo aislado, sino en relación con otras fuentes de comunicación que desafían, se oponen, se fusionan con ellas o refuerzan sus efectos. Este esquema de muestreo debe presentar a la "población" como una organización en desarrollo, y no como una serie de individuos diferenciados. Los datos deben seleccionarse de forma que reproduzcan un proceso cambiante, y no con objeto de aislar relaciones simples y dispares.

Esperemos que los investigadores de esta especialidad se sientan atraídos por estos cambios en el esquema de estudio, tan radicales como necesarios, para ser fieles al mundo empírico.

LA OPINION PUBLICA Y SU SONDEO*

En este artículo se exponen algunas observaciones sobre la opinión pública y el sondeo de la misma, tal como se lleva a cabo actualmente. Espero que dichas observaciones susciten la discusión que creo constituye el objeto de esta asamblea. Las referidas observaciones no se amoldan a lo que parece constituir la principal preocupación de los investigadores dedicados al estudio del sondeo de la opinión pública, es decir, el perfeccionamiento interno de su técnica, sino que están concebidas con objeto de suscitar la cuestión de si el sondeo de la opinión pública se ocupa realmente de la misma.

Las primeras observaciones que deseo formular revisten la fórmula de un preámbulo. Proceden de un mero examen lógico del sondeo de la opinión como supuesta forma de investigación científica. Lo que pretendo señalar es la ineptitud de ese sondeo para aislar la "opinión pública" como concepto genérico o abstracto susceptible de convertirse en el punto focal para la elaboración de un sistema de proposiciones. Ni que decir tiene que, en una empresa científica encaminada a estudiar una determinada clase de elementos empíricos y desarrollar una serie de generalizaciones al respecto, es preciso concretar primero esa clase de elementos. Tal determinación permite diferenciar los casos comprendidos en esa clase y los que no lo están. De este modo, se puede precisar el carácter genérico del objeto en estudio. Una vez perfilado éste, es posible concentrar el análisis en el mismo e ir conociendo progresivamente más datos sobre él. Así se prepara el terreno para acumular generalizaciones y proposiciones relativas al objeto genérico de la investigación.

* Artículo leído ante la asamblea anual de la Sociedad Americana de Sociología celebrada en la ciudad de Nueva York, del 28 al 30 de diciembre de 1947.

Herbert Blumer: "Public Opinion and Public Opinion Polling" Vol. XIII (1948), reimpreso con autorización de The American Sociological Association y de The American Sociological Review.

A mi modo de ver, en el estudio actual de la opinión pública mediante el sondeo de la misma se pasa por alto la simple afirmación lógica que acabo de formular, como puede comprobarse mediante tres observaciones. En primer lugar, no parece estar haciéndose ningún esfuerzo por determinar o aislar la opinión pública como objeto; no recabamos ningún criterio que la caracterice o distinga y, por consiguiente, no podemos afirmar que tal o cual caso empírico está incluido en esa clase de opinión pública y que otros no lo están. En segundo lugar no se realiza, que yo sepa, ningún estudio específico con objeto de verificar proposiciones generales sobre la opinión pública, lo que hace sospechar que los investigadores no están analizando un objeto genérico. La sospecha es acentuada por la tercera observación: la notable escasez, si no la total ausencia, de generalizaciones, a pesar de la ingente cantidad de estudios exploratorios de la opinión pública que se han realizado. A mi entender, la conclusión lógica es que los procedimientos actuales para el sondeo de la opinión, no han permitido aislar ésta como objeto genérico de estudio.

Puede argumentarse que el aislamiento de un objeto genérico, sobre todo en el campo de la conducta humana, constituye un fin y no un punto de partida, y que, en consecuencia, la actual incapacidad para determinar la opinión pública como objeto genérico no perjudica los sondeos que se llevan a cabo. Creo que hay que admitir este argumento; sin embargo, me sorprende la aparente falta de esfuerzo o de interés sincero por parte de los investigadores en lo que respecta a tratar de determinar el objeto que supuestamente quieren estudiar, registrar y medir. Creo que es lícito afirmar que quienes intentan sondear la opinión pública, están tan enfrascados en su técnica y tan preocupados por mejorarla, que dan de lado la labor primordial de averiguar si dicha técnica es o no adecuada para estudiar lo que manifiestamente pretenden conocer. Su trabajo se reduce, en gran medida, a la mera aplicación de esa técnica. No se preocupan por analizar independientemente la naturaleza de la opinión pública a fin de juzgar si la aplicación de la técnica empleada concuerda con dicha naturaleza.

Considero, oportuno decir aquí unas palabras sobre quienes conscientemente eluden toda consideración del problema. Me refiero a la rígida postura operacionalista que sostiene que la opinión pública es aquella que registran los sondeos de la misma. Es curioso observar que, en este caso, se considera a los hallazgos resultantes de la ejecución de una operación o del uso de un instrumento, como el objeto en estudio propiamente dicho, en lugar de considerarlos como una contribución al conocimiento del mismo. La operación deja de constituir un procedimiento orientado hacia el objeto de la investigación, para pasar a determinar de un modo intrínseco su propio objetivo. No me detendré a considerar aquí las profundas dificultades de orden lógico y psicológico que entraña el intento de obtener un conocimiento sistemático por medio de un procedimiento que no representa una forma de exploración directa. Lo único que pretendo señalar es lo que los resultados de un operacionalismo de miras estrechas, como el aquí expuesto, ni siquiera rozan la cuestión del significado que encierran. Al carecer de un punto conceptual de referencia, los resultados no pasan de ser meros hallazgos dispares. Es lógicamente posible, desde luego, utilizarlos para desarrollar una conceptualización; sin embargo, no alcanzo a ver que los partidarios de esa frágil postura operacionalista en el uso de los sondeos de opinión, hayan hecho nada en ese sentido. Lo que es lógicamente inadmisibles es que se sostenga, consciente, o inconscientemente, que sus investigaciones constituyen un estudio de la opinión pública en el sentido que se le concede a este término

en el lenguaje ordinario. Habiendo renunciado, por estimarlo innecesario, a la tarea de caracterizar el objeto de investigación, a fin de comprobar si ésta se amolda o no a dicho objeto, es gratuito e injustificado suponer que esa misma investigación sea un estudio del objeto que rehúsan caracterizar. Esta pretensión de comerse el pastel sin perderlo, no precisa más comentario.

La anterior serie de observaciones ha sido formulada con la exclusiva finalidad de subrayar el hecho de que los investigadores de la opinión pública no tienen en cuenta la cuestión relativa al objeto genérico. Este es al parecer el motivo de que no quieran afrontar la naturaleza funcional de la opinión pública en nuestra sociedad ni la cuestión de si su técnica concuerda o no con dicha naturaleza. En este artículo pretendo valorar la utilidad de los sondeos como medio de estudiar la opinión pública. Lo haré basándome en lo que sabemos acerca de la misma en nuestra sociedad.

En realidad, no sabemos mucho; pero algo conocemos. Las observaciones empíricas nos han enseñado lo suficiente como para emitir juicios razonablemente fidedignos sobre su naturaleza y modo de funcionamiento. Además, podemos hacer deducciones bastante fiables basándose en la estructura y el funcionamiento de nuestra sociedad y en el comportamiento colectivo en el seno de la misma. Este conocimiento combinado, derivado, en parte, de la observación empírica directa y, en parte, de deducciones razonables, puede servir para enjuiciar adecuadamente el valor de los sondeos actuales como instrumento para el estudio de la opinión pública.

En realidad, los aspectos que deseo mencionar acerca de la opinión pública y de su planteamiento son tan evidentes, y triviales, que casi me sonrojo al someterlas a la atención de este auditorio, pero si no lo hiciera, no sería tan obvio considerar que quienes se dedican a investigar los sondeos de opinión actualmente en uso ignoran muchos aspectos voluntaria o involuntariamente, en la totalidad de sus procedimientos de investigación. Enumeraré los aspectos que deseo resaltar.

(1) Es forzoso reconocer que la opinión pública tiene su base en una sociedad y constituye una función de la misma. Esto significa, evidentemente, que toma su forma del marco social en que se mueve y del proceso social que se desarrolla en dicho marco; asimismo quiere decir que su función está determinada por el papel que desempeña en la acción social. Para poder estudiar la opinión pública de un modo realista, su descripción tiene que reflejar fielmente su carácter empírico. No deseo ser redundante, pero considero necesario decir que el carácter empírico de la opinión pública está representado por la composición y funcionamiento de ésta como parte de una sociedad en desarrollo.

(2) Como cualquier sociólogo debería saber y como todo profano inteligente sabe, toda sociedad posee una organización. No es una mera acumulación de individuos aislados e inconexos. Toda sociedad humana se compone de diversos tipos de grupos funcionales. En la sociedad norteamericana, podemos citar como ejemplos de grupos funcionales las sociedades anónimas, asociaciones comerciales, sindicatos, grupos étnicos y organizaciones de granjeros. En un sentido más amplio, toda nuestra vida colectiva está compuesta por las acciones y actos de tales grupos, los cuales se orientan en distintas direcciones, de acuerdo con intereses especiales. Estos grupos difieren en cuanto a la posición estratégica que ocupan en la sociedad y en cuanto a sus oportunidades para actuar y, en consecuencia, en cuanto a prestigio y poder. Dado que son grupos funcionales, es decir, formados por personas que

actúan individualmente en un contexto colectivo o unitario, han de poseer necesariamente una organización; necesitan líderes, personas que fijen las normas, individuos que actúen como portavoces del grupo, y otros que tomen iniciativas en representación de todos.

(3) A la hora de actuar, estos grupos funcionales lo hacen a través de los cauces asequibles en la sociedad. Si el destino de los actos que planean realizar depende de las decisiones de individuos o grupos situados en puntos estratégicos de esos cauces de acción, la influencia y la presión se ejercerán, directa o indirectamente, sobre los grupos o individuos que toman las decisiones. Presumo que este aspecto realista de la actividad de la sociedad americana, requiere una breve aclaración. Si una determinada acción que representa los intereses de un grupo funcional como, por ejemplo, una organización de campesinos, para poder llevarse a cabo, de las decisiones del Congreso, de una oficina estable o de un conjunto de funcionarios, se intentará influir en el Congreso, en la oficina o en los funcionarios, en apoyo de dicha acción. Puesto que en toda sociedad cuenta, en cierta medida (y la sociedad norteamericana en mayor grado), con individuos, comités, juntas administrativas, legisladores, funcionarios y ejecutivos encargados de tomar decisiones que afectan al resultado de las acciones de los grupos funcionales, esas personas clave se convierten en el objeto de una influencia o presión directa o indirecta.

(4) Los individuos clave que tienen que tomar las decisiones cruciales se enfrentan, casi inevitablemente, a la necesidad de *valorar* las diversas influencias, reclamaciones, demandas, y urgencias y presiones que recaen sobre ellos. Desde el momento en que responden y son responsables de ellas, se ven obligados a hacer dicha valoración en el proceso que conduce a la toma de sus decisiones. Deseo hacer aquí una observación trivial y es que, al valorar todas esas cosas, los individuos clave tienen en cuenta todo aquello que estiman merece ser tomado en consideración.

(5) Los puntos comentados hasta ahora, ofrecen una descripción tosca, pero esencialmente realista, de algunas de las formas más importantes en que opera la sociedad. El quinto aspecto que quiero señalar es que la opinión pública se forma y expresa en gran medida, a través de estos modos de operación societal. Conviene concretar un poco esta afirmación. La formación de la opinión pública se produce como una función de la sociedad en actividad. Me expreso en esos términos con objeto de subrayar que su formación no es fruto de la interacción de individuos aislados que intervienen en igual medida en el proceso, sino que, refleja la composición y organización funcional de la sociedad. La formación de la opinión es, en gran medida, producto de la interacción de los grupos. Esta última observación no encierra ningún significado esotérico. Me refiero sencillamente al hecho frecuente de que los jefes o cabezas visibles de un grupo funcional adoptan cierta postura en nombre de un grupo a fin de lograr un objetivo y expresen explícita o implícitamente dicha postura en representación de aquél. Gran parte de la interacción por medio de la cual se forma la opinión pública, es producto de choque entre los puntos de vista y posturas en el seno de estos grupos. El punto de vista de un grupo no implica, de ningún modo, que esté respaldado de igual manera e idéntica medida por todos sus miembros. Muchos de ellos pueden adherirse a ese criterio sin comprenderlo, otros pueden ser indiferentes al mismo, otros pueden compartirlo parcialmente, y algunos pueden, no sólo estar en desacuerdo, con él, sino incluso revelarse contra los representantes de la colectividad que lo han expresado. No obstante, en el ámbito de una discusión como ya se ha dicho, el citado punto de vista puede ser introducido en el

ámbito de la discusión como reflejo de la opinión del grupo y ser contestado como tal. Por decirlo de otro modo, basta señalar que, en las más destacadas expresiones de un punto de vista sobre un tema determinado, los individuos casi siempre hablan, explícita o implícitamente, como representantes de grupo. Repito que, en un sentido realista, la diversificada interacción que da origen a la opinión pública se produce, en gran medida, entre grupos funcionales y no entre meros individuos aislados.

Creo que está muy claro, asimismo, que en el proceso de formación de la opinión pública, no todos los individuos tienen la misma influencia, ni tampoco todos los grupos iguales en cuanto a número de miembros. Esto es algo tan evidente que no requiere explicación. Baste señalar que en la formación de la opinión pública intervienen las diferencias de prestigio, posición e influencia que caracterizan a los grupos y a los individuos en las organizaciones funcionales de toda sociedad.

La imagen de la opinión pública a partir de la interacción de una serie de grupos e individuos, con niveles de influencia significativamente distintos es igualmente válida en lo que se refiere a la expresión de dicha opinión. Por expresión de la opinión pública entiendo la incidencia de ésta sobre quienes tienen que actuar en respuesta a la misma. Dicha expresión no se da en forma de una relación o serie de puntos de vista de individuos aislados en un foro abierto puesto que, como ya se ha dicho, incluso cuando los puntos de vista se expresan en foro abierto vienen a ser, de un modo u otro, la expresión de la opinión de un grupo. Pero aparte de este tipo de expresión, la opinión pública se manifiesta en forma de influencia ejercida directamente sobre quienes han de actuar en respuesta a dicha opinión. A través de ciertos medios, como cartas, telegramas, peticiones, resoluciones, reuniones de pasillo, delegaciones y entrevistas personales, los grupos e individuos interesados trasladan sus posturas y puntos de vista a las personas clave que tienen que tomar las decisiones. No me interesa dilucidar si tales formas de expresar la opinión pública debieran existir o no, sino simplemente subrayar que toda consideración realista de la opinión pública ha de admitir su existencia.

(6) La última característica que deseo señalar es que, considerada *de un modo realista*, la opinión pública consiste en un modelo de los diversos criterios y postura sobre aquello que *afecta a los individuos que tiene que actuar en respuesta a la misma*. Toda opinión que se redujese a una mera exposición que fuese definitiva en su propia expresión o que nunca llegase a influir en quienes hubiesen de actuar en función de la misma, sería importante y carente de significado en lo que respecta a afectar el funcionamiento de la sociedad. El hecho de que la opinión pública sea *efectiva* en la acción societal, se debe exclusivamente a que influye en el ámbito de quienes como legisladores, ejecutivos, administradores y forjadores de normas, tienen que actuar en función de dicha opinión. A mi modo de ver esta declaración se explica por sí misma. Si se acepta, el carácter de la opinión pública considerada como motor de la acción ha de buscarse en la serie de puntos de vista y posturas que toman en consideración quienes deben actuar conforme a dicha opinión.

Conviene señalar que estos individuos han de evaluar la opinión pública tal y como se presenta ante ellos, puesto que indudablemente lo hace en forma de puntos de vista diversos y, generalmente, enfrentados. Al tener que reaccionar ante la opinión pública han de sopesar los distintos criterios. El modo en que se realiza esta evaluación no está nada claro, pero es posible hacer una generalización, aunque trivial, al respecto: el individuo toma en consideración los diferentes criterios única-

mente en función del valor que les atribuye, y éste depende bastante de cómo sopesa el individuo el respaldo que poseen los puntos de vista formulados y las consecuencias de dicho respaldo. En este sentido, insisto de nuevo en ello, es como la organización de la sociedad, con sus distintos grados de prestigio y poder, entra a formar parte del carácter de la opinión pública. Como hemos dicho antes, el individuo clave que debe actuar basándose en la opinión pública, tiene que afrontar diversas exposiciones, molestias, exigencias, críticas y sugerencias que le llegan a través de los distintos cauces de la estructura de la comunicación social. A menos que imaginemos una sociedad fantástica e irreal, hemos de admitir que todo siervo de la opinión pública se ve obligado a enjuiciar las expresiones de la misma que le llegan, y que al hacerlo sólo tiene en cuenta dichas expresiones por el valor que les atribuye.

Los seis aspectos enumerados, aunque banales, constituyen afirmaciones fidedignas sobre la opinión pública y su función en la sociedad, y pueden servir de base para el estudio de los sondeos. Debo señalar aquí que, en esta discusión, no abordo el problema de si las opiniones individuales que se recogen en las entrevistas de sondeo son razonablemente válidas, sino la cuestión del valor que poseen los hallazgos derivados de esos sondeos, incluso admitiendo que las opiniones individuales recogidas sean válidas, lo cual es dudoso.

A mi entender, el principal defecto de los sondeos, tal y como hoy se realizan, reside en el procedimiento de muestreo, el cual obliga a considerar la sociedad como una mera colección de individuos aislados. A su vez, la opinión pública es considerada como una distribución cuantitativa de opiniones individuales. Resulta evidente que ninguno de esos dos métodos es realista. El mejor modo de demostrarlo es hacer continuas referencias a las observaciones empíricas de sentido común que acabo de formular. Ignoremos por completo si los individuos incluidos en la muestra representan al sector de sociedad estructurada que está participando en la formación de la opinión pública sobre el tema en cuestión. Es muy probable que la muestra incluya a alguno e incluso a un amplio número de ellos pero, que yo sepa, los actuales sondeos de la opinión pública no permiten establecer este punto con ninguna precisión. El mero hecho de que el entrevistado formule o no una opinión no permite deducir si está participando en la formación de la opinión pública que está siendo elaborada funcionalmente en el seno de la sociedad. Y lo que es más importante; aún suponiendo que en la muestra figuren individuos que contribuyen a formar la opinión, no se nos facilita ningún dato sobre el papel que éstos desempeñan en el proceso. Ni las muestras ni las respuestas de quienes figuren incluidos en aquéllas, permiten determinar el nicho social que ocupa el individuo en esa área de la estructura social en la que está formando la opinión pública; los datos convencionales sobre la edad, sexo, ocupación, status económico o de clase, conocimientos, etc., no proporcionan dicha información. Estos datos rara vez revelan una posición funcional significativa en la formación de la opinión pública sobre el asunto en cuestión. Ni el tipo convencional de muestra ni las respuestas del entrevistado nos indican qué influencia ejerce éste (si es que ejerce alguna) en la formación o expresión de la opinión pública. Ignoramos si cuenta con seguidores. No sabemos si habla en nombre de un grupo o grupos; ni siquiera si pertenece a algún grupo funcional interesado en el tema. Si, por azar, expresa el criterio de alguno de ellos, desconocemos si dicho grupo está intentando expresar su punto de vista a través de los cauces sociales. Asimismo ignoramos si, como individuo, está traduciendo su opinión a lo que antes he denominado "opinión pública efectiva".

En suma, no sabemos casi nada del individuo que figura en la muestra, en cuanto a la significación que su personalidad o su criterio pueden tener en la opinión pública que se está elaborando o expresando funcionalmente en el contexto de la actividad social. No sabemos si el individuo es un arzobispo o un trabajador ambulante; si pertenece a un grupo poderoso que ha adaptado una enérgica postura en el tema objeto del sondeo o si es un solitario no perteneciente a ningún grupo funcional; si emite su opinión tratando de influir de alguna manera sobre puntos estratégicos del funcionamiento de la sociedad o si se trata de un sujeto aislado y socialmente impotente. No sabemos, pues qué papel desempeña ningún individuo de la muestra en la formación de la opinión pública sobre la que se interroga, ni tampoco qué influencia (si es que influye de alguna manera) ejerce el criterio que ha expresado en la opinión pública funcional existente en relación con ese tema.

Lo que se ha dicho respecto a los componentes individuales de los sondeos es igualmente válido con carácter colectivo para la totalidad de los hallazgos. Estos no ofrecen ninguna garantía de ser reflejo de la opinión pública sobre el tema en cuestión, puesto que ignoran el marco y la actividad funcional de la misma. Por si esto no hubiese quedado aún suficientemente claro con lo dicho hasta ahora, quisiera señalar la enorme dificultad que supone tratar de valorar los hallazgos de un sondeo en función de la organización de la sociedad con la que ha de enfrentarse un administrador, legislador, ejecutivo u otra persona por el estilo. Como antes dije, un individuo que es supuestamente responsable ante la opinión pública, debe enjuiciarse tal como se le presenta, basándose en la organización funcional de la sociedad ante la que es responsable. Ha de considerar esta última pensando en los grupos de influencia divergente; en las organizaciones con distintos grados de poder; en los individuos que cuentan con partidarios; en los indiferentes; ha de basarse, en otras palabras, en aquello y aquellos que cuentan para un papel en el mundo social. Este tipo de evaluación que exige toda sociedad organizada en funcionamiento, es punto menos que imposible de realizar basándose en los hallazgos de los sondeos de opinión. Somos incapaces de responder a preguntas como: cuánto poder o influencia poseen los que emiten una opinión favorable o desfavorable; quiénes son esas personas que expresan una opinión; a quién representan; hasta qué punto están organizadas; a qué grupos activos pertenecen y si es probable que éstos vayan a continuar en actividad; si quienes comparten una opinión están realmente interesados en la misma; si están dispuestos a hacer algo al respecto; si se proponen armar escándalo, actuar belicosamente o hacerse molestos; si están en condiciones de influir en los grupos e individuos poderosos *conocidos*; si la opinión manifestada representa una política estudiada de ciertas organizaciones significativas, y si éstas la mantendrán o recordarán y, en fin, si se trata de una opinión efímera o momentánea la gente olvidará en seguida. Estas preguntas relativas a la muestra revelan lo difícil que resulta valorar debidamente los datos de un sondeo de la opinión pública a partir de aquello que debe tenerse en cuenta al trabajar en una sociedad organizada. Dicha dificultad, a su vez, revela que los sondeos actuales no ofrecen una imagen precisa ni realista de la opinión pública, puesto que no logran captar las opiniones tal como están organizadas y como operan en una sociedad en funcionamiento.

Muchos considerarán lo que acabo de decir, alegando que los sondeos han *demostrado* que pueden detectar y detectar fielmente la opinión pública, según se desprende de sus notables aciertos al predecir los resultados de las elecciones. Es

preciso analizar cuidadosamente este punto, habida cuenta sobre todo, que en la mayoría de los círculos, los sondeos de opinión se consideran intrínsecamente válidos sea cual fuere el campo al que se apliquen, a causa de sus aciertos, bastante espectaculares, al predecir los resultados de las elecciones. A mi parecer, es preciso señalar que la emisión del voto es, a todas luces, una acción realizada por individuos aislados, en la que el voto emitido por un individuo tiene exactamente el mismo peso que el de otro individuo distinto. En este sentido específico, así como en el de la acción real, los votantes constituyen una población de individuos aislados en la que todos tienen el mismo peso. Así pues, el procedimiento de muestreo basado en una población compuesta de individuos aislados es muy apropiado para dar una idea fiable de lo que va a ocurrir en la votación. Por el contrario, la consideración de que el éxito de los sondeos de opinión en este área demuestra que los mismos son automáticamente válidos para otras áreas en las que los individuos no actúan como personas aisladas, dotados de la misma influencia, requiere un detenido examen. He de repetir que la formación y expresión de la opinión pública efectiva, no constituye la acción de una población de individuos aislados y revestidos de idéntica influencia, sino que es función de una sociedad estructurada y diferenciada constituida por una red de grupos y personas de diversos tipos de peso específico e influencia, que ocupan posiciones estratégicas diferentes. A mi entender, y según esto, el éxito de los sondeos en la predicción de los resultados electorales no demuestra la validez del método para estudiar, medir y registrar la opinión pública tal como ésta se forma y funciona en nuestra sociedad.

A este respecto, es preciso tener en cuenta una declaración muy importante, en contra de esta opinión, que puede expresarse como sigue:

Toda elección mediante votación constituye, en sí misma una expresión de la opinión pública y, lo que es más, una decisiva y efectiva expresión de la misma. Representa, de hecho, la expresión definitiva de dicha opinión y como tal, la propia norma de la expresión de la opinión pública. En la elección por medio de las urnas, cada votante según los principios básicos de la democracia, puede hacer oír su voz como ciudadano y su voto posee idéntico valor que el de otro ciudadano cualquiera. Si se admite que la elección por medio de las urnas constituye un auténtico referéndum en el que se expresa la verdadera opinión pública, queda establecida la supremacía de los sondeos actuales como instrumento para medir y registrar dicha opinión. Los sondeos, en su forma de actuar, han demostrado que pueden predecir de modo fiable y eficaz los resultados de una elección. Según esto, dichos sondeos pueden usarse como una especie de referéndum para medir y registrar la verdadera opinión del público sobre temas no susceptibles de ser sometidos a votación. Así pues, los sondeos proporcionan un cuadro más exacto y fidedigno de la opinión pública que el representado por las expresiones confusas, indefinidas, parciales y partidistas de dicha opinión que suelen llegar hasta el legislador, administrador o ejecutivo encargado de actuar en función de la opinión pública. Los sondeos de opinión nos revelan la posición de cada cual: nos descubre la *vox populi*.

Mis observaciones acerca de este comentario serán breves. El análisis revela de modo evidente que esta declaración constituye en realidad un alegato normativo y no una defensa del sondeo como método de estudio de la opinión pública tal y como ésta funciona en nuestra sociedad. La declaración propone que aquélla se elabore de un modo determinado, es decir que *debería ser* una colección de opiniones de un amplio sector de la población en lugar de ser lo que es en el funcionamiento real de la sociedad. Considero muy discutible que en el funcionamiento cotidiano de nues-

tra sociedad, la opinión pública deba tener la naturaleza que postulan los sondeos. Cabe plantearse muchas razonables preguntas sobre el modo y medida en que es expresada la opinión pública en los sondeos de cara a las elecciones y, lo que es más importante, sobre si sería posible o siquiera aconsejable que la opinión pública en forma de una mera colección de opiniones individuales con idéntico peso específico, funcionase de modo significativo en una sociedad dotada de una organización diversificada. Sin embargo, no es éste el lugar idóneo para suscitar tales interrogantes. Baste señalar que, si lo que se pretende es justificar el empleo de los sondeos como método para el estudio de la opinión pública, sobre la base de que la misma *debería tener* una composición distinta de la que tiene el autor de esta declaración demostrando la validez del método para estudiar el mundo empírico tal y como es, sino que se aferra a una dudosa proposición de reforma social*.

En este artículo he formulado críticas sobre los "sondeos de la opinión pública" como método para registrar y medir dicha opinión. Mis críticas se han centrado en la desfiguración que implica el empleo de muestras en forma de una colección de individuos aislados cuyo criterio tiene el mismo peso específico. Estas críticas no deben ser mal interpretadas en el sentido de que niegan la validez del procedimiento de muestreo en cualquier tipo de aplicación, o de que en todos los casos en que los sondeos recurran a dicho procedimiento, el resultado sea intrínsecamente inválido. Pero, eso sí, la crítica es correcta en lo que se refiere a los casos en los que el procedimiento de muestreo es utilizado para estudiar una materia cuya composición constituye en una organización de elementos de interacción y, no una mera colección de individuos. En este último caso, es correcto aplicar el procedimiento. Hago esta elemental afirmación con el único objeto de llamar la atención sobre el hecho de que hay, evidentemente, muchos temas relativos a los seres humanos y su conducta, que poseen este carácter de colección de individuos o suma de acción individuales. Numerosos temas demográficos poseen esta naturaleza, y lo mismo sucede con muchas de las acciones de las personas que componen una sociedad como, por ejemplo, emitir un voto, comprar un cepillo de dientes, ir al cine o leer el periódico. Tales acciones, que prefiero considerar como actos masivos de individuos en lugar de acciones organizadas o de grupo, se prestan fácilmente al tipo de muestreo que se emplea en los sondeos actuales. De hecho, la propia existencia de este tipo de acciones explica, a mi juicio, el éxito de la aplicación de un sistema de muestreo como el que se utiliza en los sondeos de la opinión pública. No obstante, considero discutible, y esa es el objeto del presente artículo, aplicar el procedimiento de muestreo, con toda la fantasía y lógica que lleve implícitas, al estudio de un tema que, al igual que el proceso de la opinión pública funcione como una organización cambiante y compuesta por elementos vinculados entre sí.

El último asunto que deseo analizar brevemente es la cuestión, interesante y aparentemente desconcertante, de cómo es posible someter al procedimiento de

* Considero que tal programa es dudoso porque creo que debería introducirse una mejora sustancial de la opinión pública en nuestra sociedad, en el proceso mediante el cual funciona orgánicamente; es decir, suscitando, organizando y dirigiendo eficazmente la opinión de las personas interesadas en un determinado asunto. Es improbable que un simple "referéndum", con amplios sectores de indiferencia, escasa participación y una masa indiferenciada, puede reflejar una opinión pública fiable. A lo sumo, estimo que dicho "referéndum" podría servir de suplemento correctivo, pero nunca como un sustituto. La importante cuestión relativa a las directrices por medio de las cuales consigue la opinión pública las mejoras que necesita cae, por supuesto, fuera del ámbito de este artículo.

muestreo un complicado sistema de elementos en interacción y que ejercen una influencia diferencial en el conjunto de la actividad. Tal vez la cuestión sea, en sí misma, absurda. Varias veces he preguntado a expertos en muestreo cómo someterían a este procedimiento una estructura orgánica. Con una sola excepción, todos ellos me miraron con cierto recelo, como si se tratase de una pregunta idiota. Pero creo que el problema subsiste, pese a que me resulta difícil plantearlo. En la sociedad humana y en especial en la moderna, nos enfrentamos con intrincados complejos de relaciones cambiantes, hasta cierto punto cualificables de sistema, a pesar de una escasa cohesión. Son tan complicados, están tan repletos de detalles y sufren con tal rapidez cambios que no es posible describir adecuada y fielmente ninguno de sus "ciclos" de funcionamiento. No obstante, a menos que nos conformemos con especular sobre ellos, hemos de analizarlos de algún modo para comprender lo que sucede en el ciclo que nos interesa. Así pues, y tomando el proceso de la opinión pública en nuestra sociedad como ejemplo, podemos explicar aproximadamente cómo funciona en un tema nacional, pongamos por caso. Sin embargo si deseamos conocer su funcionamiento en el caso de un tema nacional *determinado*, no sabríamos cómo hacer una descripción idónea, debido a la complejidad y rapidez de movimientos de sus ciclos de su acción. Por lo tanto, para saber lo que sucede y, en especial, lo que va a suceder en fases ulteriores, nos vemos obligados a investigar aquí y allá. Los problemas de dónde, cómo y hasta dónde investigar son precisamente en los que pensaba al hablar del muestreo de una estructura orgánica.

Imagino, como uno de mis amigos ha señalado, que la solución al problema consiste en la confección de un modelo; pero no poseemos ninguno para el caso concreto de la opinión pública tal y como opera en nuestra sociedad. Mi impresión personal es que dicho modelo debe confeccionarse, a ser posible trabajando retrospectivamente en lugar de hacerlo hacia adelante. Es decir, deberíamos empezar por quienes tienen que actuar sobre la opinión pública y seguir retrospectivamente el rastro de las diversas expresiones de la misma que llegan hasta ellos, por sus cauces respectivos, hasta descubrir los cauces principales, los puntos claves y el modo en que cada expresión ha llegado a desarrollarse y a obtener un respaldo organizado a partir de lo que, en un principio, debió constituir una condición relativamente amorfa. Quizá un modelo así, si su confección es factible, permitiría concebir un método de muestreo realista que reemplace al que se emplea actualmente y al que considero demasiado artificial para aplicarlo a sondeos de la opinión pública.

BIBLIOTECA "HORA"

Psicología Social y Sociología

Tizón García, Jorge L. *Apuntes para una Psicología basada en la relación*

Blau, P. S. *Cambio y poder en la vida social*

Barriga, S. *Grupos y cambio social. II Encuentro de Psicología Social en España: Actas 1981*

Ibáñez, T. *Poder y Libertad*

Billig, M. *Psicología social del Fascismo*

Filosofía

Abbagnano, N. *Historia de la Filosofía*, 3 tomos